

MALVINAS Y LAS GUERRAS DEL SIGLO XX



MARÍA INÉS TATO
GERMÁN SOPRANO
(DIRECTORES)



MALVINAS Y LAS GUERRAS DEL SIGLO XX

MALVINAS Y LAS GUERRAS DEL SIGLO XX

María Inés Tato
Germán Soprano
(directores)



Tato, María Inés

Malvinas y las guerras del siglo XX / María Inés Tato; Germán Soprano; dirigido por María Inés Tato; Germán Soprano. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Inés Tato, 2022. 292 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-88-6875-2

1. Historia Argentina. 2. Historia Militar. 3. Guerra de Malvinas. I. Soprano, Germán. II. Título.

CDD 355.00982

El presente libro es resultado de pesquisas desarrolladas en el marco del Proyecto de Investigación Plurianual de CONICET “Argentina y las guerras del siglo XX. Una historia social y cultural de perspectivas y experiencias de civiles y militares argentinos sobre las Guerras Mundiales y la Guerra de Malvinas”, dirigido por María Inés Tato y codirigido por Germán Soprano, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, unidad ejecutora UBA/CONICET.

ISBN: 9789878868752

Imagen de tapa: Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina). Departamento de Archivos. Fondo Editorial Sarmiento. Subfondo Crónica. Sección Archivo. Subsección Archivo de redacción. Serie Sobres temáticos. AR00056139.

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.



EBOOK



TeseoPress Design (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 132026. Sólo para uso personal

teseopress.com

Índice

Introducción	9
<i>Germán Soprano y María Inés Tato</i>	
Los oficiales de la Armada Argentina y las Islas Malvinas. Del territorio “imperfectamente conocido” a la construcción de un discurso irredentista (1900-1945). 17	
<i>Agustín Daniel Desiderato</i>	
“Estamos escribiendo el preámbulo de la historia de la tercera reconquista”. La revista <i>Figuritas</i> y la malvinización del ámbito escolar	55
<i>María Inés Tato</i>	
Guerra de Malvinas. Los planes previos a 1982: ¿verdad o solo analogías?	111
<i>Luis Esteban Dalla Fontana</i>	
La sociedad neuquina frente a la guerra de Malvinas. Disputas públicas por el sentido del conflicto	175
<i>Andrea Belén Rodríguez</i>	
La historiografía británica de la Guerra de Malvinas/“Falklands War”. Su contribución al estudio de los combatientes británicos y argentinos en las campañas terrestres	225
<i>Germán Soprano</i>	
Sobre los autores.....	287

Introducción

GERMÁN SOPRANO Y MARÍA INÉS TATO

La conmemoración de los cuarenta años de la Guerra de Malvinas ha sido ocasión para dar mayor visibilidad pública a las investigaciones producidas en la Argentina por las ciencias sociales y las humanidades en torno de la denominada “cuestión Malvinas”. El presente libro es resultado de pesquisas desarrolladas en el marco del Proyecto de Investigación Plurianual de CONICET “Argentina y las guerras del siglo XX. Una historia social y cultural de perspectivas y experiencias de civiles y militares argentinos sobre las Guerras Mundiales y la Guerra de Malvinas”, dirigido por María Inés Tato y codirigido por Germán Soprano, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, unidad ejecutora UBA/CONICET.

Dicho proyecto tiene por objeto examinar los principales conflictos bélicos del siglo XX en la Argentina, en particular las dos guerras mundiales y la Guerra de Malvinas. Desde una perspectiva teórica ubicada en la intersección de la historia social y cultural de la guerra con la historia global, busca explorar las experiencias y representaciones de esos conflictos por parte de actores militares y civiles, combatientes y no combatientes, atendiendo a los variados impactos sociales y culturales de esas guerras, a las diferentes modalidades de movilización a que dieron lugar en la sociedad y a su interpretación por parte de los miembros de las Fuerzas Armadas Argentinas. También se interesa por las conexiones e interacciones registradas entre diferentes actores sociales en diversas escalas de análisis (global, transnacional, regional, nacional, local) y, aunque está centrado en las guerras mencionadas, aspira a contribuir a la

elaboración de una síntesis del fenómeno bélico y sus ramificaciones en la Argentina durante ese extenso período.

La Guerra de Malvinas, en particular, ha sido frecuentemente analizada en testimonios y análisis de militares, estudios académicos especializados en política externa argentina y en sus relaciones con la última dictadura, pero también recientemente ha sido objeto de un abordaje filiado con la historia social y cultural de la guerra. Este se plasmó en la reconstrucción de las experiencias bélicas, el proceso de formación de identidades entre los veteranos y las memorias sociales del conflicto, la movilización social de actores políticos, estatales y de la sociedad civil, y la cultura de guerra. Esta renovada comprensión, sin embargo, es aún incipiente, por lo cual son muchas las áreas de vacancia a las que esta corriente historiográfica podría contribuir, algunas de las cuales se abordan en este libro.

En sus capítulos hemos dado cuenta de algunos de los objetivos específicos que nos propusimos abordar en el diseño y desarrollo de este Proyecto de investigación. En primer lugar, identificar las formas en las que las dos guerras mundiales se integraron a la agenda política y cultural argentina, convirtiéndose en tópicos relevantes de discusión pública y de acción política. En segundo lugar, estudiar las diversas modalidades de movilización social, cultural y política a que dieron lugar los conflictos bélicos del siglo XX. En tercer lugar, examinar las lecciones que los actores estatales –particularmente los militares argentinos– extrajeron de las dos guerras mundiales y de la Guerra de Malvinas. En cuarto lugar, analizar las relaciones de la política y la sociedad civil con la experiencia de la Guerra de Malvinas durante el conflicto bélico y en la posguerra en los niveles nacional y subnacional (provincial y local). Por último, comparar la producción historiográfica argentina y la británica sobre las experiencias de combate de argentinos y británicos en la Guerra de Malvinas/“Falklands War”, comprendiendo temas prioritarios, enfoques y métodos,

resultados sustantivos e interlocución con las agendas políticas de sus países.

De modo que, teniendo por referencia esos objetivos, los cinco capítulos del libro se enfocan en el estudio de Malvinas en sus inscripciones y/o relaciones con guerras del siglo XX.

Las contribuciones se abren con “Los oficiales de la Armada Argentina y las Islas Malvinas. Del territorio ‘imperfectamente conocido’ a la construcción de un discurso irredentista (1900-1945)”, de Agustín Daniel Desiderato. Este capítulo se ocupa del proceso de construcción de representaciones de los oficiales navales argentinos sobre las Islas Malvinas en relación con los intereses marítimos y la defensa nacional desde principios del siglo XX hasta la Segunda Guerra Mundial. Contrariamente a ciertas nociones de sentido común, el autor sostiene que hasta la Primera Guerra Mundial las Islas Malvinas no fueron una referencia clave en la definición de esas dos cuestiones, predominando las preocupaciones resultantes de hipótesis de conflicto con Chile y Brasil. La Gran Guerra cambió las percepciones de los oficiales navales argentinos, que advirtieron el valor estratégico de las Islas por su proximidad con el territorio continental, el control del Atlántico Sur y su posición clave respecto de los pasajes bioceánicos en el extremo sur americano. Desiderato constata que durante la inmediata posguerra la cuestión Malvinas fue concitando mayor atención en el seno de la Armada Argentina y que, con la Segunda Guerra Mundial, se incorporó más decididamente a nivel institucional. En consecuencia, las Islas adquirieron una mayor relevancia por su interés estratégico y sus vínculos con la defensa y la soberanía nacional.

Sin dudas, la cuestión Malvinas cobró relevancia en la agenda política e intelectual de la Argentina en la década de 1930. Habitualmente se ha considerado que distintas vertientes del nacionalismo antiliberal y autoritario argentino contribuyeron a otorgar relevancia pública a esta cuestión

en esos años. Sin embargo, en “‘Estamos escribiendo el preámbulo de la historia de la tercera reconquista’. La revista *Figuritas* y la malvinización del ámbito escolar”, María Inés Tato analiza la campaña que esta publicación dirigió a maestros y alumnos desde una perspectiva netamente liberal e igualmente comprometida con la defensa de la soberanía nacional sobre las Islas Malvinas. El capítulo permite reflexionar, además, sobre el papel de los editores y colaboradores de *Figuritas* –especialmente de Vicente P. Cacuri–, y de los directivos y maestros de las escuelas en lo que la autora denomina la “malvinización del ámbito escolar”, esto es, la formación y difusión a través de ese espacio de representaciones sociales acerca de los derechos soberanos sobre el archipiélago en la Argentina del siglo XX, una temática ausente en el diseño curricular de educación primaria de la época.

Tato demuestra la activa recepción que la campaña de la revista tuvo entre sus lectores y las dificultades irremontables que le planteó la Segunda Guerra Mundial, cuando la crítica pública al imperialismo británico tendió a ser interpretada o eventualmente utilizada por otros actores como un argumento en defensa de la causa de las potencias del Eje.

En “Guerra de Malvinas. Los planes previos a 1982: ¿verdad o solo analogías?”, Luis Esteban Dalla Fontana estudia las ideas e iniciativas de militares argentinos en relación con la recuperación de las Islas Malvinas entre 1940 y 1982. Como también observara Desiderato, en los inicios de la Segunda Guerra Mundial, la posibilidad de que el control británico de las Islas fuera arrebatado por alguna de las potencias enemigas del Reino Unido preocupaba a la Armada Argentina. Dalla Fontana releva, describe y analiza pormenorizadamente supuestos “planes” de recuperación del archipiélago producidos en ese contexto y en el curso de las siguientes décadas. En todos los casos concluye que las afirmaciones sobre la existencia de un “plan” o “planes” –profesional, estratégico o político– constituyen

especulaciones apenas sustentadas en hipótesis, presupuestos o meras intenciones de unos pocos integrantes de la Armada y/o miembros de otras agencias estatales. En ese sentido, sólo el contralmirante Carlos Büsser y su Estado Mayor concibieron un plan técnico-militar para la operación de desembarco en las Islas Malvinas, sustanciado el 2 de abril de 1982 con la “Operación Rosario”.

El autor también destaca que históricamente las previsiones de una guerra convencional no se orientaban contra el Reino Unido sino en torno de hipótesis de conflicto vecinales con Chile y Brasil. Esto determinó dos rasgos salientes de la conducción militar argentina en la Guerra de Malvinas: el desconocimiento de cuestiones fundamentales y la recurrente improvisación en la toma de decisiones, problemas que gravitaron negativamente hasta en las más profesionales y heroicas acciones de los combatientes argentinos en el nivel táctico.

Si los capítulos de Desiderato y de Dalla Fontana refieren a las perspectivas de los actores militares argentinos, el capítulo de Tato y el escrito por Andrea Belén Rodríguez, “La sociedad neuquina frente a la guerra de Malvinas: disputas públicas por el sentido del conflicto”, se centran en los actores civiles o en los no combatientes. En este último caso, el objeto son los diferentes posicionamientos y prácticas ante la Guerra de Malvinas de los miembros de la diócesis de la Iglesia Católica de Neuquén y de los integrantes de dos grupos sindicales en los que estaba dividida la Confederación General del Trabajo –la CGT peronista y la no alineada– en esa provincia. La autora muestra que desde el 2 de abril de 1982 y durante los 74 días del conflicto se hicieron evidentes las diferentes actitudes sociales que caracterizaron a unos y otros ante la guerra y ante las autoridades del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Dichas actitudes tenían correspondencia con los posicionamientos y prácticas desplegadas previamente por esos actores sociales.

Este capítulo permite acceder al posicionamiento de diferentes sectores de la sociedad civil argentina –y neuquina en particular– ante la Guerra de Malvinas, adoptando un punto de vista diferente de las perspectivas “nacionales” excesivamente referidas a protagonistas y sucesos de las metrópolis del país. También ofrece una interpretación menos homogénea y armónica de esas actitudes sociales en dictadura durante la Guerra de Malvinas, habitualmente caracterizadas como expresión de un momento excepcional de reencuentro total y sin fisuras entre la sociedad y el gobierno *de facto*, mostrando un escenario en el cual las manifestaciones públicas en favor de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas y el reconocimiento de la legitimidad de la causa pudieron coexistir con expresiones discursivas y movilizaciones críticas contra la dictadura y en pos de la paz.

Por último, pensar Malvinas en las guerras del siglo XX implica poner el foco no sólo en las perspectivas y experiencias de argentinos y argentinas, sean éstos militares o civiles, combatientes o no combatientes, en relación con la Guerra de Malvinas, sino también efectuar un esfuerzo de análisis simétrico abordando los puntos de vista de los otros, los circunstanciales enemigos, los británicos. En “La historiografía británica de la Guerra de Malvinas/Falklands War”. Su contribución al estudio de los combatientes británicos y argentinos en las campañas terrestres”, Germán Soprano aborda esta cuestión. En su interpretación se torna evidente –entre otros atributos– que para los británicos –a diferencia de los argentinos– la “Falklands War” no era ni es la única guerra convencional que libraron en el siglo XX sino una guerra entre otras que protagonizaron como combatientes. Dicha constatación no disminuye la importancia que esta guerra tuvo y tiene para los británicos, pero la sitúa en una historia de largo plazo más diversa y compleja y, sin dudas, diferente de la argentina.

Soprano interpela algunas de las principales obras de autores destacados de la historiografía británica sobre la

Guerra de Malvinas/“Falklands War” reconociendo que, por un lado, esta historiografía enlaza con una prolífica tradición intelectual que estudia el combate y los combatientes desde la historia militar, la historia o los estudios de la guerra y los estudios estratégicos. Por otro lado, que esa historiografía entiende esa guerra como un episodio de la historia bélica contemporánea más amplia del Reino Unido. Y que, si bien su perspectiva de análisis histórico no se sustrae al efecto de determinaciones y relaciones con las agendas políticas de su país, parece estar preparada por su enfoque y métodos para producir conocimientos sobre las experiencias de combate con una relativa autonomía académica. Asimismo, Soprano considera que el estudio de estas tres cuestiones en la historiografía británica potencialmente ofrece a la historiografía y, más ampliamente, a las ciencias sociales en la Argentina recursos para profundizar o renovar su agenda de investigación sobre las experiencias de combate en la Guerra de Malvinas.

Los objetivos del Proyecto que reúne a los investigadores que participan de este libro sin dudas no se agotan en el recorrido propuesto en sus capítulos, centrados en determinados actores sociales, instituciones, eventos y procesos. Asimismo, Malvinas no sólo se intersecta con las guerras del siglo XX a las que principalmente se alude en este volumen –la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Malvinas–, sino que también se vincula con diversos escenarios de la “Guerra Fría” y con las potenciales guerras en torno de las hipótesis de conflicto limítrofes con Chile y Brasil. Sin embargo, creemos que este libro ofrece un aporte novedoso a la reconstrucción del itinerario de la cuestión Malvinas en diferentes momentos del siglo XX, a la discusión en base a evidencia empírica de algunos lugares comunes presentes en la historiografía, y a la apertura de nuevas aproximaciones al estudio de una temática estrechamente ligada a la identidad y a los intereses nacionales.

Los oficiales de la Armada Argentina y las Islas Malvinas

*Del territorio “imperfectamente conocido”
a la construcción de un discurso irredentista
(1900-1945)*

AGUSTÍN DANIEL DESIDERATO

Introducción

La producción académica argentina dedicada a Malvinas es amplia. La mayor parte gira en torno al Conflicto del Atlántico Sur de 1982 –a veces posicionándose también sobre las décadas inmediatamente anteriores o los años de posguerra– y aborda cuestiones de índole social, cultural, política o militar.¹ Un cuerpo más reducido de trabajos se concentra en los siglos XVIII y XIX, insertando así a las Islas en una trama más amplia y compleja.² Sin embargo, ese dinamismo que sostiene la literatura sobre Malvinas no parece replicarse en la primera mitad del siglo XX. Si bien existen algunas investigaciones, la etapa todavía permanece raramente examinada.³

Uno de los asuntos pendientes, por ejemplo, es el que aborda el presente capítulo: las diferentes visiones y apreciaciones que los oficiales de la Armada Argentina –cuadro

¹ Para un repaso historiográfico, consultar Lorenz (2011) y Rodríguez (2017).

² Sin ánimo de exclusividad, recomendamos los trabajos de Barrera (2019, 2020, 2021, 2022) y Haller (2020).

³ Algunos de los autores que abordaron el periodo son Santos La Rosa (2019), Tato (2020) y Rubio García (2020).

profesional integrado por individuos que habían ingresado voluntariamente al servicio, para formarse e instruirse en la dirección y el comando— tenían de las Islas Malvinas, entre 1900 y 1945. Se trata de una investigación importante y a la vez necesaria, no solo porque se concentra en un periodo poco explorado, del que existe un conocimiento limitado y donde perduran ciertas ideas erróneas y extemporáneas, sino porque lo hace sobre la trama de un sector del campo militar que no suele tener protagonismo en la producción académica. Vale destacar que incluso los propios historiadores especializados en estudios navales no han indagado mucho en el tema; y cuando lo hicieron, se enfocaron casi exclusivamente en el descubrimiento y ocupación del archipiélago, la usurpación británica de 1833 y, sobre todo, la guerra de 1982 (Scheina 1987; Pertusio 1989; Tanzi 1994; Destéfani 1980, 1982, 1990, 1991, 1993). A modo de hipótesis se sostiene que, contrario a algunas ideas instaladas, la cuestión Malvinas no estuvo siempre presente en la Armada. Se construyó durante la primera mitad del siglo XX, por efecto de un discurso, elaborado con base en las opiniones, apreciaciones y sentidos de diferentes oficiales, que rescataba la importancia de las Islas en el marco de los intereses marítimos y la defensa nacional.

El corpus documental consultado es diverso. Se compone de notas y artículos publicados en revistas especializadas, además de libros, conferencias, comunicaciones personales, estudios e informes, que en su mayoría provienen del archivo y biblioteca del Departamento de Estudios Históricos Navales (DEHN) y la Biblioteca “Capitán Ratto” de la sede central del Centro Naval.

Malvinas a principios del siglo XX

La Armada Argentina que había ingresado al 1900 respondía a los lineamientos de una marina poderosa, con proyección

marítima, luego de una acentuada transformación desarrollada en las últimas décadas del siglo XIX, por la cual se abandonó la idea de que el único centro de riqueza estaba en el Río de la Plata. A ese cambio de vista geopolítico y estratégico, respondió la construcción de Puerto Militar, en Bahía Blanca, y la adquisición de modernas unidades de mar que cambiaron completamente la fisonomía de la flota argentina, como los destructores *Corrientes*, *Entre Ríos* y *Misiones*, el crucero *Buenos Aires*, la fragata escuela *Presidente Sarmiento*, y los acorazados *Garibaldi*, *Pueyrredón*, *San Martín* y *General Belgrano* (Oyarzábal 2005, 324-325). Fue entonces cuando la Armada comenzó a desarrollar una mayor presencia en los mares australes, con base en tres sucesos fundamentales: el viaje de la corbeta *Uruguay* y el rescate de los integrantes de la expedición sueca de Otto Nordenskjöld; la cesión de la estación meteorológica y magnética formada por el explorador escocés Williams Bruce en la isla Laurie de las Orcadas del Sur; y la formación de una Compañía de Pesca Argentina instalada en las Islas Georgias del Sur, dedicada a la caza y faena de ballenas (Tanzi 1994, 372).

Ahora bien, sería natural suponer que Malvinas ocuparía un rol clave, dentro de esa proyección que la Armada desarrolló en el Atlántico Sur; sin embargo, el análisis de la documentación disponible muestra que, de hecho, no fue así. Las Islas están prácticamente silenciadas de las fuentes institucionales. No se mencionan en ninguna de las memorias que el Ministerio de Marina publicó anualmente entre 1900 y 1914. Por entonces, las preocupaciones e intereses giraban alrededor de otros temas, como, por ejemplo, las tensiones limítrofes con Chile y el poder naval de Brasil, la reciente aprobación de la ley de conscripción naval, la producción petrolera de Comodoro Rivadavia, la adquisición de unidades para la Escuadra y la votación de una nueva Ley Orgánica, que pudiera atender algunos de los defectos e inconvenientes existentes en el régimen de ascensos y retiros del personal de la Fuerza.⁴

⁴ Tampoco aparecen en las memorias ministeriales del resto del periodo (Ministerio de Marina, *Memorias*, 1900-1945).

La referencia al archipiélago en los escritos de los oficiales navales es muy escasa, casi inexistente. Una de las excepciones corresponde al alférez de navío José María Sobral, que acompañó a la expedición de Nordenskjöld, en calidad de representante de la Marina, desempeñando tareas de geodesta y observador meteorológico.⁵ Cuando arribó a las Malvinas, a bordo del ballenero *Antarctic*, escribió en sus memorias el siguiente comentario, respecto a la sensación que le generaba pisar las Islas: “Hoy a las 6 am fondeamos en Port Stanley ¡Pensar que soy extranjero en mi tierra!”⁶

En 1903, un autor bajo el seudónimo G.A. –que muy probablemente sea Gabriel Albarracín– escribió “Relación abreviada de la cuestión de las islas Malvinas”, texto que repasaba los argumentos y derechos históricos argentinos, la usurpación británica y el estado actual de la controversia.⁷

5 José María Sobral (1880-1961) egresó de la Escuela Naval Militar, en la promoción n° 24, con el grado de guardiamarina. Integró la dotación de la fragata escuela *Presidente Sarmiento*, en el primer viaje de instrucción (1899-1900) y luego fue trasladado a la División de Hidrografía del Ministerio de Marina. Con 21 años, representó a la Armada y a la Argentina en la expedición antártica internacional que encabezó el geólogo sueco Otto Nordenskjöld. A su regreso, solicitó su baja de la Fuerza, para viajar a Suecia y estudiar geología, obteniendo allí el doctorado en Ciencias Naturales de la Universidad de Upsala. Contrajo matrimonio con Elna Wilhelmina Klingström, con quien tuvo nueve hijos, cuatro en Suecia y cinco en Argentina. Volvió al país a fines de 1914, para trabajar en la Dirección de Minas, Geología e Hidrología, repartición de la que posteriormente sería nombrado director general. Tras jubilarse, se dedicó al estudio del carbón y el petróleo, publicando interesantes trabajos sobre geología y exploración en la Antártida.

6 Argentina, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales (DEHN), Fondo Sobral, *Diario referente al viaje a la Antártida del Alférez Sobral*, 31/12/1901, p. 13. Puerto Stanley es el poblado principal de las Islas Malvinas. Fue fundado en 1845, es decir, con posterioridad a la ocupación británica de 1833, y durante el Conflicto del Atlántico Sur –entre abril y junio de 1982– la Junta Militar decidió rebautizarlo con el nombre de “Puerto Argentino”. En este capítulo se utiliza “Puerto Stanley” y no “Puerto Argentino”, para respetar la toponimia a la que hacen referencia las fuentes utilizadas.

7 G. A. (seudónimo), “Relación abreviada de la cuestión de las islas Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 21, n° 235-236 (1903): 23-29; G. A., “Relación abreviada de la cuestión de las islas Malvinas. Continuación”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 21, n° 237 (1903): 149-155; G. A., “Relación abreviada

Una de las razones del artículo había sido el “imperfecto conocimiento” que se tenía del tema, tanto dentro como fuera de la Armada, a pesar de que constituía uno de los pleitos internacionales que más había sido tratado por el derecho. El autor advertía que, desde aquel reclamo de Manuel Moreno ante el Reino Unido en 1833, la cuestión había perdido terreno, mientras Inglaterra se ocupaba de establecer nuevos títulos de posesión, invertía cuantiosos capitales en las Islas y la “raza” de sus ocupantes se “[arraiga] con los años”. La usurpación, que en un momento parecía “flamante” y “abierta a la discusión”, se presentaba entonces como un hecho sancionado por los años, algo que eventualmente haría más difícil el reclamo y con “menos esperanzas de éxito”.⁸

G. A. aseguraba que era sencillo comprender las razones que tuvo Inglaterra para convertir a las Malvinas en colonia, “poseyéndolas de todo y dotándolas de fortificaciones”. Eran uno de los eslabones más importantes dentro de la cadena de rutas interoceánicas que sostenían el poderío marítimo inglés.⁹

A quien no le parezca de gran peso esta razón, que piense en el número de buques de vela que, aun en el siglo del vapor, doblan el cabo de Hornos, llevando la bandera inglesa, y con ella las riquezas de un océano al otro. Que piense que desde las Malvinas, la nación que posee la más fuerte armada del mundo, corta y domina por completo las rutas del sur de

de la cuestión de las islas Malvinas. Continuación”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 21, n° 238 (1903): 285-292; G. A., “Relación abreviada de la cuestión de las islas Malvinas. Conclusión”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 21, n° 239 (1903): 389-398. Gabriel Albarracín (1874-1928) cursó sus estudios en la Escuela Naval Militar, egresando de la 21° promoción, en 1897. Desarrolló una importante carrera militar. Formó parte de la Comisión Naval en Europa, fue director de la Escuela Nacional de Pilotos y luego profesor de la Escuela Superior de Aplicación y de la Escuela Superior de Guerra. Llegó a escribir numerosos trabajos navales, militares y técnicos. Se retiró con el grado de capitán de navío en 1926.

⁸ G. A., “Relación abreviada”, 23-24.

⁹ *Ibíd.*, 24.

la América Meridional. Que recuerde que el mismo fin la impulsó en 1807 contra el Río de la Plata y la Colonia del Cabo; y como la política del gabinete inglés desde esa época no ha variado, antes más bien se ha reforzado con las doctrinas imperialistas, apreciará qué clase de dificultades tiene que combatir la elocuencia diplomática del que representa a una débil república sudamericana.¹⁰

Para el autor, la usurpación de Malvinas demostraba que el derecho del más fuerte primaba sobre la justicia y la razón, y denunciaba que la cuestión se encontraba casi paralizada, porque mientras la corona británica guardaba silencio, el gobierno nacional era poco activo en los reclamos. Eso se debía, en parte, a la “desorganización política” y a la sujeción económica y comercial que Argentina tenía con Gran Bretaña. De hecho, el capital e influencia que la “industria del gran pueblo sajón” tenía sobre el argentino eran “avasalladoras”.¹¹

Otro hecho destacable de esta primera etapa fue la publicación de “Les îles Malouines” (1910), del francés Paul Groussac, escritor y director de la Biblioteca Nacional. El Centro Naval decidió adquirir rápidamente la obra, para difundirla entre sus miembros, pues consideraba que era

[...] un estudio razonado y jurídico de la historia de las Malvinas y de los diversos acontecimientos que las llevaron a poder de Inglaterra [...] prestará algún servicio al país, contribuyendo a la difusión de las causas por que la República ha perdido las Islas, como también haciendo recordar a los gobernantes que la Argentina está en el deber de no abandonar una reclamación que podría ser contestada después amparándose en el recurso de la prescripción.¹²

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*, 25.

¹² “Crónica Nacional. Bibliografía”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 28, n° 319 (1910): 210.

Sin embargo, no debería sobredimensionarse el impacto real que esto tuvo en los círculos navales de aquel entonces. En primer lugar, la obra apareció traducida al español recién en 1936 y no todos los oficiales hablaban francés. Los cadetes de la Escuela Naval Militar tenían la posibilidad de estudiarlo, como opción al inglés, pero eso no siempre ocurría, dada la relevancia que en ese entonces tenía la *Royal Navy* en el modelo profesional de la Armada (Rouquié 1986, 102-103). En segundo lugar, la cuestión Malvinas no fue un tópico recurrente en las publicaciones especializadas, como el Boletín del Centro Naval y la Revista de Publicaciones Navales.¹³ De hecho, en los inicios del siglo XX solo se publicó un artículo y es el que ya hemos mencionado.

Malvinas en clave estratégica

La Primera Guerra Mundial provocó varios efectos e impactos en el seno de la Armada, que por entonces esperaba renovar parte de su escuadra, con la compra de acorazados y destructores. El inicio de las hostilidades interrumpió ese proceso, cuando todos esos buques, salvo los acorazados, terminaron siendo requisados por los beligerantes; del mismo modo, la guerra provocó el cierre del mercado mundial de armamentos, dejando a la Argentina sin alternativas de

¹³ El Boletín del Centro Naval fue la publicación del Centro Naval: sociedad creada en mayo de 1882 por un grupo de jóvenes oficiales de la Armada. Era una revista paga, que se publicaba cada dos o tres meses, con artículos especializados, contribuciones originales y noticias de la prensa nacional e internacional. La mayoría de los autores y lectores eran los propios socios del Centro. Por su parte, la Revista de Publicaciones Navales apareció, por primera vez, en mayo de 1901. A diferencia del Boletín del Centro Naval, se basó en la traducción y publicación de artículos de interés profesional ya editados en periódicos y revistas extranjeras. Dependía del Servicio de Inteligencia Naval, el cual facilitaba el material entregado por agregados navales y otros representantes de las armadas más importantes. Se distribuía gratuitamente entre el personal superior de la Armada, las embajadas argentinas y los oficiales extranjeros destinados en Buenos Aires.

compra, por no disponer de una industria naval de envergadura (Desiderato 2019).

La situación general se tornó más compleja, cuando las potencias emprendieron una carrera tecnológica que causó una pérdida de valor militar en la flota nacional. Los buques que presentaban cierta antigüedad, o algunas limitaciones operativas, habían quedado en casi completa obsolescencia. Sin acceso al mercado de armas, no fue posible reacondicionar las unidades más comprometidas, que terminaron desactivadas o en condición de desarme. Por otra parte, la decisión del Reino Unido de prohibir sus exportaciones de carbón, por considerarlo material estratégico, fue otro factor que afectó a la Armada. La falta de combustible repercutió en los movimientos de la Escuadra y, en consecuencia, en las prácticas y entrenamientos del personal, en las maniobras y ejercicios navales, y en los patrullajes de soberanía que se realizaban sobre aguas territoriales (Desiderato 2019).

El 8 de diciembre de 1914 se produce la Batalla de Malvinas, un acontecimiento relevante dentro del frente naval de la Gran Guerra. El Escuadrón de Asia Oriental del vicealmirante Maximilian Johannes von Spee, que había acabado momentáneamente con la presencia británica en el Pacífico Sur, luego de la Batalla de Coronel, planeó hacerse con las Islas Malvinas. Con los cruceros acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau*, y los cruceros ligeros *Nürnberg*, *Leipzig* y *Dresden*, intentó apoderarse de la estación telegráfica y el depósito de carbón, y atacar los buques británicos fondeados en Puerto Stanley, pero no lo logró. Sus fuerzas resultaron completamente aniquiladas por la escuadra del vicealmirante sir Frederick Doveton Sturdee. De la escuadra de Spee, solo escapó el *Dresden*, que posteriormente sería hundido a la altura del archipiélago Juan Fernández, el 8 de marzo de 1915 (Halpern 2015).

Desde el comienzo de la guerra, el Imperio Alemán invocó la cuestión Malvinas para hacerse con las simpatías de la opinión pública argentina y, al mismo tiempo, erosionar

la adhesión que Gran Bretaña tenía en el país. La estrategia de propaganda alemana empleó varios argumentos. Uno de ellos había sido el tenor imperialista y expansionista que había caracterizado al Reino Unido a lo largo de su historia, cuya prueba más palpable había sido la propia usurpación ilegítima que había hecho de las Malvinas en 1833. Otro argumento era insistir en la posibilidad de que, si Alemania ganaba la guerra, le devolvería las Islas a la Argentina (Tato 2020, 38).

En 1917, la cuestión Malvinas cobró nuevo impulso, luego de la crisis diplomática provocada por el incidente Luxburg y los hundimientos de algunos buques de bandera argentina por parte de submarinos alemanes. La posición netamente neutralista que venía sosteniendo la Argentina entró en tensión y la movilización de la opinión pública alcanzó una enorme intensidad. Temiendo que el gobierno se uniera al bando de los Aliados, los partidarios de la causa alemana intensificaron su propaganda y los sectores neutralistas reflataron el tema Malvinas, exclamando que Argentina jamás podría alinearse con Gran Bretaña, cuando esta le había quitado las Islas (Tato 2020, 38).

Este acaloramiento de los ánimos no encontró réplica entre los oficiales de la Armada, quienes se mantuvieron estrictamente profesionales, durante los críticos años de guerra. De cualquier modo, el desarrollo de la Batalla de Malvinas no dejó de llamarles la atención, sobre todo, dada su proximidad con el territorio nacional. Muchos querían conocer los pormenores del enfrentamiento con el mayor detalle posible, por lo que el Ministerio de Marina le solicitó a la comisión naval argentina en Londres que remitiera informes al respecto. La tarea no resultó sencilla, pues los beligerantes se mostraban celosos a la hora de facilitar información militar sensible. El capitán de navío Julián Irizar, jefe de la Comisión, advertía:

[...] no se tienen más noticias de la guerra que las que publican los diarios... Se sabe lo que la censura quiere que se sepa

y nada más. Hay gente más conversadora que otra pero no más enterada. Yo me veo a menudo con los Agregados Navales y con los otros Jefes de Comisión y todos estamos al nivel de los que pueden leer diarios. Oficialmente no se consigue un dato, es una guerra en secreto y eso que en Inglaterra es donde hay más liberalidad. [...] en Francia y sobre todo en Alemania y Austria se vive completamente en la luna. Allí no hay más noticias que las que da el Gobierno, de acuerdo a lo que quiere hacer creer.¹⁴

Pese a sus limitaciones, la Comisión consiguió elaborar dos informes: el primero con base en datos del periódico *Times*, que había publicado algunos croquis y esquemas facilitados por uno de los marinos que participó de la batalla; el segundo, con datos extraídos del parte oficial que el Almirantazgo británico difundió tiempo después. Ambos informes se publicaron en la Revista de Publicaciones Navales, para acercar los contenidos al resto de la oficialidad.¹⁵ El Boletín del Centro Naval también colaboró en la empresa, publicando “Combates navales de Santa María y de las Malvinas”, del contraalmirante alemán Eugen Kalau vom Hofe,

¹⁴ DEHN, Fondo Sáenz Valiente, Caja 2, Legajo 1, “Carta de Julián Irizar a Juan Pablo Sáenz Valiente”, Londres, 22/09/1914, foja 2. Julián Irizar (1869-1935) egresó de la Escuela Naval Militar, con el segundo lugar de su promoción. Formó parte de la comisión que vigiló la construcción de la fragata *Presidente Sarmiento*, en Inglaterra, y fue el oficial de derrota en el primer viaje de circunnavegación. Al mando de la corbeta *Uruguay*, protagonizó su acción más recordada: el rescate de la expedición antártica del geólogo sueco Otto Nordenskjöld. Fue jefe de Estado Mayor General y de casi todas las direcciones generales de la Armada, y en varias oportunidades estuvo a cargo de las comisiones de armamentos en Europa y Estados Unidos. Supervisó las tareas de modernización de los acorazados *Rivadavia* y *Moreno* y llegó a ser presidente del Centro Naval. Pidió el pase a retiro, con el grado de vicealmirante, en 1932.

¹⁵ Informe de la Comisión Naval en Londres, “Batalla de las Malvinas”, *Revista de Publicaciones Navales*, tomo 27, n.º 231 (1915): 353-355; Informe de la Comisión Naval en Londres, “El combate naval de las Malvinas. Parte oficial del almirantazgo inglés”, *Revista de Publicaciones Navales*, tomo 28, n.º 238 (1915): 553-560; “Crónica extranjera. El combate de las Malvinas. Visto desde el buque almirante”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 33, n.º 376-377 (1915): 94-99.

para que los socios pudieran elaborar una “crítica militar” de esa acción, cuya ubicación la hacía “verdaderamente” interesante para los “estados navales sudamericanos”.¹⁶

Por su proximidad con el territorio nacional, la Batalla de Malvinas generó preocupación entre los oficiales argentinos. Esteban de Loqui, capitán de fragata retirado, señalaba que el país necesitaría de “todos los elementos y clases del combate naval”, para hacer valer sus derechos y soberanía en el contexto bélico imperante.¹⁷

Las Malvinas se encontraban ubicadas frente al estrecho de Magallanes, próximas al pasaje de Drake y al canal de Beagle, y eran un punto de control bioceánico entre el Atlántico y el Pacífico. Para algunos oficiales, la Primera Guerra Mundial volvió a confirmar el valor estratégico de ese enclave. En junio de 1916, Segundo Rosa Storni, entonces capitán de fragata, dictó dos conferencias en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa*, donde reflexionaba sobre los diversos problemas que planteaban los intereses marítimos argentinos.¹⁸ En la primera disertación, que portaba el

¹⁶ Eugen Kalau Vom Hofe, “Combates navales de Santa María y de las Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 33, n.º 384-385 (1916): 567.

¹⁷ Esteban De Loqui, “Carta al Director”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 32, n.º 366-367 (1914): 347. Esteban De Loqui (1857-1937) ingresó a la Armada en calidad de aspirante, en 1881, y egresó al año siguiente como guardiamarina, por poseer estudios previos en Europa. Fue expedicionario del desierto a bordo de los buques *Cabo de Hornos*, *Uruguay* y *Villarino*, estuvo a cargo de la Dirección de Transportes de la Armada en Tierra del Fuego, Río Negro y Santa Cruz, y llegó a ser gobernador de Tierra del Fuego. Se retiró en 1906, con el grado de capitán de fragata.

¹⁸ Segundo Rosa Storni (1876-1954) fue el mejor alumno de su promoción en la Escuela Naval Militar. Navegó en gran parte de los buques de la Armada y llegó a ocupar puestos destacados, como, por ejemplo, profesor y director de la Escuela Naval Militar, profesor y director de la Escuela de Aplicación para Oficiales, profesor de la Escuela Superior de Guerra, jefe de Comisiones Hidrográficas, jefe del Estado Mayor General en dos oportunidades, director general de Material y comandante de la 1ª División Naval. Se retiró con el grado de vicealmirante en 1935, luego de 44 años de servicios computados, la mayor parte de ellos a bordo de la Escuadra.

título “Razón de ser de los intereses marítimos argentinos. Factores que facilitan u obstaculizan el poder naval de la Nación”, opinaba que las Islas Malvinas tenían poco valor comercial y que su naturaleza era “pobrísimas”, pero que habían sido ocupadas por el Reino Unido, prosiguiendo con un “gigantesco plan de flanquear y dominar todas las rutas comerciales del mundo” (Storni 1916, 26-27). El interés argentino por las Islas también era estratégico, y para Storni iba en sintonía con cuestiones de defensa nacional.

Si llegamos un día a ver plenamente asegurada la defensa nacional contra cualquier riesgo, si podemos contar con el apoyo o la neutralidad de los flancos y la retaguardia, quedarían, como única base posible para operar contra nuestras costas, las islas Malvinas (Storni 1916, 27).

Malvinas era un territorio próximo a las costas nacionales y, por ello, no era conveniente que estuviera bajo el control de una potencia extranjera. No obstante, eso no significaba que había que recuperarlas y Storni lo dejó claro en su conferencia, al afirmar que no traería a colación la cuestión de “los derechos”, sino únicamente la de “los intereses” de la Nación (Storni 1916, 27). Por un lado, sostenía que la presencia naval británica en las Islas menoscaba los intereses marítimos argentinos, pero, por otro lado, también creía que Gran Bretaña siempre había manifestado una actitud “favorable y benevolente” con el país, y que la riqueza nacional era inseparable de la de “ese gran foco de cultura y de consumo”. En ese sentido, dada las buenas relaciones entre ambos, pensaba que la devolución de Malvinas era posible y que aquello no afectaría “en lo más mínimo” la “grandeza y poderío” del Imperio Británico; por el contrario, despejaría “la única nube” que existía en la amistad de los dos pueblos (Storni 1916, 28).

Otro oficial de la Armada que pensó en Malvinas en términos estratégicos fue el teniente de fragata Esteban Repetto.¹⁹ En 1916, en medio de la guerra mundial, escribió *Contribución al Estudio de la Defensa Naval*, donde analizó la situación argentina, en materia de armamentos y defensa. Una de las cuestiones que le interesaban puntualmente era la posibilidad de conflictos futuros, uno de ellos con Gran Bretaña. Repetto sostenía que, como eventualmente la Argentina alcanzaría un desarrollo industrial y comercial de magnitud y dejaría de depender de los productos británicos, para convertirse en competidora directa de ellos, se originarían tensiones y conflictos entre ambos países.

¿Quién puede decir que nuestras lanas, en un futuro no lejano, se conviertan en riquísimos paños de características tan buenas o mejores que la de los paños ingleses, y que nuestros petróleos, cueros, maderas, así como también la incalculable riqueza mineralógica de todas nuestras regiones montañosas, donde el carbón de piedra, los aceites minerales, el estaño y los numerosos metales de mayor valor, desde el oro a las tierras colorantes y de manufactura cocida (cerámica, etcétera), que existen en pleno olvido, produzcan una revolución en el intercambio mundial que nos obligue a ver una serie de rivales en los mercados extranjeros con quienes hoy mantene-mos relaciones posibles por razones de necesidades mutuas... (Repetto 1916, 134).

De existir rivalidades con Gran Bretaña, Argentina debería atender sus problemas estratégicos y prepararse en materia de defensa. En ese punto, las Malvinas ocupaban un rol clave, pues, si bien se encontraban “olvidadas en el rincón más meridional de la América”, su cercanía las convertía en “una formidable amenaza [para] las costas patagónicas”.

¹⁹ Esteban Repetto (1882-1972) comenzó su carrera en la Marina a los 19 años. Egresó de la Escuela Naval Militar, en la 31ª promoción, en 1906, y se retiró como capitán de fragata en 1929.

Desde allí podría aproximarse una escuadra enemiga, por lo que era urgente ubicar un centro estratégico en el sur, para defender “los principales centros de riqueza” y otros puntos “de orden militar” (Repetto 1916, 134).

Parece que hasta la opinión pública coincidiera con esta manera de pensar. Cuántas veces hemos oído decir a personas completamente ajenas a cuestiones militares, qué es lo que haríamos si corrientes de fuerzas procedentes [de] las Malvinas nos infestaran los vastos mares de la Patagonia, y preguntar: ¿Tenemos algo previsto para su defensa, en consideración al rápido desarrollo progresivo de las costas patagónicas? (Repetto 1916, 135).

En 1917, Benjamín Villegas Basavilbaso, por entonces alférez de navío retirado, director del Boletín del Centro Naval y profesor en la Escuela Naval Militar, publicó un artículo sobre la importancia del conocimiento histórico en la educación militar, detallando al mismo tiempo el contenido de los programas de historia con los que estudiaban los cadetes.²⁰ La lectura de ese trabajo permite observar que por entonces la cuestión Malvinas era un tópico de estudio dentro de la formación de los oficiales. Integraba la bolilla XI del programa de historia argentina y americana. “La cuestión Malvinas no puede pasar sin el conocimiento de sus antecedentes históricos. Tiene para nosotros singular

²⁰ Benjamín Villegas Basavilbaso, “La enseñanza de la Historia en la Escuela Naval Militar”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 35, n.º 406-408 (1917-1918): 397-470.

Benjamín Villegas Basavilbaso (1884-1967) inició su formación en la Escuela Naval Militar, de donde egresó con el segundo lugar de su promoción. En 1911 pidió su retiro con el grado de alférez de navío, para estudiar Derecho en la Universidad de Buenos Aires, aunque igualmente continuó vinculado a la Armada, como profesor de historia en la Escuela Naval Militar, director del Boletín del Centro Naval y asesor letrado del Ministerio de Marina. Publicó numerosos artículos y libros sobre historia marítima argentina. La Escuela Naval Militar se creó en 1872, durante la presidencia de Domingo F. Sarmiento. Los profesores eran tanto civiles como militares y los alumnos se dividían en dos grupos: los que tomaban estudios de oficialidad para el Cuerpo General y los que lo hacían para el Cuerpo de Ingenieros.

interés; por lo menos no se debe ignorar las causas de su pérdida y los derechos indiscutibles que nos acompañan”.²¹

Inmediata posguerra y década de 1920

Los años que siguieron al fin de la Primera Guerra Mundial coincidieron con un momento en el que la oficialidad de la Armada realizó una importante introspección. Por entonces, la Fuerza transitaba por un agudo cuadro de obsolescencia, en parte, producto de los efectos del conflicto. Muchos oficiales analizaron la situación y elaboraron planes de modernización, con base en las lecturas y enseñanzas que habían extraído de la guerra (Desiderato 2022).

La Batalla de Malvinas era sumamente estudiada; de hecho, los alumnos de la Escuela Naval Militar la aprendían en detalle.²² Algo parecido ocurrió con muchos oficiales, que escribieron sobre el tema, a partir de sus propios intereses profesionales. Por ejemplo, el teniente de fragata Gregorio Báez se ocupó de los códigos de señales utilizados en el enfrentamiento, mientras Esteban de Loqui expresaba que la escuadra británica había sido superior a la alemana, por su mejor coeficiente de fuego y velocidad, y el teniente de navío Jorge Games comprobaba que el buque de superficie y el cañón seguían siendo factores decisivos en la guerra naval.²³

²¹ Ibid, 448.

²² “[...] habiéndose librado en aguas meridionales de nuestro continente, [estuvo sujeta] a condiciones geográficas y estratégicas que nos interesan” (Ratto 1936, 85).

²³ Esteban De Loqui, “Cartas al director. La libertad de los mares y del aire”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 36, n.º 415 (1919): 684-689; Gregorio Báez, “Sobre señalización de combate”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 39, n.º 429 (1921): 137-145; Jorge Games, “Utilización táctica de las diferentes armas en la Guerra Naval”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 40, n.º 456 (1922): 251-263. Gregorio Báez (1889-1959) egresó de la Escuela Naval Militar en 1911, en la promoción número 36. Se retiró de la Armada en 1934, con el grado de capitán de fragata; Jorge Games (1885-1929) egresó de la Escuela

Fuera de lo estrictamente militar, las Malvinas también aparecen mencionadas en algunos trabajos. El 11 de julio de 1924, en una conferencia dictada en el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires, Segundo Storni afirmaría categóricamente que la importancia de las Islas era prácticamente nula, pues no tenían “valor comercial ni intrínseco ni de escala” (Storni 1924, 10). Por su parte, diferente fue la mirada de Juan Pablo Sáenz Valiente, quien veía en las Malvinas una cuestión de soberanía nacional.²⁴ Este vicealmirante retirado –ministro de Marina durante las presidencias de Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza– había publicado *El desarme como política internacional*, en 1923, un trabajo que dialogaba con la experiencia reciente de la Gran Guerra y el contexto de pacifismo y desarme que caracterizó a los años veinte. En líneas generales, Sáenz Valiente señalaba que Argentina debería contar con fuerzas navales bien equipadas y entrenadas, pues la guerra era natural en el hombre y representaba un peligro siempre latente.

No son pues, suficientes los pactos de desarme para prevenir la guerra, quizá son contraproducentes, porque, admitidos de buena fe por algunas de las partes, obran en contra en el instante mismo que las partes se levantan contra lo pactado, nada más que porque son más fuertes y así conviene a sus ambiciones (Sáenz Valiente 1923, 12).

Naval Militar, con el primer puesto de su promoción. En 1910 fue enviado a la escuadra estadounidense en el Pacífico, en comisión de estudios por seis meses, para perfeccionarse en artillería, tiro y torpedos. Integró las tripulaciones de varios buques y desempeñó diversas tareas para el Ministerio de Marina. Falleció en servicio, en 1929, con el grado de capitán de fragata.

²⁴ Juan Pablo Sáenz Valiente (1861-1925) egresó de la 3° promoción de la Escuela Naval Militar en 1883. Durante sus más de tres décadas de servicio, ocupó importantes cargos, como, por ejemplo, prosecretario de la Junta Superior de la Marina, jefe de la Comisión de Estudios Hidrográficos del Río de la Plata, director de Hidrografía, Faros y Balizas, jefe de Estado Mayor, y ministro de Marina durante las presidencias de Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza. Se retiró con el grado de vicealmirante en 1916.

La clave del trabajo de Sáenz Valiente era la desconfianza hacia el derecho internacional, al entender que, como medio de resolución de controversias, no había sido eficaz al momento de evitar el estallido de la última guerra. Por ello, sostenía que la fuerza era el único medio práctico para proteger la soberanía de las naciones; y ponía a Malvinas como ejemplo. Decía que:

[...] la alegación de derechos entre naciones, tiene su trámite, sus bases más o menos deleznable y sus fórmulas, que en conjunto permiten, sin menoscabar lo que se titula soberanía, buscar soluciones aceptables unas veces, equitativas otras y justas las menos. Y bien entendido, que ninguna de estas soluciones es realizable, sino cuando el valor de la organización militar y el poder de los armamentos son de éxito dudoso, pues, en el caso contrario, tiene siempre el mejor derecho y la justicia, aquél que posee mayor fuerza, circunstancia que elimina por inútil la discusión, como nos ocurre a nosotros con nuestros buenos y justos derechos sobre Malvinas (Sáenz Valiente 1923, 8).

En 1927, el Boletín del Centro Naval publicó “Bordejeando”, un ensayo sobre los descubrimientos, exploraciones y levantamientos de las costas patagónicas que había ganado el “Premio Almirante Brown”, uno de los certámenes literarios que organizaba el Centro Naval.²⁵ El trabajo tenía la firma de Teniente H. Doserres, seudónimo del teniente de navío Héctor Raúl Ratto, retirado luego como capitán de fragata y director del Museo Naval. Contenía varias páginas dedicadas a la extensa historia de las Malvinas, con su descubrimiento y ocupación, sin dejar de mencionar que se trataba de una “tierra irredenta de las generaciones argentinas” que había sido ilegítimamente usurpada por Gran Bretaña.²⁶ En un artículo posterior, Ratto volvió a retomar

²⁵ “Concursos. Premio Almirante Brown”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 44, n.º 459 (1926): 273.

²⁶ Teniente Doserres (seudónimo), “Bordejeando. Trabajo de vulgarización sobre los descubrimientos, exploraciones y levantamientos de las costas

el tema, para refutar algunas hipótesis que atribuían el primer descubrimiento de las Islas a Américo Vespucio o a las expediciones de Magallanes, y resaltó el importante papel que debería ocupar el Museo Naval en la investigación de todo lo relacionado con Malvinas.

Tales hipótesis, que constituyen unos de los argumentos que algunas personas mal informadas utilizan para consolidar nuestros derechos de posesión de las islas Malvinas, deben ser desechados sin remordimiento patriótico, porque nada sería más opuesto al triunfo de una buena causa [...] que fundamentarlo sobre bases históricas inexactas...

Si los internacionalistas [...] necesitan saber a ciencia cierta quién fue el primero que avistó las islas Malvinas, que lo pregunten porque no es un asunto difícil de dilucidar. El Museo Naval de reciente creación puede abocarse desde ya [a] tal estudio, con tal, claro está, que se le den los elementos necesarios o, lo que es mejor, que se los busque...²⁷

El capitán de fragata Teodoro Caillet-Bois, dedicado a la historia naval luego de su retiro, fue otro oficial que escribió sobre Malvinas. En 1928 publicó un resumen en español

patagónicas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 45, n.º 465 (1927): 108; este trabajo sería más tarde publicado en formato libro (Ratto 1928).

Héctor Raúl Ratto (1892-1948) egresó de la Escuela Naval Militar en 1912, dentro de la promoción n.º 38. En 1928, se le destinó en comisión a España, para visitar archivos y museos y reunir antecedentes sobre navegaciones y trabajos hidrográficos. Con ese material, publicaría más tarde algunas investigaciones que reafirmarían los derechos argentinos sobre los territorios patagónicos. Fue jefe de estudios en el viaje de instrucción de la fragata *Sarmiento* de 1930 y profesor en la Escuela Naval Militar. Una vez retirado de la actividad, fue director del Museo Naval y director de la Biblioteca de Marina con sede en el Centro Naval.

²⁷ Teniente Doserres, “El tercer viaje de Américo Vespucio”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 46, n.º 470 (1928): 123. El Museo Naval fue fundado en 1892 por el Centro Naval, con donaciones de objetos y modelos de buques facilitados por los propios socios. Funcionó bajo la órbita del Centro hasta que pasó a cargo del Ministerio de Marina. Para la década de 1940, las colecciones del museo habían aumentado tanto que se dispuso su traslado a los depósitos de los Talleres de Marina, en el Tigre, donde hoy funciona el actual Museo Naval de la Nación.

de *The Struggle for the Falkland Islands, a Study in legal and diplomatic History*, obra de Julius Goebel, profesor de derecho y filosofía en la Universidad de Columbia. Caillet-Bois consideraba al texto un “prolijo estudio sobre la cuestión de las Malvinas”, realizado con base en un “profundo conocimiento”, que serviría para aclarar algunos “puntos oscuros” y sería de “gran interés” para los oficiales de la Armada.²⁸

En 1929, Caillet-Bois publicó *Ensayo de historia naval argentina*, una obra de carácter didáctico, que intentaba explicar el extenso devenir histórico naval argentino, desde el período hispánico hasta el presente. Dentro de los numerosos temas tratados, dedicó algunas páginas a lo que consideraba un acto “de gran importancia en la cuestión diplomática de las Malvinas”: la toma de posesión de las Islas que había hecho David Jewett, comandante de la fragata *Heroína*, en cumplimiento de instrucciones dispuestas por el gobierno de las Provincias Unidas (Caillet-Bois 1929, 176). En otros apartados, la obra trabajó el episodio de la usurpación británica, a la que calificó de “atropello”, pues Gran Bretaña, que siempre había “codiciado” las Islas, se apoderó de ellas con un “zarpazo a mansalva”, “hollandando” los legítimos títulos de posesión argentinos. Caillet-Bois confiaba en que las Islas “tarde o temprano” volverían a ser argentinas, pero no luego de un esfuerzo militar, sino por voluntad inglesa, ya que era mayor el daño que su posesión causaba “al buen nombre” de aquella “potencia ocupante” que el “aprovechamiento material” que realmente reportaba (Caillet-Bois 1929, 351-353).

²⁸ Teodoro Caillet-Bois, “Un libro norteamericano sobre la cuestión de las Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 45, n.º 468 (1928): 519. Ese texto sería nuevamente publicado, esta vez junto a diversos recuerdos y ensayos históricos (Caillet-Bois 1939). Teodoro Caillet-Bois (1879-1949) egresó de la Escuela Naval Militar, con el primer lugar de la 24ª promoción. Durante su carrera obtuvo varios ascensos y comandos, y fue un prolífico autor de obras y artículos sobre historia marítima argentina. Solicitó su retiro, como capitán de fragata, en 1927.

Malvinas en clave nacional

Durante la década de 1930, la cuestión Malvinas fue intensamente utilizada en la arena política e intelectual argentina. Se popularizaron intentos gubernamentales por generar construcciones y relatos sobre la historia de las Islas, para intentar colocar el tema en el imaginario social de los argentinos (Rubio García 2020, 56). La actividad de los oficiales de la Armada responde a ese contexto, aunque su producción literaria comienza a vislumbrarse recién al finalizar la década.

En 1938, Héctor Ratto publicó “Hacia una doctrina argentina sobre Malvinas”. El propósito del trabajo era mejorar la comprensión de un tema “trascendente”, “doloroso”, “intrincado” y “palpitante”, incorporando planteos “fehacientes y valederos”, que hasta entonces no habían sido considerados, mientras se desechaban otros, por “inconsultos e inconsistentes”, que no aportaban “nada nuevo” y “oscurecían” la cuestión (Ratto 1938, 711-712). Ratto repasaba los antecedentes históricos, con abundantes mapas y documentos, hasta llegar al “ingrato año” de 1833, cuando el dominio británico de Malvinas pasó a ser, para los argentinos, “una espina dolorosamente incrustada en la parte más sensible de su joven organismo”.²⁹

Malvinas se vuelve un tópico recurrente y aparece en la revista *Caras y Caretas* del 10 de junio de 1939, en el contexto de los debates por la provincialización de la Patagonia, un “grave problema” que, se indicaba, debía ser resuelto para que al país no le “quitaran” ese territorio como “ya le habían quitado” las Malvinas. La culpa era de Juan Manuel de Rosas, que había “olvidado” a las Islas, por entender que la Argentina “terminaba” en el Río Colorado.³⁰

²⁹ Héctor R. Ratto, “Hacia una doctrina argentina sobre Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 56, n.º 532 (1938): 370.

³⁰ Juan José Soiza Reilly, “¿Nos quieren quitar la Patagonia como nos quitaron las islas Malvinas?”, *Caras y Caretas (CyC)*, 10/06/1939.

No nos engañemos como el avestruz. Si alguna potencia soñara el sueño delirante de quitarnos la Patagonia, la culpa será nuestra: la hemos dejado en el olvido, en el abandono, en la miseria. ¿Por qué nos quitaron los ingleses las islas Malvinas? Porque Rosas las había olvidado. Porque para Rosas la República Argentina terminaba en el Río Colorado.

El crimen de Rosas no es haber degollado a 200 enemigos. Si no los degüella, lo degüellan a él. El crimen de Rosas es haber degollado a su patria en las Malvinas.³¹

La nota pertenecía a Juan José de Soiza Reilly y se había redactado con base en los comentarios y aportes de varios especialistas, entre ellos, algunos oficiales navales de máxima jerarquía, como los almirantes Segundo Storni e Ismael Galíndez. Ambos creían necesario fomentar el sentir nacional en los territorios patagónicos, mediante educación e inversiones en infraestructura, así como protegerlos y defenderlos, incrementando allí la presencia del Ejército y la Armada.³²

Humberto Burzio, oficial vinculado al escalafón de Intendencia y activo historiador marítimo y naval, también compartió el pensamiento de que las Malvinas se habían perdido por responsabilidad de Juan Manuel de Rosas. En un escrito publicado en 1944, aseguraba que el “tirano”, figura que por entonces se pretendía “reivindicar”, apelando a una “propaganda sofística” y a una dialéctica de “dudosa habilidad”, había sido el artífice de una “tentativa de renunciamiento de los derechos incuestionables” sobre las Islas. Burzio señalaba que la delicada situación fiscal de Buenos Aires había llevado a Rosas a gestionar, a través de Felipe Arana, su ministro de Relaciones Exteriores, y Manuel Moreno, el representante argentino en Londres, la decisión “antipatriótica” de renunciar a Malvinas, a cambio de

³¹ *Ibíd.*

³² *Ibíd.*

saldar el empréstito de la casa Baring Brothers.³³ Las categóricas afirmaciones de Burzio provocaron tensiones entre los miembros del Centro Naval. Miguel Rodríguez, uno de los socios, le escribiría una nota al contraalmirante Héctor Vernengo Lima, presidente del Centro, para manifestarle su malestar ante la “severa diatriba” y la “viva detracción” que Burzio había hecho de Rosas, con un artículo que, a su entender, tenía graves contradicciones y no resistía el menor análisis.³⁴

Fuera de este último hecho casi anecdótico, vale la pena indicar la multiplicidad de rumbos que por entonces tomó la temática Malvinas. Algunos oficiales de la Armada ya hablaban de las Islas como “nuestras”, resaltando así su condición de territorio usurpado.³⁵ Durante aquellos años, el capitán de fragata Esteban Repetto escribió *Marina Mercante*, una obra de varios capítulos, íntegramente publicada en el Boletín del Centro Naval, que insistía en la necesidad

³³ Humberto F. Burzio, “Rosas, el empréstito inglés de 1824 y las islas Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 62, n.º 564 (1944): 641 y 656.

Humberto Francisco Burzio (1902-1980) ingresó a la Armada como auxiliar contador en 1923 y desarrolló su carrera en el escalafón de Intendencia. En 1952 solicitó su retiro y cuatro años después pasó al Cuerpo de Retiro Activo. En 1957, organizó y comandó la División Historia Naval, de la Subsecretaría de Marina, y tres años después impulsó su transformación en el Departamento de Estudios Históricos Navales (DEHN), del que fue jefe hasta marzo de 1970. Fue un inagotable autor sobre historia naval argentina, que llegó a ser vicepresidente segundo de la Academia Nacional de la Historia, presidente del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, y director del Museo Histórico Nacional.

³⁴ Miguel Rodríguez, “A propósito del artículo ‘Rosas, el empréstito inglés de 1824 y las islas Malvinas’”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 62, n.º 565 (1944): 898-900.

³⁵ Red (seudónimo), “La batalla, prueba máxima de teorías y prácticas y esos buques ‘emparchados’”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 58, n.º 537 (1939): 187; Melchor Z. Escola, “Antecedentes para una expedición científica argentina a la Antártida”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 59, n.º 542 (1940): 95; Melchor Z. Escola, “Las naciones australes de América y la continuidad geológica continental antártico-sudamericana”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 59, n.º 547 (1941): 95; Martín Rodríguez, “La isla ‘Pepys’ y el banco ‘Subra’”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 59, n.º 543 (1940): 266, 268 y 273; Carlos E. Constantino, “Nieblas”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 60, n.º 553 (1942): 792.

de contar con una marina mercante nacional. Uno de los planteos era la extensión del litoral marítimo argentino, que era de “riquezas incalculables” y se extendía desde la costa hasta “300 millas mar afuera”, anexando allí a las Malvinas, a las que Repetto consideraba “un patrimonio innegable” del país.³⁶

El tema Malvinas también comenzó a figurar con cierta regularidad en “Inteligencia a media driza”, sección del Boletín del Centro Naval que publicaba notas anónimas de lectores, con opiniones y noticias vinculadas a la profesión y al contexto nacional e internacional. Por ejemplo, en “Alrededor de las Malvinas”, se comunicaba cómo el senador Robert Reynolds, de Carolina del Norte, había traído a colación la cuestión Malvinas en uno de los debates del Congreso que trababa la neutralidad estadounidense frente a la Segunda Guerra Mundial. Según el autor de la nota, eso había “reavivado” un “interesante movimiento de opinión pro recuperación” de ese “archipiélago irredento de los argentinos”.³⁷ A eso, otro escritor anónimo agregó que no le parecía “desagradable” que en esa “gran república” se comprendiera “la justicia de los derechos argentinos”.³⁸ Otra intervención, titulada “La propaganda oficial y lo argentino”, alertaba de la “falla grave” en uno de los números de *MAN* –la revista del Ministerio de Agricultura– que había publicado un mapa de la Argentina sin las “irredentas islas Malvinas”. El autor de la nota opinaba que, con ese error, uno juzgaría que el Ministerio realizaba una “labor de propaganda destinada al extranjero”.³⁹ Finalmente, en “Los congresos de historia”, se insistía en lo importante que era debatir y presentar trabajos sobre el mar argentino, en los

³⁶ Esteban Repetto, “Marina Mercante”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 59, n.º 542 (1940): 50.

³⁷ “Inteligencia a media driza”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 58, n.º 538 (1939): 433.

³⁸ “Inteligencia a media driza”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 59, n.º 547 (1941): 1046.

³⁹ *Ibid.*, 1048.

distintos congresos de temas históricos que tenían lugar en el país. Se decía esto, pues, generalmente los expositores se concentraban únicamente en “exaltar” la actuación de los personajes ligados al pasado nacional y desestimaban otros asuntos, que también eran importantes, como aquellos relacionados con las expediciones marítimas e hidrográficas realizadas en las costas patagónicas y “los problemas del descubrimiento de las islas Malvinas”.⁴⁰

¿Recuperar Malvinas?

El estallido de la Segunda Guerra Mundial otra vez demostraría la importancia estratégica de las Islas Malvinas. En 1939, la corona británica formó allí fuerzas de defensa y levantó puestos de vigilancia, y en 1942, con la entrada de Japón en la guerra, colocó una guarnición para proteger las Islas en caso de ataque. El archipiélago también fue un punto logístico clave para los buques de la *Royal Navy*; por ejemplo, fue allí donde se retiró el *HMS Exeter*, para realizar reparaciones de emergencia, luego de su enfrentamiento con el crucero alemán *Admiral Graf Spee*, en la Batalla del Río de la Plata, en diciembre de 1939.

La cercanía de ese enfrentamiento puso en alerta al presidente Roberto M. Ortiz, que suponía que la neutralidad argentina podría ser fácilmente vulnerada por las escuadras beligerantes. Por ello, le ordenó al almirante León L. Scasso, su ministro de Marina, que organizara patrullajes sobre las aguas nacionales. En ese contexto, una sección de tres aviones de la Escuadrilla de Patrulleros realizó el primer vuelo a las Islas Malvinas (Arguindeguy 1981, 601).⁴¹

⁴⁰ “Inteligencia a media driza”, *Boletín del Centro Naval*, tomo 60, n.º 550 (1941): 495-496.

⁴¹ León Lorenzo Scasso (1882-1954) egresó de la Escuela Naval Militar, en el sexto lugar de la 26ª promoción. Su carrera militar fue extensa, con varios cargos, jefaturas y comandos, entre ellos: agregado naval de la legación

Como medida inicial, se había establecido una Estación Aeronaval Auxiliar en Bahía Uruguay, próxima a Puerto Deseado, bajo la jefatura del teniente de navío Urbano de la Fuente Olleros, que contó con el apoyo del teniente de navío Rafael Ojeda, comandante del rastreador *Bouchard*. Allí se fondearon tres puertos de amarre para los hidroaviones y se establecieron depósitos de combustible y algunas instalaciones menores. El 19 de enero de 1940 volaron desde la Base Aeronaval de Puerto Belgrano hasta la Bahía Uruguay, tres aviones *Consolidated P2Y-3A*, de la Escuadrilla de Patrulleros, a las órdenes del teniente de navío Salustiano Mediavilla. Fueron destacados, además, como apoyo naval en el área del Atlántico Sur, los destructores *Cervantes*, *Garay*, *Mendoza* y *La Rioja* (Arguindeguy 1981, 601).⁴²

Con condiciones meteorológicas favorables, se inició el vuelo en la madrugada del 22 de enero. Los tres hidroaviones se detuvieron frente a las Islas Los Salvajes, al noroeste de Malvinas, sin ser detectados por los británicos. Alcanzado el objetivo y fotografiadas las Islas, se emprendió el regreso. Esta acción demostró la factibilidad de unir por aire y con los medios existentes el archipiélago con el continente, aunque el operativo nunca fue hecho público (Arguindeguy 1981, 601).

En el marco de la Segunda Guerra Mundial, la Armada siguió con especial atención la situación de las Malvinas. El 18 de junio de 1940, el Ministerio de Marina presentó un informe secreto titulado “Ligera apreciación de la situación”, que esgrimía algunas probables hipótesis de conflicto, si las hostilidades llegaban al continente sudamericano. La

argentina en Londres; jefe de la División de Operaciones del Estado Mayor General; director de la Escuela de Aplicación para Oficiales en dos oportunidades; adscripto a la Comisión Naval en Europa, como asesor para la Conferencia Mundial del Desarme; jefe del Estado Mayor de la Escuadra de Mar; jefe del Estado Mayor General; jefe de la Flota de Mar; y ministro de Marina entre 1938 y 1940. Se retiró con el grado de almirante, en 1942.

⁴² El *Consolidated P2Y* era un hidroavión de fabricación estadounidense, dedicado al patrullaje marítimo. La Armada Argentina utilizó seis de ellos, del modelo P2Y-3A, entre 1936 y 1949.

fecha del documento coincidía con uno de los momentos más críticos de la guerra: los ejércitos alemanes habían entrado en París y Francia negociaba un armisticio, mientras Winston Churchill, recién nombrado primer ministro, pronunciaba su famoso discurso “Their finest hour” ante la Cámara de los Comunes, buscando mantener la moral alta en el pueblo británico, que había quedado solo frente a la Alemania de Hitler. El estudio del Ministerio de Marina advertía que, como consecuencia del giro que habían tomado los acontecimientos, resultaba evidente que tarde o temprano se producirían cambios fundamentales que afectarían a todas las naciones, tanto en lo político, como en lo económico y social, pues “[esa] guerra” no era “simplemente un encuentro entre potencias militares sino una lucha de sistemas que probablemente [introducirían] reformas sustanciales en todos los órdenes de la actividad mundial”. La Argentina eventualmente también afrontaría esos efectos, a pesar de su “posición de relativa comodidad”.⁴³

Uno de los escenarios que intuía el informe era la “base presumiblemente cierta”, de que se produzca un triunfo de Alemania lo “suficientemente decisivo” como para imponer condiciones a Gran Bretaña respecto a su imperio colonial, del cual las Malvinas formaban parte. Ese era el “único motivo de preocupación” que tenía Argentina, a saber, que otra potencia ejerciera su dominio sobre las Islas.⁴⁴

[...] la historia no tolerará sin severas críticas para los responsables, el traspaso del dominio que Gran Bretaña ejerce sobre esas islas a cualquier otra nación que no sea la nuestra... si tal cosa estuviera por suceder, se producirá dentro del país una reacción que estamos en el deber de evitar, para que no influya peligrosamente en la política interna de la nación.

Nada permite afirmar hoy por hoy, que tal cambio de dominio tenga efecto entre Gran Bretaña y otra nación que

⁴³ DEHN, Fondo Scasso, Caja 5, Legajo 4, “Ligera apreciación de la situación”, Buenos Aires, 18/06/1940, foja 1.

⁴⁴ *Ibíd.*, 1.

no sea la nuestra: pero, muchos indicios hay para presumir que ello pueda suceder, si con toda previsión no tomamos por nuestra cuenta las medidas oportunas para evitarlo.⁴⁵

No solo se temía que otra potencia ocupara Malvinas; también generaba preocupación lo que podría ocurrir con Estados Unidos. Por entonces, ese país era neutral, pero esa condición podría cambiar fácilmente en el futuro. Si entraba en guerra contra Japón y Alemania, y una perturbación afectaba transitoriamente al canal de Panamá, el gobierno estadounidense podría observar con interés “la importancia estratégica” de las Malvinas. Y en caso de mantenerse neutral, tampoco podría “dejarse de ver la importancia de esas islas para la política de expansión y absorción económica y comercial que [caracterizaba] a EE. UU. y a todas las naciones de origen sajón”.⁴⁶ Después de todo:

[...] los gobernantes de EE. UU. han tomado ya en cuenta este aspecto estratégico de su país. Sus amplias y divulgadas declaraciones referentes a la necesidad de protección y ayuda a todo el continente, amparándolas en la Doctrina de Monroe que nunca hemos aceptado; la extraordinaria propaganda de las mismas y su insistencia ante el silencio, que pareciera deliberado, de las autoridades responsables de las naciones sudamericanas; informaciones reservadas y frecuentes de nuestros representantes en aquel país y más que todo y sobre todo, su última gestión ante la Marina Argentina en demanda del otorgamiento de bases navales para su escuadra y de un entendimiento recíproco para la confección de planes de guerra; son indicios fehacientes de una intención deliberada de inmiscuirse en nuestros problemas.⁴⁷

⁴⁵ *Ibíd.*, 1-2.

⁴⁶ *Ibíd.*, 2.

⁴⁷ *Ibíd.* El fragmento de la cita se refiere a un hecho ocurrido a principios de junio de 1940, poco después de la Batalla de Dunkerque, cuando un capitán de navío de la *US. Navy* –de nombre Spears– llegó a la Argentina para consultar oficiosamente al gobierno nacional si estaría dispuesto a cooperar militarmente con Estados Unidos, en caso de agresión por parte de Alemania, Italia o Japón; y, si eso efectivamente ocurría, determinar cuáles

Asimismo, el informe señalaba la preocupación que producía la coincidencia de que, en esos “momentos angustiosos”, Estados Unidos haya dispuesto que dos cruceros y un destructor navegaran hacia el Atlántico Sur. Su presencia allí podría hacerse permanente, formando “el clima propicio para una ocupación definitiva”, lo cual era el “procedimiento normal” que seguían “los pueblos de [esa] raza”. Si eso ocurría, Argentina perdería las Malvinas “para siempre”. Para evitarlo, se recomendaba “adelantarse a los acontecimientos” y movilizar una importante parte de la Flota a la isla de los Estados, para mantenerse a la espera y acudir a las Malvinas a la primera orden. Si los buques estadounidenses efectivamente llegaban al archipiélago, se encontrarían con los buques argentinos; y de esa forma, sin anteponer ningún espíritu agresivo, se mantendrían “irreductiblemente” los derechos nacionales.⁴⁸

El Ministerio de Marina presentó otro informe secreto al día siguiente –19 de junio– proponiendo algunos escenarios, con lo que podría ocurrir con las Malvinas dentro del contexto de guerra. En primer lugar, estaba la posibilidad de que las Islas cayeran en manos de Alemania e Italia, lo que supondría una grave amenaza a las comunicaciones de Estados Unidos, en caso de destrucción del canal de Panamá.⁴⁹ Si eso ocurría:

[...] los Estados Unidos tendrán tanto interés como nosotros de que dichas islas no pasen a poder de los totalitarios.

En consecuencia, corresponde que el país con o sin el apoyo de los Estados Unidos, tome posesión de las islas Malvinas y Georgias antes de que pasen a poder definitivo de Alemania e Italia.⁵⁰

serían las bases navales y aéreas que podrían facilitarles a las fuerzas estadounidenses.

⁴⁸ DEHN, “Ligera apreciación”, 3-5.

⁴⁹ DEHN, Fondo Scasso, Caja 5, Legajo 4, “Apreciación de una situación estratégica”, Buenos Aires, 19/06/1940, foja 17.

⁵⁰ *Ibid.*, 17.

El documento presentaba varios modos de acción para concretar la recuperación de las Islas: primero, conseguir que Inglaterra las devolviera; segundo, lograr que Alemania e Italia las regresaran, si las obtenían como botín de guerra; tercero, tomarlas por la fuerza.⁵¹ El primero de los casos, sería una cuestión de:

[...] habilidad política [que] podría tener éxito solo en el caso de que Inglaterra viera próxima su derrota y tuviera la seguridad de perder su flota o que se llegara a exigir la entrega de posesiones a los alemanes e italianos, como precio de la paz. Es un procedimiento que no debemos perder de vista por si la situación llegará a presentarse en la forma supuesta y no hubiéramos encontrado otra mejor solución a tan importante problema.⁵²

Por su parte, el segundo caso resultaba “factible”, siempre y cuando las “intenciones futuras” de Alemania e Italia no incluyeran operaciones militares en Sudamérica ni contemplaran una mirada de índole estratégica sobre Malvinas. Por consiguiente, se estimaba que ese modo de acción no era efectivo y que solo debía tenerse en cuenta en caso de que fallaran las “otras soluciones seguras y ventajosas”. En definitiva, el informe sentenciaba que el “único medio seguro de llegar a entrar en posesión de las islas Malvinas y Georgias”, era el tercer y último caso: tomarlas por la fuerza. Eso entrañaría un “serio peligro”, dependiendo de si se producía o no un enfrentamiento entre Estados Unidos, Alemania e Italia.⁵³ Si no había conflicto:

[...] el interés de dichos países por las islas Malvinas [...] será menor y no asumirá la condición de vital importancia. En este supuesto, se estima factible realizar una operación marítima, probablemente de carácter limitado, para apoderarse de dichas islas, acción que puede y debe ir apoyada de una hábil

⁵¹ *Ibíd.*

⁵² *Ibíd.*, 18.

⁵³ *Ibíd.*, 18-19.

gestión diplomática ante los países indicados inclusive Inglaterra, buscando también el apoyo diplomático de los países de América.

Claro está que la elección del momento para realizar dicha operación marítima, debe ser elegido con sumo cuidado y preparar su camino haciéndolo preceder por la acción diplomática ya mencionada; procedimiento este que permitirá apreciar mejor la situación y por consiguiente, tener mayor seguridad en la elección del momento para llevarla a cabo.⁵⁴

Ahora bien, en caso contrario, si efectivamente existía un conflicto entre Estados Unidos, Alemania e Italia, la situación se volvería “gravísima” para el continente americano, particularmente para Estados Unidos, que necesitaba mantener libres las comunicaciones con el Atlántico Sur, en el caso no improbable de que el canal de Panamá fuera inutilizado. También resultaría de suma importancia para Alemania e Italia disponer en Malvinas de una base conveniente en la región, para operar eficazmente contra el comercio marítimo estadounidense. Ambas circunstancias serían igualmente perjudiciales para la Argentina, por lo que el informe decía tajantemente que no era conveniente “bajo ningún concepto que países europeos se instalen frente a nuestras costas apoderándose de las Malvinas” y que había que recuperarlas, apelando al apoyo de los Estados Unidos, si fuera necesario. Como compensación, podría permitírsele a ese país utilizar las Islas como base de operaciones hasta el final de la guerra. Ese parecía ser el procedimiento que “mejor cubriría las apariencias”. Además, por “propia conveniencia” no se debería “ir en contra de Estados Unidos”. Era mejor “aceptar la realidad impuesta por las circunstancias”.⁵⁵

En 1940, la Escuadra de Mar elaboró un informe confidencial y de carácter reservado, titulado “Memoria sobre las Islas Malvinas”, que había sido redactado en Puerto

⁵⁴ *Ibíd.*, 19-20.

⁵⁵ *Ibíd.*, 20-22.

Belgrano y llevaba las firmas del jefe del Estado Mayor de la Armada, capitán de navío Ernesto Basílico, y del jefe de operaciones, capitán de fragata Mario Leoni. El documento describía la situación general de las Islas, haciendo foco en la población, las condiciones sanitarias, las fuerzas militares, las telecomunicaciones, y los establecimientos más importantes, como Puerto Stanley, Goose Green y Darwin. Advertía que a las Islas las defendía la *Falkland Islands Defence Force*, dispositivo compuesto por dos pelotones de infantería, un destacamento de artillería, una sección de ametralladoras y otra de comunicaciones, apoyadas por algunas baterías, de mediano y grueso calibre, de ubicación desconocida; también existían algunas estaciones radiotelegráficas, pero “informaciones de muy buena fuente” aseguraban que las Islas no estaban comunicadas con el exterior “por ningún cable telegráfico submarino”.⁵⁶ El informe evidenciaba el interés particular de la Armada por conocer las características del terreno, la distribución de los núcleos urbanos y, sobre todo, la composición y número de los efectivos militares. Y ese interés cobra especial relevancia cuando se observa que, al año siguiente, en 1941, durante el ministerio de Marina del vicealmirante Mario Fincati, se materializan dos documentos claves que proponen recuperar Malvinas mediante la opción militar: “Apreciación general de la situación política internacional de la República Argentina” y “Ocupación de las Islas Malvinas”.⁵⁷

El primero fue un extenso estudio, de carácter secreto, que el Estado Mayor General de la Armada había elaborado

⁵⁶ DEHN, Fondo DEHN, Caja 200, “Escuadra de Mar. Memoria sobre las Islas Malvinas”, Puerto Belgrano, 28/09/1940, foja 20.

⁵⁷ Mario Fincati (1885-1962) estudió en la Escuela Naval Militar y en la Escuela de Aplicación de Oficiales. Fue jefe de personal en la Base Naval Puerto Belgrano, jefe de la división de faros de la Dirección General de Navegación y Comunicaciones de la Nación, director de la Escuela de Máquinas y Señales y subdirector de la Escuela Naval Militar, jefe del Servicio Hidrográfico, jefe de la Comisión Naval en Europa, agregado naval en Reino Unido, y ministro de Marina del presidente Ramón S. Castillo hasta su derrocamiento. Pasó a retiro en 1944, con el grado de vicealmirante.

para sintetizar los posibles modos de acción de la Argentina, frente a las distintas rivalidades y controversias existentes en Sudamérica y los intereses extranjeros en la región.⁵⁸ Las Malvinas se mencionan en el trabajo, como uno de los litigios territoriales que el país tenía pendiente y que podía ocasionar “rozamientos” con otras naciones. Luego de repasar los argumentos y derechos argentinos sobre las Islas, el estudio concluía que, si no era posible recuperarlas por la vía diplomática, no debería descartarse la vía militar.⁵⁹

Las declaraciones sistemáticas de los derechos de la República Argentina sobre las mencionadas islas, se estrellan contra la necesidad político-militar de su actual poseedor.

Existe una conciencia nacional formada acerca de su valor moral, político y militar para la Argentina.

Dos necesidades vitales para las dos naciones, la que sostiene sus derechos y la que las ocupa, no parecen tener cabida en una solución pacífica.

Por la misma razón que éstas islas son una necesidad político-militar para Inglaterra, lo serán también para cualquier potencia mundial que las ocupe.

Debe crearse la situación favorable. La actual guerra puede llevar a una situación favorable por lo cual nuestra política debe ser vigilante y provocar dicha situación.

De no obtener una solución pacífica favorable a los intereses argentinos, el tiempo conducirá al conflicto violento.⁶⁰

Como se observa, el Estado Mayor General de la Armada no descartaba la opción militar para recuperar las Malvinas, valiéndose de alguna ventana de oportunidad en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, lo que el estudio no precisaba era cómo hacerlo. Es allí donde cobra relevancia el segundo de los documentos, presentado a continuación.

⁵⁸ DEHN, Fondo DEHN, Caja 216, “Apreciación general de la situación política internacional de la República Argentina”, Estado Mayor General, 1941.

⁵⁹ *Ibíd.*, 58-59 y 211.

⁶⁰ *Ibíd.*, 212.

El 26 de septiembre de 1941, mientras Alemania avanzaba sobre el Frente Oriental y la Unión Soviética perdía Kiev, el capitán de fragata Ernesto Villanueva entregaba un trabajo titulado “Ocupación de las Islas Malvinas”, para la cátedra “Operaciones combinadas” que dictaba el entonces teniente coronel Benjamín Rattenbach, en la Escuela de Guerra Naval.⁶¹

Villanueva sabía que Argentina tenía derechos “inalienables” sobre Malvinas, pero temía que las Islas fueran ocupadas por otra potencia, por efecto de la guerra mundial. Por eso, proponía apoderarse de ellas mediante un “golpe de mano”, restituyendo así un territorio que le pertenecía al país y cuya “situación estratégica” era de “vital importancia” para la defensa marítima, la vida económica y la riqueza de la Nación.⁶² La toma se haría mediante una operación combinada, con efectivos de la Armada y el Ejército.⁶³ El factor sorpresa era fundamental, por lo que uno de los primeros objetivos de la misión era cortar el cable submarino y destruir las estaciones radiotelegráficas de Puerto Stanley y Bahía Fox (*Fox Bay*). El desembarco se realizaría en la playa de la Bahía Urania (*Uranie Bay*), al sur de la Bahía Anunciación (*Berkeley Sound*), mientras la Escuadra tomaba a la Bahía Cow (*Cow Bay*) como base de operaciones.⁶⁴

El Estado Mayor General del Ejército se interesó por el estudio de Villanueva y le pidió una copia a Rattenbach, quien la envió junto con algunos comentarios y apreciaciones personales. En síntesis, opinaba que el plan no ofrecería “mayores dificultades”, aunque lo complejo sería defender

61 La Escuela de Guerra Naval fue creada el 30 de julio de 1934, durante la presidencia de Agustín Pedro Justo y por iniciativa del entonces ministro de Marina y capitán de navío Eleazar Videla (1933-1938). El establecimiento aspiraba a convertirse en un espacio de formación académica destinado a consolidar los conocimientos profesionales de los jefes navales.

62 DEHN, Fondo DEHN, Caja 200, “Ocupación de las Islas Malvinas”, Buenos Aires, 26/09/1941, fojas 2-3.

63 *Ibíd.*, 21-23.

64 *Ibíd.*, 20-21 y 23-33.

las Islas “frente a una tentativa de reconquista de los ingleses”; y de eso, el trabajo de Villanueva nada decía.⁶⁵

Algunas conclusiones

Este capítulo se ocupó de algunas de las apreciaciones y observaciones que la oficialidad de la Armada Argentina hacía de Malvinas, en la poca explorada primera mitad del siglo XX. Luego de los diferentes artículos, libros, estudios, trabajos e informes analizados, se advierten una serie de hallazgos que se resumen a continuación.

La cuestión Malvinas no estuvo siempre instalada en la Armada ni generó el interés de sus oficiales. Entre 1900 y 1914 las menciones son prácticamente inexistentes. Nada dicen las memorias del Ministerio de Marina, por ejemplo, ni los números de la Revista de Publicaciones Navales, que dependía oficialmente del Servicio de Inteligencia Naval. El único artículo aparece en el Boletín del Centro Naval y su autor, bajo un seudónimo, no hace más que alertar acerca del poco dinamismo que tenía el tema y lo “imperfectamente conocido” que era dentro de la Marina.

Durante la Primera Guerra Mundial y los años de la década de 1920, las Islas se encuentran referenciadas en varios artículos y conferencias; sin embargo, el interés de los oficiales se limitó a la Batalla de Malvinas (8 dic. 1914), especialmente en la conducción, los medios y las armas empleadas por los combatientes. Las Malvinas solo se analizaron por su importancia estratégica, dentro del contexto bélico global, y no por su condición de territorio argentino usurpado por una potencia extranjera.

En la década de 1930 comienzan a observarse algunos cambios. La temática se hace más presente en los escritos

⁶⁵ *Ibíd.*, 1. Para más información sobre este trabajo de Ernesto Villanueva, véase el capítulo que Luis Esteban Dalla Fontana elaboró para este mismo volumen.

de gran parte de la oficialidad, la cual emplea un discurso en clave nacionalista, para reclamar por la recuperación de las Islas, aunque sin apelar a la confrontación ni a la retórica bélica. Muchos consideraban que Gran Bretaña, si bien había ocupado ilegítimamente el archipiélago, era una potencia benévola, con buenas relaciones y vínculos históricos con Argentina, que eventualmente devolvería pacíficamente las Islas.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, por primera vez la cuestión Malvinas se inserta de lleno en la Armada, a nivel institucional, y comienza a aparecer en la documentación oficial del Ministerio de Marina. La situación del archipiélago fue detenidamente analizada por las autoridades navales, que elaboraron varios informes reservados, con posibles escenarios y cursos de acción. La mayor preocupación era que otra potencia ejerciera su dominio sobre las Islas, si Gran Bretaña resultaba decisivamente derrotada; pues, de ese modo, se creía que Argentina perdería definitivamente el territorio. Fue entonces cuando comenzó a plantearse la necesidad de recuperarlas, incluso mediante la opción militar, si era necesario, lo que demuestra el cambio discursivo que para entonces se había desarrollado en la Armada. El territorio imperfectamente conocido, pobre y sin valor alguno, como señalaban algunos oficiales en las primeras décadas del siglo XX, había pasado a ser considerado, a partir de la década de 1940, una cuestión de interés estratégico, que se vinculaba con la defensa y la soberanía nacional.

Referencias bibliográficas

Arguindeguy, Pablo (1981). *Historia de la Aviación Naval Argentina, tomo 1*. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales.

- Barriera, Darío (2019). “Un rumor insistente. Saberes y circuitos de información para gobernar un archipiélago (las Islas Malvinas entre la corte y el territorio, 1756-1767)”. *Diálogo Andino* 60: 57-70.
- Barriera, Darío (2020). “Malvinas: de periferia del mundo conocido a centro de una disputa global (1758-1767)”. *Investigaciones y Ensayos* 69: 1-18.
- Barriera, Darío (2021). “¿Quiénes se mueven y qué movilizan? Una lectura de la colonización francesa de Malvinas en el Atlántico Sur (1764-1767)”. *Rivista Mediterranea* 53: 621-650.
- Barriera, Darío (2022). “Un gobernador para el Sur del mundo: Felipe Ruiz Puente y los inicios del gobierno español de las Islas Malvinas (1767-1770)”. *Mélanges de la casa de Velázquez* 52: 249-276.
- Caillet-Bois, Teodoro (1929). *Ensayo de historia naval argentina*. Buenos Aires: s/e.
- Caillet-Bois, Teodoro (1939). *Costa sur y plata. I – Episodios*. Buenos Aires: s/e.
- Desiderato, Agustín (2019). “La Primera Guerra Mundial y su influencia en la Armada Argentina, 1914-1927. Una aproximación”. En *Guerras del siglo XX: experiencias y representaciones en perspectiva global*, coordinado por María Inés Tato, Ana Paula Pires y Luis Esteban Dalla Fontana, 63-76. Rosario: Prohistoria.
- Desiderato, Agustín (2022). “Discussing Maritime Defence Programmes during the Interwar Period: Argentine Navy Officers and the Lessons of the First World War (1919-1924)”. *War in History*.
- Destéfani, Laurio (1980). *Manual de Historia Marítima Argentina*. Buenos Aires: Tall. Gráf. De la DIAB.
- Destéfani, Laurio (1982). *Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, ante el conflicto con Gran Bretaña*. Buenos Aires: Edipress.
- Destéfani, Laurio (1990). “Malvinas y la Antártida”. En *Historia Marítima Argentina*, tomo 8, dirigido por Laurio

- H. Destéfani, 411-437. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales.
- Destéfani, Laurio (1991). “Las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur (1900-1950)”. En *Historia Marítima Argentina*, tomo 9, dirigido por Laurio H. Destéfani, 295-325. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales.
- Destéfani, Laurio (1993). “Malvinas de 1950 a 1982”. En *Historia Marítima Argentina*, tomo 10, dirigido por Laurio H. Destéfani, 115-140. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales.
- Haller, Sofía (2020). “Malvinas y el mundo: registros portuarios históricos de las Islas (1826-1832 y 1842-1914)”. *Prohistoria* 34: 315-337.
- Halpern, Paul (2015). “Battle of the Falklands”, en *1914-1918-online. International Encyclopedia of the First World War*, editado por Ute Daniel, Peter Gatrell, Oliver Janz, Heather Jones, Jennifer Keene, Alan Kramer, and Bill Nasson. Berlin: Freie Universität Berlin.
- Lorenz, Federico (2011). “El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia reciente argentina”. *Estudios* 25: 47-65.
- Oyarzábal, Guillermo (2005). *Los marinos de la Generación del Ochenta*. Buenos Aires: Emecé.
- Pertusio, Roberto (1989). *Una Marina de Guerra ¿Para hacer qué?* Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Ratto, Héctor (1928). *Bordejeando. Trabajo de vulgarización sobre los descubrimientos, exploraciones y levantamientos de las costas patagónicas*. Buenos Aires: Tixi y Schaffner.
- Ratto, Héctor (1936). *Batallas navales adaptadas al programa de historia de la Escuela Naval Militar*. Buenos Aires: Tall. Gráf. de Luis Bernard.
- Repetto, Esteban (1916). *Contribución al Estudio de la Defensa Naval*. Buenos Aires: Ministerio de Marina.
- Rodríguez, Andrea (2017). “Por una Historia Sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas. Nuevas preguntas para un objeto de estudio clásico”. *PolHis* 20: 161-195.

- Rouquié, Alain (1986). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo 1. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Rubio García, Gonzalo (2020). “Las posturas intelectuales y políticas en torno al reclamo de las Islas Malvinas (1930-1940)”. En *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, dirigido por María Inés Tato y Luis Esteban Dalla Fontana, 39-58. Rosario: Prohistoria.
- Sáenz Valiente, Juan Pablo (1923). *El desarme como política internacional*. Buenos Aires: L. J. Rosso y Cía.
- Santos La Rosa, Mariano (2019). “Malvinas. La construcción histórica de una causa nacional en el ámbito escolar (1870-1945)”. *Clío & Asociados* 28: 20-32.
- Scheina, Robert (1987). *Iberoamérica. Una Historia Naval 1810-1987*. Madrid: Editorial San Martín.
- Storni, Segundo. 1916. *Intereses Argentinos en el Mar*. Buenos Aires: A. Moen y hermanos.
- Storni, Segundo. 1924. *Mar territorial*. Buenos Aires: Imp. Tixi y Schaffner.
- Tanzi, Héctor. 1994. *Compendio de Historia Marítima Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Tato, María Inés. 2020. “La cuestión Malvinas y las batallas por la neutralidad argentina durante la Gran Guerra”. En *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, dirigido por María Inés Tato y Luis Esteban Dalla Fontana, 17-38. Rosario: Prohistoria.

“Estamos escribiendo el preámbulo de la historia de la tercera reconquista”¹

La revista Figuritas y la malvinización del ámbito escolar

MARÍA INÉS TATO

Introducción

El 2 de abril de 1982, al conocerse el desembarco argentino en las Islas Malvinas, una multitud colmó la Plaza de Mayo celebrando la recuperación del archipiélago austral, en manos británicas desde 1833. Durante sus 74 días, la Guerra de Malvinas contó con un extenso respaldo social, expresado en manifestaciones espontáneas en calles y plazas de todo el país, donaciones en dinero y especie, envío de cartas de apoyo a los combatientes, enrolamiento de voluntarios. Sin dejar de lado las diferencias que en otros terrenos enfrentaban a diversos actores políticos y sociales con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, se fue conformando una suerte de “unión sagrada” de la que participaron dirigentes políticos representativos de todo el espectro partidario, centrales sindicales, cámaras empresarias, productores rurales, intelectuales, deportistas y artistas. En cambio, fueron muy contadas las voces que se levantaron para condenar la guerra en disidencia con el consenso dominante.

¹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Pregones triunfales”, en *Figuritas* n° 155, 30/6/1939.

La adhesión social a la guerra expresó la profundidad del arraigo en el imaginario social de una causa nacional más que centenaria, que reivindicaba la soberanía argentina sobre las Islas y la voluntad de restituirlas al patrimonio territorial nacional y que, en la coyuntura, reveló su enorme capacidad de interrelación social y de aglutinamiento de diferentes tradiciones partidarias e ideológicas.

La construcción de Malvinas como causa nacional fue un proceso de larga data, que antecedió por varias décadas a la guerra de 1982. A pesar de su relevancia para una comprensión más cabal de las reacciones sociales ante el Conflicto del Atlántico Sur, la historiografía aún no lo ha explorado sistemáticamente. Se han señalado algunas coyunturas en las que habría tomado forma o cristalizado, y algunos agentes que con sus acciones habrían contribuido a su construcción (Guber 2012: 65-106; Palermo 2007: 120-153; Lorenz 2014: 108-111, 117-120, 126-130; Tato 2020). Sin embargo, quedan por explicar los mecanismos y los dispositivos culturales que hicieron posible la conformación de la causa Malvinas, así como su devenir en otros tramos de su desarrollo a lo largo de los siglos XIX y XX.

A través de un estudio de caso, este trabajo aspira a efectuar un aporte al estudio de ese proceso, más específicamente a un momento de notorio avance de la causa Malvinas en términos cuantitativos y cualitativos: la segunda mitad de la década de 1930. Nos centraremos en el análisis de *Figuritas. La revista argentina del escolar*, publicada en Buenos Aires entre 1936 y 1946. Durante buena parte de su existencia, la revista se destacó por llevar adelante una infatigable y comprometida campaña de malvinización del ámbito escolar. Tras reseñar el contexto de aparición de la revista y su perfil, nos ocuparemos en detalle de la cruzada desplegada por ella para promover la causa Malvinas y de las repercusiones de su actividad en el corto y en el largo plazo. Por último, trazaremos un balance de los aportes de *Figuritas* a la construcción de Malvinas como causa nacional, que permitirá reevaluar algunos lugares comunes predominantes en la historiografía.

“Figuritas, única revista en su género”²

La Argentina de las décadas de 1930 y 1940 fue testigo del exitoso resultado de las campañas alfabetizadoras desplegadas desde el Estado nacional desde fines del siglo XIX. Así, entre el tercer y el cuarto Censo Nacional, esto es, entre 1914 y 1947, el analfabetismo descendió de 35,9% a 13,6% (Presidencia de la Nación 1947: LXXX). En consecuencia, por entonces existía un amplio y ávido público lector, que contaba con una muy variada oferta de libros baratos (Romero 1995), que ponían a su alcance las grandes obras de la literatura universal, y con numerosas publicaciones periódicas. Entre ellas, diarios tradicionales como *La Nación* y *La Prensa*; periódicos de corte popular como *Crítica* o *Noticias Gráficas*; prensa política de diferente signo partidario; revistas de interés general como *Caras y Caretas*, *El Hogar*, *Mundo Argentino* y *P.B.T.* y otras destinadas a segmentos específicos de la población, como *El Gráfico* (inicialmente de interés general pero pronto volcada al público masculino con informaciones netamente deportivas), *Billiken*, dirigida al público infantil, y *Para Ti*, diseñada especialmente para la mujer.³ La notable expansión de bibliotecas populares durante la entreguerra facilitó el encuentro de los lectores con esos variados materiales de lectura (Gutiérrez y Romero 1995).⁴

En ese contexto de expansión constante de la cultura letrada, el 17 de julio de 1936 hizo su aparición *Figuritas*, con el subtítulo “La revista del escolar”, reemplazado por “La revista argentina del escolar” un año más tarde. Los

² “Figuritas’ dice...”, en *Figuritas* n.º 32, 19/02/1937.

³ Acerca de las publicaciones periódicas del período, véase Eujanian 1999.

⁴ En 1910 había 522 bibliotecas populares a lo largo del país; en 1922 esa cifra se duplicó, hasta llegar a 1.400 en 1930 y a 1.500 en 1942. En este último año, habían contado con una concurrencia de 4.523.949 lectores (Juan Pablo Echagüe, “Las Bibliotecas Públicas en la Argentina”, *Argentina Gráfica* n.º 89-90 (1943): 88).

responsables de la publicación fueron Miguel J. Tarallo, Roque Livieri y Ulises M. Peluffo.⁵ Este último se desempeñó como director hasta diciembre de 1936;⁶ a partir de entonces, dejó de explicitarse quién desempeñaba esa función, aunque indicios externos permiten establecer que hacia 1939 estaba a cargo de Luis A. Falcone.⁷ Como recalco la revista, esta iniciativa editorial “[s]urgió desde el ambiente más humilde y más modesto como es el del aula primaria”.⁸ En tal sentido, los integrantes de su *staff* cuyos nombres trascendieron a los lectores fueron maestros y/o directivos de escuelas, algunos de ellos autores de libros educativos o de literatura infantil, con fuerte preponderancia femenina.⁹ No obstante, entre sus colaboradores –permanentes u ocasionales– se contaron figuras reconocidas del mundo de la cultura de la época.¹⁰

5 *Boletín Oficial de la República Argentina*, 27/11/1936. Ulises Máximo Peluffo fue coautor con Luis M. Coto Figueroa de *Las fechas conmemorativas en las escuelas primarias* (1938) y autor único de *Discursos escolares alusivos a los actos que se celebran en las escuelas primarias* (1939).

6 En el n.º 24 del 25/12/1936 la revista anunció su desvinculación de la dirección y de la sociedad editora.

7 *Educación. Revista para los Maestros Venezolanos* 1, diciembre de 1939, p. 21. Luis Ángel Falcone fue maestro, egresado de la Escuela Normal de Dolores (provincia de Buenos Aires) y ejerció la docencia en el distrito de Tres Arroyos, donde llegó a director de la escuela primaria de Orense. En 1937 integró la Comisión de Reformas a la Enseñanza, que impulsó la renovación pedagógica provincial, y en 1941 fue designado inspector seccional, siendo posteriormente ascendido a subinspector general de escuelas (Morello 1969: 131-134). Fue coautor con Osvaldo N. Benedetto de *Cardos en flor*, libro de lectura de 3º grado publicado en 1942.

8 “Nuestro aniversario”, en *Figuritas* n.º 209, 12/7/1940.

9 Rosario Beltrán Núñez, Osvaldo N. Benedetto, José J. Berrutti, Juan M. Cotta, María Luisa Falcone, Polo Godoy Rojo, Enriqueta González Svetko, Juan Bautista Grosso, Laura María Matassi, Beatriz Josefina Morelli, F. Julio Picarel, Lola Piñeiro de Morales, Lola Pita Martínez, Francisca R.M. de Lamazou, Enrique Richard Lavalle, Margarita Rothkopf, Micaela Sastre, Gerardo Schiaffino, Victoria Esther Stramelini.

10 Herbert Allheimen, Octavio R. Amadeo, Teodora del Carmen Bazán, Perлита Argerich Beascochea, Germán Berdiales, Héctor Pedro Blomberg, Ismael Bucich Escobar, Alfredo R. Bufano, Carlos O. Bunge, Rafael Cano, Fernando Hugo Casullo, Arsenio Cavilla Sinclair, Enrique de Gandía, Salvador del Priore (Juancho), Gontrán Ellauri Obligado, Fermín Estrella Gutiérrez, Ana

Con oficinas en Avenida de Mayo 570, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, la revista aparecía semanalmente los viernes, con un costo de 20 centavos que se mantuvo prácticamente inalterado a lo largo de su existencia. Sus ediciones regulares oscilaban inicialmente entre las 56 y las 60 páginas, cifra que se incrementaba en los números especiales, habitualmente consagrados a las principales efemérides o a temas específicos. El tamaño de la revista experimentó varios cambios con el transcurso del tiempo (acompañados por un acortamiento del número de páginas), al igual que en la calidad de las ilustraciones y en la diagramación de las secciones.¹¹

No disponemos de información acerca de su tirada ni de la cantidad de suscriptores con los que contaba. Sin embargo, a partir de ciertos indicadores aislados, podemos deducir que tuvo un alcance social y geográfico muy amplio. Algunos testimonios le atribuyen una “considerable difusión en el país” (Morello 1969: 133); un director de escuela entrerriano indicó que “De buenas a primeras, modestamente, pero con firmeza, entra y conquista el país. Nadie sabe quién la hace pero está realizando una hermosa obra.” (citado en Cacuri 1956: 84). Asimismo, datos proporcionados por la propia publicación dan cuenta de que algunas ediciones generaron un incremento de la demanda

Etchegoyen, Gastón Figueira, C. Galván Moreno, Alberto Ghittoni, Monteiro Lobato, Arturo Marasso, Juan Carlos Moreno, Lola Noblia de Plaza, Francisco Juan Póliza, Francisco Rodríguez Marín, Pablo A. Scolari, Arturo Uslar Pietri, Margarita Villegas Basavilbaso, Hugo Wast.

¹¹ A partir del n.º 243, del 07/3/1941, aumentó el tamaño de sus páginas de 19 cm por 30 cm a 26 cm por 34 cm. En 1946 la variación de tamaño fue muy frecuente.

Originalmente impresa en los Talleres Gráficos Editorial Argentina, en 1938 comenzó a publicarse en la imprenta de Guillermo Kraft, “toda una tradición de arte gráfico. Ello asegura una impresión irreprochable y la fiel reproducción de los grabados que exijan los asuntos en sus páginas a cuatro colores y en sepia, verde o azul” (“HABLA LA DIRECCIÓN DE ‘FIGURITAS’”, en *Figuritas* n.º 106, 22/7/1938).

que sólo pudo ser parcialmente cubierta.¹² No obstante, un dato crucial procede de la red de correspondencia interescolar impulsada por *Figuritas*, que, como veremos más adelante, conectaba toda la geografía de la República e incluso a varios países latinoamericanos. En 1940 dicha red incluía a unos 20.000 alumnos de escuelas argentinas, en las que la revista circulaba y en numerosas ocasiones era utilizada como material de lectura en las clases.¹³ También hay constancia de que *Figuritas* era consultada en bibliotecas populares, multiplicando así sus lectores.¹⁴

La revista se financiaba a través de las suscripciones de sus abonados y de la publicidad de diversas empresas: alimentos y bebidas,¹⁵ medicamentos y productos de tocador,¹⁶ libros y artículos escolares,¹⁷ juguetes,¹⁸ indumentaria

12 "¡No hay más FIGURITAS!... El entusiasmo de nuestros lectores fue mucho más allá de nuestras previsiones. A pesar del considerable tiraje no pudimos satisfacer la extraordinaria demanda de la edición anterior. Quedó sin satisfacer, entre otros, un pedido de uno solo de nuestros revendedores, consistente en SEIS MIL EJEMPLARES. (...) No sabemos si decir primero: ¡MUCHAS GRACIAS!, o ¡DISCULPEN! Solo sabemos que FIGURITAS se va afirmando en el concepto de ser la predilecta REVISTA ARGENTINA DEL ESCOLAR.

A medida que vamos aumentando las ediciones iremos multiplicando nuestros esfuerzos para ser dignos de tanto favor y simpatía.

LA DIRECCIÓN" (Aviso inserto en n.º 88, 18/3/1938).

13 Magister, "La Página del Maestro. La correspondencia interescolar", en *Figuritas* n.º 213, 09/8/1940.

14 El Profesor Plin, "La Página del Profesor Plin. Nuestras Malvinas", en *Figuritas* n.º 69, 05/11/1937.

15 Malta Palermo; Ovomaltina; Toddy; chocolatinas Nestlé; chocolate Kelito de Noel; chocolate Águila; chocolate Milkibar; dulce de leche La Negra; aceite Cocinero; turrónes Turrochole; caramelos Mariló; galletitas Bagley.

16 Jarabe Tosantil; laxantes Laxofis, Tuil y Citromagnesia; tónico Taniol; talco, fijador y dentífrico Griet; cremas Ossatan.

17 *El Tesoro de la Juventud*; Editorial Sopena; Librería La Nena; Librería del Colegio; Editorial Independencia, de libros de texto; útiles escolares de Tamburini Lda.; Editorial Moly; *El Pato Donald. Revista semanal de historietas en colores*.

18 Clínica y Hogar de Muñecas La Alemana; bicicletas Phillips y Fiore, Paniza & Torrá; el Palacio del Rodado; muñecos malcriados Voss; Casa Roig; patines Broadway; juegos de mesa y de magia.

y accesorios,¹⁹ centros educativos,²⁰ radios, teatros y cines, artefactos para el hogar o la escuela,²¹ entre otros anunciantes. Cabe destacar que a lo largo de su existencia *Figuritas* recibió escasísima publicidad oficial, excepción hecha de dependencias cuya labor guardaba relación con el público escolar, como la Caja Nacional de Ahorro Postal y la Biblioteca Nacional, que ocasionalmente publicaban avisos.

La principal peculiaridad de la revista fue la amplia audiencia a la que se dirigía. En lugar de apuntar exclusivamente al público infantil, se orientó también a los padres y, especialmente, a los maestros:

[...] millares de testimonios nos dicen que es eficaz para los niños, con el desarrollo semanal de los programas vigentes y con las ilustraciones adecuadas; para los padres, orientando la enseñanza del hogar en estrecha comunión con la Escuela; para los maestros, presentándoles los asuntos con la claridad y brevedad indispensable para tratarlos en los plazos establecidos; para todos, porque hace revivir conocimientos adquiridos, en forma amena y económica, evitando la compra de costosos libros de texto que no están al alcance de familias de medidos recursos.²²

La amplitud de lectores a los que se orientaba se manifestó en la variedad de contenidos ofrecidos. Los temas escolares que presentaba, profusamente ilustrados y ordenados por grados específicos, se correspondían con los programas del Consejo Nacional de Educación y se publicaban con una semana de antelación a las fechas oficiales previstas

¹⁹ Calzado Casa Lara; Casa Arce; Casa del Deportista – Casa Hilgo; zapatos Pluvius de Pirelli; Iriarte & Cia.; joyería y relojería Palmieri Hnos.; Casa Scherrer.

²⁰ Universidad Popular Marcos Sastre; Academia Roli de corte y confección; Academia Palma; Academia de ingreso a 1º año; Escuelas Sudamericanas.

²¹ Radios y pianos de Celestino Fernández; electrodomésticos CADE; cámaras y proyectores Max Glücksmann; aparatos para gimnasia de Antonio Gromáz.

²² “El aniversario patrio y nuestro aniversario”, en *Figuritas* n° 52, 09/7/1937.

para su tratamiento en el aula.²³ Como se desprende de la cita precedente, la revista pretendía complementar e incluso reemplazar a los libros de texto. *Figuritas* incluía además notas de corte pedagógico destinadas a los maestros, referidas entre otras temáticas a la selección de obras literarias para su uso en el aula, la educación artística, el tono de los discursos patrios, el uso del cine como recurso didáctico, el fomento forestal, el uso escolar del fonopostal, entre otros múltiples temas, y sugería actividades concretas para llevar a la práctica en el aula. Otras notas tenían a los padres como destinatarios, enfocadas, por ejemplo, en las conductas a desalentar y en los valores a inculcar en los niños, la elección de los juguetes, recomendaciones para el uso del tiempo libre en vacaciones, etc. Asimismo, *Figuritas* exhortó constantemente al Estado a intervenir en diversas áreas ligadas a la educación: la creación de escuelas-hogares para los niños desvalidos, la construcción de edificios escolares propios, el estímulo a carreras ligadas a la actividad agraria, el incremento de la educación de adultos, la lucha contra la desnutrición infantil, la jerarquización salarial de los docentes, entre otras muchas cuestiones.

Sin embargo, en tanto los niños constituían su lector principal, predominaron diversos contenidos dirigidos a ellos: información textual y gráfica para sus clases escolares, adaptaciones de fábulas y cuentos de autores nacionales y extranjeros, poesías, crucigramas y acertijos, y abundantes historietas.²⁴

²³ "Una aclaración conveniente", en *Figuritas* n.º 40, 10/4/1937.

²⁴ De hecho, por la profusión de estas últimas, debidas a la pluma de dibujantes que habrían de tener luego una extendida trayectoria profesional, *Figuritas* fue considerada "una de las primeras revistas de historietas de la Argentina." ("La revista FIGURITAS y su gran aporte a la historieta argentina", en *Top-comics. Blog sobre la historieta argentina y mundial creado por Luis Rosales (1944-2009)* <https://luisalberto941.wordpress.com/2013/06/30/la-revista-figuritas-y-su-gran-aporte-a-la-historieta-argentina-segunda-parte/>). No obstante, aunque destacadas, las historietas no eran la esencia de la revista, por lo que no debería ser catalogada como tal. Los principales dibujantes de *Figuritas* fueron Carlos Clémen, Emilio Cortinas, Federico D'Aloisio, Arturo

En 1937, la revista contaba con un programa que se transmitía semanalmente los domingos de 9.30 a 10 hs. por LR3 Radio Belgrano, titulado “Suplemento de Figuritas”, conducido por Lola Piñeiro de Morales, en el que participaban algunos de sus colaboradores, educadores invitados y niños lectores de la publicación.²⁵ En ocasiones, las intervenciones radiales eran reproducidas en la sección titulada “Suplemento oral”. Cuatro años después, la revista anunció la inminente aparición del programa “Figuritas’ en el éter”, a transmitirse diariamente por las tardes por LR 10 Radio Cultura bajo la conducción de su colaboradora Cristina Chaves.²⁶ La vinculación de *Figuritas* con la radio ilustra la creciente centralidad de esta industria cultural en la vida cotidiana argentina (Matallana 2018). La radio posibilitaba una mayor proyección social de la revista, que podía acceder a través de ella a una audiencia más extensa que la habitual e incluso incentivar el consumo de la publicación por parte de nuevos lectores.

La revista brindaba otros servicios complementarios. Por ejemplo, el “Consultorio Pedagógico de Figuritas” respondía consultas didácticas planteadas por los maestros.²⁷ En el verano de 1941 una oficina especial de Turismo, a cargo de Cristina Chaves, asesoraba a los docentes sobre “viajes, itinerarios, playas, sierras, termas, alojamientos”, programaba sus viajes, reservaba alojamiento y gestionaba créditos rápidos con fines turísticos.²⁸ Esta actividad era

D’ssa, Alfredo Ferroni, Roberto Gigante, Pedro Gutiérrez, Carlos Linares Quintana, José Llanos, Rosario Marino, Manuel Alejandro Martínez Parma, Juan Oliva y J. Vidal (José Vidal Dávila). En la mayoría de los casos, no sólo fueron autores de historietas, sino también de láminas e ilustraciones de artículos didácticos sobre diversos temas.

25 “FIGURITAS en el aire...”, en *Figuritas* n.º 56, 6/8/1937. Se transmitió por lo menos hasta fines de ese año.

26 “Figuritas’ en el éter”, en *Figuritas* n.º 252, 9/5/1941. No hubo referencias posteriores al programa, por lo cual probablemente no llegó a concretarse.

27 “Consultorio Pedagógico de Figuritas”, en *Figuritas* n.º 62, 17/9/1937.

28 Anuncio en *Figuritas* n.º 235, 10/01/1941.

complementada con la venta de *Cicerone. Primer anuario turístico de la República Argentina*, de 500 páginas ilustradas.²⁹

En lo que respecta al público escolar, *Figuritas* brindaba orientación vocacional en la sección “Guía de Estudios Secundarios”, a cargo del “Profesor Tar”, y en otras con nombre variable incluía una lista de carreras y oficios, lugares donde cursarlos, título y duración.³⁰ Estimulaba el aeromodelismo a través del Aero Club Figuritas, del que vendía el carnet, la insignia y varios modelos de aviones, y también alentaba la filatelia. Por otra parte, organizaba frecuentes concursos entre sus lectores: de coloreado de dibujos, resolución de problemas, cuentos, labores escolares, carpeta de recortes, aeromodelismo, composiciones sobre temas específicos, además de otros especiales como el “Gran Concurso de Figuritas”, en el que sorteaba numerosos premios, entregados en una ceremonia ampliamente difundida en números posteriores.

Figuritas distribuía asimismo diversos productos, dirigidos a docentes o alumnos: una colección de títulos clásicos de la literatura universal; juegos didácticos y de magia; moldes y diseños de bordados; mapas de la Argentina entelados, barnizados y con varillas; obras publicadas por sus colaboradores. En colaboración con otras empresas o instituciones, ofrecía diversos beneficios, como becas para el aprendizaje de oficios, descuentos en jugueterías para los alumnos que pasaban de grado o excursiones gratuitas a alumnos de la ciudad de Buenos Aires.

En suma, *Figuritas* constituyó una novedosa y dinámica iniciativa editorial que atendió los intereses de la comunidad escolar en su conjunto a través de sus páginas y de una amplia gama de recursos complementarios que abarcaban

²⁹ Anuncio en *Figuritas* n.º 241, 21/02/1941.

³⁰ “¿Cuál de estas será mi futura carrera o profesión?”; “Guía de estudios secundarios”. La revista también promocionaba el recientemente publicado *Manual de ingreso en 1º año*, que contaría con infinitas ediciones en décadas sucesivas, y la Primera Academia de Ingreso, que dictaba cursos de ingreso a colegios nacionales, liceos, escuelas comerciales, industriales y normales.

la experiencia en el aula y el tiempo libre. La revista llegó a los confines del territorio argentino y se convirtió en un referente para docentes y alumnos primarios. A lo largo de su década de existencia, *Figuritas* dirigió a ese extenso público lector variadas campañas. Sin dudas, la más intensa, prolongada y perdurable habría de ser la centrada en la reafirmación de los derechos argentinos sobre las Malvinas.

“La cruzada malviniana a través de la escuela”³¹

A mediados de 1937, los alumnos de 3º grado de un establecimiento de La Matanza (provincia de Buenos Aires) le comunicaron a la revista su decisión de bautizar como “Biblioteca Figuritas” la que modestamente habían formado en el aula a instancias de su maestra, a partir de la colección de la revista y de varios libros.³² Otros lectores de *Figuritas* llevaron a su conocimiento iniciativas similares y requirieron su auspicio para incrementar su catálogo, por lo cual uno de los principales colaboradores de la revista, el Profesor Plin, solicitó al presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, Juan Pablo Echagüe (colaborador ocasional de *Figuritas*), la donación de algún material:

Va a ser motivo de verdadero regocijo para las nacientes bibliotecas de las Escuelas, recibir aunque sea un libro donado por la institución que Vd. preside. Algunas escuelitas lejanas donde luchan con la hostilidad del ambiente, la pobreza en todas sus formas, la indiferencia en todas sus manifestaciones, realizan un esfuerzo digno de ese premio al demostrar

³¹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin”, en *Figuritas* n.º 213, 9/8/1940.

³² El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ¡Buena, ya tenemos ‘nuestra bibliotecal!’”, en *Figuritas* n.º 49, 18/6/1937. La maestra era María Luisa Falcone, que luego se convertiría en colaboradora habitual de la revista. Posteriormente, numerosas bibliotecas de escuelas y de aulas de todo el país adoptaron el nombre de la revista o el del Profesor Plin.

la preocupación de obtener por medio del libro un mejoramiento cultural que ha de incidir sobre el progreso.³³

Echagüe accedió al pedido y donó a cada una de esas bibliotecas dos ejemplares de *Las Islas Malvinas*, de Paul Groussac, uno de la versión abreviada y otro de la completa. Fundamentó la elección de esa obra en que “podía prestar servicios más oportunos y más útiles en las bibliotecas para niños [...] [porque] pone de manifiesto nuestro derecho a las Islas Malvinas [...] conviene inculcar profundamente desde ahora esa idea en las generaciones de mañana, a las cuales les corresponderá, probablemente, hacer valer nuestros derechos”.³⁴ En 1934 la Ley 11904, iniciativa del senador socialista Alfredo Palacios, sancionada por el voto unánime del Congreso, había ordenado a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares la traducción de ese libro –publicado en francés en 1910 por el entonces director de la Biblioteca Nacional– y la elaboración de un compendio para su distribución gratuita en todos los institutos de enseñanza y bibliotecas del país y del exterior. Su objetivo era contribuir a que “todos los habitantes de la República sepan que las Islas Malvinas son argentinas y que Gran Bretaña, sin título de soberanía, se apoderó de ellas por un abuso de fuerza.” (citada en Palacios 1984, 15) Esta medida entrañó la difusión masiva de los argumentos sobre los que se sustentaba el reclamo argentino y, en tal sentido, constituyó un hito fundamental en la construcción de Malvinas como causa nacional.

La donación de Echagüe despertó un intenso interés en otras escuelas, por lo cual la Comisión delegó en *Figuritas* la distribución de ejemplares a nuevos solicitantes.³⁵ La

³³ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Así como las ondas propicias...”, en *Figuritas* n° 56, 06/8/1937.

³⁴ El Profesor Plin, “Problemas mínimos. Las Malvinas son argentinas”, en *Figuritas* n.º 60, 03/9/1937.

³⁵ “Correo de Figuritas”, en *Figuritas* n° 65, 08/10/1937.

respuesta positiva que obtuvo fue el puntapié inicial de una campaña de reivindicación de la soberanía argentina sobre las Islas que la revista desplegaría, con ritmo e intensidad variables, en los años siguientes. La campaña de la revista incluyó sucesivas iniciativas que se fueron superponiendo a lo largo del tiempo, con el consiguiente efecto acumulativo, y que sobrepasaron ampliamente sus expectativas iniciales. De ellas nos ocuparemos en las páginas que siguen.

El hombre detrás del seudónimo

Aunque se trató de una empresa colectiva, el *alma mater* y promotor más perseverante de la campaña de malvinización de *Figuritas* fue “El Profesor Plin”. Su identidad constituyó un misterio para los lectores, que en algunos casos especularon con la posibilidad de que, tras ese seudónimo, se escondiera un pedagogo de renombre, como Pablo Pizurno o José J. Berrutti. Sin embargo, el Profesor Plin

No es maestro, ni siquiera fue a la escuela. En esa revista destinada al aula ha encontrado su camino para encauzar en la forma de la palabra escrita sus viejos sueños de amor a la Patria que quiere ver grande, en clima de paz y de libertad. Cree que para que arraiguen esos generosos idealismos no hay surcos más propicios que las almas puras e ingenuas de los niños. (Cacuri 1956, 84)

En efecto, a diferencia de otros miembros del *staff* de *Figuritas*, que se dedicaban a la docencia o a la gestión escolar, el Profesor Plin era un autodidacta, un hombre que, desde orígenes muy humildes, había emprendido con esfuerzo la vía del ascenso social y que valoraba la educación como herramienta fundamental para el progreso: Vicente P. Cacuri (1886-1960). Nacido en Tres Arroyos (provincia de Buenos Aires) en el seno de una familia de inmigrantes italianos analfabetos, había recibido una educación elemental cuando, por un accidente laboral de su padre, debió hacerse cargo del sostén de su hogar:

[...] me he educado en la calle... En modesta escuela rural aprendí 'La Cartilla'³⁶ y 'El Lector Americano'.³⁷ Con ese único bagaje me inicié en la dura lucha por la vida a los ocho años, lejos del calor del hogar y de los beneficios del aula. [...] Leí cuanto papel escrito, en forma de libro, folleto o revista cayese en mis manos.³⁸

Como parte de su afán por instruirse y superarse, en 1905 participó de la creación de la Biblioteca de la Sociedad de Empleados de Comercio de Tres Arroyos, que en la actualidad continúa funcionando y lleva su nombre.

Paralelamente al trabajo en diversos comercios de su ciudad natal y luego de Buenos Aires, Cacuri desarrolló inquietudes intelectuales que lo llevaron a incursionar en la prensa local y nacional, y a ser autor de varios libros.³⁹ Sin embargo, su profesión no fue el periodismo ni la literatura: desde 1910 Cacuri se desempeñó como martillero y su compañía se contó entre las líderes de la actividad inmobiliaria en Buenos Aires, destacándose por la implementación del sistema de permutas de propiedades y por la originalidad de los avisos publicitarios de sus remates (Cacuri 1959, 84, 129, 132, 192-202, 356).

Como señalara Ángel Rivera en un homenaje a sus treinta años de labor profesional, Cacuri

Hace periodismo, a ratos perdidos, como ha hecho, también a ratos perdidos, su cultura; como hace ahora sus proficuas y

³⁶ La cartilla era un libro de texto para la enseñanza de las primeras letras.

³⁷ *El lector americano. Nuevo curso gradual de lecturas compilado para uso de las escuelas primarias* por José Abelardo Núñez, "edición argentina cuidadosamente corregida".

³⁸ Arturo Silvestre, "Los 'self-made men'. A los ocho años, Vicente P. Cacuri ganaba cinco pesos mensuales en una tachería", *Mundo Argentino* n° 989, 20/01/1930.

³⁹ Colaboró ocasionalmente en *La Revista Ilustrada del Río de la Plata*, *El Tiempo*, *El Mundo*, *La Razón*, *Los Principios*, *Mundo Argentino*, *Nativa*, entre otras publicaciones periódicas. Entre sus libros, cabe mencionar *La argentinidad a través de Alberdi*, *Alma civil y grandeza militar de San Martín*, *Viajes imaginarios*, *Sintiendo y pensando*, *Por rutas de encanto*.

entonadas páginas del Profesor Plin, sus artículos, sus charlas radiotelefónicas,⁴⁰ y toda su entusiasta, su incansable obra social. Los ‘ratos perdidos’ de Cacuri son quizás lo más noble y generoso de su biografía [...] los negocios, cada día más prósperos, no le impiden [...] cultivar esa inquietud social que viene atenaceándolo con imperio desde la adolescencia. Ella lo convertirá en un fervoroso propagandista de las más nobles causas, lo impulsará a predicar y a obrar en favor de las escuelas, de las bibliotecas populares, de los buenos caminos, de las instituciones democráticas, del conocimiento del país, de los próceres olvidados (citado en Cacuri 1941, 12-13).

Cacuri fue redactor permanente de *Figuritas* desde sus comienzos. Sin embargo, no se trató de un vínculo remunerado, sino que la revista le sirvió para canalizar su vocación de servicio:

Tenemos medios de vida propios. Financieramente no tenemos nada que ver con la Revista. Debido a esa situación y compenetrada del desinterés y buena fe de nuestros propósitos, la Revista nos permite la más amplia y libre autonomía.⁴¹

Mi prolongada e intensa actuación en la Revista fue sólo movida por razones patrióticas y afanes de cultura. (Cacuri 1941: 29)

Esporádicamente publicó artículos con su nombre real, pero por lo general sus colaboraciones fueron firmadas con el seudónimo de “El Profesor Plin”. Además de la página con ese nombre, el alter ego de Cacuri era autor de la sección “Problemas mínimos”, en la que planteaba diversas cuestiones de orden ético o práctico para la reflexión de los lectores en edad escolar. Ambas secciones coexistieron y se alternaron, pero finalmente “La Página del Profesor Plin” tuvo mayor continuidad en el

⁴⁰ En Radio Belgrano participó activamente del programa “La Hora Escolar” con intervenciones de corte histórico y patriótico (Cacuri 1959: 215).

⁴¹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Hay que verlas de todos los colores!”, en *Figuritas* n° 192, 15/3/1940.

tiempo y fue el eje de la campaña malvinizadora de la revista. Como reconociera Luis A. Falcone,

[...] nadie como nuestro noble amigo despertó en el ambiente público la conciencia de nuestro derecho incuestionable a la soberanía de las Islas Malvinas. El historiador documentó ese derecho con profunda erudición, el legislador lo llevó al Parlamento con patrióticos afanes, el diplomático defendió esta legítima posesión territorial con singular talento, pero el Profesor Plin, señores, supo sembrar como nadie en el alma de los escolares la semilla de esa reivindicación argentina. [...] para ella [*Figuritas*] el Profesor Plin ha constituido y constituirá siempre su blasón de honor. (citado en Cacuri 1941, 17, 19)

“Las Malvinas son argentinas”

En adhesión a la donación del libro de Groussac por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, la revista lanzó una “encuesta” invitando a los lectores a enviar colaboraciones que reflexionaran sobre el tema “Las Malvinas son argentinas”.⁴² Aquellos respondieron masivamente con un inesperado apasionamiento que llevó al Profesor Plin a afirmar la existencia de “un movimiento nacional de reivindicación”,⁴³ de “un acto plebiscitario nacional”.⁴⁴ Hacia el final del ciclo lectivo, constató que la campaña había adquirido “la sorprendente progresión de la bola de nieve [...] más que sumar, se multiplicaron las adhesiones de los más diversos actores de todas las condiciones sociales”.⁴⁵

⁴² El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Así como las ondas propicias...”, cit.

⁴³ El Profesor Plin, “Problemas mínimos. Las Malvinas son argentinas”, en *Figuritas* n.º 64, 01/10/1937.

⁴⁴ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ‘DESDE UN POLO HASTA EL OTRO...’ EL PAÍS LO PROCLAMA: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS”, en *Figuritas* n.º 72, 26/11/1937.

⁴⁵ “La Página del Profesor Plin. Hasta la voz de los caminos lo repite: ¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS!”, *Figuritas* n.º 75, 17/12/1937. A lo largo de la campaña, la revista y el Profesor Plin recibieron calurosas adhesiones de figuras tales como Juan Pablo Echagüe, Alfredo Palacios, el diputado nacional Víctor Juan Guillot, el entonces

Figuritas comenzó a incluir en sus páginas “este cartel como proclama y como afirmación: **Las Malvinas son argentinas**”, e instó a maestros y alumnos a emularla, colocando el lema “en lugar visible del aula y, especialmente, en los lugares de lectura”.⁴⁶ La propuesta de incluir ese lema en los establecimientos escolares fue extendida luego al conjunto de los lectores, acompañada de la leyenda “Coopere a la cruzada moral de FIGURITAS. Diga, escriba y difunda en todas partes y en toda forma: ‘LAS MALVINAS SON ARGENTINAS’”, inserta en diversas páginas de la publicación. La iniciativa obtuvo el beneplácito de los lectores, que a través de la correspondencia enviada a la revista dejaron testimonio de sus acciones en sintonía con ella. Por ejemplo, la revista reprodujo fotografías de una pintada con esa leyenda en la base de un puente del ferrocarril y de una tienda de lanas que ostentaba el nombre “Las Malvinas”, ambas en la ciudad de Buenos Aires.⁴⁷

Asimismo, exhortó a otras instituciones, tanto públicas como privadas, a sumarse a esta “cruzada patriótica”:

[...] alcanzaría a hacerlo en forma muy amplia si saliendo del marco de FIGURITAS el caso fuera auspiciado por los poderes públicos y, tomado a cargo de instituciones que alientan finalidades de nacionalismo verdadero, propiciarán un movimiento nacional con ramificaciones en todo el territorio de la República. Los grandes y poderosos medios de divulgación: la prensa y la radiotelefonía, cooperarían para que en las importantes capitales como asimismo en todas las ciudades y hasta en el pueblo más pequeño del más lejano confín de nuestra tierra se levantara un gigantesco y vibrante coro para pronunciar en una afirmación de inalienable derecho

diplomático Leopoldo Melo, Tomás Amadeo (presidente del Museo Social Argentino), los historiadores Ismael Bucich Escobar y Alberto Palcos, la poetisa Ana Etchegoyen, los escritores sobre la temática malvinera Juan G. Beltrán y Antonio Gómez Langenheim.

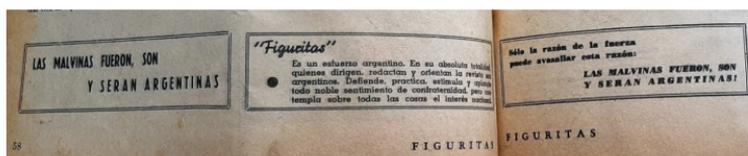
⁴⁶ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Así como las ondas propicias...”, cit.

⁴⁷ “La Página del Profesor Plin. Hasta la voz de los caminos lo repite”, cit.

esta proclama de auténtica argentinidad: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS. Nos felicitamos por haber actualizado tan justa aspiración.⁴⁸

A lo largo de los años, la revista insistió constantemente en ese lema y en variaciones del mismo, insertos en pequeños recuadros o en diferentes ubicaciones en sus páginas: “¡LAS ISLAS MALVINAS SON ARGENTINAS!”, “Recuerden y Repitan: ¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS!”, “Las Malvinas fueron, son y serán argentinas”, “Sólo la razón de la fuerza puede avasallar esta razón: LAS MALVINAS FUERON, SON Y SERÁN ARGENTINAS!”, “La voz en coro de la Nación entera lo dirá a todos los vientos: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS” (imagen 1):

Imagen 1: Eslóganes varios



Fuente: *Figuritas* n.º 158, 21/7/1939.

Además de la repetición frecuente de estos lemas, *Figuritas* apeló a una suerte de publicidad subliminal al incluir la leyenda “Las Malvinas son argentinas” en dos de sus principales historietas: “Alelé”, de Manuel Martínez Parma, en 1937 y 1938, y “La Pluma Cucharita”, de Carlos A. Linares Quintana, en 1940 y 1941. Sin embargo, este recurso fue empleado de manera ocasional, predominando la referencia explícita a Malvinas por medio de recuadros con los eslóganes mencionados.

⁴⁸ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Las Malvinas son argentinas”, cit.

Del ámbito escolar afluyeron cartas, redacciones, poesías y dibujos, tanto de alumnos a título individual como de cursos completos (de 3° a 6° grado), al igual que mensajes de maestros y directivos de establecimientos de todas las provincias y territorios nacionales, de escuelas urbanas y rurales, de capitales de provincia y de localidades remotas. Malvinas se incorporó de hecho a los contenidos trabajados en el aula: “En las escuelas del país se multiplican las leyendas: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS. Los niños escuchan clases especiales alusivas, hacen composiciones, dibujan, pintan, interrogan, discuten y aprenden para toda la vida” los derechos soberanos argentinos sobre las islas.⁴⁹ Las producciones de los alumnos remitidas a *Figuritas* se elaboraban por fuera de la currícula escolar, por lo que el Profesor Plin los felicitó, ya que “a sus tareas habituales agregan la de esta gentil colaboración, a la que se aplican con tan admirable dedicación”,⁵⁰ e hizo extensivo el elogio a los maestros, “esos abnegados y beneméritos forjadores de la cultura popular.”⁵¹

En efecto, por entonces Malvinas no formaba parte de los programas de Historia de la escuela primaria ni de los textos escolares destinados a ese nivel, aunque sí aparecía en los manuales de Geografía y, de la mano de los cultores de la Nueva Escuela Histórica, en algunos de Historia del secundario (Santos La Rosa 2019, 24-25, 30). Esta ausencia resulta doblemente paradójica. Por un lado, porque la escuela primaria conformaba la instancia nacionalizadora por excelencia –obligatoria por añadidura– y Malvinas constituía un tema estrechamente asociado a la identidad nacional. Por otro lado, porque en tanto alrededor del 70% de los niños en edad escolar se hallaba matriculado en la

⁴⁹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ‘DESDE UN POLO HASTA EL OTRO...’, cit.

⁵⁰ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Las Malvinas son Argentinas”, en *Figuritas* n.º 66, 15/10/1937.

⁵¹ El Profesor Plin, “Problemas mínimos. Las Malvinas son Argentinas”, en *Figuritas* n.º 67, 22/10/1937.

escuela primaria, el porcentaje que cursaba estudios secundarios era mucho menor.⁵² En consecuencia, la enseñanza de la cuestión Malvinas alcanzaba a una fracción muy reducida de la población escolar. En tal sentido, la campaña de *Figuritas* cubría un vacío significativo en la educación histórica y patriótica oficial, y contribuía a reducir la brecha que se registraba entre la escuela primaria y la secundaria en lo que respecta a la enseñanza de Malvinas.

El tratamiento de esta temática en las clases a pesar de su ausencia en los programas oficiales evidencia la importancia del compromiso individual de los docentes –compartido por las autoridades de las escuelas, que lo autorizaban– y su centralidad en la malvinización del ámbito escolar. Algunas de las producciones escolares reproducidas por *Figuritas* evidencian el diálogo con materiales publicados en la revista e incluso con la obra de Groussac. Así, por ejemplo, una de las composiciones ganadoras de la encuesta de la revista (premiada con un trimestre de suscripción gratuita) fue elaborada por una alumna de 6º grado de la escuela rural de Orense (provincia de Buenos Aires) que había recibido uno de los primeros libros donados por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. La composición había sido escrita tras una clase especial de la maestra, mostrando así la circulación en el aula de los argumentos de la obra acerca de los derechos argentinos.

En líneas generales, las colaboraciones escolares reafirmaban la soberanía argentina sobre las Islas apelando a los factores históricos, jurídicos y geográficos esgrimidos por Groussac y rechazaban el hecho de fuerza que estaba en la

⁵² En 1932 el Ministerio de Educación calculó que el 69% de los niños de entre 6 y 14 años estaba matriculado en la escuela primaria; en 1947 el censo nacional indicó que el porcentaje había subido a 73,5%. No se disponen de datos equivalentes para el nivel secundario en ese mismo período. Sin embargo, la tasa de pasaje permite estimar que en 1930 alrededor del 39% de los alumnos matriculados en 6º grado se matriculaba en 1º año del secundario, porcentaje que rondaría el 41,6% en 1945 (Tedesco 2020, 352, 354-355).

base de la ocupación británica. En algunos casos, describían las riquezas naturales, la importancia estratégica del archipiélago y/o las reclamaciones infructuosas de la Argentina. Expresaban la convicción en la justicia del reclamo argentino y, en su mayoría, en la futura recuperación de las Islas por la vía pacífica, dado que la razón y el derecho debían prevalecer sobre la fuerza (uno de los argumentos principales del Profesor Plin). En tal sentido, algunas voces depositaban sus esperanzas en un gesto de grandeza de Gran Bretaña conducente a la restitución de las Malvinas a la Argentina. Las cartas escritas por algunos maestros también otorgaban una cuota de responsabilidad a la política exterior del gobierno argentino desde 1833, que “no ha encarado el asunto con firmeza y seriedad”⁵³ y, por lo tanto, exigían que “las autoridades nacionales no desmayen en la reclamación ante el gobierno y pueblo inglés”.⁵⁴

Otro rasgo común a esas producciones era la fuerte emocionalidad que rodeaba la reafirmación de la soberanía argentina: “Somos muy niños aún para comprender las cuestiones de Estado, en virtud de las cuales Inglaterra se titula dueña de una pequeña parte de nuestro territorio, que legítimamente nos corresponde, pero a pesar de nuestra juventud, el corazón nos dice –y el corazón de los niños no se equivoca jamás– que las Malvinas son argentinas”. Esos mismos alumnos también recurrieron al principio de autoridad para justificar su posicionamiento frente al tema: “nuestros maestros así nos lo han enseñado, y cuando ellos nos enseñan que las Malvinas son argentinas, sus poderosas razones tendrán.”⁵⁵

53 Carta citada en El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Las Malvinas son Argentinas”, cit.

54 Citada en El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ... Y en acorde resonancia la voz de la Patria responde: ¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS!”, en *Figuritas* n.º 73, 03/12/1937.

55 Citados en El Profesor Plin. “La Página del Profesor Plin. Nuestras Malvinas”, cit.

La participación de los lectores en la cruzada de la revista no se limitó a la respuesta a la encuesta, sino que también se concretó en la propuesta o comunicación de iniciativas espontáneas propias en torno a la cuestión, que constituían “[u]na demostración elocuente de la difusión y arraigo que en el alma popular tiene esta cruzada patriótica de FIGURITAS”.⁵⁶ Entre las propuestas recibidas de los lectores, se contó la de componer una Marcha de las Malvinas, que precedió varios años al concurso lanzado con ese fin por la Junta de Recuperación de las Islas Malvinas; colocar la leyenda “Las Malvinas son argentinas” en los sobres de las casas comerciales y al principio y al final de la proyección de películas; solicitar a la Dirección de Correos y Telégrafos el uso de un matasellos con el lema “Las Malvinas son y serán argentinas”.⁵⁷ La revista difundió también algunas de las acciones emprendidas por sus lectores. A título ilustrativo, el Inspector General de Escuelas de la Provincia de Santa Fe promovió un proyecto, que logró la aprobación del Consejo General de Educación, para denominar “Islas Malvinas” a una escuela de la ciudad de Rosario.⁵⁸ La “Asociación Ex Alumnos Islas Malvinas”, de la Escuela 24 de Buenos Aires, organizó un reparto de volantes con la inscripción “La voz en coro de la Nación entera dirá a todos los vientos: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS” en el desfile del 9 de julio.⁵⁹

56 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Hasta la voz de los caminos lo repite”, cit.

57 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Ecos y voces”, en *Figuritas* n.º 107, 29/7/1938; “La Página del Profesor Plin. En coro de vibrantes resonancias la Argentina reclama sus Malvinas”, n.º 127, 16/12/1938; “La Página del Profesor Plin. Hay un punto coincidente en todos los sectores de la opinión nacional: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS”, n.º 146, 28/4/1939.

58 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Nuestras Malvinas”, cit.

59 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. La nación que detenta nuestras Malvinas, al negar el derecho argentino sobre esas islas, está en contra de sí mismo”, en *Figuritas* n.º 104, 08/7/1938.

Un grupo de alumnos de la Escuela Normal de Venado Tuerto (Santa Fe) creó un equipo de fútbol denominado “Las Islas Malvinas son argentinas”, a cuyos integrantes el Profesor Plin denominó “Malvineros”. Poco después, alumnos de esa misma institución solicitaron al municipio que bautizara con el nombre de “Islas Malvinas” el Parque Infantil de la ciudad.⁶⁰ Los casos citados son apenas una muestra del activismo social que desató la campaña de *Figuritas* e ilustran las dinámicas interacciones entre ella y sus lectores.

En 1938, *Figuritas* acometió una nueva misión: la propuesta de instituir el 10 de junio como Día de las Malvinas en recuerdo de la creación de la Comandancia Política y Militar a cargo de Luis Vernet en esa fecha de 1829, a fin de “consolidar nuestra posición en el espíritu de las Universidades, colegios y escuelas de la República” hasta tanto se concretara la recuperación de las Islas. “Ejerciendo el derecho de petición”, *Figuritas* solicitó al ministro de Educación, Jorge Eduardo Coll, el establecimiento de esa efeméride y su conmemoración a través del dictado de una clase alusiva en los establecimientos educativos de todos los niveles.⁶¹ Al mismo tiempo, la revista instó a los docentes a adoptar de hecho la conmemoración del Día de las Malvinas (“mientras no se decrete oficialmente, se invita a instituirlo en todas las escuelas del país, haciendo oír una clase al respecto”) y reiteró el ofrecimiento del envío gratuito del compendio de la obra de Groussac para fundamentarla.⁶² La propuesta de la revista halló eco en “un considerable número de escuelas de toda la República” que en ese

60 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. América proclama: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS”, en *Figuritas* n.º 122, 11/11/1938; “La Página del Profesor Plin”, en n.º 159, 28/7/1939.

61 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. El 10 de junio es el Día Nacional de las Islas Malvinas”, en *Figuritas* n.º 99, 03/6/1938.

62 “El 10 de junio es el Día Nacional de las Islas Malvinas”, recuadro publicado en el n.º 100, 10/6/1938.

año y en el siguiente celebraron actos conmemorativos del 10 de junio. Aunque la conmemoración oficial de la fecha recién se concretaría en 1973,⁶³ la campaña de la revista constituyó un valioso precedente que derivó en su instauración de facto en las aulas de varias escuelas con décadas de antelación.

Otra de las iniciativas encaradas por *Figuritas* fue la emisión de estampillas con el mapa de la Argentina y la leyenda “Las Malvinas son argentinas”. Este original “recurso de divulgación a favor de nuestra patriótica cruzada” fue ideado por Lucio Morel, seudónimo de Beatriz Josefina Morelli, colaboradora de *Figuritas*.⁶⁴ Aunque las estampillas carecían de carácter oficial y de valor nominal, ostentaban una importancia simbólica, como señalaban sus impulsores:

este pregón de nuestra causa recorrerá el mundo proclamando el derecho argentino sobre nuestras, ¡muy nuestras!, Islas Malvinas. Quienes deseen cooperar a la difusión de nuestra campaña pueden solicitar esas estampillas, su tamaño es adecuado para agregarla a la correspondencia, en los cuadros de deberes, pupitre, pizarrón, etc.⁶⁵

⁶³ La instauración de esta efeméride se efectuó mediante la Ley 20.561, reglamentada por el Decreto 1.635 en 1974 (<https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-20561-231251/texto>; <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-1635-1974-231294>).

⁶⁴ “Correo del Profesor Plin”, en *Figuritas* n.º 210, 19/7/1940.

⁶⁵ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. América proclama: LAS MALVINAS SON ARGENTINAS”, cit.

Imagen 2: Estampilla



Fuente: *Figuritas* n.º 151, 02/6/1939.

Figuritas solicitó al director general de Correos y Telégrafos que las adoptara como sello oficial “probando ante el mundo que no damos por perdidos nuestros derechos” e instó “a todos los escolares de la República, sus padres y familiares, maestros y amigos y a todos los que se sientan verdaderamente argentinos” a apoyar su pedido, que no obtuvo un resultado favorable de las autoridades.⁶⁶ La revista ofreció reiteradamente el envío de sus estampillas a los lectores que se lo requirieran, con anuncios como éste: “Si quiere cooperar a la cruzada que el PROFESOR PLIN viene sosteniendo desde su página en ‘FIGURITAS’ pro-Malvinas Argentinas, solicite las estampillas alusivas. ‘FIGURITAS’ las

⁶⁶ “Correspondencia escolar”, en *Figuritas* nº 154, 23/6/1939.

envía gratis.” La revista consignó en varias ocasiones sucesivas reimpressiones de estampillas y la recepción de numerosos pedidos institucionales e individuales, que demostraban el éxito que acompañaba a este proyecto. Algunas de las solicitudes procedían de lectores que, como parte de su pertenencia a determinados ámbitos de sociabilidad, contaban con contactos internacionales que permitían darle un alcance mayor a la campaña: filatelistas, scouts, esperantistas.

La difusión de la causa Malvinas por intermedio de las estampillas se benefició de otra campaña emprendida por la revista: la promoción de la correspondencia interescolar.⁶⁷ *Figuritas* estimuló desde sus páginas la vinculación epistolar de alumnos de escuelas primarias de todo el país y de América con varios objetivos: fomentar la expresión escrita, establecer “vínculos de solidaridad y de cooperación en sus tareas escolares”, “conocer la patria” y estimular la “educación pacifista”.⁶⁸ A tal fin, abrió un registro de escuelas dispuestas a sumarse a esa red de correspondencia. En el término de un año, 457 escuelas se habían sumado a la Guía de Correspondencia Interescolar de *Figuritas*, 355 de ellas localizadas en Argentina, que congregaban a alrededor de 20.000 alumnos, y 102 en América Central y América del Sur.⁶⁹ Dos años después, la revista consignó que más de 600

⁶⁷ “Correspondencia inter-escolar”, en *Figuritas* n.º 144, 14/4/1939.

⁶⁸ Magister, “La Página del Maestro. Clausurando una exitosa campaña”, en *Figuritas* n.º 175, 17/11/1939.

⁶⁹ Magister, “La Página del Maestro. La correspondencia interescolar”, cit. La mayor cantidad de escuelas asociadas correspondían a la provincia de Santa Fe (91), seguida de Buenos Aires (ciudad y provincia, 56), Córdoba (38), Corrientes (30), Entre Ríos (24), Mendoza (18), La Pampa (15), Misiones (13), Tucumán (10), Santiago del Estero (8), Chaco (7), San Juan (6), Río Negro (6), La Rioja, Chubut, Formosa y San Luis (5 cada una), Jujuy y Salta (4 cada una), Neuquén (3), Catamarca (2). Asimismo, por entonces participaban 22 escuelas de Uruguay, seguido por Chile (18), Colombia y Ecuador (10 cada uno), Venezuela (9), México (7), Brasil (5), Perú (4), Cuba (3), Paraguay, Bolivia, Costa Rica, Panamá, Honduras, El Salvador y Guatemala (2 cada uno).

escuelas se hallaban registradas en esa Guía.⁷⁰ Esta campaña se interconectó con la de fomento del uso de las estampillas alusivas a Malvinas, como lo demuestran, por ejemplo, las adhesiones al reclamo de soberanía argentina recibidas de países como Uruguay, Chile, Venezuela, Ecuador y Brasil.⁷¹

Durante casi un lustro, *Figuritas* estuvo a la vanguardia de la causa Malvinas en el ámbito escolar argentino, debiendo afrontar diversos obstáculos. En el próximo apartado nos ocuparemos de reconstruir los avatares de esa infatigable y tenaz campaña.

Los altibajos de la cruzada malviniana

La campaña de *Figuritas* tuvo un resonante éxito. Sin embargo, también cosechó tempranas objeciones. Por ejemplo, un lector manifestó su inquietud ante la posibilidad de “incitaciones de hechos de fuerza para oponerlos al hecho de fuerza que detenta las Malvinas.” El Profesor Plin admitió que la campaña de la revista había obtenido algunas respuestas exaltadas, pero al mismo tiempo ratificó el rechazo a la guerra como estrategia para alcanzar su recuperación y afirmó que la revista

Confía plenamente que en circunstancia propicia y por vía diplomática le serán restituidas a la Argentina las Malvinas. Se han publicado, en verdad, algunas cartas y opiniones un poco vehementes. No hemos querido contener o reprimir el entusiasmo en grado de exaltación propio de algunos temperamentos. No han llegado a los acentos bélicos. No es el programa de FIGURITAS. No es el deseo de la gran mayoría.⁷²

⁷⁰ Magister, “La Página del Maestro. Vinculación escolar”, en *Figuritas* n.º 299, 03/4/1942.

⁷¹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ... y las voces de América responden: ‘LAS MALVINAS SON ARGENTINAS’”, en *Figuritas* n.º 92, 15/4/1938; “La Página del Profesor Plin. Noticiario fugaz”, n.º 194, 29/3/1940.

⁷² El Profesor Plin. “La Página del Profesor Plin. Nuestras Malvinas”, cit.

Otra llamativa objeción procedió de Micaela Sastre, colaboradora activa de la revista, quien, para el desconcierto del Profesor Plin, en un periódico bonaerense (*La Comuna de Tres Arroyos*) desestimó abiertamente el reclamo argentino sobre las Islas y la campaña acometida por *Figuritas*:

[...] una cosa que nos pertenece deja de serlo en tres casos: si la regalamos, si la perdemos o si nos la roban. En el primer caso, ya no es nuestra porque la hemos cedido. En el segundo y tercero, debemos tratar de recuperarla. ¿Qué significa, pues, esa eterna cantinela? ¿Es una súplica para ablandar el corazón del usurpador? ¿Es la lamentación de nuestra propia impotencia? ¿Es una invitación bélica? Malo en los tres casos: cobardía o guerra.

Mejor es decir a los niños: es un regalito que hicimos a los pobres, ¡Dios nos ha dado tanto! Al menos, dar es una virtud. Pero no lo es quejarse inútilmente.⁷³

Algunos números después, Sastre rectificó su opinión, que atribuyó a su preocupación por posibles derivas belicistas. Como desagravio, redactó el soneto “Islas Malvinas”, dedicado al “Profesor Plin, iniciador y animador de esta patriótica cruzada de argentinidad”, reproducido en su página. Por su parte, éste insistió en la condena de la violencia y explicitó los objetivos de la campaña:

Hemos dicho en las diversas etapas de esta campaña que FIGURITAS quiere vivir en atmósfera de paz. [...]

No es propio que les infundamos [a los niños] ideas belicosas. Nuestra misión es la de infiltrar en el espíritu de los escolares el concepto de que la razón debe prevalecer sobre la fuerza. Que las conquistas logradas por actos de sorpresa, mala fe o violencia son efímeras y merecen el repudio de todos. [...]

La energía no excluye la serenidad. El espíritu conciliatorio, los propósitos reiterados de concordia nacional e internacional que constituyen los signos más honrosos de nuestra

⁷³ Citada en El Profesor Plin. “La Página del Profesor Plin. Nuestras Malvinas”, cit.

tradición deben ser sostenidos por todos los buenos argentinos. Y esta no puede ser de ningún modo tildada de actitud temerosa y claudicante.⁷⁴

Nada de arrebatos ni de intentos bélicos ni de incitaciones a procedimientos de violencia. [...] La justicia no se impone a la fuerza. [...] Y lo define una vieja y honrosa doctrina argentina, mundialmente aceptada y reconocida, que se conoce con el nombre de Doctrina Drago: LA FUERZA NO DA DERECHOS.⁷⁵

Otro reparo de los lectores a la prédica malvinizadora apuntó al sentido de la recuperación del archipiélago. El Profesor Plin les replicó que “ignoran su valor estratégico y las riquezas que encierran [...] acusan una lamentable incompreensión respecto del concepto de soberanía. [...] Habrá trazado el signo de la decadencia un pueblo que permanezca impasible ante la dominación extranjera.” Por otra parte, otras críticas remarcaron que los niños no eran capaces de comprender los argumentos esgrimidos en defensa de la soberanía argentina. Aunque admitió que “algunos niños no captarán en forma amplia y completa el problema malviniano”, sostuvo con vehemencia que

[h]an adquirido una noción, han formado conciencia, en concreto, de que una nación extranjera por medio de la violencia nos ha despojado de un pedazo de territorio. Y eso es bastante para que en sus espíritus se agite un sentimiento de reconquista.⁷⁶

74 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ‘DESDE UN POLO HASTA EL OTRO...’, cit.

75 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Hay algo que se mantiene inquebrantable en nuestro pueblo: la devota fidelidad a las tradiciones que forman el credo cívico de la argentinidad”, en *Figuritas* n° 106, 22/7/1938”. En 1902 Alemania, el Reino Unido e Italia bloquearon los puertos venezolanos para garantizarse el cobro de la deuda contraída por ese país. El ministro de Relaciones Exteriores argentino, Luis María Drago, condenó el uso de la fuerza como mecanismo para lograr el cumplimiento de las obligaciones financieras de los países deudores; sus planteos son conocidos como “Doctrina Drago”.

76 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Un alto deber patriótico”, en *Figuritas* n° 199, 03/5/1940.

Estas voces cuestionadoras, sin embargo, resultaron aisladas y no lograron erosionar la ferviente movilización cultural de los lectores de la revista ni el consenso en torno a la causa Malvinas.

El principal desafío a la cruzada de *Figuritas* procedió de la Segunda Guerra Mundial que, de hecho, tuvo un efecto letal sobre su campaña. Esta nueva contienda global derivó en un estrecho entrelazamiento de la política exterior y la doméstica: la vida política interna se polarizó siguiendo las líneas que enfrentaban a los dos bandos beligerantes (Tato 2010, 84-85). En ese clima político enrarecido, resultaba casi una misión imposible adoptar una postura que permitiera

hablar claramente contra el fascismo y la barbarie nazi, condenar el totalitarismo stalinista y lanzar, a la vez, invectivas contra la penetración del imperialismo británico y norteamericano, sin [...] ser acusado de estar favoreciendo de manera solapada a alguna de las potencias en cuestión. (Bisso 2005, 95).

El Profesor Plin y *Figuritas* sufrieron en carne propia ese dilema. La persistencia en el reclamo de devolución del archipiélago despertó cuestionamientos a su oportunidad. El argumento tácito a las discrepancias era que la crítica al Reino Unido por la usurpación de las Malvinas podía resultar funcional a los intereses coyunturales de sus enemigos en la guerra. Indudablemente, el irredentismo en torno a Malvinas fue instrumentalizado en su propio beneficio por la propaganda alemana en la Argentina y sus admiradores locales, como los nacionalistas autoritarios congregados en torno a *Crisol*, que destacaban que la usurpación de las islas –otra muestra del accionar imperialista británico– configuraba un impedimento para cualquier solidaridad de la Argentina con el Reino Unido.⁷⁷ La prédica antibritánica de algunos movimientos nacionalistas derivó con frecuencia

⁷⁷ Acerca del posicionamiento de *Crisol* y su director, Enrique Osés, frente al nazismo, véase Tato 2007.

en una lectura reduccionista por parte de sus adversarios, que identificaron la defensa de la soberanía sobre Malvinas con simpatías pronazis. Consciente de esta confusión, el Profesor Plin hizo notar que la campaña de *Figuritas* precedía a la guerra y que, en su caso personal, además, constituía “un viejo ideal de juventud”.⁷⁸ Asimismo, se distanció de cualquier intencionalidad antibritánica y recalcó el carácter imperecedero del reclamo argentino:

[...] no deseamos crear una atmósfera de antipatía contra Inglaterra ni contra los ingleses (...) En paz o en guerra, antes, entonces y después, siempre estará latente ese propósito que no ha surgido como un impulso avieso de emboscada artera sino que está en el ambiente desde hace más de una centuria. Ahora se manifiesta de una manera más intensa, como expresión de un sentimiento colectivo. Se actualiza, nada más (...) el patriotismo no tiene horas ni fechas fijas. Es un sentimiento de acción permanente.⁷⁹

[Nuestros principios] nos hacen deplorar estas horas trágicas de luto y sangre que tanto afectan al pueblo inglés. Ello no implica que, culta, serena y firmemente, sostengamos el derecho argentino sobre las Malvinas.⁸⁰

A diferencia de los movimientos nacionalistas, que enarbolaban la bandera del antiimperialismo para denunciar la ocupación de las Malvinas, el Profesor Plin subrayó “[l]a honda trabazón de simpatías e intereses forjados en una recíproca amistad secular entre la Argentina e Inglaterra” como factor que debía facilitar la recuperación de las islas.⁸¹ Sin embargo, advirtió la incongruencia entre la retórica del gobierno británico en torno a la defensa de la libertad y

78 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Por eso mismo...”, en *Figuritas* n° 205, 14/6/1940.

79 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ¿Quiere decir que puede ser acusado de falsedad Su Excelencia!”, en *Figuritas* n° 175, 17/11/1939.

80 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. La Historia manda”, en *Figuritas* n° 204, 07/6/1940.

81 El Profesor Plin, “Problemas mínimos. Las Malvinas son argentinas”, cit.

el derecho, y la persistencia en la usurpación de territorio argentino, y no ocultó su estupor ante el destrato a su principal socio comercial en Sudamérica que esa circunstancia encerraba:

hay en ese hecho una violenta contradicción: aquel país que pretende erigirse como árbitro de la justicia y del derecho ante el mundo, aquel país que por su poderío y cultura y por su respeto a la libertad concita la admiración universal [...] aquel país que ante situaciones de fuerza ejercidas por otras potencias en un plan de avasallamiento y conquistas territoriales consumados o proyectados en la actualidad, ha hecho oír al mundo su enérgica condenación [...] está manteniendo este estado de usurpación con nuestra nación, con la que le unen seculares y respetables vínculos de toda suerte de intereses!⁸²

Con el avance de la guerra, la cruzada malvinera de *Figuritas* fue víctima de fuego cruzado. Por un lado, algunos lectores exaltados llegaron a acusar al Profesor Plin de propagandista del nazismo.⁸³ Por otro, *Crisol*, ante una pausa en la campaña –debida a razones de salud de Cacuri, que no fueron dadas a publicidad por la revista–, denunció que *Figuritas* habría recibido sobornos británicos para cesar con su prédica y con la emisión de estampillas. El Profesor Plin les respondió a los primeros ratificando sus convicciones liberales y democráticas, y rechazó las acusaciones de los segundos con igual contundencia:

82 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Ante la conciencia del mundo LAS MALVINAS SON ARGENTINAS”, en *Figuritas* n° 97, 20/5/1938. Cacuri estuvo muy atento a la solución que el Reino Unido daba a otros diferendos territoriales, como el acuerdo de cesión de las Islas Canton y Enderbury, en el Pacífico, reclamadas por los Estados Unidos, o la cesión a Noruega de la Isla de Bouvet (Ibíd.; El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. La nación que detenta”, cit.).

83 El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Hay que verlas de todos los colores!”, cit.

¡Sepan los malintencionados que no hay dinero suficiente en todos los Bancos de Inglaterra para comprar el pensamiento y el sentimiento de los que alentamos este esfuerzo argentino que se llama 'Figuritas'! [...] Nuestra campaña es puramente moral y desinteresada. ¡Entiéndanlo de una vez!⁸⁴

A fines de 1939, a raíz de la solicitud de permiso para un acto de una asociación de Bahía Blanca que funcionaba en el local de la Legión Cívica (una de las principales agrupaciones nacionalistas antiliberales y antidemocráticas de esos años), un decreto de la provincia de Buenos Aires prohibió la campaña sobre la recuperación de las Islas. En los fundamentos de esa medida, alegó que esta “no es sincera y que sólo tiende a entorpecer las buenas relaciones que la Argentina mantiene con un país amigo.” Aunque la medida no la afectaba directamente, *Figuritas* creyó oportuno pronunciarse al respecto y ratificar su propia posición:

El asunto de la reclamación de las Islas Malvinas es demasiado serio y por lo mismo no debe ni puede permitirse que sea explotado con finalidades políticas o para apoyar determinadas ideologías o regímenes de gobierno contrarios a nuestro sistema liberal y democrático.

Entendemos que esa campaña inspirada en altas finalidades patrióticas no puede afectar las buenas relaciones que mantiene nuestro país con Gran Bretaña ya que es una cosa lógica procurar mantener la integridad territorial de la nación. Pero claro está, si se desvirtúa esa finalidad patriótica para darle al amparo de la misma una finalidad política, no puede negarse que ella puede traer rozamientos desagradables que conviene evitar y reprimir con toda energía.

[...] no aprobamos eso de hacer extensiva la prohibición a todo el territorio de la provincia, ya que no en todos los pueblos la misma está a cargo de la Legión Cívica o de otras

⁸⁴ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ¡Quiere decir que puede ser acusado”, cit. En el invierno de 1939 Cacuri atravesó un cuadro grave de salud que lo mantuvo alejado de la actividad de la revista (Magaldi 2001: 101-103).

organizaciones que sostienen o apoyan ideologías contrarias a nuestros principios nacionalistas.⁸⁵

En este contexto de radicalización del debate público, en junio de 1940 el presidente Roberto M. Ortiz envió al Congreso un proyecto de Ley de Defensa y Seguridad Interior, también conocida como Ley de Orden Público. Entre otros aspectos, prohibía

[...] la publicación, circulación o difusión de manifestaciones que afectasen a la neutralidad argentina, y las que ‘zahieran o menoscaben a sus gobiernos, regímenes políticos, jefes de Estado o funcionarios, o que de algún modo perturben el orden interior’, o comprometiesen ‘la integridad del país y de sus instituciones, la paz social o las relaciones amistosas de la Nación con otros países’. (López 2015, 179)

La penalización por incumplimiento contemplaba la clausura y la suspensión de publicaciones y penas de prisión de un mes a seis años para los infractores. Tras enconados debates, la Cámara de Diputados aprobó el proyecto, aunque suprimió los controles sobre la prensa debidos a la difusión de “propaganda tendenciosa” y fijó una duración de un año a estas medidas de emergencia. En el Senado se introdujeron nuevas revisiones, por lo que el proyecto retornó a Diputados para su aprobación, pero no volvió a ser tratado y perdió estado parlamentario (López 2015, 180-181).

En consonancia con ese clima político crecientemente opresivo, el Profesor Plin reseñaba una merma en las celebraciones escolares del Día de las Malvinas: “Numerosas escuelas del interior lo han celebrado. También algunas de la capital. Algunas en silencio y con cierta vacilación que no nos explicamos. La ratificación pacífica del derecho argentino no puede ser reprobada por el Gobierno ni por la

⁸⁵ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Voces y ecos”, en *Figuritas* n° 178, 08/12/1939.

opinión nacional”.⁸⁶ Sin embargo, la cautela de los docentes respondía a varias circulares del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública referidas al mantenimiento de la neutralidad ante la guerra que, en el contexto de radicalización política ya aludido, repercutían indirectamente sobre la cuestión Malvinas.⁸⁷

Estas tentativas de regulación de la libertad de expresión y de prensa estimularon la autocensura y acrecentaron las presiones sobre distintos actores, como habría de ocurrir con *Figuritas*. En agosto de 1940 desaparecieron de sus páginas los clásicos eslóganes malvineros y las notas del Profesor Plin comenzaron a aludir a otros asuntos, hasta que, dos meses después, la revista anunció por “[m]otivos particulares [...] su alejamiento voluntario.”⁸⁸ Indudablemente, Cacuri no estaba dispuesto a silenciar la campaña con la que estaba profundamente consustanciado y que había ratificado en numerosas ocasiones. A fines de diciembre, Carlos Linares Quintana, uno de los principales dibujantes de la revista, le dirigió una carta lamentando su alejamiento e invitándolo a retornar a *Figuritas*:

Me permitirá Vd. que lamente una vez más su ausencia de nuestra revista [...] En estos últimos tiempos en que han circulado rumores alarmantes respecto a las islas Malvinas, llegándose a murmurar su devolución por parte de Inglaterra con la condición de que nuestro Gobierno permita la instalación de bases norteamericanas,⁸⁹ me ha parecido más

⁸⁶ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. II Voces solidarias”, en *Figuritas* n.º 209, 12/7/1940.

⁸⁷ Circular n.º 125 del 25/10/1939 “sobre las medidas que las autoridades docentes deberán adoptar para impedir que los alumnos se reúnan con el fin de exteriorizar opiniones en favor o en contra de los países en guerra”, reiterada por circulares n.º 50 del 03/6/1940 y n.º 46 del 05/6/1941 sobre “el propósito de que dentro del recinto escolar se observe la más estricta neutralidad, frente al actual conflicto europeo” (*Boletín del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública* n.º 9, 02/9-05/11/1939, n.º 12, 07/4-27/7/1940, n.º 17, 01/5-31/7/1941).

⁸⁸ “El Profesor Plin”, en *Figuritas* n.º 224, 25/10/1940.

⁸⁹ En septiembre de 1940 había circulado el rumor de un acuerdo anglonorteamericano para instalar bases militares en las islas e incluso la posibilidad

que nunca necesario ese grito suyo de '¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS!'

Me dice Vd. que 'debe hacer un esfuerzo para recuperarlo al Profesor Plin'. Y bien: nosotros, sus amigos, le pedimos ese esfuerzo. Cuanto antes. Todos le recuerdan, todos le esperan nuevamente en esa página que Vd. ha dejado vacía.

Hasta los títeres de papel y tinta china (¿Se ha fijado usted en la Pluma Cucharita?) repiten ese grito espléndido que brotó de su corazón de buen argentino.⁹⁰ (citado en Cacuri 1941: 63-64).

Los lectores se mostraron consternados ante la ausencia del colaborador más emblemático de la revista y requirieron explicaciones acerca del destino de su campaña malvinera. La dirección de *Figuritas* reafirmó la continuidad de la cruzada, aunque ya no le atribuyó a la publicación el rol de principal motor, sino que transfirió esa misión a los discípulos del Profesor:

A pesar del alejamiento temporal de nuestro colaborador y dilecto amigo, el profesor Plin, la campaña pro reivindicación de las Islas Malvinas, que él iniciara animado por altos y generosos ideales, sin concomitancias con quienes subalternizaron ese anhelo argentino a finalidades de otro orden, mantiénesse siempre viva en la conciencia de todos los escolares argentinos.

Llegan a nuestra mesa de redacción, en forma ininterrumpida, amplios testimonios de adhesión a la noble prédica que el profesor Plin iniciara desde hace varios años.⁹¹

de que el Reino Unido las cediera a los Estados Unidos. El Departamento de Estado norteamericano desmintió esas informaciones y las atribuyó a la propaganda alemana (Sanchís Muñoz 1992, 91-92).

⁹⁰ A partir del número siguiente a la partida de Cacuri y esporádicamente, Linares Quintana incluyó de manera alternada en sus dos historietas ("La Pluma Cucharita" y "El fabricante de campeones") las leyendas "Las Malvinas son argentinas" y "¡Viva el Profesor Plin!", ofreciendo así un mensaje de resistencia frente a las restricciones que pesaban sobre el tema y de solidaridad hacia el principal portavoz de la causa.

⁹¹ "Las Malvinas y la campaña del Profesor Plin", en *Figuritas* n° 245, 21/3/1941.

En ocasión del 10 de junio, la revista volvió a confirmar su compromiso con los principios que sustentaban la causa Malvinas, aunque dejó de invitar a la celebración de la efeméride: “10 de junio. Día nacional de las Malvinas. FIGURITAS consecuente con la jornada difundida dentro y fuera de la República por el Profesor Plin, ratifica su aspiración reivindicatoria. Con renovado fervor incita a los escolares argentinos al amor por las normas del Derecho y al ideal irreductible del respeto por la soberanía de la patria.”⁹² Poco después, con parquedad elocuente, consignó los límites que la guerra imponía a la campaña: “Día Nacional de las Malvinas. Fue recordado. Los acontecimientos internacionales impiden comentarios. [...] FIGURITAS y el Profesor Plin han sido objeto de cálidos testimonios de adhesión y simpatía, una y otro dejan constancia de su honda gratitud.”⁹³

Algunos meses después de su alejamiento de *Figuritas*, Cacuri tuvo intervenciones ocasionales en la revista, con algunas notas referidas a otras temáticas y firmadas con su nombre real. El Profesor Plin se mantuvo ausente de sus páginas hasta febrero de 1942, tras la publicación de un poema de Micaela Sastre instándolo a regresar.⁹⁴ “La Página del Profesor Plin” retornó a partir del número siguiente y, aunque las restricciones continuaron rodeando el tema

⁹² Recuadro flanqueado por sus estampillas, en *Figuritas* n.º 256, 06/6/1941.

⁹³ “DÍA NACIONAL DE LAS MALVINAS”, en *Figuritas* n.º 258, 20/6/1941.

⁹⁴ “¿Tan malo ha sido el año, que hasta secó la fuente / De vuestro buen consejo? ¡Ah!, señor Profesor, / No creí que en árbol tan frondoso y tan fuerte, / El árbol de Almafuerte, perdiera su verdor. Nada existe más triste, que un árbol sin follaje; / En sus ramas, sin hojas, tiembla la soledad. / Ya no hay voces parlaras. La canción de las aves / Se queja en cada rama, con ganas de llorar.

¡Tan malo ha sido el año!... Ojalá el venidero / Traiga el agüita buena de la cordialidad. / Y el árbol altanero, que nada pide al cielo, / Vuelva a colmar de frutos la mesa del hogar; / Y saborear podamos el sabroso pan nuestro / De vuestro buen consejo, de vuestra gran bondad.”

(Micaela Sastre, “Profesor Plin”, en *Figuritas* n.º 291, 06/02/1942). Cacuri se autodefinía con el verso del poeta Almafuerte “Yo soy como el árbol del desierto que necesita agua y no la implora...” (Silvestre, “Los ‘self-made men’”, cit.).

Malvinas, lo reflató cada vez que las circunstancias se lo permitieron.

A pocas semanas de su reincorporación a la revista, volvió al ruedo a raíz de una reciente noticia internacional: la renuncia de Gran Bretaña a sus derechos sobre la Isla de Patos, en litigio con Venezuela. El Profesor Plin señaló que “Una circunstancia inesperada viene a ofrecernos ambiente propicio para actualizar en esta hora [...] el tema que más apasionara a la escuela argentina: **LA RESTITUCIÓN DE NUESTRAS MALVINAS.**” Rememoró los ecos sociales de su “cruzada espiritual” y explicitó las presiones recibidas para acallarla, vaticinando las reacciones que suscitaría su artículo:

Sabemos por anticipado que produciremos una seria contrariedad a numerosos y buenos amigos. Más de una vez nos han hecho llegar insinuaciones amables en el sentido de aplazar la reanudación de la ruidosa campaña nuestra hasta que dejen de hablar los cañones y las ametralladoras allá en la vieja Europa...

Sin embargo, volvió a ratificar la coincidencia de los valores que estaban en juego en la guerra con los principios que impulsaban la demanda argentina:

[...] en lucha horrenda sucumben millones de hombres, víctimas de su amor a la libertad de su patria amenazada, de su soberanía menoscabada, de sus derechos atropellados. No hacemos, nosotros, pues, otra cosa que incorporararnos a las voces que claman por su derecho. Con la diferencia de que, en vez de exigirlo violentamente por medio de las armas, invitamos a la conciencia nacional para que [por] acción tan pacífica como firme, reclamemos que se nos devuelva lo que nos pertenece: ¡Las muy nuestras Islas Malvinas!

Volviendo al disparador de su nota, elogió la solución brindada al diferendo por la Isla de Patos y exhortó al Reino Unido a proceder de la misma manera en el caso de las Malvinas: “Sepa hacer una pronta y oportuna revisión, sepa reconocer Inglaterra la justicia de este

clamor nacional. Ayer fue Venezuela... ¿Cuándo le toca el turno a la Argentina?”⁹⁵

Seguramente la publicación de ese vehemente artículo generó respuestas adversas, puesto que la revista no volvió a referirse a Malvinas ni siquiera en ocasión del 10 de junio. Sólo un año después dedicó un escueto suelto a esa fecha:

Día Nacional de las Malvinas. Lo hemos recordado en la intimidad, acompañados con los votos y manifestaciones de adhesión de nuestros buenos amigos. Esperemos el momento oportuno para desplegar nuestra bandera redentora. Con la fe de siempre. Con el patriotismo de siempre.⁹⁶

Pero ese momento nunca llegó. Las referencias a la causa Malvinas se hicieron cada vez más escasas y la cruzada languideció, a la par de *Figuritas*. Si en tiempos de neutralidad el clima político había conducido a restricciones de hecho de la libertad de opinión y de prensa, la situación se volvió aún más delicada tras la ruptura de relaciones de la Argentina con Alemania y Japón el 26 de enero de 1944 y la posterior declaración de guerra el 27 de marzo de 1945, conduciendo a una política oficial represiva que incluyó la prohibición de actos públicos referidos a la guerra y la clausura de asociaciones y publicaciones (Tato 2010: 79). Así, en junio de 1944, bajo el título “Efemérides históricas y clases alusivas”, la revista dedicó un par de párrafos neutros a recordar los eventos del 10 de junio de 1770 y 1829.⁹⁷

Tras la finalización de la guerra, el Profesor Plin evocó nuevamente la campaña y auguró una pronta

⁹⁵ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Y a nosotros, ¿cuándo nos toca el turno?”, en *Figuritas* n.º 296, 13/3/1942.

⁹⁶ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Enfoques”, en *Figuritas* n.º 363, 25/6/1943.

⁹⁷ En *Figuritas* n.º 413, 09/6/1944.

El 10 de junio de 1770 una expedición española expulsó a los británicos de Puerto Egmont (Gran Malvina).

resolución favorable para la demanda de soberanía, en línea con los nuevos vientos de la posguerra. Valoró el rol desempeñado en su iniciativa por la escuela argentina y se enorgulleció de la tarea realizada por *Figuritas*:

la cruzada que tuvo por lema LAS MALVINAS SON ARGENTINAS ha significado el esfuerzo más tenaz animosamente sostenido a lo largo de la vida de nuestra Revista. Estamos plenamente satisfechos de haber contribuido a formar el clima propicio para la acción reivindicatoria que, colmando la aspiración popular, hará que, en cercano día, y esta vez para siempre, vuelva a flamear en la región libertada el pabellón de la Patria.⁹⁸

Tras una fugaz reaparición de los recuadros con el lema “Las Malvinas fueron, son y serán argentinas”, el Profesor Plin lanzó una nueva iniciativa relacionada con la campaña: propuso que “un barco de los que frecuentan la ruta de los mares del sur dentro de nuestro territorio, fuera rebautizado o, de lo contrario, se bautizara uno de los nuevos que se construyan, con el nombre de Malvinas Argentinas.” El administrador de la Flota Mercante del Estado, capitán de navío Juan González Merlo, le informó la inviabilidad de su propuesta, por cuanto por resolución ministerial esas naves debían tomar su nombre de los ríos del sistema hidrográfico argentino.⁹⁹ Esa fue su última batalla. Tres meses después, ante el fin del ciclo lectivo, la revista anunció que

ante la proximidad de las vacaciones y en el deseo de no distraer en lo más mínimo los trabajos finales de los alumnos, **FIGURITAS, a partir de hoy, dejará de aparecer, ausencia**

⁹⁸ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Por unánime decisión todo el pueblo argentino quiere que poniendo fin al litigio secular nos devuelvan las Malvinas”, en *Figuritas* n° 523, 25/7/1946.

⁹⁹ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. ¿Va o no va un barco a los mares del sur con el nombre de MALVINAS ARGENTINAS?”, n° 531, 08/8/1946.

que se prolongará durante todo el presente receso escolar, tiempo que emplearemos en la preparación del selecto material que se dará a conocer en el venidero período de clases (1947).¹⁰⁰

Sin embargo, el mentado regreso no sucedió. Tras más de una década, *Figuritas* debió abandonar súbitamente su actividad educadora y, con ella, su cruzada por la recuperación de las Malvinas.

La revista había comenzado a mostrar signos de agotamiento en 1942, como resultado de la crisis de aprovisionamiento de papel que venía afectando a la industria editorial desde los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, con el consiguiente incremento del costo de este insumo básico. Entre 1936 y 1943, el precio internacional del papel aumentó un 300%, con el consecuente perjuicio para el mercado editorial argentino, que dependía enteramente de las importaciones de ese recurso. Asimismo, la inestabilidad económica de los tiempos de la guerra provocó una caída en la demanda de publicidad en la prensa, recortando los ingresos de los medios por ese concepto. Lejos de revertir la tendencia alcista, la finalización de la contienda profundizó la crisis de la industria editorial debido a la mayor demanda de papel para la reconstrucción europea (Cane 2011, 18, 36, 179, 187-188).

En este contexto, *Figuritas* debió aumentar su precio para continuar publicándose, como oportunamente informó a sus lectores:

Nada podemos decir a nuestros lectores y amigos que no se haya dicho ya en todos los órganos de prensa. El papel y los materiales que se utilizan en la industria gráfica han llegado a precios increíbles (...) El dilema es terminante, dejar de aparecer o aumentar el precio (...) los sacrificios nuestros para

¹⁰⁰ "A nuestros lectores", en *Figuritas* n° 538, 07/11/1946.

evitar este paso, han llegado al máximo y no pueden ser superados.¹⁰¹

Tiempo después, por cuestiones de costos, dejó de emplear los servicios de la imprenta Kraft para publicarse en los más modestos talleres de la Editorial Estampa.¹⁰² También fueron habituales en sus últimos años los cambios de formato, la reducción del número de páginas, la publicación con menos colores de los habituales e incluso pausas en la aparición de la revista.

Como en otras latitudes, la situación del mercado de papel estimuló la regulación oficial del suministro. El régimen militar surgido del golpe de Estado del 4 de junio de 1943 y luego el peronismo recurrieron además a ese expediente como mecanismo de control sobre la prensa en pos de alinearla con su proyecto político (Cane 2011, 4, 189; Varela 2012, 8). ¿Cómo impactó este escenario en el ocaso de *Figuritas*? A lo largo de su existencia, la revista mantuvo un perfil prescindente en materia política y se concentró exclusivamente en asuntos estrictamente referidos al ámbito educativo. Con independencia del signo político de los gobiernos que se sucedieron durante la década en la que se publicó, no dudó en elogiar medidas que conceptuó positivas para la educación, en criticar las que consideró perniciosas ni en sugerir políticas concretas a las autoridades educativas de turno.

Bajo el lema “HAY QUE DIGNIFICAR AL MAGISTERIO ARGENTINO”, la revista instó al nuevo gobierno de facto a jerarquizar la actividad docente, para lo cual denunció la precariedad laboral de los maestros, sugirió una serie de medidas previsionales y salariales, y destacó su

¹⁰¹ “A nuestros lectores y amigos”, en *Figuritas* n° 313, 10/7/1942. La revista se comprometió a retomar el precio anterior cuando las circunstancias lo permitieran; procedió a ello en 1946, paralelamente a la drástica reducción de su extensión a 14 páginas.

¹⁰² “A nuestros lectores”, en *Figuritas* n.º 400, 10/3/1944.

papel en la formación de las nuevas generaciones.¹⁰³ Si bien reconoció que la situación crítica del magisterio se retrotraía a un par de décadas atrás, sostuvo que había depositado sus expectativas de cambio en el nuevo gobierno debido a su sesgo social:

cuando las autoridades surgidas de la Revolución del 4 de junio hablaron de mejoras para el trabajador, de dignificación de gremios y profesiones, cuando los interventores del C.N. de Educación prometieron a los docentes [...] ocuparse del mejoramiento y la dignificación docente, creímos que algo se haría en concreto [...] las autoridades escolares tienen la palabra y con ella el deber de dar al magisterio una satisfacción para que no se crea que todo ha sido un juego de palabras, una bonita serie de promesas, hechas para halagarle los oídos y sin intención de cumplirlas.¹⁰⁴

Más allá de las reivindicaciones retributivas, *Figuritas* expresó su disconformidad con otras políticas oficiales y denunció que “[n]uestra escuela está sufriendo una intromisión de todo orden”¹⁰⁵ en el marco de la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas bajo jurisdicción federal por decreto el 31 de diciembre de 1943.¹⁰⁶ La implantación de la educación confesional en el ámbito escolar buscaba combatir la tradición laica instituida por la Ley 1420 y el liberalismo atribuido a la formación normalista de los docentes (Plotkin 1994, 146-148). En tanto *Figuritas* acató en silencio el cambio en los planes de estudio y de hecho ofreció a sus lectores materiales didácticos en sintonía con ellos, tomó distancia de las disposiciones que, inspiradas en

¹⁰³ “Pregón”, en *Figuritas* n.º 376, 24/9/1943; Magister, “¿Con qué estímulo cuenta el magisterio argentino?” y El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. La escuela heroica”, en n.º 406, 21/4/1944.

¹⁰⁴ Osvaldo N. Benedetto, “El maestro, ‘último mono del presupuesto’”, en *Figuritas* n.º 458, 19/4/1945.

¹⁰⁵ “Balance del curso escolar”, en *Figuritas* n.º 488, 15/11/1945.

¹⁰⁶ En 1947, durante la presidencia de Juan Domingo Perón, el decreto fue reemplazado por una ley sancionada por el Congreso.

el nacionalismo católico, coartaban la libertad de enseñanza. En consecuencia, reaccionó contra los “espíritus ultramontanos” que cercenaban la libertad docente e imponían planes de estudio regresivos, suprimiendo obras clásicas de autores argentinos como Juan Bautista Alberdi, Roberto Payró, Leopoldo Lugones, Florencio Sánchez, Gregorio de Laferrère, y españoles como Góngora o el Arcipreste de Hita. La censura también había alcanzado a sistemas pedagógicos calificados de “ateos, materialistas, extranjerizantes”.¹⁰⁷ En aplicación de ese criterio restrictivo, en la provincia de Buenos Aires se clausuraron las bibliotecas de 120 ateneos pedagógicos que contaban con dichas obras en su catálogo.¹⁰⁸

Por otro lado, la revista también condenó “las ingrencias de las influencias políticas” que “han quebrantado las mejores conquistas de la legislación escolar, avasallando derechos del magisterio, postergando a educadores meritorios”.¹⁰⁹ Aunque la situación se repetía en todo el país, *Figuritas* señaló como paradigmático el caso de la provincia de Buenos Aires, donde, tras suspender la aplicación del reglamento de ingreso a la docencia, la Dirección General de Escuelas procedió a la designación de maestros atendiendo a criterios netamente políticos, dando

paso a la injusticia, a la recomendación política, a la intervención de los comisionados municipales afanosos en acomodar a sus familiares, repartiendo los puestos docentes en forma no igualada ni siquiera por los procedimientos de los políticos de comité! [...]

Maestras recién egresadas, con promedios bajos, [...] sin siquiera estar inscriptas, han postergado a millares de educadores con mejores títulos, con cargas de familia, con

¹⁰⁷ Entre otros, los postulados por Ovide Decroly, Jean-Jacques Rousseau, John Dewey, Maria Montessori y Édouard Claparède.

¹⁰⁸ “Orientación regresiva”, en *Figuritas* n.º 485, 25/10/1945, y Magister, “Falsas acusaciones”, en n.º 457, 12/4/1945.

¹⁰⁹ “Balance del curso escolar”, cit.

antecedentes en la docencia provincial y con un puntaje acreditado en la misma repartición.¹¹⁰

Entre 1943 y 1946, durante la autodenominada “revolución de junio” y en los albores del primer peronismo, *Figuritas* discrepó con varias políticas oficiales directamente ligadas al ámbito educativo. En 1956, escueta pero contundentemente, Vicente P. Cacuri le atribuyó la responsabilidad de la desaparición de la revista a los representantes de ese proceso político: “debemos deplorar que aquella útil publicación sufrió la aniquiladora furia del funesto vendaval que anuló durante doce años tantos y tan bien intencionados esfuerzos” (Cacuri 1956, 84).

Un legado perdurable

La campaña malvinera de *Figuritas* reconoció como punto álgido el período comprendido entre 1937 y 1940. Después de esa fecha, como vimos, su prédica declinó marcadamente por circunstancias ajenas a la revista, que, de todos modos, siempre que se presentó la ocasión trajo a colación la causa Malvinas. A pesar de las limitaciones para desplegar su cruzada, la revista logró sembrar en el ámbito escolar la convicción en la legitimidad del reclamo argentino. Como resaltara Juan Pablo Echagüe, su campaña era

la más fecunda de todas porque siembra en el corazón de los niños preparando la cosecha del porvenir. Unas cuantas generaciones van a crecer con el sentimiento del despojo y el ansia de reivindicación. Es incalculable la fuerza de expansión que pueden alcanzar esos gérmenes en el futuro.¹¹¹

¹¹⁰ Magister, “El ingreso a la docencia en Buenos Aires”, en *Figuritas* n° 459, 26/4/1945.

¹¹¹ Citado en El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Hasta la voz de los caminos lo repite: ¡LAS MALVINAS SON ARGENTINAS!”, cit.

Considerando las edades extremas de los cursantes de la escuela primaria (entre 5 y 13 años), podemos considerar que los lectores nacidos entre 1924 y 1935 estuvieron directamente influidos por la cruzada de *Figuritas*, aunque también hay constancia de su difusión entre alumnos de escuelas secundarias y normales. Además de la correspondencia intercambiada con maestros y alumnos que da cuenta de sus repercusiones, disponemos de tres testimonios que, retrospectivamente, registran su influencia en la difusión de la causa Malvinas entre los escolares de la época.

Al recordar su vivencia de la Guerra de Malvinas, el sociólogo José Luis de Imaz (1928-2008) reconoció la impronta que había dejado en él la revista, en conjunción con otros referentes de la causa Malvinas:

Malvinas es [...] parte de la memoria colectiva de la nación transmitida de una generación a otra, hasta conformar un ingrediente irrenunciable de la identidad nacional. Y esto no es una frase. Para mi generación al menos, en aquel momento, Malvinas era la ininterrumpida socialización escolar, era la página del Profesor Pin [sic] en la revista *Figuritas* de mi infancia, era el himno de Obligado, “Bajo un manto de neblinas”, de la invariable apertura de los actos del Salón Augusteo de las juventudes nacionalistas, era el libro del profesor Juan Carlos Moreno que, tras su estadía en las islas, nos había brindado una información de primera mano sobre lo que allí ocurría (Imaz 1994, 59).

Por su parte, la psicóloga Eva Giberti (n. 1929) recordó en los siguientes términos la campaña de *Figuritas* y la influencia que ejerció sobre su mirada de la cuestión Malvinas:

Cuando yo concurría a la escuela primaria, hace ya setenta años, en mi casa compraban, junto con ‘el’ Billiken, la revista *Figuritas*. Esa revista que incorporaba imágenes, dibujos, que podrían utilizarse en la escuela, cuentos para niños y niñas, acertijos y algunas publicidades, incluía sistemáticamente una frase en el borde superior de cada página: las Malvinas son

argentinas. Y en alguna doble página interior, un mapa desplegando el perfil de las islas. De manera que quienes léamos, inevitablemente, incorporábamos la frase que se instalaba como un mantra: las Malvinas son argentinas.

Era necesario saber por qué importaba tener presente ese contenido, de manera que la revista surtía de datos permanentemente. Contaba la historia y clavaba la bandera nacional sobre el territorio malvinense. Todas las semanas, los días jueves, *Figuritas* repetía el mismo mandato patriótico.

Algún visitante de la familia, al advertir que *Figuritas* era tema de lectura de aquella niña, comentó con aire preocupado: ‘Vean, ustedes están llenándole la cabeza a la nena con esas historias contra los ingleses. Es chica y se les puede convertir en nacionalista...’ [...] el peligro de convertirme en nacionalista [era] oponerme a los ingleses que se habían apropiado de las islas, y por extensión adherir a Rosas.¹¹²

Giberti reivindicó la prédica de la revista en la formación de su propia posición anticolonialista. Curiosamente, no advirtió que en *Figuritas* el nacionalismo malvinero convivía con la reivindicación constante del panteón nacional liberal y la condena al rosismo recuperado por el revisionismo histórico.¹¹³

Por último, la escritora María Esther de Miguel (1925-2003) recordó en sus memorias su experiencia como lectora de *Figuritas* y su debut literario en las páginas de la revista:

Estaría en cuarto grado (de los de entonces) y tendría unos once o doce años cuando, con irrefrenable impulso

¹¹² Eva Giberti, “Colonialismo puntocom”, en *Página/12*, 27/01/2012. En rigor de verdad, *Figuritas* aparecía los viernes; recién a partir de 1945 adelantó su salida a los jueves.

¹¹³ Por ejemplo, veladamente en “Necesidad de reformar algunos textos escolares”, en *Figuritas* n.º 66, 15/10/1937, y explícitamente en “Rosas y su época”, n.º 271, 19/9/1941, donde se caracterizaba a Juan Manuel de Rosas como “el más grande de los dictadores de América”, y en El Profesor Plin, “La página del Profesor Plin”, n.º 355, 30/4/1943. Cabe destacar que entre los colaboradores de la revista se contaba Micaela Sastre, hija de Marcos Sastre, fundador del antirrosista Salón Literario.

patriótico-literario hice escuchar mi primer grito de fervor nacional y de vocación literaria al enviar a la revista *Figuritas* una colaboración que decía 'Las Malvinas son argentinas' [...]

La niña que era entonces crecía en la seguridad de que las lejanas islas estaban perdidas en las heladas soledades sureñas, separadas del patrimonio nacional por el arrebato de la corona inglesa [...] Estaba convencida de que las islas eran de nuestra total pertenencia, según me lo enseñaban en la escuela y hogar y por eso, cuando en la mencionada revista que llegaba a aquellas soledades litoraleñas semanalmente y yo coleccionaba con devoción, se abrió un espacio para que los niños del país escribieran dando su opinión, sin pensarlo dos veces me dije a la carga dijo Vargas, garrapateé algunos conceptos que probablemente consideré notables y, muy libre de espíritu y autodeterminada envié la nota sin decir ni informar nada a nadie. [...]

Una mañana de jueves o viernes, cuando aparecían las revistas de Buenos Aires, corrí a buscar mi *Figuritas*, y con la *Figuritas* en la mano, frente a la página correspondiente vi allí, en letras de molde, por primera vez en mi vida, mi nombre estampado: la niña María Esther de Miguel, de 4º grado de la escuela número 54 de Larroque, nos envía la siguiente composición, decía, y después venían mis fervorosos y patrióticos pensamientos, acortados, por cierto, pero que yo apenas si alcancé a leer, tal vez porque mis ojos se habían nublado por la emoción (Miguel 2003, 140-141, 143).

Los recuerdos de estos tres intelectuales coinciden en el señalamiento de la presencia cotidiana de *Figuritas* en su infancia y en la influencia de su prédica en la formación de sus percepciones acerca de la cuestión Malvinas, un indicador elocuente del éxito de su cruzada.

Asimismo, la revista ejerció una influencia indirecta sobre generaciones posteriores por cuanto impactó sobre la formación de los docentes en ejercicio y de las nuevas camadas que cursaban la escuela normal durante el esplendor de la campaña, contribuyendo a otorgarle a la educación escolar el lugar central en tanto dispositivo de malvinización que detentaría en las décadas siguientes.

Revisitando la causa Malvinas

En este capítulo hemos intentado reconstruir la peculiar experiencia de la revista *Figuritas* y su campaña malvinizadora, sin duda su rasgo más distintivo. Su éxito revela la preexistencia de una inquietud social respecto a Malvinas, que por entonces también era actualizada por las acciones de otros actores: Alfredo Palacios y su proyecto de ley, la actividad de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en aplicación de esta, la publicación de otros libros que tuvieron importante difusión, la creación de la Junta de Recuperación de las Malvinas. La revista supo sintonizar, canalizar y difundir esa preocupación social en el medio escolar, a la vez que interactuó con varios de esos agentes de malvinización, cuyas actividades encontraron cabida en sus páginas. El Profesor Plin definió así la relación de *Figuritas* con el clima social de expansión de la causa Malvinas:

Imaginariamente hemos construido algo así como un torreón alzado en la soledad. Desde nuestra eminencia silenciosa captamos las impresiones del ambiente. Irradiamos luego las sugerencias, las voces propicias, los testimonios de solidaridad con esta cruzada de redención [...] Somos actores y nos sumamos al elenco común. [...] somos una fuerza más –sólo una modesta fuerza– en la recia corriente, que alienta una causa grande. [...] Nadie tiene derecho a ubicarse ni siquiera a aceptar lugar de preferencia porque pertenece ese ideal al pueblo de la Nación. Es, pues, causa de todos.

Tiene, eso sí admitimos, su natural abanderada: La Escuela Argentina.¹¹⁴

Sin pretender atribuirse la paternidad de la demanda de reivindicación de la soberanía, *Figuritas* afirmó que su campaña fue “sin duda, y lo proclamamos sin vanidad, el

¹¹⁴ El Profesor Plin, “La Página del Profesor Plin. Pregones triunfales”, cit.

toque de atención más sonoro y trascendente que se viera en el país sobre el particular.”¹¹⁵

El caso de *Figuritas* permite valorizar al rol de la educación en la formación y en la difusión de la causa Malvinas. Como demuestra la revista, aunque la cuestión Malvinas no estuviera incluida en el diseño curricular de Historia, circulaba por otros espacios ligados al medio escolar y llegaba con efectividad a las aulas. *Figuritas* efectuó un aporte sustancial a la instalación y difusión de esta temática curiosamente ausente del diseño curricular oficial de la escuela primaria. La acción sostenida de la revista evidenció que Malvinas como causa nacional se fue construyendo tanto desde arriba como desde abajo, desde el Estado y desde la sociedad civil, por la confluencia –a veces coordinada, a veces errática– de iniciativas oficiales y particulares. En este caso, por la fatigosa y perseverante labor de actores que se abocaron a cubrir una inquietud social desatendida por el Estado.

Por otra parte, la historiografía sobre Malvinas a menudo confiere centralidad en la construcción y difusión de la causa a intelectuales de renombre como José Hernández o Paul Groussac.¹¹⁶ El caso de *Figuritas* permite vislumbrar y revalorizar la acción decisiva de otros intelectuales, que, por su menor visibilidad en la opinión pública o en los circuitos consagrados del campo cultural, suelen ser pasados por alto en los estudios sobre el tema.¹¹⁷ Vicente P. Cacuri y su “Profesor Plin”, secundado por los educadores que integraban el plantel de la revista, demostraron una indudable capacidad para difundir con eficacia la causa Malvinas a nivel capilar: en las escuelas. Maestros por formación o por vocación, hicieron un uso hábil de sus saberes y experiencias para

¹¹⁵ Editorial “El Día Nacional de las Malvinas”, en *Figuritas* n.º 151, 02/6/1939.

¹¹⁶ Generalmente a través de un procedimiento teleológico que retrospectivamente atribuye a sus obras una influencia que sólo adquiriría décadas más tarde.

¹¹⁷ Seguimos aquí la definición laxa de “intelectual” empleada por Rodríguez y Fiorucci 2018, 8-9, 13-14.

fijar de manera indeleble en el imaginario escolar la convicción en la legitimidad de la reivindicación soberana sobre las Islas.

Asimismo, el caso de *Figuritas* también permite matizar otro lugar común presente en la literatura sobre Malvinas. A menudo se atribuye a la década de 1930 el carácter de punto de inflexión en la formación de esa causa nacional en función del auge que por entonces cobraron los movimientos políticos de corte nacionalista autoritario, en un contexto signado por la gran depresión, el Tratado Roca-Runciman, la radicalización política e ideológica inducida por los ecos locales de la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial, y una convulsionada dinámica política doméstica, oscilante entre el fraude electoral y los golpes de Estado. Efectivamente, los principales referentes del autodenominado nacionalismo ocuparon por entonces posiciones destacadas en el ámbito de la cultura y de la educación, como la Academia Argentina de Letras, la Comisión Nacional de Cultura, la Biblioteca Nacional, el Instituto Cinematográfico Argentino o el Consejo Nacional de Educación, que les proporcionaron una extensa influencia cultural (Tato 2009, 170). Asimismo, en el marco de un creciente antiimperialismo, particularmente anglófono, generalmente asociado al revisionismo histórico, estos movimientos fueron activos promotores de la causa Malvinas y denunciaron al imperalismo británico y a las elites liberales decimonónicas como sus socias en el expolio de la Argentina, del cual la cuestión Malvinas constituía un caso emblemático (Rubio García 2020).

Sin embargo, *Figuritas* deja en evidencia que la causa Malvinas no puede ser asociada de manera exclusiva al nacionalismo antiliberal y autoritario. La revista contribuyó a la defensa de los derechos argentinos sobre el archipiélago desde una postura netamente liberal, que enarbolaba valores como el derecho, la justicia, la paz y la libertad. En ese sentido, se distanciaba del antiimperialismo y oscilaba entre apelar a los vínculos históricos con el Reino Unido para

encontrar una solución definitiva al diferendo y exigirle con vehemencia un comportamiento consecuente con los principios que decía encarnar a nivel internacional.¹¹⁸ En consecuencia, el caso de *Figuritas* invita a adoptar una definición amplia del nacionalismo y, con él, de la causa Malvinas. Lejos de los reduccionismos que lo identifican únicamente como un movimiento político extremo, el nacionalismo también conforma un conjunto de ideas, prácticas, símbolos, emociones, liturgias, discursos, que cimentan identidades, atraviesan transversalmente a la sociedad y son compatibles con diversas tradiciones políticas. En el caso que nos ocupa, ese nacionalismo se expresó en la defensa de la causa Malvinas por parte de liberales como Cacuri, de socialistas como Alfredo Palacios y de nacionalistas autoritarios enrolados en agrupaciones diversas. Las iniciativas de estos sectores, a menudo confluyentes a pesar de sus variadas raíces ideológicas, contribuyeron a un notable avance de la malvinización en diversos ámbitos de la vida social, que se acentuaría en las décadas subsiguientes y experimentaría su bautismo de fuego en el Conflicto del Atlántico Sur de 1982.

Referencias bibliográficas

- Bisso, Andrés (2005). *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cacuri, Vicente P. (1941). *Fiesta del Trabajo*. s/l: s/e.
- Cacuri, Vicente P. (1956). "Evocación entrerriana". En *Entre Ríos*, dirigido por Leandro Ruiz Moreno. Paraná: Academia de la Provincia Correspondiente a la Academia Nacional de la Historia.

¹¹⁸ Asimismo, se diferenciaba del revisionismo en la defensa del panteón nacional liberal y en la condena del rosismo.

- Cacuri, Vicente P. (1959). *Memorias de un egresado de la universidad de la calle*. Buenos Aires: Ediciones del Instituto Amigos del Libro Argentino.
- Cane, James (2011). *The fourth enemy. Journalism and power in the making of Peronist Argentina*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Eujanian, Alejandro C. (1999). *Historia de las revistas argentinas 1900-1950. La conquista del público*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Guber, Rosana (2012). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, Leandro H. y Luis Alberto Romero (1995). “Sociedades barriales y bibliotecas populares”. En Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, 153-172. Buenos Aires: Sudamericana.
- Imaz, José Luis de (1994). *Soliloquios de un caminante*. Buenos Aires: Sudamericana.
- López, Ignacio A. (2015). “Argentinizar» la democracia, defender las instituciones. Notas sobre algunos proyectos legislativos del presidente Roberto M. Ortiz”. *Boletín Americanista* vol. 1, n.º 70: 169-189.
- Lorenz, Federico (2014). *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas*. Buenos Aires: Paidós. E-book en Adobe Digital Editions.
- Magaldi, Juan Bautista (2001). *Entre dos mundos. Memorias de un inmigrante*. Buenos Aires: Ediciones del Peregrino.
- Matallana, Andrea (2018). *Locos por la Radio. Una historia social de la radiofonía en la Argentina – 1923-1957*. Edición Kindle.
- Miguel, María Esther de (2003). *Ayer, hoy y todavía. Memorias*. Buenos Aires: Planeta.
- Morello, Antonio (1969). *Alumnos y maestros* (La Plata: Editora Platense).
- Palacios, Alfredo L. (1984). *Las Islas Malvinas. Archipiélago argentino*. Buenos Aires: Editorial Claridad.

- Palermo, Vicente (2007). *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Plotkin, Mariano (1994). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- Presidencia de la Nación – Ministerio de Asuntos Técnicos (1947). *Cuarto Censo General de la Nación*, tomo I. Buenos Aires: Dirección Nacional del Servicio Estadístico.
- Rodríguez, Laura Graciela y Flavia Fiorucci (2018). “Introducción”. En *Intelectuales de la educación y el Estado: maestros, médicos y arquitectos*, compilado por Flavia Fiorucci y Laura Graciela Rodríguez. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Romero, Luis Alberto (1995). “Una empresa cultural: los libros baratos”. En Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, 45-67. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rubio García, Gonzalo (2020). “Las posturas intelectuales y políticas en torno al reclamo de las Islas Malvinas (1930-1940)”. En *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, dirigido por María Inés Tato y Luis Esteban Dalla Fontana, 39-57. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Sanchís Muñoz, José R. (1992). *La Argentina y la Segunda Guerra Mundial*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Santos La Rosa, Mariano (2019). “Malvinas. La construcción histórica de una causa nacional en el ámbito escolar (1870-1945)”. *Clío & Asociados. La historia enseñada* n.º 28: 20-32.
- Tato, María Inés (2007). “El ejemplo alemán. La prensa nacionalista y el Tercer Reich”. *Revista Escuela de Historia* n.º 6: 34-60.
- Tato, María Inés (2009). “Nacionalistas y conservadores, entre Yrigoyen y la ‘década infame’”. En *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*,

1852-1943, compilado por Lilia Ana Bertoni y Luciano de Privitellio, 149-170. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Tato, María Inés (2010). “Ecos argentinos de las dos guerras mundiales. Apuntes para una reflexión comparativa”. En *Un mundo, dos guerras (1939-1991)*, compilado por Mariano Eloy Rodríguez Otero y Nadia Andrea De Cristóforis, 67-85. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Tato, María Inés (2020). “La cuestión Malvinas y las batallas por la neutralidad argentina durante la Gran Guerra”. En *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, dirigido por María Inés Tato y Luis Esteban Dalla Fontana, 17-38. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Tedesco, Juan Carlos (2020). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1955)*, compilado por Darío Pulfer. Buenos Aires: UNIPE. Libro digital en PDF.
- Varela, Mirta (2012). “Peronismo y medios: control político, industria nacional y gusto popular”. <http://www.rehime.com.ar/escritos/documentos/idxalfa/v/varela/Mirta%20Varela%20-%20Peronismo%20y%20medios.pdf>

Guerra de Malvinas

*Los planes previos a 1982:
¿verdad o solo analogías?*

LUIS ESTEBAN DALLA FONTANA

Introducción

En el marco del conflicto por la soberanía de las Islas Malvinas y de sus espacios adyacentes, a lo largo de los años existieron manifestaciones en diferentes ámbitos de la comunidad argentina vinculadas con la intención de recomponer la situación violatoria del derecho internacional y lograr la regularización del status jurídico del archipiélago e, inclusive, dejar en clara evidencia el repudio social e individual frente a ese escenario. Esas expresiones partieron tanto de los estamentos gubernamentales –por ejemplo, las negociaciones en búsqueda del acercamiento y de acuerdos en el marco de la diplomacia formal– como de otros espacios, pasando por toda una gama de características y niveles de involucramiento, incluyendo las demostraciones culturales, populares y sectoriales. Entre estas últimas podemos mencionar el aterrizaje del solitario piloto argentino Miguel Fitzgerald en el territorio malvinense en 1964 y el denominado Operativo Cóndor en 1966, que, aunque de alto contenido emocional, fue de características violentas e ilegales, y solo perjudicó las tratativas entre la Argentina y el Reino Unido, cuyos representantes se encontraban ocupados en llegar a la firma de un memorándum de entendimiento sobre el litigio.

En consecuencia –y en la intención de analizar otras iniciativas–, luego de transcurridos cuarenta años de una guerra irreflexivamente desencadenada por un problema de soberanía nacional y cuya historia se encuentra cruzada por vectores de todo tipo, estamos convencidos de que se impone la necesidad primordial de analizarla también –y muy especialmente– a la luz de las especificaciones técnico-militares que aseguren una reconstrucción completa y fidedigna del pasado. Esto se fundamenta rigurosamente al considerar el mismo contexto en que se desarrolló el conflicto armado, que estuvo dominado por las improvisaciones antes que por los indicativos de la meditación y los estudios analíticos.

En este capítulo nos referiremos, en principio, a dos de aquellas manifestaciones. Estas se remontan a la década de 1940 y se originaron en el seno de dos ministerios nacionales y de un instituto de capacitación superior perteneciente a la Armada Argentina que, a raíz de las circunstancias de la época, se vieron casualmente vinculadas. Con el correr de los años y a raíz de varios análisis y opiniones, esas iniciativas fueron interpretadas como un verdadero plan militar para recuperar las islas.

Sin embargo, creemos que tal expresión fue empleada de forma apresurada, lo suficientemente discrecional y sin apoyarse en una fundamentación técnica y profesional que sostuviera la validez de su intención, pues un plan militar de guerra, en el más estricto sentido de la definición, originado en la necesidad de concretar un objetivo político y que involucre al instrumento armado nacional, debe obligatoriamente obedecer a un conjunto de principios y procedimientos legales, en razón de la gravedad que entraña su aplicación y desarrollo, y sus probables derivaciones y consecuencias.

Así como un profesional de la salud no denomina a una delicada cirugía de cualquier órgano del cuerpo humano con eufemismos, semejanzas o comparaciones, sino con su nombre exacto y correcto a fin de que todos comprendan

lo trascendental de la intervención, su logística y sus consecuencias, de la misma forma un verdadero plan militar de guerra no puede ser considerado como tal basándose en una simple analogía sugerida por la sinonimia. Un plan de esas características y con tan grave finalidad es el resultado de un planeamiento formal, es el producto final de un complejo y arduo proceso que parte de una idea, de una concepción orientadora bajo cuyos lineamientos los Estados Mayores inician su trabajo basándose en preceptos científicos y empíricos, considerando un conjunto de factores cuyas implicaciones superan la mera suposición y las predicciones sin sustento. Esto fue así desde la noche de los tiempos. Un plan militar siempre resultó ser un asunto serio, extremadamente peligroso y comprometedor, encuadrado en un marco teórico y experimental que invalida el empleo de las analogías para hacer referencia a una mera idea, una intención o un anhelo por más enaltecido –e incluso sagrado o estrechamente vinculado con los intereses nacionales– que pudiera parecer, con el objetivo de instalar la idea de que un determinado hecho bélico no respondió a impulsos coyunturales sino que se desarrolló como parte de una estudiada política continuada por medios violentos, concienzuda y equilibradamente evaluada en su posible expansión y resultados.

En el caso que aquí tratamos, la guerra de Malvinas, tal expresión, tal vocablo (el plan), al ser empleado discrecionalmente, usando la analogía y considerando como tal a un propósito esbozado en una coyuntura temporal, provocó que permaneciera en un sector del imaginario colectivo la convicción de que lo que finalmente se concretó en abril de 1982 provenía de un tenaz y constante proceso de pensamiento y análisis desarrollado de forma sistematizada, previsto y organizado desde el surgimiento de aquel proyecto de los años '40 al que nos referiremos enseguida. Esto nos llevó a cuestionarnos si efectivamente existió antes de aquel mes de abril un plan formal, un documento institucional, legítimo y legal, elaborado y emitido con esas particulares

características para la restitución efectiva de las Malvinas al dominio argentino y para el empleo de las Fuerzas Armadas en una probable y consecuente guerra con Gran Bretaña, o si esa afirmación se inscribe en una de las tantas interpretaciones especulativas de los hechos previos al desenlace armado vivido entre abril y junio de 1982.

En consecuencia, y con la finalidad de elaborar una argumentación fundamentada que nos permita aproximarnos a una demostración documental sobre la esencia del objeto de estudio planteado y comprobar que tal plan, en tanto documento formal emanado de los organismos pertinentes, no existió, expondremos los resultados del análisis realizado sobre los archivos disponibles, cuya interpretación desarrollamos en las páginas siguientes.

En esa línea de trabajo, hemos incluido las dos iniciativas presentadas en la década en 1940 y otros proyectos desarrollados en el seno de la Armada, así como las impresiones y las tareas de los principales responsables del planeamiento de lo que fueron las primeras operaciones militares, para arribar, finalmente, a nuestras conclusiones sobre la cuestión.

Una aproximación histórica

Los sucesivos gobiernos argentinos, tanto militares como civiles, habían mantenido durante mucho tiempo su determinación de resolver definitivamente el conflicto por la soberanía de las Islas Malvinas y retrotraer la situación al momento previo a la usurpación de 1833, y, de esa forma –basados en el derecho–, lograr la recuperación del archipiélago.

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Gran Bretaña estaba comprensiblemente preocupada por otros lugares donde ejercía su dominio o el control del espacio tridimensional, en la Escuela de Guerra Naval y en el Ministerio

de Marina se pensaban los fundamentos por los que las islas debían ser restituidas de forma integral a la República Argentina. Aquellas ideas no respondían a la intención de aprovechar el empeñamiento del Reino Unido en la conflagración mundial –por ende, su posible debilidad–, algo que nunca hubiese podido concretarse sin generar un problema aún mayor, ya que la Argentina había declarado su neutralidad en el conflicto y, más tarde, su no beligerancia.

Pero el conjunto de episodios históricos, tanto provocados por los sucesivos gobiernos como los concretados por algunos particulares, con los que se formularon los progresivos reclamos por la situación irregular e ilegal de las islas, condujo a que se pensara en todas las formas posibles de modificar una situación que se prolongaba en el tiempo y que alteraba las normas básicas del derecho internacional. Inclusive, aquellas nociones encontraban su justificación en el fortalecido concepto de Gran Bretaña de que “si antes de 1833 podían haber dudas acerca del titular de los derechos de soberanía sobre las Islas Malvinas, después de [más de una centuria] de ocupación ininterrumpida estas dudas se despejan [con la] aplicación de la institución de la prescripción adquisitiva” (Ochoa Reyes 1984: 95). Los gobernantes y juristas británicos entendían que desde 1833 la Argentina se había mantenido por años –y de forma discontinua– en silencio, sin protestar activamente empleando alguna medida de fuerza, lo que implicaba la aceptación del anómalo escenario de usurpación y ocupación de las islas, ya que –siguiendo la doctrina del profesor Fawcett– se afirmaba que

la protesta no es suficiente por sí misma para anular o impedir un título por prescripción. [Una cuestión que resultaba por analogía de lo sucedido en los casos de] Colombia contra Venezuela, España contra Gran Bretaña y Groenlandia del Este, Islas las Palmas, Bahía Delagoa [hoy Maputo]; Venezuela contra Gran Bretaña, Fronteras de Alaska, Pesquerías, etc, [en los que] la ausencia de protesta ha sido considerada

aceptación y un elemento positivo para la consolidación de un título territorial. (Iglesia 2012, 4)

Por lo tanto, tomando nota de la existencia de doctrinas como estas, el conjunto de presentaciones formales realizadas por los argentinos ante los diferentes organismos británicos e internacionales –aunque con cierta intermitencia desde la ocupación de las islas por la fuerza, en el siglo XIX–, junto a otras manifestaciones en todos los ámbitos de la ciudadanía argentina, no podían sino estar acompañadas, cuando menos, por una previsión del empleo de las Fuerzas Armadas, independientemente de si quienes gobernaban eran militares de facto o civiles investidos por la legitimidad derivada del sufragio.

En consecuencia, las ideas de un probable despliegue militar en los años 40 del siglo XX no pretendieron imitar la acción compulsiva de los británicos en 1833, sino, muy por el contrario, adoptar las precauciones mínimas para intentar la restitución de la soberanía sobre los espacios insulares y marítimos por medio de la disuasión. Puede decirse que el pensamiento de los argentinos de aquellos años –ante el repetido rechazo y la reiterada postergación de las negociaciones diplomáticas por parte del gobierno de Londres– estuvo casi en coincidencia con el pensamiento británico de “que el Estado ofendido debería hacer algo más que protestar para preservar sus derechos e impedir la prescripción” adquisitiva. Y, a la vez, en concordancia –anticipada, por cierto– con algunos estudiosos y académicos también británicos, “como Cohen (Verykios, Baty) [quienes] sostienen que la afirmación británica en este sentido no resiste ningún examen serio” (Iglesia 2012, 4).

Las propuestas para la recuperación de las Islas Malvinas. El proyecto de un alumno

En ese escenario, cuando el país era gobernado por un presidente civil, algunos oficiales de la Marina –encabezados por el capitán de fragata Ernesto Villanueva– presentaron en 1941, en la Escuela de Guerra Naval, un esbozo de proyecto para la recuperación de las Malvinas. Esta presentación fue realizada como parte de una actividad académica, pero ello no impidió que fuera clasificada como de reserva absoluta.

El autor y firmante del referido proyecto, recientemente llegado de Brasil, donde se había desempeñado como agregado naval a la embajada argentina, estudió el acercamiento de ese país a los Estados Unidos y sus ciertas posibilidades de crear bases navales y aéreas, y de aumentar los efectivos del ejército. Fue un buen trabajo de inteligencia del marino que se vio ratificado unos años más tarde cuando los presidentes Getulio Vargas y Franklin Delano Roosevelt se reunieron en la ciudad marítima de Natal para firmar un acuerdo que contribuiría a orientar el curso de la mayor parte de Sudamérica en cuestiones internacionales.

Con esa experiencia de análisis y desarrollo de tareas de inteligencia, Villanueva planteó como parte de una exigencia del curso de oficial de Estado Mayor la hipótesis de su proyecto de reocupación de las Malvinas. En ella argumentaba que la Segunda Guerra Mundial –en la que por esa fecha se apreciaba prácticamente un éxito completo de la Alemania hitleriana– había impactado de forma determinante en el concierto global y resultaba factible suponer que las Islas serían entregadas a otra nación como moneda de cambio. Por lo tanto, se imponía organizar una incursión armada con la finalidad de que la República Argentina se apoderara de ellas para mantener el control de la región y así restablecer el status vulnerado. Esto generaría, sin dudas, una situación favorable para el país desde todo punto de vista, incluido el económico. El diseño del entonces

denominado plan –pero de estructura y finalidad académicas, aunque incompleto– fue discutido arduamente en la Escuela de Guerra Naval. Estaba basado en un mapa fechado en 1936 y en fotografías aéreas de la época, gracias a las que se logró detectar al HMS *Ajax* surto en proximidades de Port Stanley, el cual se había enfrentado con una escuadra alemana en el Río de la Plata en 1939 (Yofre 2012).

Con un muy buen criterio profesional, el alumno, ideólogo y redactor del trabajo académico, aseguraba que el comando del futuro teatro de operaciones debía quedar en manos de la Armada, toda vez que la gran mayoría de las acciones de combate serían navales, al tratarse de un territorio insular rodeado de un espacio marítimo. En consecuencia, el Ejército reforzaría a la Infantería de Marina para la defensa de las islas en caso de una contraofensiva enemiga, lo que implicaba –entendemos– un antecedente de la acción militar conjunta tan ausente en las acciones de 1982 y, posteriormente, intensamente requerida por analistas improvisados en materia militar, por otros de cariz más profesional y por los mismos veteranos de guerra.

Dentro de las apreciaciones del oficial alumno se introdujeron –como en toda propuesta de operaciones y en consonancia con las indicaciones que exigía el curso de la Escuela de Guerra– los datos sobre el terreno, las condiciones meteorológicas, los probables lugares donde fondear las naves, las playas de desembarco próximas a la capital y, aunque sin demasiado detalle, otros aspectos del ambiente operacional en general, que incluía información sobre la población residente. En la parte destinada a la organización y despliegue de las fuerzas a enfrentarse, expresaba que el enemigo podía llegar a reunir, entre tropas regulares allí asentadas, las que ocasionalmente estuvieran embarcadas y algunos voluntarios, un número aproximado a los 500 efectivos. Mientras que los argentinos, entre marinos y miembros del Ejército –más algún ocasional refuerzo–, podrían sumar alrededor de 2.300 combatientes. Casi como una afirmación de lo que no podía ser de otra forma, certificaba

que la sorpresa sería el factor de éxito y el que determinaría el curso de las operaciones.

Al momento en que ese texto de treinta y cinco carillas y un anexo, que proponía una maniobra de consecuencias estratégicas y políticas de enorme trascendencia, fue sometido a un análisis de cátedra, el entonces teniente coronel Benjamín Rattenbach –quien formó parte de la comisión de profesores evaluadores del trabajo académico– concluyó de forma satisfactoria y coincidió con todo lo planificado. Sin embargo –más que con una visión profética, con un sentido común y una prognosis estratégica que no existirían cuarenta y un años más tarde–, el profesor advirtió en su crítica que “lo difícil [y no mencionado en el informe presentado] será más bien lo posterior: el mantenimiento de las islas frente a una tentativa de reconquista de los ingleses”.¹ Seguramente, Rattenbach, ya como teniente general retirado y presidente de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS) –y también uno de los autores del informe al que habitualmente se denomina con su nombre–, debió de haber recordado sus conceptos sobre el proyecto académico evaluado cuando interrogó a Leopoldo Galtieri en 1983. En aquella ocasión, luego de escuchar las palabras del principal responsable de la contienda bélica, lo increpó duramente acusándolo de haber resuelto emprender una guerra en defensa de las Islas Malvinas sin tener la capacidad intelectual ni de mando y, mucho menos, de medios y recursos para hacerlo, llevando al país a una situación ruinosa.²

1 Yofre, Juan B., “‘Golpe de mano’ y ‘cambio de dueño’: el plan argentino para recuperar las Islas Malvinas en 1941”, *Infobae*, 9/9/2019.

2 Junta Militar, *Informe Final Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur* (en adelante JM-CAERCAS-IF). Buenos Aires: 1983, vol. 15, t. IV, 731.

La minuta de los Ministerios de Marina y de Relaciones Exteriores

En la misma línea de ideas, previsiones y proyecciones político-estratégicas de aquellos alumnos de la Escuela de Guerra Naval, la intención de recobrar el control sobre el archipiélago en litigio fue estudiada y analizada de forma oficial, materializándose en una propuesta que el entonces ministro de Marina le presentó al canciller argentino en octubre de 1941. Esa propuesta no fue una idea de los militares exclusivamente, sino que surgió del trabajo conjunto de ese departamento de Estado con el ministerio de Relaciones Exteriores, que había solicitado un estudio acerca de la aceptabilidad y factibilidad de emplear a las Fuerzas Armadas en una probable maniobra para reconquistar las Malvinas.³

Si bien en algunos foros de discusión y de investigación se lo ha considerado un plan militar, el texto no constituye de ninguna manera un documento que pueda encuadrarse en tal calificación, pues carece de la información y las disposiciones necesarias que permitan interpretarlo y denominarlo como tal. En realidad, es una extensa nota de veintitrés carillas en la que el ministro de Marina hacía una detallada descripción de la situación general y de la geopolítica particular de la Argentina. Exponía también los lineamientos de lo que pudiera haberse entendido y asimilado como una concepción estratégica militar, mayormente centrada en el escenario naval. El escrito se basó en un estudio que había hecho el Estado Mayor de la Armada en el que se argumentaba que el litoral marítimo se hallaba prácticamente desprotegido, ya que las Islas Malvinas se encontraban en poder de una potencia extranjera. En virtud de ello,

³ Argentina, Buenos Aires. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (AMREC). Colección Malvinas, caja 86AH0007-2, 2, "Memorándum reservado del canciller Ruiz Guiñazú al embajador argentino en Londres, Dr. Cárcano", 06/10/1942.

se apreciaba como de “urgente necesidad” reintegrarlas al patrimonio nacional.⁴

Anteponiendo una serie de fundamentos que casi conformaban una clase introductoria de la doctrina naval elemental –la mayoría de ellos basados en la teoría de Mahan–, el ministro llamaba la atención sobre la estrecha e inevitable vinculación que debía existir entre las bases navales y la flota de mar, relación sin la cual ningún empleo de los barcos de guerra podía resultar exitoso en una campaña. En ese orden de ideas, se destacaba que la ubicación de aquellas bases no era en absoluto un dato menor a tener en cuenta, sino que, por el contrario, se transformaba en el factor estratégico primordial. Sería una base posicionada de forma geográficamente inteligente la que proporcionaría a las fuerzas navales la oportunidad para pasar a la ofensiva en el mar y para obtener el control de las líneas de comunicaciones (o de abastecimiento logístico) y de operaciones, tanto propias como del enemigo. Por lo tanto, la posición de una base naval era considerada por los autores del estudio en estrecha relación con las posibilidades o ventajas que de ella pudiera obtener la flota argentina, a fin de lograr y mantener la eficaz supremacía en la zona de operaciones. Se infería que de ahí a que se lograra una real ventaja estratégica había solo un paso.

Todo aquello los llevaba a concluir que, al momento de seleccionar una posición determinante para situar una base naval en el Atlántico Sur que contribuyera a desarrollar una adecuada defensa marítima, las Islas Malvinas se encontraban en una sobresaliente ubicación geográfica y estratégica. Ellas poseían todas las características que coincidían con las tendencias geopolíticas de entonces. Se proyectaban periféricamente a un enorme tramo del litoral marítimo y dominaban las tres vías de comunicación interoceánicas: “el

⁴ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1, “Nota del ministro de Marina de la República Argentina al ministro de Relaciones Exteriores y Culto, 22/10/1941.

Estrecho de Magallanes, el Estrecho de Le Maire y el Pasaje oriental de las Islas de los Estados [...] y las rutas entre los puertos situados al sur del paralelo 47°". A tal punto llegaban las ventajas que proporcionaban las Islas como base, que su valor estratégico se proyectaba hasta el "sector ofensivo de Mar del Plata". Incluso, afirmaban que si el Canal de Panamá –que en cierta medida había reducido la influencia de las Malvinas en el tráfico comercial marítimo– fuera destruido o desactivado, las utilidades naturales de las islas se restablecerían de inmediato, dada su proximidad a los estrechos interoceánicos y al Cabo de Hornos. "Las Islas Malvinas son así un centinela que constantemente nos vigila y amenaza", pues no había otra posición que potencialmente sirviera para encabezar desde el mar la defensa del litoral. Tampoco existía algún territorio similar que pudiera convertirse en una avanzada que disuadiera o evitara una probable intención colonizadora del territorio continental argentino, particularmente de la Patagonia. Visto a la inversa, las Islas proporcionaban a cualquier enemigo que lo intentara la plataforma de lanzamiento para una invasión continental y, como de hecho ya estaba sucediendo desde 1833, la posibilidad de consolidar el control de los mares sureños.⁵

En una parte de este extenso texto que la cancillería registró como "iniciativa del ministerio de Marina para gestionar el reintegro de las Islas Malvinas a la soberanía Nacional", se rescataba el planteo del antes mencionado capitán Villanueva referido a la inminente probabilidad de que las Islas pudieran pasar a manos de otra gran potencia naval, planteándose, así, nuevos interrogantes. En consecuencia, se imponía acelerar las gestiones para que el país las recuperara cuanto antes. De resultar favorable en los hechos, la potestad estratégica sobre los espacios marítimos adyacentes y proyectados en un amplio arco geográfico daría un giro copernicano. Ese cambio aumentaría exponencialmente las

⁵ *Ibíd.*

posibilidades ofensivas y defensivas de la flota, la posición geopolítica de Argentina se vería asegurada y se fortalecería de forma efectiva la perspectiva de interactuar con las bases terrestres, navales y –eventualmente– aéreas asentadas en el continente.

No había duda alguna para quienes promovían y sostenían todos esos argumentos de que las Islas Malvinas conformaban una base insuperable y abarcadora de todos los recursos que coadyuvaban a desplegar y mantener la seguridad de la soberanía nacional. Ellas eran la “llave” del Atlántico Sur –escribían–, pues suministraban una posición de avanzada, proyectada hacia el interior del océano. Esto, se afirmaba, era fácilmente comprobable si se unían mediante una línea imaginaria la zona de Mar del Plata con la de Port Stanley, de la que surgía una sugestiva curva convexa. Ese trazo determinaba gráficamente aquella vanguardia oceánica. A modo de corroboración de las utilidades que reportaban estas ideas, en el documento se explicaba la forma en que la flota de mar podría operar con éxito frente a los distintos supuestos de agresión contra el país si las Malvinas estuviesen bajo control argentino, incluyendo el empleo de los medios aéreos.⁶

Como corolario de esta propuesta, el Ministerio de Marina mencionaba también las implicaciones políticas en el marco mundial y en la relación con otros países. Por caso, se planteaba el supuesto de una guerra entre Argentina y Chile, y la escalada de un conflicto por el dominio de la Antártida. Muy diferente iba a ser el desarrollo de esos hipotéticos episodios si Gran Bretaña perdía las posibilidades de intervenir y/o incidir directamente en ellos, al no tener la posesión de las Malvinas. Asimismo, basados en las razones jurídicas e históricas que demostraban que las Islas formaban parte del territorio nacional, se fundamentaba que aquel era el momento adecuado para iniciar

⁶ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 8/13, “Nota del ministro de Marina”, cit.

las gestiones a fin de lograr la tan ansiada e impostergable recuperación. Esa exposición incluía información sobre el apoyo recibido de otros países para hacer valer los derechos argentinos, lo que daría una mayor seguridad para el lanzamiento de cualquier operación armada que terminara con la reconquista de las Islas.

Desde luego –y como no podía ser de otra forma–, los proponentes se referían a la existencia de cierta complicidad de los Estados Unidos para que el Reino Unido hubiera afirmado su usurpación y aún mantuviera a las Malvinas bajo su control absoluto. Sin embargo, le recordaba al canciller que en el seno del Congreso estadounidense también había legisladores que levantaban sus voces para posicionarse a favor de la Argentina, bregando por la restitución del archipiélago y para que Gran Bretaña se retirara de allí definitivamente. Algo similar –aseguraba– se podía observar en algunas declaraciones del propio presidente estadounidense y de una parte de la prensa norteamericana.⁷

En toda esta iniciativa presentada por el ministerio que en ese momento tenía la responsabilidad de administrar las políticas institucionales de una de las Fuerzas Armadas argentinas no se observa una sola mención al empleo de determinado tipo o dimensión de organizaciones de combate, ni su apoyo logístico ni sus autoridades de comando, como tampoco la secuencia de operaciones de guerra posibles. Mucho menos se refería a una batalla. Aun más, la descartaba como un episodio probable en el que tuviera que participar la marina argentina en virtud de la situación internacional de 1941.

De manera tal que el contenido del documento bien puede ser tenido como una recopilación de ideas estratégicas que, al provenir de un departamento de Estado, cobró una trascendencia mucho mayor que cualquier exposición realizada en el marco de un curso superior, como resultó

⁷ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1/8, “Nota del ministro de Marina”, cit.

ser el llamado “proyecto o plan Villanueva” referido anteriormente. Sin embargo, nunca sirvió como una concepción estratégico-política que efectivamente determinara los lineamientos vinculados con las relaciones internacionales, seguidos por los presidentes constitucionales y los de facto entre 1941 y 1943. Estuvo muy lejos de ser un plan de operaciones o de campaña militar.

Las proyecciones e implicaciones del memorándum ministerial

En ese trabajo conjunto que efectuaron los Ministerios de Marina y de Relaciones Exteriores –ya que el de Guerra, que controlaba al Ejército, no figuraba explícitamente en los estudios–, uno de los consejeros legales de la cancillería –primero en octubre de 1941 y luego en 1942– produjo sendos memorándums dirigidos al canciller Enrique Ruiz Guñazú fundamentando los motivos por los que Argentina tenía que dominar efectivamente al archipiélago. En el primero de esos documentos se destacaba aquel supuesto planteado en la “iniciativa” respecto de que alguna potencia enemiga de Gran Bretaña podía atacar las Islas y apoderarse de ellas. Pero al formular una serie de propuestas sobre cómo podía arribarse a un acuerdo inmediato y a uno futuro con Londres, no contemplaba en ningún párrafo la realización de una operación militar por parte de las Fuerzas Armadas argentinas.⁸

En el segundo de aquellos oficios, el consejero diplomático exponía que existía una firme certeza de que Japón atacaría las Islas Malvinas y que el desplazamiento de la guerra submarina podía llegar a incluir algunos objetivos en sus proximidades o directamente al interior de ellas. Por ende, señalaba la necesidad de advertir diplomáticamente a las potencias del Eje que cualquier ataque a las Malvinas

⁸ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1/5, “2º Memorándum sobre las Islas Malvinas y la defensa continental”, 23/10/1941.

sería considerado un ataque a la Argentina y no al Reino Unido, puesto que formaban parte del territorio nacional, ya que la ocupación por parte de los británicos era una mera situación de hecho, ilegal e ilegítima. Era de vital importancia que, una vez lograda la restitución del sector insular y marítimo ocupado, “las fuerzas argentinas de tierra, mar y aire puedan estar a cargo, total o parcialmente de la defensa del archipiélago”, con lo que sugería una interoperabilidad de medios bélicos diferentes, al estilo de una acción militar conjunta sin existir aún una doctrina formal destinada a ello. No se refería a las fuerzas como medios para atacar a Gran Bretaña e invadir así el territorio usurpado, sino al desarrollo de su defensa una vez que se produjera la cesión de los espacios y de las responsabilidades por parte del gobierno de la Corona. Entre los acuerdos a efectuar por ambos países en litigio, contemplaba que solamente Port Stanley quedaría bajo el control de los británicos como zona de arrendamiento internacional por “75 o 99 años” y que, terminado el conflicto mundial en curso, las negociaciones continuarían a través de un arbitraje.⁹

Este último documento venía a incrementar al anterior y fue provocado por la preocupación que generaba la expansión de la guerra mundial. Poco más de un mes y medio después de la presentación de la “iniciativa” del ministerio de Marina, los japoneses habían atacado la base de Pearl Harbor, provocando el ingreso activo de Estados Unidos en la contienda. Y a principios de 1942 Alemania había sufrido su primera gran derrota en el frente oriental ante los rusos, entre otros sucesos que agravaban la situación internacional y comenzaban a mover el fiel de la balanza en el marco de la contienda.

⁹ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1-4, “3º Memorandum sobre las Islas Malvinas y la defensa continental”, 1/10/1942.

Un intento de negociación con Gran Bretaña

En medio de ese escenario, el canciller Ruiz Guiñazú entregó “en su mano al Dr. Cárcano [en] oct. 6/42” –según consta la leyenda manuscrita en el documento– una nota con firma ológrafa que acompañaba a un memorándum reservado. Allí expresaba su preocupación por la situación de la Argentina dentro del escenario político y estratégico global, empleando una terminología idéntica a la que el ministro de Marina había usado en su texto de octubre de 1941 para describir la situación de las Islas Malvinas. Se refería al control del litoral marítimo, a la importancia del arco defensivo entre Mar del Plata y Port Stanley, y a la avanzada oceánica por el Atlántico hacia el Este. “Las Islas Malvinas son una base que vigila y amenaza [...] [son] la ‘llave’ de la intercomunicación oceánica en el lejano Sud”, repetía de manera textual.¹⁰ El canciller se centraba no tanto en la ocupación ilegal e ilegítima de las Islas Malvinas por parte de Gran Bretaña, sino en la posibilidad de que otra potencia invadiera y ocupara el archipiélago afectando la seguridad territorial, política y estratégica de la Argentina, sugiriendo que podía ser Japón. Asimismo, citaba el estudio presentado por el Ministerio de Marina, resaltando que el control de las Islas podría alentar un avance foráneo sobre el continente, en especial sobre los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia. En ese sentido, le daba la misión al embajador Miguel Ángel Cárcano de entrar en contacto con la cancillería británica a fin de plantear una urgente negociación para alcanzar un acuerdo definitivo, teniendo en cuenta los siguientes postulados:

- a) El Gobierno argentino toma a su cargo la defensa de las Islas Malvinas para rechazar todo acto de ocupación no británico;

¹⁰ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1, “Nota del canciller Ruiz Guiñazú al embajador argentino en Londres, Dr. Cárcano”, 6/10/1942.

- b) La República Argentina y Gran Bretaña formularán un arreglo definitivo del pleito que mantienen sobre las islas, a base de que estas serían devueltas a la primera en un término dado, con excepción de Puerto Stanley, que quedaría en poder de Gran Bretaña por 75 o 99 años como zona de arrendamiento internacional;
- c) Por acuerdos especiales se establecería la eventual colaboración británica en la defensa de las islas, así como el sistema de indemnizaciones a que haya lugar por la entrega de las instalaciones británicas.¹¹

No sin poca perplejidad ante el texto del memorándum, Cárcano manifestó cautelosamente su desacuerdo con la intención del canciller. No obstante, se propuso acercarse a los funcionarios del Foreign Office para iniciar las conversaciones sobre aquellas premisas, de forma tal que no se interpretara como un oficio de características “inamistosas” en virtud de la situación de empeñamiento que sufría el Reino Unido en la guerra. Como parte de su programa de trabajo, incluyó la intención de reunir información sobre la situación de la flota real y se encontró con la sorpresa de que “la marina británica es más poderosa que antes de la guerra y que el contralor de las rutas de navegación lo realiza cada día más eficazmente”. Así se lo habían comentado más de cuarenta personas, entre funcionarios y allegados a los pasillos del palacio de Westminster con los que había conversado. Estas afirmaciones se sumaban a la improbabilidad de que Japón se lanzara a una ofensiva contra las Islas Malvinas, dado que se estaba concentrando en los mares y archipiélagos asiáticos. Con todo ello, instó al canciller argentino a dejar de lado cualquier gestión ante la Corona, ya que no sería bien vista en aquellos momentos. Estaba convencido de que Argentina debía abandonar la idea de hacerse cargo de la defensa de las Islas para evitar

¹¹ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 2, “Memorándum reservado del canciller Ruiz Guiñazú al embajador argentino en Londres, Dr. Cárcano”, 6/10/1942.

entorpecer el escaso diálogo que existía entre ambos países en torno al litigio del Atlántico Sur y a otros problemas subyacentes. Cárcano estaba muy preocupado por la falta de acuerdo sobre el precio de la carne criolla que los exportadores argentinos querían colocar en los dominios del alicaído Imperio. Además, el cumplimiento del memorándum reservado podía afectar la relación con los Estados Unidos a raíz de la estrecha alianza que tenía con los británicos.¹² Un mes después reafirmaría su posición advirtiéndole al canciller que la intención argentina –que ya había trascendido al interior de las Cámaras– empezaba a generar duras reacciones entre los funcionarios del Parlamento. El embajador se había convencido de que aquella no era la oportunidad estratégica ni política para agitar las aguas, y mucho menos si estas eran las del Atlántico Sur.¹³

Las Malvinas en la memoria colectiva y en el conocimiento de los militares. Entre el mito, la retórica y la verosimilitud

En las décadas siguientes, especialmente para los marinos, la recuperación de las Malvinas provocó cierto interés y en algunas ocasiones fue un tema de conversación y un objetivo de ejercitaciones de instrucción. Por ejemplo, después de las primeras iniciativas y el desarrollo de las propuestas en torno al problema de su restitución, en 1966 se desarrolló una incursión exploratoria en la región del archipiélago. De hecho, el submarino argentino *Santiago del Estero* navegó hasta las costas de la península de Freycinet para investigar

¹² AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1/3, “Memorándum reservado del embajador argentino en Londres, Dr. Cárcano, al canciller argentino, Dr. Ruiz Guiñazú”, 27/11/1942.

¹³ AMREC. CM, caja 86AH0007-2, expediente 18, 1/4, “Memorándum reservado del embajador argentino en Londres, Dr. Cárcano, al canciller argentino, Dr. Ruiz Guiñazú”, 29/12/1942.

las facilidades que podría brindar una de las playas al norte de Port Stanley como posible lugar para un desembarco, retirándose luego de una brevísima permanencia y sumergiéndose otra vez en las aguas del Atlántico con rumbo a su base original. En aquella playa descendió parte de la tripulación, entre la que se encontraba el segundo comandante de la embarcación, capitán de corbeta Juan José Lombardo (Yofre 2011, 104; Burns 1987, 38-40), quien en 1982 fue uno de los arquitectos principales de los trabajos de planeamiento previos a lo que se conocería como la “Operación Azul” u “Operación Rosario” mientras se desempeñaba –ya siendo vicealmirante– como jefe de Operaciones Navales de la Armada Argentina.

Junto a Lombardo intervendrían en esa planificación el general Osvaldo Jorge García, quien ejercía en aquel momento como comandante del quinto cuerpo de ejército, y el brigadier mayor Sigfrido Martín Plesll, conformando un Comité de Trabajo *ad hoc*.¹⁴ Sobre dos de ellos recaerían las máximas responsabilidades operativas durante el período de guerra: el 1º de abril de 1982, por decreto de Galtieri, García fue designado comandante del Teatro de Operaciones Malvinas (TOM) y, días más tarde, Lombardo lo sería del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS), estableciendo la sede de su comando en la ciudad bonaerense de Bahía Blanca.¹⁵

La decisión de retomar el territorio insular, evidentemente, estaba asumida, aunque la alternativa de emplear la fuerza militar no era lo principal en los primeros meses de 1982, sino que estuvo en apoyo y supeditada a las tratativas diplomáticas y de negociación. La certeza de que podrían hacerlo sin mayores consecuencias puede encontrarse en varias circunstancias, pero es dable afirmar también que ese convencimiento, conforme transcurrían los años y se

¹⁴ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 1.

¹⁵ JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 429-430.

llegaba a los 80, pudo haber respondido a la interpretación que los observadores argentinos hicieron respecto de la actitud británica hacia sus posesiones en el Atlántico Sur. Esta, en la práctica, fue entendida por aquellos como más cercana a la indiferencia y despreocupación por el territorio insular sureño, lo que pudiera haber conducido a la creencia de que existía alguna probabilidad de que la Corona renunciara a la ocupación y pudieran recuperarse las Islas sin mayores esfuerzos.

No obstante, también subyacía la cuasi certeza de que la renuencia de Gran Bretaña por resolver el tema de la soberanía sobre las Islas Malvinas dejaba en evidencia un ardid para prolongar los tiempos de negociación y postergar una resolución definitiva. Esa artimaña provenía de los primeros días de la usurpación y del inicio del litigio, y se había mantenido latente por casi ciento cincuenta años. Asimismo, fueron las repetidas idas y vueltas diplomáticas provocadas por el gobierno de Londres, sus fundamentaciones y resoluciones unilaterales basadas en conceptos arrogantes que solamente la tendencia colonialista podía sostener, y las manipulaciones académicas y políticas en torno a la doctrina de la posesión prescriptiva en el ámbito internacional (usucapión) las que dieron forma a la firme creencia de que los sucesivos gobiernos británicos menospreciaban constantemente –y así lo seguirían haciendo– los esfuerzos de las autoridades argentinas por resolver pacíficamente el litigio.

Nada tuvo que ver si los que ejercían circunstancialmente el gobierno de turno eran civiles elegidos libremente o golpistas de facto devenidos en proyecto de dictadores. La convicción de la argentinidad de las Malvinas y de sus adyacencias marítimas e insulares –aunque poco se conociera de ellas– siempre estuvo en el aprendizaje de la ciudadanía y se instaló en el imaginario colectivo, al menos de forma simbólica y retórica. Por ello, en muchos ámbitos de expresión argentinos –y en algunos americanos– el pleito diplomático y la actitud de los funcionarios y estrategas

británicos generaron un rechazo creciente, transmitido –en el caso de la Argentina– de generación en generación.

Desde los grandes juristas eruditos –entendidos en títulos y derecho internacionales– pasando por el espectro mayoritario de la ciudadanía, con profesión o sin ella, niños, jóvenes, adultos y ancianos, hasta llegar a la más simple de las personas, todos basaron su rechazo en un mismo marco teórico y empírico, y formaron parte de una “patria [que contemplaba a las islas] desde la costa madre con un dolor que no se va”. En la Argentina siempre se entendió, por enseñanza formal o por el relato de los abuelos y maestros, que Malvinas “cautiva está, y callada. [...] ella es la prisionera que no pide ni da”, solo espera (Pedroni 1969, 171-172).

Pero a pesar del posicionamiento que se mantenía en la memoria colectiva de la ciudadanía argentina frente a la situación de las Islas, durante el período que transcurrió entre la finalización de la Segunda Guerra Mundial y el año 1982 los militares argentinos –particularmente los pertenecientes al Ejército y a la Fuerza Aérea– no tuvieron como prioridad educativa y formativa de sus cuadros la realización de una operación ofensiva –mucho menos defensiva– sobre el archipiélago. El tema no estuvo incluido en el adiestramiento de sus efectivos, como tampoco conformó un factor a considerar para la organización de sus sistemas logísticos u otros, como los de comando y control, de armas combinadas, de transporte y comunicaciones. Incluso en la Armada –que por definición era la que podría haber estado mayormente preocupada por ese tipo de capacitación– tampoco se le dedicó una atención tal que permita aseverar que las Fuerzas Armadas argentinas venían estudiando masivamente, constante, continua e ininterrumpidamente el asunto desde las décadas anteriores y preparándose para la recuperación de las Islas mediante el solo uso de la fuerza o planificando alguna maniobra operativa con esa finalidad.

Muchas veces, en razón de que los integrantes del instrumento militar argentino también gobernaban de facto y habían ejercido una constante política represiva, se

ha considerado que solo concebían a las acciones violentas como el único medio de solución del conflicto con Gran Bretaña, lo que no resulta verídico. Cabe mencionar, por caso, el proceder adoptado por el gobierno golpista del general Juan Carlos Onganía en 1966 (Machinandiarena de Devoto 2021, 85-109). Tampoco es verosímil la sospecha de que la reconquista se había transformado de forma determinante en una obsesión orientadora de la política general de defensa nacional. Las manifestaciones de algunos de los máximos responsables de la maniobra de abril de 1982 corroboran que la maniobra militar hacia las Islas no fue considerada la principal ni excluyente hipótesis de conflicto y mucho menos un supuesto de guerra. Inclusive, nunca se había tratado más que de forma circunstancial.¹⁶ Si esto último no hubiera sido así, si tan concluyente, definitivo y constante era el tratamiento de la cuestión, resulta increíble pensar que Londres –con sus históricas y conocidas sobresalientes capacidades de espionaje y generación de inteligencia– solamente hubiera mantenido por años una guarnición de no más de cuarenta efectivos militares con equipo individual e instalaciones rudimentarias, además de una esporádica exploración por los mares del sur.

En relación con todo ello, es importante mencionar que el contralmirante Carlos Büsser (comandante de la fuerza de desembarco en abril de 1982) había participado solamente en tres ejercicios académicos de gabinete relacionados con las Malvinas antes del lanzamiento de las operaciones y en toda su carrera profesional. El primero –“bastante general”– fue desarrollado en la Escuela de Aplicación cuando él era teniente de fragata, en 1956, cinco años después de su egreso de la Escuela Naval Militar como oficial. Nunca había practicado nada relacionado con las operaciones en las Islas durante sus cursos como cadete. El siguiente ejercicio fue en 1966, cuando se desempeñaba como profesor en la Escuela de Guerra de Infantería de Marina y sus alumnos

¹⁶ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 167-171; vol. 15, t. IV, 686-687,745.

(tenientes de fragata) tuvieron que realizar, como parte de las exigencias del curso, un ejercicio de instrucción, también académico, que incluía el planeamiento de la captura de algunos puntos de las Malvinas, a la par de los oficiales que se preparaban para ser tropas especiales. La última ejercitación fue al poco tiempo, cuando el mismo Büsser se entrenaba en el curso de comando.¹⁷

Por su parte, el general Osvaldo García (otro de los oficiales comprometidos en la planificación operacional) por primera vez en su vida militar recibió información sobre el archipiélago en ocasión de la reunión inicial realizada con los otros encargados de estudiar la factibilidad de una maniobra armada de recuperación en 1982. “Durante todo el transcurso de la carrera militar en el Ejército, –por lo menos yo– de las Islas Malvinas, lo único que conocí fue su ubicación geográfica”, manifestó después de la guerra. Así también, nada había conocido antes sobre los detalles relacionados con la población malvinense, la geografía y el clima del archipiélago, sus actividades económicas e, incluso, la información relacionada con un incipiente movimiento político que era considerado contrario a cualquier iniciativa de acercamiento por parte de los argentinos. En 1982 fue “la primera vez que me hablaron de esto [agregaba García], porque en la Escuela de Guerra nunca me hablaron de las Malvinas. Yo desconocía hasta ese momento las realidades [...] de lo que eran las [Islas]. [...] Me sorprendieron infinitamente. [Jamás] había soñado con invadir las [...] Malvinas”. Nunca antes ni desde que se iniciaron las actividades de planeamiento de las primeras operaciones se había reunido con algún funcionario de la cancillería –y, mucho menos, con el canciller– para tener una idea de cuál era el objetivo político que se perseguía. Sin antecedentes previos, fue prácticamente en el lapso de una semana cuando García se introdujo por primera vez en las intenciones que tenían los

¹⁷ JM-CAERCAS-IF, vol. 16, t. V, 961.

jerarcas de la Junta Militar para la ocupación de las Islas y la restauración de la situación diplomática.¹⁸

De igual modo, el brigadier Sigfrido Plesll (quien completaba la tríada a cargo del planeamiento de la reconquista de las Islas) afirmaba que, si bien sabía que el conflicto era histórico y difícilmente podía tener otro desenlace, nunca tuvo conocimiento de alguna directiva particular ni de una concepción estratégica anterior a 1982 que contemplara la opción militar.¹⁹ En cambio, el vicealmirante Lombardo aseguró que en 1977 fue convocado por su jefe directo para que comenzara a prever una ofensiva sobre las Malvinas, algo que estaba en conocimiento del almirante Emilio Eduardo Massera, aunque no había consenso entre este y el general Jorge Rafael Videla para lanzar la maniobra. Esta idea fue desechada en aquellos momentos por el presidente de facto por diversas razones, pero la principal de ellas era, casualmente, que no existía ningún plan formal.²⁰

Años más tarde, entre septiembre y octubre de 1981, siendo comandante de la flota de mar, Lombardo presentó algunas ideas relacionadas, en general, con el conflicto del Atlántico Sur, pero sin incluir la recuperación de las Malvinas, que resultó ser “una operación [...] sacada de la galera [...] extemporánea”, según sus propias palabras. Sus ideas en aquellos momentos se focalizaron en la planificación de una incursión sobre las Islas Georgias para desembarcar allí una expedición científica integrada por militares, pero nunca la pensó en forma simultánea ni secuencial con otra similar a un desembarco en las Malvinas. A tal punto sostuvo esta posición que cuando se enteró en 1982 del complicado e inesperado episodio de Grytviken –si bien, por su alto cargo en la Armada y las funciones que desempeñaba no podía desconocer lo resuelto acerca de esa incursión–, sugirió suspender la acción en la Georgias para evitar que pudiera

¹⁸ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 2-3, 6-8, 15.

¹⁹ *Ibíd.*, 44.

²⁰ *Ibíd.*, 168-169.

ser interpretada como un hecho premeditado y vinculado con el que se estaba planificando sobre las Malvinas.²¹

Asimismo, solamente algunos pocos pilotos de la Fuerza Aérea conocían la zona. Ello obedecía a que desde 1972 la empresa LADE (Líneas Aéreas del Estado) había iniciado los vuelos regulares entre la ciudad de Comodoro Rivadavia y Port Stanley, contribuyendo a romper la situación de cuasi aislamiento en la que se hallaban los malvinenses. Si bien aquellos oficiales aeronáuticos eran conscientes de que las Islas formaban parte del territorio argentino y que debían ser integradas definitivamente en algún momento, nunca pensaron que el conflicto se resolvería con una acción armada y luego mediante una guerra no planificada, totalmente improvisada.²²

La maniobra hacia Port Stanley no estaba siquiera esbozada por quienes ejercían las responsabilidades políticas y estratégicas de defensa nacional. Igual que sus colegas del Comité de Trabajo, Lombardo no dispuso de un plan previo ni de documento alguno sobre el asunto, sino que fueron ellos quienes tuvieron que redactar contra reloj todas las directivas de base que sirvieran para enmarcar su tarea, pues todo lo que pudiera suceder después de la reconquista –según se lo había comentado el almirante Jorge Isaac Anaya (comandante de la Armada)– era otro problema que se evaluaría y se pensaría con posterioridad, y en línea con los resultados de la operación. Hasta fines de diciembre de 1981, cuando fue convocado por el comandante en jefe, las preocupaciones de Lombardo no estaban centradas en un movimiento ofensivo con punto de aplicación en las Malvinas sino en la hipótesis de la guerra con Chile. Por ello, sus planes como comandante de operaciones navales estaban dirigidos al espacio que involucraba a Tierra del Fuego, sabiendo que las tropas del Ejército –en caso de que estallara esa conflagración con el país vecino– combatirían

²¹ *Ibíd.*, 62-63, 70, 126.

²² *Ibíd.*, 125-126.

en el sur de la Patagonia. Nunca se habían tenido en cuenta ideas o conceptos vinculados con una gran maniobra táctica, operacional, estratégica y política con dirección al Este, hacia las adyacencias o el interior de las islas.²³

La opción militar para la recuperación del territorio usurpado por Gran Bretaña había sido considerada en el marco de un conflicto internacional que afectaba directamente a la soberanía nacional pero no como consecuencia de una segura y vigente hipótesis de enfrentamiento armado durante el período inmediato ni el lejanamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Una etapa que estuvo signada para la Argentina por los acontecimientos de la Guerra Fría, la expansión del comunismo y la necesidad de resolver los conflictos con Chile, además de la compleja problemática interna. De hecho, las políticas vinculadas con la defensa nacional, materializadas en las directivas estratégicas nacional y militar impartidas por el gobierno de la Junta, antes de 1982, estipulaban como prioridad el supuesto de la guerra con el país trasandino, no con los británicos. En coincidencia con esto, todo el despliegue terrestre del Ejército –así como el empleo principal de las otras dos fuerzas– se había llevado a cabo durante años con esa orientación, pues el conflicto con el Estado vecino podía agudizarse en cualquier momento, tal como sucedió en 1978.

La ausencia de planes formales antes del 2 de abril frente a la urgente necesidad de contar con documentos de soporte

Al momento en que se conformó el Comité de Trabajo, sus integrantes se preguntaron cómo iban a planificar una operación militar, una operación de guerra, evaluar su aptitud, factibilidad y aceptabilidad si no había documento alguno proveniente de los escalones superiores que fijara las premisas, las concepciones políticas, las conclusiones

²³ Ibid, 57-61, 65.

estratégicas; es decir, que sirviera de columna vertebral para montar sobre ella –y en virtud de ella– la estructura de una maniobra anfibia conjunta hacia un territorio insular propio, ocupado por una nación extranjera. Por esa razón, se impusieron a sí mismos redactar una directiva estratégica nacional (un documento que excedía su nivel de decisión) que luego someterían a consideración de los miembros de la Junta Militar.²⁴

Conociendo que tales documentos u otros similares que incluyeran la previsión de una acción militar contra el archipiélago eran inexistentes en aquellos años, no es posible afirmar que la invasión a las Islas para recuperarlas por las armas hubiese estado en el pensamiento político y estratégico de los integrantes de las Fuerzas Armadas argentinas desde siempre, desde tiempos inmemoriales, como si hubiese sido el gran proyecto o un impostergable desafío impuesto por el patriotismo.

De la misma forma, cuando aquellas personas que integraban el Comité, en tanto organizadores de la campaña ofensiva, tuvieron que pensar y disponer los efectivos que la integrarían, el factor que determinó los criterios que adoptaron para la Operación Azul o Rosario no fue solamente ni en forma concluyente la consideración de las capacidades militares del Reino Unido, sus efectivos y sus probables reacciones, sino muy especialmente los medios y la resolución que adoptaría el gobierno chileno. En esa línea de pensamiento, los uniformados argentinos tuvieron en cuenta no solamente la participación aislada de las Fuerzas Armadas de Chile, sino que también consideraron el supuesto de que estas podrían formar parte de una poderosa fuerza de tareas comandada por los británicos.²⁵

Consecuentemente, las unidades tácticas del Ejército más próximas a la Cordillera de los Andes y las estacionadas en la Patagonia –con excepción de una parte del Regimiento

²⁴ *Ibíd.*, 34, 38.

²⁵ *Ibíd.*, 147, 152-153.

de Infantería 25 y una pequeña fracción de zapadores– no fueron convocadas ni movilizadas en aquellos momentos. Inclusive después del desembarco de abril de 1982 existía el convencimiento de que Chile atacaría a la Argentina en cualquier momento y cuando se resolvió pasar a la campaña defensiva en las Malvinas, solamente unas pocas fuerzas patagónicas fueron trasladadas al territorio insular. Tanto así fue que García, el antiguo comandante del TOM –ya reemplazado por el TOAS–, en su original función de comandante del V Cuerpo de Ejército, trasladó su puesto de comando desde la ciudad de Bahía Blanca a la de Comodoro Rivadavia, en donde “podía conducir mucho mejor el Cuerpo en caso de tener [que efectuar] operaciones [contra Chile”.²⁶

Bajo un razonamiento similar, ese fue también uno de los motivos por el que Lombardo no resolvió desde el principio enviar a la zona insular de operaciones todas ni las mejores tropas de Infantería de Marina. Por su parte, igualmente la Fuerza Aérea Sur (una agrupación especialmente conformada recién cuando escaló el conflicto) mantuvo la doble responsabilidad de llevar a cabo las misiones contra las fuerzas del Reino Unido y, simultáneamente, reaccionar ante un eventual ataque chileno o británico procedente de Chile.²⁷ Así también, la enorme mayoría de los buques argentinos no solo quedaron resguardados en los puertos continentales para no ser destruidos por el poderío naval y aéreo que pudiera movilizar el gobierno de Londres, sino para poder contar con cierta capacidad marítima en caso de que se produjera alguna acción bélica con el país trasandino.²⁸

En ese escenario –y por orden del comandante en jefe del Ejército–, también debieron adoptarse los recaudos suficientes y perentorios porque parecía inminente un

²⁶ *Ibíd.*, 15-16, 35, 195.

²⁷ *Ibíd.*, 79, 110, 173-174.

²⁸ *Ibíd.*, 119.

enfrentamiento con las Fuerzas Armadas de aquel país, pues comenzaban a desplegarse como lo habían hecho cuatro años atrás. Sobre tal supuesto los militares argentinos tenían alguna experiencia, lo habían previsto desde mucho tiempo antes, se habían ejecutado una enorme movilización y un masivo desplazamiento de fuerzas en 1978, pero sobre las Malvinas, los comandantes –y mucho menos los oficiales de más bajo rango– jamás habían estudiado siquiera su ambiente geográfico, nunca fue un caso que hubiera alcanzado el nivel de una apremiante hipótesis de guerra de estallido inminente. Los que resolvieron ir a la guerra recién reconocieron las dimensiones que tendría la defensa de las Islas cuando, casi a fines de abril de 1982, con las tropas ya desplegadas allí, Galtieri y otros oficiales superiores las visitaron y sobrevolaron una parte de su territorio llegando hasta la Gran Malвина. Fue en esos momentos que “el contacto con la realidad [les] hizo ver que, realmente, había [...] espacios [...] muy grandes” para defender.²⁹

La maniobra militar para recuperar las Malvinas fue primordialmente resuelta con base en la cuestión política y jurídica de casi ciento cincuenta años de existencia, y sus fundamentos se apoyaron más en la memoria colectiva de la ciudadanía argentina –muy ligada a la historia de una violación a la soberanía de su país–, en la salvaguarda del honor y del orgullo nacionales que en la experticia, conocimiento, preparación, adiestramiento, intereses profesionales o planes previos y añosos de las Fuerzas Armadas.³⁰

Fue recién unos pocos meses antes de lanzar la operación de desembarco en las Malvinas cuando se le ordenó al Comité de Trabajo *ad hoc* que evaluara su factibilidad, si había recursos suficientes para llevarla a cabo, si la logística y el sistema financiero resistirían el impacto, si se contaba con el personal en cantidad, calidad y experiencia o capacitación profesional, si los medios de transporte estaban

²⁹ *Ibíd.*, 22; vol. 15, t. IV, 693.

³⁰ *Ibíd.*, 745.

disponibles y en condiciones, al igual que los buques, los submarinos, los vehículos anfibios, los helicópteros y aviones, las armas, la munición, las comunicaciones.³¹

No había nada en absoluto preparado desde los años previos para tan enorme y riesgosa empresa. El gobierno militar solamente había tratado la situación conflictiva con Gran Bretaña como uno de los problemas internacionales históricos de la Argentina y que ameritaba una solución, pero jamás antes de los inmediatos días precedentes a la maniobra de reconquista se pensó en una acción violenta y, mucho menos, una que involucrara a las Fuerzas Armadas en una operación de guerra. Nunca, en los años previos al desembarco de 1982, se analizó, estudió o trató formal e institucionalmente la posibilidad de llevar a cabo una medida de naturaleza bélica para recuperar las islas. No había ningún plan que tuviera las características profesionales ineludibles ni los pasos protocolares fundamentales de un proyecto nacional que implicara un esfuerzo conjunto y total –no solamente militar– de los recursos e instrumentos del Estado.

Los pocos esbozos de la intención de reocupar las Malvinas empleando la fuerza militar que existían fueron elaborados por iniciativa exclusiva y unilateral de la Armada. Entre 1972 y 1973, sin la intervención de las otras dos fuerzas ni del Estado Mayor Conjunto, el futuro almirante Anaya –quien por esos años se desempeñaba como jefe de operaciones en el Comando de Operaciones Navales– redactó de puño y letra, en absoluto secreto, un bosquejo que incluía una maniobra de recuperación de las Islas. Cuatro años más tarde lo revisó y amplió el manuscrito, que jamás fue consensuado ni evaluado como un plan formal con las otras dos Fuerzas Armadas ni con el Estado Mayor Conjunto ni, mucho menos, con el Ministerio de Defensa. También, en 1977 –y como parte de las acciones previstas contra Chile– había trascendido de forma muy reservada

³¹ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 66-68.

un proyecto similar sugerido por el almirante Massera que –como mencionamos antes–, no fue compartido por el presidente de facto.³² Massera, desde que había asumido como comandante en jefe, estuvo interesado en demostrar que la Armada quería lograr una resolución del conflicto a toda costa. En 1978 había pronunciado un discurso de altísimo cariz retórico relacionado con la visión argentina sobre las Islas:

Las Malvinas son una herida abierta en la dignidad de la República y los argentinos estamos dispuestos a corregir lo que la negligencia, la sumisión cultural y un concepto equivocado de los buenos modales internacionales han mantenido segregados del mapa metafísico de la Patria. Las Malvinas no son un fragmento de tierra. Las Malvinas son un pedazo de nuestra alma y debemos salir a buscarlas porque la soberanía, como la dignidad, no es negociable. (Citado en Bicheno 2009, 63)

Tal vez, según argumenta Bicheno, esas ideas de recuperación formaron parte de su proyecto megalómano de convertirse en un nuevo Perú, al punto de entrar en tratativas con algunos montoneros cautivos para instrumentar un proyecto para la reconquista de las Malvinas como parte fundamental de la reivindicación de unos supuestos ideales sanmartinianos relacionados con la situación política y estratégica del Cono Sur (Bicheno 2009, 73-79).

Asimismo, era tal la ausencia de previsiones para un procedimiento ofensivo militar que, al momento de iniciar las apuradas tareas de planificación en los días previos al desembarco, ni siquiera se conocían las cuestiones vinculadas con la población civil. Desde cómo proceder, en caso de reconquistar las Islas, tanto ante un incidente de índole penal como frente a uno de naturaleza familiar suscitado por los isleños; por ejemplo, no se sabía cuál ley debía ser

³² *Ibíd.*, 167-174; vol. 13, t. 2, 270-271; vol. 14, t. III, 462; vol. 15, t. IV, 686, 733, 804.

aplicada ante un supuesto caso de divorcio de un matrimonio malvinense.³³ Aspectos que, aunque parezcan meras nimiedades, son motivo de largos estudios previos a cualquier operación de guerra en el marco del área de los asuntos territoriales o civiles, como parte de la planificación para arribar a aquel producto definitivo, formal y legal al que nos referimos anteriormente y que profesional y técnicamente se denomina plan militar.

Tampoco se tenía un conocimiento acabado sobre la correcta aplicación de la ley disciplinaria castrense vigente en aquellos años en caso de guerra para asuntos vinculados con las faltas o los delitos cometidos por los integrantes de las propias fuerzas en el campo de combate. Esa cuestión estaba prevista en una parte del Código de Justicia Militar argentino (Ley 14.029) que muchos militares descubrieron cuando ya estaban frente a un hecho sancionable en el teatro de operaciones, lo que, por ende, en muchos casos implicó que no fuera respetada de forma correcta durante los tiempos de guerra y se recurriera más a los usos y costumbres que a la norma escrita. Basta recordar que, producto del desconocimiento, se hablaba entre los uniformados del “calabozo de campaña”, cuando los preceptos en vigor en aquellos años no incluían ninguna mención a tamaña figura extemporánea y anacrónica. Esos aspectos legales, como parte de las actividades contempladas en la función logística que trataba sobre la disciplina, la aplicación de las leyes y el mantenimiento y control del orden en la zona de combate, también debió ser motivo de minuciosos estudios previos y sus resultados incorporados al plan definitivo con detalle y escrupulosidad.

Cabe recordar, además, que las Fuerzas Armadas argentinas no habían participado en misiones de guerra clásica por más de cien años –y mucho menos en una que incluyera un territorio insular, en el marco de un teatro oceánico y con fuerzas conjuntas–. Si bien se habían estudiado

³³ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 77.

las transformaciones técnicas y procedimentales de la guerra, jamás se habían puesto en práctica durante el siglo XX; ni siquiera se tuvieron en cuenta las circunstancias de las operaciones nocturnas ni existía un cuerpo doctrinario conjunto consolidado. Tan solo estaba en estudio un rudimentario manual de procedimientos en el marco conjunto y un borrador de diccionario que contenía las palabras que podían ser usadas en común, exceptuando aquellas sobre las que no existía un acuerdo completo, a raíz de los problemas que subsistían entre las fuerzas en cuanto a sus concepciones y criterios. Mucho menos hubo en los años anteriores al desembarco una ejercitación seria y periódicamente repetida de cualquier operación que reuniera a elementos de las tres fuerzas y que exigiera imperativamente la coordinación de sus esfuerzos y la interoperabilidad de sus medios para una finalidad mancomunada.³⁴

Nada de eso existió antes de abril de 1982 y tampoco, reiteramos, hubo ningún documento formal, legal e institucional que pudiera ser considerado como un plan serio y profesional de recuperación territorial. Solamente existía el registro –y no de forma conocida por los principales responsables ni que respondiera a una concepción de la más alta política– de aquellas ideas, trabajos académicos, memorándums o proyectos solitarios a los que nos hemos referido anteriormente. Recién en los inmediatos días previos se escribió un borrador de lo que pudiera haberse convertido en un plan verdadero y que, dada su condición de simple bosquejo, jamás fue firmado.

Por ello, debe comprenderse que la resolución adoptada por la Junta Militar de lanzar una operación de desembarco para reocupar las Islas Malvinas tuvo bases eminentemente políticas, tanto coyunturales como estructurales, que iban mucho más allá de una desmedida ambición puramente militar. Dadas las circunstancias y los ánimos sociales y políticos de la época, así como el posicionamiento británico

³⁴ *Ibíd.*, 138, 154-155; vol. 15, t. IV, 720, 725.

con relación a la ocupación de lo que Londres consideraba –y aún considera– un territorio de ultramar, difícilmente aquel gobierno de facto pudiera haber pensado en una claudicación diplomática luego de haber avanzado tanto hacia las proximidades del abismo, sosteniendo –casi de forma obcecada y ridícula– que su oponente no se resolvería por escalar hacia la concreción de un episodio bélico.

En este sentido, podemos preguntarnos y responder como lo hizo Andrés Cisneros: “¿puede imaginarse que un buen día el presidente argentino anuncie a la opinión pública que se ha decidido reconocer los derechos británicos en Malvinas y, en consecuencia, cesar todo reclamo de soberanía sobre las islas? Imposible” (Cisneros 2013, 277). Antes bien, envalentonados, encerrados en la arrogancia que, a veces, contagia el poder y superados por los acontecimientos, nos inclinamos por creer que los integrantes de la Junta razonaron como Macbeth lo hizo en el drama de Shakespeare: “estoy tan adentro en un río de sangre que, si ahora me estanco, no será más fácil volver que cruzarlo”.

El camino hacia el único y verdadero plan militar profesional previo al 2 de abril: el de la Operación Azul o Rosario

Ante la evolución de los acontecimientos externos e internos, a fines de 1981 el almirante Anaya recuperó la propuesta que Massera le había presentado a Videla en 1977 y se la llevó al general Galtieri. Así se iniciaron los primeros trabajos de planeamiento sobre lo que sería la operación de desembarco en las islas Malvinas en 1982. Aún con las diferencias latentes entre la Argentina y Chile, y la probabilidad de un recrudecimiento del conflicto entre ambos países, en el seno de la Junta Militar se instaló la firme idea de que había que preparar una maniobra militar que, si bien no debía transformarse en un fin en sí misma ni sería considerada como prioritaria, estuviera en apoyo de las tramitaciones diplomáticas que se estaban desarrollando en

torno al conflicto que se mantenía con Gran Bretaña sobre el archipiélago.

En consecuencia, comenzó la planificación vertiginosa para estudiar la factibilidad de llevar a cabo una operación anfibia con la finalidad de retomar el control de las Malvinas, en caso de que las negociaciones internacionales no tuvieran éxito. Acto seguido y en forma separada, cada comandante en jefe citó a quien consideraba como el más idóneo para esa tarea. Anaya le encomendó al vicealmirante Lombardo lo referido a la Marina, Galtieri convocó al general Osvaldo García para que se encargara de la participación de las tropas terrestres y, por su lado, Basilio Lami Dozo –por intermedio de otro alto mando– hizo convocar al brigadier Plesll para todo lo relacionado con la aeronáutica. En caso de que se realizara, la operación tenía que ser un asunto en el que las tres fuerzas tuvieran intervención, sin importar el carácter predominantemente naval que tendría la maniobra. La operación Azul fue una acción que pudo haber realizado la Marina por sí sola, pero tuvo que adoptarse una decisión política, más que netamente operativa; indefectiblemente, debía ser –aunque fuera una mera apariencia– el resultado de un planeamiento militar conjunto y luego ejecutada por efectivos de las tres fuerzas. Había que evitar a toda costa que recrudescieran los celos y la desconfianza que existían desde hacía años entre los uniformados.³⁵

Lombardo era el único de los tres militares designados para estudiar el asunto que tenía una idea anterior de que algo se pensaba en la cúpula de la Armada, ya que –como se expuso antes– el mismo Anaya le había ordenado estudiar el tema en 1977. De manera que no se sintió sorprendido cuando a mediados de diciembre de 1981 “en una conversación confidencial” entre ambos³⁶ su jefe le ordenó iniciar los estudios para desembarcar en las Malvinas, sin entregarle ningún documento escrito o ampliar su orientación

³⁵ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 59-60; vol. 15, t. IV, 692-693, 750, 767.

³⁶ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 57.

o la del presidente de la Nación para la realización de la tarea. A pesar de esta última afirmación de Lombardo, el 23 de diciembre de 1981 él recibió (o al menos a él estuvo dirigida) una orden emitida por el jefe del Estado Mayor de la Armada (vicealmirante Alberto Vigo) –cuya copia estaba firmada por el jefe de Operaciones, contralmirante Edgardo Otero– en la que expresamente se le transmitía la orden de Anaya de “elaborar personalmente [...] el Plan actualizado para la recuperación de MALVINAS.”³⁷

En el marco de esa tarea tenía que cumplir con algunas imposiciones expresamente detalladas, que incluían el envío de personal especialmente seleccionado para efectuar los reconocimientos en la probable zona de operaciones y las cuestiones vinculadas con todo lo que se derivara de una posterior ocupación de las islas: los efectivos que deberían permanecer en Port Stanley, el necesario sostenimiento logístico y de combate para esas tropas, la defensa de la capital y las derivaciones para el normal funcionamiento de todos los servicios en la localidad. Por último, se le ordenaba entregar el plan el 31 de marzo de 1982. El documento existe como orden “N.º 326 ‘S’ /81 – Letra JEOP. PI 4” y con membrete de la Armada Argentina, fechado el 23 de diciembre de 1981, pero Lombardo reiteró en más de una ocasión que jamás había recibido una orden formal y escrita de esas características. No resulta extravagante suponer que haya sido redactada con posterioridad y luego incluida en los informes presentados con la intención de dar un viso de organización procedimental e institucional a todo el descalabro del proceso previo al desastre que se desencadenó mientras los responsables de las decisiones pensaban que los británicos nunca enviarían sus fuerzas ni que habría guerra. Algo que continuaron pensando aun después de haber lanzado efectivamente las operaciones de desembarco. Para ellos, los británicos nunca llegarían a las Malvinas (Aguiar *et al.* 1985, 22).

³⁷ JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 293.

Asimismo, en aquella reunión confidencial con Anaya, Lombardo escuchó la primera limitación que se le impuso: no tratar absolutamente nada con otra persona sobre el asunto del plan y hacer el análisis por sí solo para evitar que el secreto se viera perjudicado. Sin embargo, él manifestó la necesidad de incluir en la tarea, al menos, a sus subordinados más directos. Todos ellos eran almirantes como él, de manera que no había por qué pensar que el secreto y la confidencialidad del asunto se verían vulnerados. Pero a poco de empezar los estudios, ya en la primera semana de enero de 1982, el contenido de la actividad se había diseminado entre otros actores que, aunque militares también y muy cuidadosos de no violar las indicaciones de guardar la cuestión bajo siete llaves –cuando menos, en teoría–, difícilmente pudieron ocultar lo que se estaba estudiando. Es más, en el ámbito del comando de la Infantería de Marina se constituyó en esos primeros días de 1982 un gabinete de guerra del que participaron muchos oficiales y fueron incorporándose otros más con el correr del tiempo (Büsser 1984, 131-134). Seguramente, habrán tenido sus asistentes, habrá existido quien preparaba y servía el café o el mate cocido y efectuaba la limpieza de los locales, entre otras tareas de apoyo.

En esas condiciones comenzaron las primeras reuniones de Lombardo con sus propios colaboradores sin que se hubiera reunido aún el previsto Comité de Trabajo. A poco de iniciarse los intercambios de pareceres surgieron dudas sobre cuestiones tan medulares como, por ejemplo, cuál era la misión, un aspecto sin el cual resultaba imposible desarrollar cualquier análisis operativo. ¿Había que desembarcar y tomar la capital solamente? ¿O la operación incluía además una maniobra de recuperación del archipiélago completo? ¿Se sumaba a esta última alternativa la consolidación del objetivo, el mantenimiento y control del territorio por un tiempo prolongado? ¿Quién llevaría a cabo la maniobra, únicamente la Armada o todas las fuerzas? ¿Intervendrían otras agencias como la cancillería, el

Ministerio de Economía, el del Interior? Cada una de esas variantes implicaba una planificación totalmente diferente y un involucramiento de medios y recursos de una dimensión también distinta. Con esos y otros interrogantes, que de haber sido exacta la existencia de un plan previamente diseñado, cumpliendo el protocolo legal, no hubieran surgido en esa oportunidad, Lombardo se reunió con Anaya unos días después de recibir la orden verbal, pero no obtuvo mayores precisiones, ni siquiera cuál era el objetivo político de la maniobra. Tan solo le adelantó que Galtieri ya estaba en conocimiento, que designaría al general García para que liderara el grupo responsable de planificar la campaña y que habría también un representante aeronáutico.

Poco más tarde, se encontró con el general en Bahía Blanca (donde ambos residían) y comprobó que este no tenía la menor idea de lo que estaba en ciernes porque constató que entre los planes más inmediatos de García figuraba como prioridad emprender su licencia en las próximas y cercanas vacaciones de verano.³⁸ Por lo tanto, Lombardo no le dijo nada sobre la idea en desarrollo y, como ambos tenían responsabilidades operacionales en el sur de la Argentina a raíz del conflicto con Chile, solo improvisó un comentario acerca de la necesidad de concretar prontamente la idea de realizar algunas ejercitaciones conjuntas en la Patagonia.

Mientras tanto, el 5 de enero de 1982, la Junta Militar resolvió intensificar la acción diplomática relacionada con el conflicto y orientó al canciller para que profundizara las negociaciones con los representantes británicos, contemplando y reservándose para sí, como muy probable, la posibilidad de llegar a la ocupación de las Islas Malvinas. Fue en esos días cuando García llegó a la Base de Puerto Belgrano (sede del comando que ejercía Lombardo) y le comentó que Galtieri le había ordenado algo sobre la recuperación del territorio insular. Poco tiempo después se sumó el brigadier Plesll y el 12 de enero quedó formalmente organizado el

³⁸ JM-CAERCAS-IF, vol. 12, t. I, 61.

Comité de Trabajo *ad hoc*, reuniéndose los tres, por primera vez, en aquella base naval. El 27 de ese mes iniciaron la confección de los documentos que no habían recibido de la Junta Militar.³⁹

A partir de ese momento comenzó una cadena de medidas para tratar de suplir el reino de improvisaciones en el que se había dispuesto la titánica tarea militar. Ninguno de ellos había recibido una concepción estratégica de la maniobra –mucho menos un lineamiento político– de parte de la Junta Militar. ¿Dónde estaba la Directiva Estratégica Nacional? No existía. ¿Y la de Estrategia Militar? Tampoco había visto la luz. Mucho menos encontraron algún plan esquemático sensato, aunque fuera uno preparado durante algún ejercicio previo o en alguna de las academias. Nada, ningún documento formal. Ellos tuvieron que abocarse a desarrollarlos sobre la base de sus propias ideas y apreciaciones, y de las directivas que existían para el caso de enfrentamiento con Chile. Ni bien las redactaron, rápidamente se las presentaron a los comandantes en jefe escritas de su puño y letra para no dar intervención a ninguno de los auxiliares directos. Mientras tanto, los integrantes del comando de Infantería de Marina ya trabajaban en los estudios de inteligencia táctica para llevar a cabo el plan del desembarco basados en un esbozo que databa de 1978 para la “recuperación de Malvinas [...] que se había confeccionado en la Armada [...] y un bibliorato proveniente de la Jefatura de Inteligencia actualizado al mes de octubre de 1981” con algo de información básica (Büsser 1984, 132).

Para la redacción de la Directiva Estratégica Nacional, los integrantes del Comité de Trabajo se apoyaron en la más tradicional doctrina de la guerra clásica, prácticamente siguiendo los lineamientos de un manual. Metodología que se vería claramente reflejada durante el desarrollo de toda la guerra, tanto del lado argentino como del británico. En ese marco, en el primer punto de la directiva, con una

³⁹ JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 291-292.

extensa y tediosa descripción –aunque necesaria, acorde con aquellos paradigmas–, sus autores detallaron la historia del conflicto desde sus inicios en 1833. Hacían mención a las distintas resoluciones de la Organización de las Naciones Unidas (1514/1960, 2065/1966, 2621/1970, 3160/1974 y otra de 1976 de la que no se mencionaba el número). Todas ellas, entre otros temas, instaban a las partes a llegar a un acuerdo. Una de las conclusiones que esbozaron fue que la prolongación de la falta de acuerdo con Gran Bretaña luego de ciento cuarenta y nueve años de ocupación ilegítima permitía suponer que el problema entre ambos países no llegaría a una solución con el único empleo e intensificación de las negociaciones diplomáticas, presentándose las acciones armadas como hechos probables. También dejaron claramente establecido que Chile, además de conformar una amenaza real en el marco del también histórico conflicto por las posesiones patagónicas, había manifestado su firme apoyo al “país usurpador, tendiente a sacar el mayor provecho de la situación existente en esta circunstancia” en función de sus pretensiones sobre el Atlántico Sur.⁴⁰

Para los integrantes del Comité de Trabajo no había forma de determinar cuáles eran la capacidad estratégica militar ni las vulnerabilidades y debilidades del Reino Unido y sus fuerzas militares, por lo que dejaban la apreciación de esos delicados y fundamentales aspectos en manos del Comité Militar (un organismo que resultaba de sumar a los integrantes de la Junta Militar al canciller, al ministro de Defensa y a otros funcionarios) que debería emitir sus consideraciones lo más pronto posible. Este es un claro indicio de que existía una ausencia total de información e inteligencia militar que facilitara el planteamiento y diseño de un escenario coherente para progresar con las exigencias formales y legales de un auténtico y válido plan militar, conceptualmente definido como tal según los procedimientos legales vigentes y no, simplemente, sobre la base de una

⁴⁰ JM-CAERCAS-IF, vol. 2, t. I, 171.

analogía con algún bosquejo de años anteriores. Evidentemente, todo aparentaba estar apoyado en algunas impresiones personales e individuales de los altos jerarcas de la Junta que precipitarían los hechos hacia un desenlace calamitoso. Lo único que parecía aliviar el insomnio y la preocupación de los redactores era que, según ellos –y vaya a saberse sobre la base de cuáles certeras y fundadas informaciones–, la situación de Gran Bretaña en aquellos momentos se presentaba cada vez más complicada para mantener su posición en las islas.⁴¹

Acto seguido, tenían que determinar y fijar un objetivo político que, además de responder al manual de la guerra clásica, guardara relación con la cuestión esencial del conflicto internacional y diera una justificación razonable a cualquier probable acción bélica. Pero la Junta Militar se mantenía en un mutismo constante y los tres oficiales que analizaban la futura maniobra sobre las Malvinas tampoco podían acceder a la información más reciente en poder del Ministerio de Relaciones Exteriores ni mucho menos tomar contacto con el canciller o con algún otro funcionario. Por lo tanto, ellos mismos –excediendo su campo de resolución– establecieron como objetivo político la consolidación de “la soberanía argentina en las islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur y contribuir a afirmar su pleno ejercicio en el Atlántico Sur”. Para el logro de esta finalidad incluyeron en el documento que debiera haber sido redactado –o, cuando menos, bosquejado con forma de orientación– por los miembros de la Junta, que el gobierno nacional resolvía prever el empleo del poder militar. Afirmaban que la resistencia y la renuencia de Gran Bretaña para progresar en las tratativas diplomáticas no permitían pensar en otra posibilidad. En este orden de ideas, las áreas de los Ministerios del Interior, Relaciones Exteriores, Economía e Información Pública tendrían que instrumentar las medidas suficientes para integrar al territorio y a la población de aquellas islas al

⁴¹ *Ibíd.*, 172-173.

patrimonio nacional, creando una nueva jurisdicción política conformada por los archipiélagos, que debería figurar separada del Territorio Nacional de Tierra del Fuego.

Además, la directiva disponía que tendrían que desarrollarse las actividades de difusión que provocaran la aceptación de la comunidad internacional del empleo del poder militar, justificándolo en cuestiones de “orden moral, histórico, geográfico y político”. Especialmente, se tornaba imprescindible dar una particular prioridad a la obtención del apoyo de los Estados Unidos y de los países americanos en el marco del Tratado Internacional de Asistencia Recíproca (TIAR) para aumentar el efecto de disuasión sobre el gobierno de Londres, a fin de que descartara una reacción ofensiva empleando sus Fuerzas Armadas.

Garantizar el apoyo de los mercados financieros mundiales, el abastecimiento logístico para la población malvinense y la explotación de los recursos existentes en la zona no resultaba para los autores del documento un asunto menor, por lo que debían establecerse las maniobras estratégicas y políticas de calidad para poder lograrlo. Uno de los aspectos fundamentales destacados era que resultaba indispensable y determinante instalar en la opinión pública argentina que el gobierno militar no había tenido otra alternativa que emplear la fuerza para hacer valer los derechos argentinos y las peticiones históricas. De esa manera, pretendían lograr la aceptación del hecho consumado.⁴²

Mientras estos estudios progresaban, Lombardo sabía que había movimientos en el seno de la Armada en torno a una aproximación hacia las Islas Georgias para trasladar a los operarios chatarreros del empresario Constantino Davidoff. Considerando –igual que el propio presidente Galtieri– que las suposiciones de una guerra con Gran Bretaña por el asunto de las Malvinas quedarían solamente en la formalidad de los textos, en una mera hipótesis, recuperó aquella idea que había presentado años antes para instalar

⁴² *Ibíd.*, 173-176.

una base científica argentina en las Georgias, sin siquiera sospechar –craso error para un almirante– que esto iniciaría una escalada bélica imparable. Sin embargo, nada de lo que sucedería poco tiempo después fue incluido en las directivas redactadas, pues Lombardo ni lo había pensado. Por el contrario, tal como lo mencionáramos antes, cuando tomó conocimiento de que la Junta Militar había resuelto lanzarse sobre Port Stanley, bregó por suspender cualquier acción militar en Leith y Grytviken que pudiera afectar aún más la capacidad naval argentina.

Pero a pesar de ello –y en razón de que ya estaba lanzada–, optó por no oponerse explícitamente a que esa acción naval prosiguiera, sosteniendo la idea de que aquel movimiento en ciernes sobre las Georgias podría tener finalmente un buen desenlace mientras que los estudios sobre un desembarco en Malvinas serían solo para contar con una medida militar meramente disuasiva. Entre ambas maniobras, Lombardo minimizó los probables perjuicios de la primera, considerándola más simple, con características de una sencilla incursión naval que significaría algo así como una avanzada con factibles resultados que conducirían a afianzar el control argentino en la zona y, a la vez, su propio prestigio individual, ya que los medios y el personal empleados, en definitiva, dependían de él en su carácter de comandante de operaciones navales. Con ese convencimiento resultante de sus apreciaciones y del deseo de que aquella acción –que en cierta medida llevaba su sello– alcanzara el éxito, continuó su trabajo junto a Plesll y García para definir el marco documental que diera sustento legal a las posibles acciones militares sobre las Malvinas.

Al redactar la parte de la directiva referida al objetivo estratégico, el Comité fijó el de imponer a Londres la aceptación de la situación militar en ciernes para dar “una solución definitiva al pleno ejercicio de la soberanía argentina en las islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur e [impedir] nuevos intentos de usurpación, a fin de

concretar el objetivo político”.⁴³ Para ello debía realizarse el planeamiento de las operaciones correspondientes y el consecuente alistamiento de los medios a fin de organizar una fuerza conjunta que actuara en forma sorpresiva cuando las circunstancias y la oportunidad fueran favorables.

Surgían tres aspectos de suma importancia en esta resolución. Primero, que la conducción integral de esa organización iba a ser desempeñada directamente por el Comité Militar. En segundo lugar, debía mantenerse rigurosamente el estricto secreto para lograr la más absoluta sorpresa, un factor que permitiría el éxito y la máxima rentabilidad política y militar. Como parte contribuyente a este logro, se debería alcanzar el pie de capacitación y alistamiento de los efectivos que participarían en la campaña a través de ejercicios conjuntos con apariencia de rutinarios y como parte de lo que ya estaba previsto para el presunto y nunca decretado Teatro de Operaciones SUR y para el área del noreste (supuesto de guerra con Brasil). Vale recordar que, por aquellos años, estas eran las dos hipótesis de conflicto armado internacional que mantenían vigentes los militares argentinos. Por último, durante el desarrollo de la operación de desembarco debía existir en el personal el convencimiento de que se ejecutaba para ocupar el propio territorio, que no era una invasión ni un ataque contra un enemigo de los argentinos. En consecuencia, tenían que evitarse las bajas británicas y entre la población malvinense, así como otros daños personales y materiales.

Dentro del mismo mandato se disponía que la operación debía tender a la conquista simultánea de los objetivos insulares significativos y, una vez concretado esto, el gobierno militar garantizaría el estilo de vida de los malvinenses y en lo posible incrementaría su nivel de convivencia y facilitaría el mantenimiento de la propiedad privada sin alteraciones. Todo ello con la intención de buscar la aceptación

⁴³ *Ibíd.*, 177.

voluntaria de la soberanía argentina en un “ambiente de orden, paz y concordia con sus connacionales” (es decir, los argentinos), quienes no habían llegado allí para someterlos, dominarlos o expulsarlos sino para promover y facilitar su integración a la República Argentina.

A tal punto la Directiva Estratégica Nacional debía quedar conformada como un documento ya existente y previamente emitido por la Junta Militar –es decir, simular un hecho que, ante semejante gravedad de acontecimientos, debiera haberse consumado con una antelación imperiosa y necesaria– que los autores incluyeron dos disposiciones que, en los hechos, ya se habían llevado a cabo y estaban en pleno desarrollo. Una de ellas era la conformación del Comité de Trabajo, sus integrantes y quién sería la autoridad de coordinación, y, la otra, que la fase preparatoria comenzaría con la recepción de la directiva y se extendería hasta la finalización del alistamiento de la fuerza conjunta. En esa etapa preparatoria debía completarse el planeamiento, finalizar con el equipamiento de las tropas y con las coordinaciones para poder optimizar la capacitación específica y conjunta. Este no es un dato menor toda vez que da el claro indicio de que no existían tales ajustes, pues nadie había pensado seriamente en los años previos en encarar una guerra con una potencia de la OTAN sobre la base de un plan diseñado con la seriedad y las formalidades legales y procedimentales que exigía la gigantesca empresa política y bélica en ciernes. También en esa fase debía planificarse la operación militar de desembarco poniendo en desarrollo un plan de velo y engaño dirigido fundamentalmente al público interno y externo. Por último, deberían preverse todos los aspectos vinculados al establecimiento y ejercicio del gobierno militar en el territorio insular y sus adyacencias.⁴⁴

Ante la contemplación de todos esos detalles podría pensarse que las disposiciones adoptadas respondían a unos

⁴⁴ *Ibíd.*, 177-180.

motivos meramente rutinarios u ornamentales, pero, en realidad, tenían una severa connotación jurídica cuyo alcance quedaría comprobado con la evolución de los hechos posteriores, insospechados al momento de realizarse los estudios a cargo del Comité de Trabajo. Pero, así como trataron de corregir la particular característica de improvisación y de darle estructura legal a la resolución verbal e impulsiva de la Junta Militar, no consideraron que en el futuro una nueva nota de impulsividad llevaría a adoptar otra decisión trasnochada: la continuación de las operaciones luego de la recuperación del archipiélago y el inicio de una campaña defensiva impensada que daría como resultado una guerra inaudita. Esto jamás se había estudiado en ningún ámbito institucional con el formato de un plan de operaciones ni siquiera intuido en aquellos ejercicios escolares y bosquejos confundidos improvisada y apresuradamente, en el marco de la memoria colectiva e historiográfica, con los planes previos al de 1982, a pesar de la ya citada advertencia que el joven teniente coronel Rattenbach había formulado a comienzos de la década de 1940.

En la insólita creencia de que no sucedería mucho más en el ámbito bélico, hicieron constar que la duración de la campaña militar estaría determinada por la reacción “del país usurpador” y contemplaron la posibilidad de crear un nuevo teatro de operaciones que reemplazara al que originalmente enmarcaría al desembarco y a la conquista de Port Stanley. Sin embargo, lejos de haber pensado que la Junta Militar decidiría lanzarse a un abismo desconocido y para cuyas consecuencias nadie estaba preparado, la suposición de aquella nueva zona de enfrentamiento estuvo basada en el probable empleo de una reserva estratégica conjunta cuya posible actuación describieron en el documento. Esto comprueba que la instauración de un nuevo teatro de operaciones nunca fue incluida en el documento porque hubiera existido alguna sospecha, por mínima que fuera –y mucho menos un plan formal–, de que Argentina se embarcaría en una campaña defensiva contra los británicos para retener

el control de las Islas y hacer valer sus derechos sobre la región y reafirmar los añosos reclamos de soberanía, enviando tropas y más tropas –la mayoría de ellas bisoñas y con menos de dos meses de instrucción militar– organizadas de la noche a la mañana.

La defensa de las Islas fue una operación que poco significativo había tenido para el gobierno de facto (Aguiar *et al.* 1985, 22). La excesiva ansiedad que produjo y la inusitada importancia que cobró fueron repentinas luego de que la invasión alteró los ánimos internacionales y la reacción de la comunidad argentina ilusionó a la Junta Militar. “Al iniciarse la operación Azul no se contaba con un plan que contemplara la defensa de las Islas ante una reacción británica.” El plan de campaña correspondiente al TOAS –es decir, la misión de las fuerzas, su organización, forma de empleo, etc.– fue difundido recién el 12 de abril, esto es, diez días después de iniciada la maniobra de desembarco y pasados cinco días desde que se firmara el decreto creando la nueva zona y de que Lombardo asumiera como comandante de dicho teatro. Tal fue la precipitación de los hechos, la arrogancia incontenible en la toma de decisiones y el huracán de improvisaciones que se desencadenó en el más alto nivel de la política y estrategia argentinas que el almirante jamás tomó conocimiento de la existencia de un decreto del poder ejecutivo (el 700/“S”/82) que instituía el nuevo teatro y lo designaba para desempeñar aquel cargo. Algo que no era una mera formalidad pues constituía el primer instrumento legal que respaldaría sus resoluciones. Nunca vio el documento presidencial, por lo que algunos aspectos de vital trascendencia para el desarrollo de las operaciones (como era la determinación de la jurisdicción del teatro) fueron fijados verbalmente. De hecho, el decreto incluía la denominación de la zona, la fecha de creación y el nombre del comandante, pero no el sector que abarcaría.⁴⁵ La ausencia

⁴⁵ Ibid, 179, Documentos recuperados, DENAC n.º 1/82; vol. 3, t. II, 296 y 430; vol. 12, t. I, 70, 73-74.

de este último dato provocaría un sinnúmero de cuestiones legales y políticas, y de presentaciones jurídicas una vez finalizada la guerra.

Más adelante, la directiva que redactaron presurosamente los integrantes del Comité de Trabajo preveía una segunda fase que se iniciaría el día en que la Junta resolviera emplear el poder militar (Día R) y concluiría con el inicio de la operación de desembarco (Día D); incluía los movimientos de los elementos a las zonas de concentración, el embarque y la aproximación al objetivo. La tercera fase estaba dedicada a la maniobra estratégica operacional que comenzaría el día D y finalizaría con la ocupación del objetivo militar, durante la cual se suponía el desarrollo de las principales operaciones bélicas. Finalmente, la última etapa estaba dedicada al mantenimiento del objetivo conquistado y a la instalación completa del gobierno militar que tendría alcance no únicamente en las Malvinas, sino que su gestión y autoridad se irradiarían hacia las Georgias y Sándwich del Sur. Toda esa región quedaría bajo las funciones ejecutivas, legislativas y judiciales concentradas en ese gobierno.⁴⁶

El documento fue presentado a los miembros de la Junta Militar en manuscrito. En ese formato lo aprobaron y firmaron al pie. De ese modo, el texto dio lugar para que el Comité de Trabajo redactara también el otro instrumento legal que indefectiblemente tenía que existir para dar marco a lo que se creía una medida disuasoria que acompañaría a las gestiones diplomáticas. Así surgió la Directiva Estratégica Militar n.º 1/82 que incluía gran parte de los conceptos expresados en la ya firmada y especificaba otros, también encuadrados en la más pura doctrina de la guerra clásica.

Entre las disposiciones más relevantes figuraba la desafectación progresiva de los efectivos militares asignados para la reconquista de las Islas y la orden de mantener solamente aquellos que aseguraran una mínima guarnición

⁴⁶ JM-CAERCAS-IF, vol. 2, t. I, 180-182, Documentos recuperados, DENAC n.º 1/82.

militar para garantizar el orden local y avalar el cumplimiento de la ley, sin descuidar la eventual defensa de los principales objetivos recuperados. Si bien incluía la transferencia de responsabilidades de las autoridades del TOM a las del TOAS y extendía su alcance operativo a los espacios necesarios para cumplir con la defensa integral del litoral marítimo, sorprendentemente no preveía la asignación de nuevos medios. Solo se tuvieron en cuenta los efectivos y recursos con los que se reconquistarían las Islas, sin desplegar una mayor cantidad de fuerzas a excepción del empleo de aquella reserva conjunta de la que se hablaba en la Directiva de Estrategia Nacional y otra de mayor magnitud con características al menos formales de una reserva estratégica militar conformada por la Brigada de Infantería Aerotransportada IV. Ambas organizaciones permanecerían estacionadas en el territorio continental. Establecía, además, ciertas disposiciones para algunos comandos y elementos que ya estaban creados y para otras organizaciones que deberían crearse. A todos ellos se les imponía como fecha límite el 1° de abril de 1982 para alcanzar un nivel adecuado de capacitación conjunta y el 2 de abril para presentar los planes respectivos.⁴⁷ Evidentemente, no existía en aquella ocasión una prognosis estratégica que permitiera diseñar el escenario futuro y más probable. Además, se puede comprobar que la fecha en la que en realidad se inició la maniobra de desembarco no estuvo planificada previamente como el día D, sino que fue vertiginosa e intempestivamente dispuesta cuando se precipitaron los acontecimientos diplomáticos hacia la ruptura de relaciones.

Finalmente, redactaron el Plan Esquemático de Campaña del Teatro de Operaciones Malvinas (TOM), la última pata de un terceto documental militar insoslayable para otorgar la seriedad política y jurídica necesaria que permitiera legal y legítimamente tomar una decisión cuyas principales acciones ya estaban en desarrollo. Lo hicieron

⁴⁷ *Ibíd.*, 5-11, Documentos recuperados, DEMIL n.º 1/82.

a pesar de que dejaron explícitamente declarado que antes de que se llegara a la aprobación del plan de campaña se imponía realizar un análisis más detallado y global del problema para poder establecer las responsabilidades de todas aquellas agencias que deberían cumplir lo planificado. Tal era la situación de imprevisiones previas y de ausencia de interacción entre las fuerzas que, hasta ese momento, el Estado Mayor Conjunto jamás había tenido intervención ni había figurado efectivamente entre los destinatarios de alguna de aquellas ideas. Recién el 16 de marzo de 1982 la Junta Militar dispuso dar intervención a ese organismo.⁴⁸

En el mencionado plan esquemático, como mandaban los manuales, se establecía como misión estratégica operacional para los efectivos que operarían en la jurisdicción del TOM la de “ocupar y mantener las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur, ejerciendo simultáneamente el gobierno militar del territorio a fin de imponer a Gran Bretaña la aceptación de una solución militar de hecho”. A partir de ese tópico se estipulaba quiénes serían los que se desempeñarían como comandante de teatro, de los componentes terrestre, aéreo y naval, de la fuerza de tareas anfibia y como gobernador militar. En lo que se refería a la fuerza conjunta, el documento estipulaba la ejecución de una maniobra ofensiva convergente cuyo punto de aplicación sería la capital malvinense, combinando una operación anfibia, otra de aerodesembarco y varias acciones de infiltración que permitieran alcanzar la sorpresa y garantizar que todo sería incruento, sin bajas. Luego de explicar las fases de la maniobra, ordenaba actividades a los distintos elementos participantes, entre las que figuraba la exigencia de “lograr un adecuado nivel operativo para [lanzar la ofensiva a partir del] 15 de mayo de 1982”. Nunca hicieron figurar como fecha de inicio de la maniobra al 1º o al 2 de abril, sencillamente porque esa fecha no estaba prevista, ni siquiera esbozada como alternativa. El plan esquemático se

⁴⁸ JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 291.

completaba con un extenso desglosamiento de las funciones que debía cumplir el futuro gobierno militar a fin de lograr una integración progresiva de la sociedad malvinense a la jurisdicción argentina.⁴⁹

Pero las tareas del Comité de Trabajo no terminaron con la presentación de esos tres documentos. Sus integrantes creían firmemente que lo que se había entendido como una medida de presión y de disuasión ante la intransigencia británica en las negociaciones no podía efectivamente pasar de ese estadio. En caso de que la situación se tornara diferente, la concreción real de todo aquello que los miembros de la Junta Militar tenían en sus mentes y que ellos habían tratado de plasmar en los papeles terminaría en algo desbordante e inmanejable para la Argentina.

Consecuentemente –y con un criterio preventivo de peligrosa alerta–, agregaron a sus presentaciones un conjunto de conclusiones que conminaban a las más altas autoridades del gobierno a evaluar hasta el último detalle y mensurar detenidamente todas las consecuencias de cualquier resolución de lanzarse a una acción bélica. Una de ellas versaba sobre lo que significaría el impacto en los recursos humanos, materiales y financieros que impondría incorporar a las Malvinas como una nueva entidad de carácter provincial al territorio y jurisdicción nacionales. Asimismo, alertaban sobre la posible reacción de los chilenos y lo que podría suceder con la situación interna. La probable pérdida de la sorpresa estratégica fue considerada como un condicionante de la factibilidad y aceptabilidad de toda la operación pues seguramente Gran Bretaña estaría en condiciones de reaccionar empleando sus fuerzas armadas. La determinación de la magnitud de esa potencial reacción, así como la oportunidad en la que pudiera concretarse, resultaban de suma dificultad para los integrantes del Comité de Trabajo, por lo que tampoco podían asegurar cuánto tiempo

⁴⁹ JM-CAERCAS-IF, vol. 2, t. I, 89-97, 161, 183-188, Documentos recuperados, Introducción y conclusiones; Plan Esquemático de Campaña.

sería necesario mantener a las fuerzas argentinas en Malvinas. De todas formas, se imponía desactivar la jurisdicción y responsabilidades del comando del teatro de operaciones no más allá de los cinco días de recuperado el control de las islas.⁵⁰ “El mantenimiento o seguimiento de la situación estratégica militar [excederá] en demasía las posibilidades del Comando Conjunto [del teatro].”⁵¹ Solo debía quedar una pequeña guarnición a cargo de un oficial superior del ejército como jefe militar en apoyo del gobernador militar. Cualquier otra medida que implicara la prolongación de las acciones bélicas en el territorio malvinense impondría una sobrecarga al sistema militar argentino que debía, además, dedicarse a contener el conflicto con el país vecino y la situación política interna.⁵²

Todas esas advertencias formuladas por los integrantes del Comité de Trabajo corroboran que los tan mentados y supuestos planes de guerra previos a 1982 no existían. De haberse confeccionado esos planes, hubieran sido estudiados y perfeccionados por los Estados Mayores en el más absoluto secreto, modificándolos, actualizándolos contemplando todos los aspectos propios de un documento formal, legal, legítimo y debidamente preparado, incluidas aquellas severas alarmas promovidas por el Comité que hubiesen dado lugar, en varias oportunidades durante el transcurso de los años anteriores a la adopción e inclusión de los recaudos adecuados e impostergables para minimizar hasta la nulidad cualquier sesgo de improvisación irresponsable. Sin embargo, a pesar de las advertencias, las intenciones de la Junta Militar se mantuvieron orientadas hacia la resolución de emplear las fuerzas a toda costa en caso de que Londres no admitiera, una vez más, los históricos reclamos argentinos y no se aviniera a negociar una solución definitiva.

⁵⁰ JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 417-428.

⁵¹ Ejército Argentino, *Informe Oficial del Conflicto Malvinas*. Buenos Aires: 1983, tomo I, 15.

⁵² JM-CAERCAS-IF, vol. 3, t. II, 417-428.

Sumado a ello, se presentó un cisne negro que precipitó todo lo endeblemente previsto: en las Georgias se había producido un confuso episodio entre los operarios de Davidoff y el personal británico que allí residía, lo que fue considerado un agravio por el gobierno de la Corona. Consecuentemente, el HMS *Endurance* zarpó de Port Stanley con más de veinte marinos a bordo rumbo a esas islas para resguardar a sus compatriotas. Al tomar conocimiento de este movimiento, el 23 de marzo se resolvió que el ARA *Bahía Paraíso* transportara a un grupo de infantes de marina para proteger a los obreros del empresario. Al día siguiente desembarcaban en Port Leith. Las noticias que circulaban por todo el mundo no anunciaban sino un agravamiento de la situación, incluyendo la segura posibilidad de que un submarino nuclear británico se encontraba en camino hacia el Atlántico Sur. Apreciando la situación de escalada que habían tomado los acontecimientos, se le ordenó al comandante del buque británico ejercer una presencia militar en la zona, mientras que el RRS *John Biscoe*, que estaba en Montevideo efectuando el relevo de los marinos que habían prestado servicios en Port Stanley, regresó rápidamente con ellos a las Malvinas y el RRS *Bransfield*, que fondeaba en Punta Arenas, puso proa hacia la zona de las Georgias para unirse también al *Endurance*.

Por su parte, recién el 26 de marzo la Junta Militar resolvió ocupar militarmente la capital malvinense y subordinar la operación Alfa, en pleno desarrollo en las Georgias, al responsable de la operación Azul y comandante del futuro TOM, general García. De esta forma, las dos acciones estarían bajo el mando de un solo jefe. Simultáneamente, se ordenó que la corbeta ARA *Guerrico* se dirigiera al sur con cuarenta infantes de marina y se uniera al *Bahía Paraíso*. Estas fuerzas, junto con el grupo que había desembarcado en Leith y los dos helicópteros (un Alouette naval y un Puma del Ejército) asignados a este buque, conformarían el Grupo de Tareas 60.1 (Moro 1986, 61-62).⁵³

⁵³ Cf. JM-CAERCAS-IF, vol. 4, t. III, 498; vol. 15, t. IV, 755.

Como un eslabón más de la cadena de improvisaciones, nada de todo ese despliegue estaba siquiera mínimamente esbozado ni mucho menos previsto u organizado. Tanto el comandante de la corbeta *Guerrico* como el jefe de la fracción de marinos que debían embarcarse y partir hacia las Georgias no tenían siquiera un vago indicio de lo que estaba sucediendo en realidad. Tal era la situación de imprevisión que el buque se hallaba en dique seco, en reparación en la base de Puerto Belgrano. El capitán Carlos Alfonso, comandante de la embarcación, recibió la orden de viajar de urgencia a Buenos Aires, donde se le ordenó trasladarse con una sección de infantes de marina a cargo del teniente Luna y transportar además equipo, armas y munición para los efectivos que estaban embarcados en el *Bahía Paraíso*, liderados por el teniente Alfredo Astiz. Se suspendieron las tareas de mantenimiento, embarcaron todo y zarparon hacia el sur. Durante una travesía coronada por el mal tiempo constante, el 1º de abril Alfonso recibió una nueva orden: ocupar Grytviken y controlar las Georgias del Sur (Alfonso 2012, 50-53).

Mientras esto sucedía, los oficiales del Estado Mayor del comando de Infantería de Marina, a órdenes de Carlos Büsser, que estaban planificando una maniobra con probabilidad de ejecutarla, según vimos, a mediados de mayo, recibieron la orden de adelantar todo y de estar en condiciones de lanzarla a partir del 1º de abril. Aceleraron como pudieron las actividades y a contrarreloj terminaron el “plan de operaciones n° 1/“S”/82 de la Fuerza de Tarea Anfibia (F.T. 40)” para desarrollar la denominada operación Azul. Ese elemento estaría organizado sobre la base de los buques ARA *Santísima Trinidad* (que sería el navío insignia), el ARA *Cabo San Antonio*, el ARA *Almirante Irizar*, el ARA *Isla de los Estados* (como transporte); el ARA *Hércules*, el ARA *Drumond* y el ARA *Granville* como grupo escolta, de apoyo y desembarco; y el submarino ARA *Santa Fe*, que trasladaría a los buzos tácticos. El comandante de la mencionada operación sería el general Osvaldo García (embarcado en el

Santísima Trinidad), el de la Fuerza de Tarea 40 y segundo de la operación Azul, el contralmirante Gualter Allara, y el de la fuerza de desembarco el contralmirante Büsser.⁵⁴

Los efectivos que llevarían a cabo las acciones contra los diferentes objetivos en Port Stanley eran el 2do. Batallón de Infantería de Marina, una agrupación de comandos anfibios, un grupo de buzos tácticos, una sección de tiradores del Regimiento 25 de Infantería (Ejército) y una reserva de infantes de marina. Su misión era ejecutar de forma incruenta un asalto anfibio nocturno, tratando de obtener el mayor grado de sorpresa posible, para

capturar el cuartel y los efectivos de los *royal marines* [...] colaborar con la captura del aeródromo [...] y efectuar el control de la población, a fin de contribuir a ocupar y mantener las ISLAS MALVINAS ejerciendo simultáneamente el Gobierno Militar del territorio.

Dentro de los objetivos a conquistar se encontraban, además de Port Stanley, la localidad de Darwin, “Ganso Verde” (Goose Green o Pradera del Ganso) y Fox Bay. Cumplidas todas las tareas, la Infantería de Marina transferiría las responsabilidades a las fuerzas del Ejército que debían trasladarse por modo aéreo. Una vez que esto hubiese sucedido, los marinos se replegarían a sus bases de origen.⁵⁵

El 28 de marzo de 1982 zarpó la Fuerza de Tarea Conjunta rumbo al sur. Además de los ajustes operativos de detalle y de las órdenes de rigor, el general García contribuyó a la emoción de los argentinos embarcados con un conjunto de ideas rectoras sobre cómo debía llevarse a cabo la operación. Entre otras consideraciones, resaltó que todos debían tener la más absoluta convicción de que las acciones se llevarían a cabo en territorio propio, no extranjero, por lo que debía evitarse al máximo cualquier daño sobre las

⁵⁴ Ibid, 552-553.

⁵⁵ Ibid., 553-556.

personas y las cosas. Debían ganarse rápidamente la adhesión de los malvinenses, respetar la propiedad privada, su estilo de vida, sus símbolos.⁵⁶ Por su parte, Büsser habló por los altavoces anunciando, también en un emotivo tono, lo que debían realizar las tropas bajo su mando. Muchos de los que participarían de la operación confirmaron allí sus sospechas sobre el destino real de los barcos; su orgullo y emoción quedarían reflejados en sus relatos posteriores.

Lo que había comenzado como la Operación Azul, que debía lanzarse en mayo, se transformó con el consentimiento de Büsser en la Operación Rosario, una alusión a la fiesta de la Virgen del Rosario, nombre que connotaba la destrucción de los infieles. Aunque era un dato menor para todos y el comandante de la fuerza de desembarco no era afecto a denominar las operaciones de forma particular, entre sus más directos colaboradores se vio la necesidad de darle un nombre. El primero de los que se propuso durante el planeamiento fue el de “Operación Carlos” porque así se llamaban varios de los oficiales que participaban en la tarea, además del comandante. Ante la desaprobación de Büsser, la operación quedó sin nombre hasta que fue denominada Azul. Pero, mientras navegaban hacia el objetivo con un mar bastante embravecido, el teniente coronel Mohamed Alí Seineldín –jefe del Regimiento 25 de Infantería y a cargo de las tropas del Ejército– le recordó que, en ocasión de la primera invasión inglesa al Río de la Plata en 1806, Santiago de Liniers había orado frente a la Virgen del Rosario antes de la Reconquista de Buenos Aires. Büsser pensó que, en todo caso, si la operación debía llevar el nombre de una de las advocaciones de la Virgen, ese tenía que ser el de Stella Maris, patrona de los marinos. Pero entre charlas emotivas y otras preocupaciones mayores, no le prestó mayor atención. Aun así, luego de conversar con García y con su autorización, la operación se denominó finalmente como se la conoció en aquellos días y hasta hoy. “Usted va a ver, señor,

⁵⁶ Ejército Argentino, *Informe Oficial*, cit., tomo II, anexo 6.

que mañana la Virgen del Rosario va a dominar el viento y el oleaje y va a hacer que tengamos un excelente tiempo para el desembarco”, le dijo Seineldín cuando se enteró de la resolución definitiva (Büsser 1984, 64-65).

Reflexiones finales

A nuestro interrogante principal respecto de si había existido antes de 1982 un plan para la recuperación de las Malvinas y el empleo de las Fuerzas Armadas en una probable guerra con Gran Bretaña, llegamos a la conclusión de que no fue así.

Sobre la base de lo analizado y expuesto podemos afirmar que la versión sostenida respecto de que los uniformados argentinos habían planificado durante décadas, formalmente, la recuperación de las Islas Malvinas y las operaciones militares posteriores para mantener el control de la zona, fue construida en torno a meras elucubraciones que, haciendo uso de la sinonimia, consideraron como un plan verdadero a ciertas ideas, iniciativas, juegos de guerra educativos, memorándums de entendimiento y esbozos en borrador. Jamás se completaron los estudios estratégicos militares ni políticos que debieron haberse realizado antes de 1982 en el ámbito del Ministerio de Relaciones Exteriores, del de Defensa y del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. En consecuencia, la Junta Militar tomó gravísimas decisiones que comprometieron la vida de muchas personas –y que en muchos casos terminaron con ellas– sin contar con esos estudios y asesoramientos.

Los relatos que sostienen la existencia de un plan militar anterior a 1982 para la recuperación de las Malvinas son algunas de las tantas interpretaciones especulativas que se plantearon con relación a los hechos sucedidos desde 1940 a los que hicimos alusión en el capítulo. Si se analizan a la luz de las especificidades técnico-militares las

ideas, hipótesis, intenciones o los supuestos que unos pocos integrantes de la Armada Argentina –así como los departamentos de Estado referidos anteriormente– concibieron y esbozaron durante el siglo XX y antes de que comenzara a prepararse la operación de desembarco, resulta que nada de todo aquello constituyó un plan en el estricto sentido de la palabra.

Con excepción de la minuciosa y exigente labor desarrollada por el Comité de Trabajo para darle forma legal a lo que pretendía la Junta desde el punto de vista militar y de las tareas detalladas y reglamentarias llevadas a cabo por Büsser y su Estado Mayor para concretar el desembarco en el territorio malvinense, todo lo demás, realizado o esbozado con anterioridad a abril de 1982, no respondió a un plan reglamentario. Mucho menos fue la resultante de un protocolo de estudios, análisis, pasos y etapas que diera como producto un modo de acción aceptable con sus respectivas variantes, sino que fue obra de ideas individuales, iniciativas particulares o exigencias académicas y de instrucción sucedidas a través de los años. Lo acontecido en el plano militar en los días iniciales de abril de 1982 se basó en las ideas y las resoluciones obcecadas de los principales gobernantes de facto, quienes, desoyendo las advertencias de sus subordinados, terminaron por enviar a las personas y los recursos del país “a una guerra cuyos términos no habían sido evaluados convenientemente, ni tampoco considerados en la apreciación inicial”.⁵⁷

Tal vez las expresiones que mejor resumen la base de improvisación absoluta en la que se asentó aquella contienda en su totalidad y que demuestran la inexistencia de un plan de guerra previo, son las que esgrimieron Galtieri y Anaya, máximos jerarcas de la Junta Militar, a modo de justificación de un desastre mortal al que habían llevado a la República y que pudiera haberse evitado: “La decisión de enfrentar a la reacción británica era una cuestión

⁵⁷ *Ibíd.*, tomo I, 15.

impostergable, era la única que cabía desde el punto de vista de la dignidad y el honor nacional”, afirmó el primero de ellos.⁵⁸ Mientras que Anaya aseguró de forma resuelta que

salvo el momento de la ocupación de Malvinas [...] lo demás, en el orden nacional, jamás se planificó. [...] Sobre Malvinas, nunca nadie hizo nada [relacionado con el planeamiento] [...] Contra Inglaterra no había absolutamente nada. [...] Yo tenía perfectamente claro [...] que no podíamos pretender una victoria militar. [...] Sabíamos que militarmente íbamos a perder. [...] Para mí era necesario defender los derechos argentinos para la historia, con sangre [...] [demostrar que] lo que nosotros [creíamos] que era nuestro lo [defenderíamos] con nuestra sangre.⁵⁹

Además de la documentación analizada que nos permite corroborar nuestra hipótesis de que no existió desde la década de 1940 un documento formal, legal y fundamentado que pudiera ser considerado profesionalmente un plan de guerra, también debemos centrar la atención en la realidad que se vivió de abril a junio de 1982, es decir, en las operaciones navales, aéreas y terrestres durante todo el período de enfrentamientos bélicos, en el cual reinó la cultura de la improvisación en los más altos niveles de la dirección política y militar del conflicto.

No existió, siquiera, un lineamiento estratégico militar antes del inicio de las actividades de los que, de forma apremiante, tuvieron que prever y preparar las acciones bélicas, sino que todo se ajustó a la coyuntura política interna, regional e internacional que vivía la Argentina en aquellos tiempos. Como se desprende de la declaración que citamos más arriba, puede inferirse que el principal motivo de la trágica resolución de ir a la guerra se basaba en la pura retórica de aspecto ornamental, patriótico o epopéyico; pareciera que en la cima de la pirámide del poder primó la idea de que

⁵⁸ JM-CAERCAS-IF, vol. 15, t. IV, 690.

⁵⁹ *Ibid*, 745, 748.

había que dar esa cuota de sangre que demostrara al mundo que los argentinos estaban interesados en las Islas Malvinas y que con ello el problema quedaría resuelto más allá de los planes, las estrictas previsiones militares, los documentos, las gestiones políticas y tratativas diplomáticas.

Asimismo, vale la pena observar la fecha en la que se firmó el decreto 675/S/82 que oficializaba la creación del TOM: el 1º de abril, esto es, cuando la fuerza de desembarco ya estaba en marcha hacia Port Stanley. Lo que significa que tampoco ese documento estuvo presente en la mente de los decisores, en el marco del tan mentado y supuestamente vigente plan estratégico militar –ni mucho menos operacional– al que algunas versiones aceptadas e incorporadas a la memoria colectiva ubican como existente desde la primera mitad del siglo XX.

Más allá de estudiar si los resultados de los combates llevaron a la victoria o a la derrota, la evaluación de lo acontecido resultaría extremadamente diferente si la escalada de la crisis hubiese estado respaldada por un planeamiento previo, llevado a cabo con toda la seriedad del caso, habiendo considerado con todo detalle las contingencias posibles y, desde luego, las probables o seguras consecuencias. De la misma forma, con la existencia de un verdadero plan militar para ir a la guerra, profesional, estratégico y político, con todas sus variantes y derivaciones, estudiado con la necesaria anticipación, contando con información adecuada, hubiera reducido a su mínima expresión las probables improvisaciones. Incluso, si igualmente la resolución de usar la fuerza militar se hubiese basado en las emociones, en los impulsos de traspaso, en la pura retórica y en la coyuntura política –como efectivamente sucedió en 1982–, al existir un plan de guerra previo las organizaciones tácticas hubieran contado con un marco razonable para librar sus combates, independientemente del desenlace final.

De haberse contado con ese documento anterior, delineado y practicado durante décadas, fundamentado por una preparación y capacitación de los combatientes acerca del

ambiente operacional del archipiélago con todos sus componentes, mejor controlada –e incluso mínima– hubiese resultado aquella endeble e imperdonable cadena de imprevisiones que dejó librada la suerte de las armas al esfuerzo titánico, heroico y asombroso de los combatientes argentinos comprometidos en la línea de fuego, en el frente de cada combate y en las posiciones defensivas. Allí, entre los bombardeos y los ataques británicos, entre las valientes acciones de los oficiales, suboficiales y soldados argentinos, no hubo tiempo de pensar en si los mandantes habían razonado y previsto todo lo vinculado con la guerra. Allí, en el ámbito de la táctica pura, sin un plan serio elaborado por los que se consideraban estrategos, solamente se cumplieron tenazmente, con muchas cuotas de sangre, las misiones asignadas, tremendamente difíciles de concretar a raíz de las ausencias de previsiones de la alta política y de los errores provocados por la estrategia.

Inclusive, si se tiene en cuenta la probabilidad de que –según Helmuth von Moltke– un plan pueda quedar desbaratado al primer contacto con el enemigo, de haberse preparado tal documento con todas sus implicaciones hubieran existido las variantes que debieran haberse estudiado como alternativas al plan principal a fin de sobreponerse a esa posible dislocación y continuar por otras líneas en la búsqueda del éxito definitivo y de la victoria anhelada y necesaria.

Aún más, si asumiéramos que la probabilidad esbozada por el mariscal prusiano –que era conocida por los militares– pudiera haber inducido a los responsables de decidir el empleo de la fuerza a no abundar en demasiadas previsiones –toda vez que el plan quedaría inutilizado en el primer choque–, no estaríamos habilitados para justificar la ausencia de una planificación adecuada que cumpliera todos los protocolos legales y reglamentarios a fin de evitar al máximo las improvisaciones. Tampoco, considerando idéntica probabilidad, estaríamos autorizados a aceptar la versión de que aquellos borradores y esbozos fueron los verdaderos

planes que permitieron desencadenar los acontecimientos de 1982.

Finalmente, de haber existido efectivamente un plan militar elaborado desde aquellos años en que Villanueva pensó el suyo para aprobar el curso de la Escuela de Guerra y que su existencia no haya sido una deducción basada en las analogías, muy diferente sería el análisis de los hechos que pusieron en juego, tan luego, la integridad y la existencia humana para concretar la restauración del ineludible derecho soberano de la Argentina sobre las Islas Malvinas, sus adyacencias y otros territorios insulares del Atlántico Sur, violado desde hace casi dos siglos.

Referencias bibliográficas

- Alfonso, Carlos (2012). “La corbeta ARA Guerrico y el conflicto austral Grytviken –Georgias del Sur–, el «ataque frustrado» y el control del mar”. *Boletín del Centro Naval* n.º 832.
- Aguiar, Félix; Cervo, Francisco; Machinandiarena, Francisco; Balza, Martín y Dalton, Eugenio (1985). *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Bicheno, Hugh (2009). *Al filo de la navaja: la historia no oficial de la Guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Debate.
- Burns, Jimmy (1987). *The Land that Lost its Heroes: The Falklands, The Post-War and Alfonsín*. Londres: Bloomsbury.
- Büsser, Carlos (1984). *Operación Rosario*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Cisneros, Andrés (2013). “Antártida y Malvinas. ¿Un mismo conflicto?”. *Boletín del Centro Naval* n.º 836.
- Iglesia, Romina (2012). “La cuestión de las Islas Malvinas en el derecho Internacional”, www.infojus.gov.ar
- Machinandiarena de Devoto, Leonor (2021). “Negociaciones para la firma de un memorándum de entendi-

miento argentino-británico relativo a las Islas Malvinas (1966-1968), según la documentación del Foreign Office”. *Investigaciones y Ensayos* n.º 70.

Moro, Rubén (1986). *La Guerra inaudita*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.

Ochoa Reyes, A. (1984). “La cuestión de las islas Malvinas”. *Derecho – Pontificia Universidad Católica del Perú* n.º 38.

Pedroni, José (1969) *Obra poética*. Rosario: Editorial Biblioteca Popular C.C. Vigil, tomo 2.

Yofre, Juan B. (2011). *1982. Los documentos secretos de la Guerra de Malvinas/Falklands y el derrumbe del Proceso*. Buenos Aires: Sudamericana.

Yofre, Juan B. (2012). *Malvinas. La historia documentada*. Buenos Aires: Sudamericana.

La sociedad neuquina frente a la guerra de Malvinas

Disputas públicas por el sentido del conflicto

ANDREA BELÉN RODRÍGUEZ

Introducción

El 22 de abril de 1982 alrededor de 150 personas se reunieron en el Monumento a San Martín, en pleno centro de la ciudad de Neuquén, con carteles que decían “No a la violencia, sí a la Paz”, “Si querés la paz, defiende tu vida” y “Todo hombre es mi hermano”, entre otros. La “Marcha por la Paz” había sido convocada por la Coordinadora de Grupos Juveniles Cristianos de la Iglesia Católica local, con el objetivo de demandar una resolución pacífica al conflicto desatado a partir del desembarco de tropas argentinas en las Islas Malvinas veinte días antes, y finalizó con una misa en la catedral que reunió alrededor de 500 personas. Entre los asistentes, además de los jóvenes católicos, se encontraban los integrantes de las filiales locales de dos organismos de derechos humanos: la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y la Comisión de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. Todos ellos se movilizaron desde el monumento hasta la catedral coreando “No a la violencia, sí a la paz”, y “Malvinas sí, guerra no”.

Durante la movilización, hubo una discusión con integrantes de una de las CGT regionales, de las 62 Organizaciones Peronistas y del Movimiento Nacional Justicialista, que se ubicaron muy cerca de allí para distribuir panfletos

belicistas. Los volantes tenían una imagen del mapa de Argentina con las islas en su interior; un fusil cruzaba el mapa en diagonal y también una lanza que se clavaba en un león rendido con la bandera inglesa en su lomo. Si bien el altercado no pasó a mayores, para la diócesis neuquina fue suficientemente significativo como para emitir un comunicado en el diario regional, explicando lo que había sucedido y denunciando la “mala intención” de quienes se habían “infiltrado” en el acto para difundir panfletos con posturas contrarias a la movilización.¹

Este incidente constituye uno de los momentos en los que se pueden advertir las disputas públicas por el sentido de la guerra y la paz que atravesó a la sociedad neuquina durante los 74 días del conflicto. Es decir, este acontecimiento de fines de abril fue un momento en el que se cristalizaron las diversas y, por momentos, opuestas actitudes frente la guerra que adoptaron dos actores clave de la sociedad y política local: la Iglesia católica y las organizaciones gremiales ligadas a una corriente del Partido Justicialista (PJ).

Anclándose en este incidente como momento de visibilización pública de esas disputas, en el capítulo me propongo reconstruir las diversas interpretaciones de la guerra y de su resolución que configuraron dichos actores, que se encarnaron en comportamientos concretos de movilización en apoyo o en oposición al conflicto. Para historizar sus posicionamientos, el trabajo se basa en diversas fuentes escritas: principalmente el diario *Río Negro* –el principal periódico de la región–, pero también en publicaciones propias de la Iglesia católica neuquina (*Revista Comunidad*) y en memorias publicadas por testigos de la época.

¹ El acontecimiento es reconstruido a partir del cruce de dos fuentes: “Juventud y Paz”, *Revista Comunidad*, Servicio Pastoral de Comunicaciones de la Iglesia Católica de Neuquén, Año 2, n.º 7, junio de 1982, pp. 7-8 (Archivo de la Pastoral de Migraciones), y el diario *Río Negro* (RN): “Marcha por la paz en Neuquén”, RN, 22/04/1982; “Neuquén: Misa por la Paz”, RN, 23/04/1982; “Grupos Juveniles”, RN, 25/04/1982.

A lo largo del capítulo, procuro analizar los sentidos y prácticas que la Iglesia católica y el movimiento obrero organizado desplegaron durante el mismo, teniendo en cuenta sus trayectorias históricas. En tal sentido, busco comprender las acciones de los actores en sus propias lógicas e historia y situándolas en la arena sociopolítica local, pero sin dejar de considerar las entidades y redes nacionales en las que estaban insertos, que en ocasiones los condicionaron o por lo menos encuadraron dentro de ciertos márgenes su accionar. Asimismo, en tanto realizo un seguimiento de las actitudes de esos actores a lo largo de los 74 días del conflicto, procuro identificar cambios en los mismos y/o momentos de mayor y menor exposición pública de cada uno en función de las micro-coyunturas del conflicto.

Esta investigación se enmarca en la historia sociocultural de la Guerra de Malvinas, una perspectiva que ha renovado el campo de los estudios sobre el conflicto hace más de 20 años. A diferencia de la historia militar tradicional que se centra en los aspectos más técnicos de la contienda, o el enfoque político que lo reduce a mera estrategia de legitimación de la dictadura, la historia sociocultural de la guerra se centra en las experiencias, identidades y memorias de aquellos sujetos atravesados por el conflicto bélico, tanto los combatientes, como sus familiares, allegados, vecinos y las sociedades contendientes en general.²

En particular, en tanto la Guerra de Malvinas fue un conflicto bélico internacional declarado por una dictadura militar, para esta investigación resultan nodales los aportes de dos historiografías que apuntan a pensar los comportamientos sociales en conflictos bélicos o en contextos autoritarios. Por un lado, los estudios pioneros de John Horne (1997) sobre las movilizaciones en la Gran Guerra, en los que analiza las convocatorias realizadas por el Estado para movilizar a la ciudadanía en torno a determinados valores y objetivos, como así también las diversas acciones

² Sobre esta perspectiva, ver Rodríguez 2017.

desplegadas por distintos actores para contribuir al esfuerzo de guerra. Por otro lado, la historiografía de actitudes sociales en contextos autoritarios, que propone centrarse en los comportamientos sociales de la “gente corriente”,³ y sus relaciones múltiples y fluctuantes con el mundo del Estado, el poder y la política (Lvovich 2018). Si bien el capítulo no se atiene estrictamente a esa propuesta, por lo menos en el caso del movimiento obrero ya que –por las fuentes elegidas– se enfoca en sus cúpulas y dirigencias, esa perspectiva ha sido central para pensar los cambios, variabilidades e incluso contradicciones de los comportamientos de los actores sociales en función del contexto represivo, del relajamiento o endurecimiento de los controles, entre otras variables.

Por último, el capítulo se organiza en cuatro apartados. El primero reconstruye brevemente “el despertar de la sociedad civil” (Quiroga 1994) a partir de 1980/1981 en Neuquén, situándolo en la coyuntura nacional, con el objeto de presentar los actores colectivos que son el objeto de estudio de la presente investigación. Por su parte, los dos apartados siguientes se focalizan en cada uno de los actores en pugna desde principios de abril hasta la “Marcha por la Paz”. Así, en un comienzo, se centra en el comportamiento durante la guerra de las dos CGT regionales en la que se hallaba dividido el movimiento obrero: la peronista y la no alineada. Luego, reconstruye la actitud de la Iglesia católica neuquina frente al conflicto, focalizando no solo en el obispado, sino también en el clero y los jóvenes laicos. Finalmente, en un cuarto apartado analiza los posicionamientos públicos de esos actores tras el incidente producido en la “Marcha por la Paz”, tratando de rastrear sus actitudes y los momentos de mayor o menor exposición hasta la derrota.⁴

3 La noción de “gente corriente” incluye a “personas con o sin militancia política, no pertenecientes a la dirección de organizaciones políticas o sociales” (Lvovich 2013).

4 La reconstrucción de la actitud de la Iglesia católica neuquina frente al conflicto, la retomo de Rodríguez 2022.

Neuquén antes de la guerra de Malvinas: la reorganización social y política

El conflicto bélico con Gran Bretaña por las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur fue declarado por la última dictadura militar argentina, que se hallaba en el poder desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Para 1982, luego de seis años de gobierno, el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional estaba atravesando una profunda crisis de legitimidad. Desde 1980, el descalabro económico y los conflictos internos entre las FF.AA. habían abierto las puertas para que los cuestionamientos al régimen comenzaran a difundirse públicamente en forma paulatina. Para 1982 el movimiento obrero ya había comenzado a reorganizarse, dividiéndose en dos líneas internas –la “confrontacionista” CGT y la conciliadora Intersectorial CNT 20–, y se había manifestado en las calles eludiendo o enfrentando los controles policiales (desde la primera huelga en 1979). Los organismos de derechos humanos (DD.HH.) que denunciaban las desapariciones de miles de ciudadanos en el interior y exterior del país habían adquirido cada vez más visibilidad. En el marco del “diálogo político” abierto por el presidente Roberto Eduardo Viola en 1980, los partidos políticos tradicionales –hasta entonces suspendidos– habían empezado a recomponerse y a tener cierta presencia pública y al año siguiente se habían agrupado en la Multipartidaria para negociar una apertura política lo antes posible. Incluso, distintas manifestaciones culturales de resistencia habían comenzado a ocupar diversos ámbitos (Novaro y Palermo 2003, 388-400; Franco 2018; Alonso 2018).

Esa paulatina descomposición del régimen también se vivió en Neuquén a partir de fines de 1980 y comienzos de 1981. Tengamos presente que en Neuquén las Fuerzas Armadas y de Seguridad desplegaron el mismo sistema represivo que en el resto del territorio nacional. Aun cuando no era considerada una zona prioritaria para la “lucha contra la subversión”, dada la escasa presencia de

organizaciones político-militares, la provincia también se incluyó en las redes represivas, desplegando el mismo dispositivo que combinaba allanamiento públicos y estruendosos, con centros clandestinos de detención, como “La Escuelita” (Scatizza 2016). Como respuesta a esa represión, en forma muy temprana se organizaron organismos de DD. HH. con el amparo del obispado neuquino.

En tal sentido, a diferencia de la gran mayoría de la jerarquía católica –cuya actitud frente al terrorismo de Estado se caracterizó por ser ambigua y tardía–,⁵ el obispo de Nevaes se comprometió tempranamente en la denuncia de las violaciones a los DD. HH. que ocurrían en la región mediante la publicación de comunicados y en sus homilías, así como intentó averiguar el paradero de los detenidos mediante tratativas privadas. Más aún, durante la dictadura militar, su accionar se caracterizó por ser un escudo bajo cuya protección buscaron refugio familiares de desaparecidos, migrantes, militantes políticos, gremiales y sociales, y en general aquellos perseguidos por el régimen. Incluso, el obispo y otros sacerdotes neuquinos impulsaron la

⁵ Frente al problema de los desaparecidos y las violaciones a los DD. HH., se pueden encontrar tres grupos entre los obispos: “los que avalaron estas violaciones, los que aunque no las avalaran hicieron oídos sordos a los reclamos de los familiares de desaparecidos, y los que salieron en defensa de los derechos fundamentales de la vida humana” (Azconegui 2012, 256), siendo estos últimos los menos. La Iglesia católica fue fuente de legitimación de la “guerra antisubversiva” desplegada por la dictadura que decía defender los valores occidentales y cristianos, por ende, la Conferencia Episcopal silenció la cuestión de los desaparecidos durante los años más duros de la dictadura. Solo en mayo de 1977 y obligada por las circunstancias, la Conferencia publicó un comunicado ambiguo dirigido a la Junta Militar manifestando preocupación por las violaciones a los DD. HH. (a la vez que legitimaba la lucha antisubversiva), para luego volver a sumirse en el silencio hasta 1981, cuando la crisis del régimen era visible (Novaro y Palermo 2003, 103). Ese año el Episcopado publicó el documento “Iglesia y Comunidad Nacional” en el que demandaban que se solucionara el problema de los desaparecidos, “se colocaba en pie de igualdad la represión estatal con la ‘violencia subversiva’, se hacía un llamado a la ‘reconciliación’ y se apelaba [...] a la ‘soberanía del pueblo’ y a la democracia como la forma de gobierno más deseable para el futuro político próximo” (Cersósimo 2015, 310).

organización de las filiales locales de la APDH (en 1976) y posteriormente de la Comisión de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, y amparó la constitución de Madres de Plaza de Mayo, entidad surgida luego de la guerra a partir del accionar de un grupo de mujeres que participaban en la Comisión.⁶

La actitud de la Iglesia local respecto a la dictadura se comprende si tenemos en cuenta que la diócesis de Neuquén había surgido en 1961 encabezada por Monseñor Jaime de Nevares,⁷ en una coyuntura marcada por la renovación eclesial tras el Concilio Vaticano II. El compromiso con el cambio y la adopción de una pastoral renovada inscrita en la “opción por los pobres” se tradujo en un posicionamiento junto a los sectores marginados de la sociedad y en acciones concretas de acompañamiento de protestas sociales y de distanciamiento, e incluso oposición, al poder político. En particular, desde mediados de los ‘70, cuando el espiral represivo iba *in crescendo*, e incluso en los “años de plomo” de la dictadura, el accionar del obispo se caracterizó por la defensa de los DD. HH.

Entonces, en Neuquén, la centralidad de los actores católicos en la denuncia de la represión hizo del catolicismo un aliado clave, que actuó como fuente, facilitador y potenciador del movimiento pro DD. HH. a nivel local, prestándole sus estructuras y recursos. Como afirma Azconegui (2012, 258), el accionar del obispo y la red de relaciones articuladas en torno a la diócesis local no solo proporcionó contención sino también habilitó un espacio para hacer

6 Sobre la historia de los organismos de DD. HH. en Neuquén y su vinculación con la Iglesia católica, ver Azconegui 2010, 2012 y 2021.

7 De Nevares nació en Buenos Aires en 1915. Se graduó como abogado en 1940 y ejerció por cinco años hasta que ingresó en la Congregación Salesiana. Fue preconizado obispo en 1961, momento en que el Papa creó la diócesis de Neuquén. Fue miembro fundador y presidente honorario de la APDH. En democracia, formó parte de la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas. Retirado de su función de obispo, participó en 1994 en la Asamblea Constituyente como convencional por Neuquén. Falleció en 1995.

política, en un momento caracterizado por la privatización de la sociedad y de la vida política. De hecho, durante la dictadura, los organismos de DD. HH. resignificaron las celebraciones católicas para pedir por los desaparecidos y desde 1980 estas agrupaciones comenzaron a movilizarse públicamente en distintos espacios céntricos de la ciudad por la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos, siempre con el acompañamiento y al amparo de integrantes de la diócesis local.

Por su parte, en el marco del “diálogo político” abierto por el gobernador de facto Domingo Trimarco en 1980, algunas organizaciones políticas se comenzaron a reorganizar, una tarea ardua tras los embates de la represión. Luego de la aparición de la multisectorial Convergencia –que reunía a título personal a referentes políticos, gremiales y patronales para luchar por la normalización institucional–, en 1981 los partidos políticos tradicionales conformaron la Multipartidaria provincial con el objeto de demandar –entre otras cuestiones– no solo por el restablecimiento del Estado de derecho, la reafirmación de los principios federalistas y el cambio en el rumbo económico, sino también una respuesta por el destino de los desaparecidos –a diferencia de la entidad nacional–. De todas formas, la Multipartidaria neuquina tuvo una errática trayectoria dados los conflictos continuos entre los representantes del PJ y el Movimiento Popular Neuquino (MPN), el partido hegemónico de la provincia (Azconegui s/f; García 2018).⁸

⁸ El MPN surgió en 1961 como un “partido neoperonista” en el contexto de proscripción del peronismo, siendo sus referentes clave los hermanos Felipe y Elías Sapag. Es el partido hegemónico de Neuquén, que ha gobernado la provincia en forma ininterrumpida desde 1963 en los períodos constitucionales e incluso algunos de sus integrantes han formado parte de los equipos técnicos de los regímenes militares. Los conflictos con el PJ se remontan a la coyuntura abierta por las elecciones de 1973, cuando el MPN se negó a integrarse a dicho partido –ahora legalizado, tras años de proscripción– y decidió continuar su trayectoria en forma independiente como un partido provincial, pero apropiándose de banderas históricas del peronismo como la justicia social, a la que le sumó la defensa a ultranza del federalismo. En

A esas tensiones, el PJ sumaba sus propias dificultades para reorganizarse a nivel provincial (que en parte replicaban las enfrentadas a nivel nacional en un partido profundamente dividido desde los '70 y aún más por la crisis desatada tras la muerte del líder), que ponían más escollos al funcionamiento de la Multipartidaria. Es que el PJ provincial acarrea los efectos no solo de la suspensión de las actividades en dictadura sino de la mala elección en 1973, tras el aplastante triunfo del MPN. En 1981, la corriente sindical y política hegemónica del Movimiento Nacional Justicialista (vinculada a las 62 Organizaciones Peronistas) decidió intervenir el partido provincial con la figura de Alberto Nieves, peronista ortodoxo con estrechos vínculos con el régimen militar. De esta forma, desconocía el trabajo que estaban llevando adelante jóvenes militantes con cierta adscripción en la Juventud Peronista en los '70, que estaban reorganizando el partido desde un posicionamiento opositor a la dictadura y buscando una mayor democratización del movimiento. Esa corriente continuó militando en el partido, en otros espacios como el Ateneo Arturo Jauretche y el Centro de Estudios Neuquinos, y se opuso férreamente al accionar centralista y conservador de Nieves (Favaro 2018; Rafart 2016 y 2019).

Asimismo, el movimiento obrero neuquino también empezó a reorganizarse hacia 1980, en una coyuntura de reactivación de los gremios a nivel nacional, en parte por la crisis económica y también por la limitada apertura política llevada a cabo en forma infructuosa por el gral. Viola. Entre diciembre de 1980 y febrero del año siguiente, gremialistas peronistas organizaron la CGT regional de hecho, que comenzó a funcionar fuera de los márgenes legales.⁹ Desde

esa coyuntura, la disputa pasó por ver cuál era el verdadero representante del peronismo: el MPN o el PJ local. Sobre la historia del MPN, ver Favaro 1999; sobre esa coyuntura ver García 1999; Favaro, Iuorno y Palacios 1999.

⁹ Tengamos presente que la CGT no tenía existencia legal como entidad de tercer grado ya que había sido disuelta por la Ley de Asociaciones Gremiales

sus orígenes, la central estuvo liderada por el ferroviario Celestino Sagaceta, un sindicalista de larga trayectoria en la región, que había sido diputado en el tercer gobierno peronista y que tenía una fuerte vinculación con las 62 Organizaciones Peronistas y con la corriente interna del PJ que respondía al interventor Nievas.

Sin embargo, a poco de andar, los conflictos al interior de la CGT, provocados sobre todo por la disputa histórica entre el PJ y el MPN por la representación del movimiento obrero, llevaron a una fractura y a la conformación de otra central paralela a principios de 1982, justo antes del desembarco en Malvinas. La nueva central se declaraba apartidaria, aunque estaba liderada por José Sifuentes, un gremialista de SMATA con amplias vinculaciones con el MPN. Y justificaba su creación por profundas diferencias con la otra central por su distanciamiento con las necesidades e intereses de las bases, y su estrecha vinculación peronista –lo que le restaba independencia en su accionar–. Así, la decisión de declarar apartidaria a la central seguía el propósito de evitar desvirtuarse en sus objetivos “tratando de defender y de poner en claro hacia la opinión pública de todo lo que nos compete como trabajadores”, como expresaba el mismo Sifuentes.¹⁰

Ambas CGT habían adoptado lineamientos políticos bien distintos, enmarcados en dinámicas tanto locales –como veíamos– como nacionales. En cuanto a las articulaciones con el movimiento obrero nacional, las dos centrales estaban vinculadas a la CGT liderada por Saúl Ubaldini, la fracción férreamente opositora al gobierno y explícitamente peronista, a diferencia de la conciliadora Intersectorial CNT-20.¹¹ Sin embargo, solo la CGT dirigida por Celestino Sagaceta adhería a ella y asumía la identidad peronista,

de Trabajadores de 1979 (y además había sido intervenida desde el mismo día del golpe de Estado).

¹⁰ “Entidades y partidos políticos condenaron la acción represiva”, *RN*, 01/04/1982.

¹¹ Sobre el movimiento obrero nacional en la dictadura, ver Basualdo 2010.

mientras que la otra central se declaraba “no alineada” y se limitaba a sumarse a las movilizaciones y planes de lucha convocadas por la central nacional (Azconegui s/f).

De hecho, ambas se plegaron al plan de lucha por “Pan, paz y trabajo” convocado por la central nacional el 30 de marzo de 1982, pero en acciones separadas: mientras la CGT peronista realizó una misa en la catedral presidida por el obispo, la CGT no alineada optó por movilizarse a la plaza central, en un claro gesto de desafío al régimen. Sin embargo, finalmente el acto no llegó a concretarse porque el despliegue de efectivos fue suficiente para dispersar la concentración, a diferencia de lo sucedido en distintos lugares del país, en los que la represión se desató con dureza.¹² En el comunicado de la CGT peronista en el que expresaba su repudio a la represión aparecen claramente los cuestionamientos de la entidad al régimen militar:

El proceso se ha descompuesto totalmente; a su falta de consenso se ha sumado hoy una terrible debilidad; ha demostrado no poder soportar la verdad y por eso quiso a cualquier precio ahogar la voz del pueblo que en definitiva es la voz de la verdad.

Luego de hacer alusión a la represión en distintos puntos del país, indicaba

[...] que las detenciones de casi la totalidad de los dirigentes nacionales, no impedirán las medidas de fuerza que se han de tomar. Las regionales de la CGT marcharán sin duda, a la resistencia en la lucha por las reivindicaciones obreras y aún más se nos está llevando a emprender el camino de la clandestinidad y es allí donde seremos invencibles.¹³

Entonces, ambas centrales regionales tenían en común que se habían alzado contra el régimen militar, cuestionando

¹² “Panorama neuquino”, *RN*, 04/04/1982.

¹³ “Entidades y partidos políticos condenaron la acción represiva”, *RN*, cit.

no solo sus políticas económicas, sino también la falta de libertades y demandando el regreso a un Estado de derecho y la normalización sindical. Sin embargo, sus posicionamientos político-ideológicos eran bien diferentes, no solo por sus alineamientos político-partidarios –como vimos– sino también por sus lecturas del pasado reciente. La CGT peronista se presentaba como fiel “al mandato histórico de Vandor y de Rucci” y descalificaba la experiencia de “Ongaro y su pandilla”.¹⁴ Es decir, si en líneas generales e ideales podríamos identificar dos grandes corrientes sindicales opuestas que habían fragmentado el movimiento obrero en los ‘70 –la ortodoxa, centralista y verticalista que se limitaba a luchar por reivindicaciones laborales, y la combativa y más democrática, que además de esas cuestiones sectoriales, luchaba por otros objetivos políticos más generales (Etchemendy 2010)–, la central peronista neuquina se inscribía en el legado histórico de la primera. De hecho, la segunda corriente había sido calificada como “subversiva” por las FF. AA. –y por las propias autoridades del Movimiento Nacional Justicialista (Franco 2011)–, y perseguida y asesinada, en muchos casos con la colaboración de los líderes sindicales ortodoxos (Basualdo 2013).¹⁵ Teniendo presente esta cuestión, no sorprende que esta central reivindicara la “lucha antisubversiva” como el único triunfo del régimen militar¹⁶ e incluso tras la guerra no adhiriera a ninguna de las movilizaciones de los organismos de DD. HH. para demandar justicia. En cambio, la CGT no alineada se sumaría a cada

¹⁴ “Observando la semana: política neuquina”, *RN*, 01/02/1981 “, citado en Azconegui s/f.

¹⁵ De hecho, el interventor del PJ Alberto Nievas había revistado como suboficial del Ejército. Su vinculación con las FF. AA. era motivo de cuestionamiento al interior de las filas del PJ provincial en los años de la “transición”. Según Rafart (2019, 115), una octavilla de esa época decía: “El sargento Nievas es un intruso que no debe representar al pueblo de Neuquén porque: 1) Está en actividad en el Servicio de Inteligencia del Ejército [...] 2) Es asesino torturador y responsable del genocidio de la Juventud Peronista [...] 4) Por ser un asesino a sueldo, está infiltrado como interventor en el Justicialismo”.

¹⁶ “Panorama neuquino: en busca de definiciones”. *RN*, 14/06/1981.

una de esas multitudinarias marchas con un discurso fuertemente crítico.¹⁷

En esta coyuntura nacional y local de “despertar de la sociedad civil” (Quiroga 1994) con un tono fuertemente crítico al régimen militar, el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional buscó en el desembarco en las Islas Malvinas la forma de revertir su crisis de legitimidad, en tanto esa acción estaba basada en una causa nacional apropiada por amplísimos sectores sociales (Guber 2001). A simple vista, la estrategia pareció exitosa: las múltiples muestras públicas de apoyo al desembarco que se sucedieron en todo el territorio nacional parecieron dar cierto respiro al régimen. ¿Cómo impactó esta nueva coyuntura en los posicionamientos y prácticas asumidas por los sectores que se habían opuesto de forma diversa a la dictadura? ¿La apelación a la causa nacional implicó el silenciamiento de sus reclamos o buscaron otras estrategias para continuar con sus demandas en la nueva situación abierta por el 2 de abril? ¿Cuáles fueron los sentidos que construyeron sobre el desembarco y la guerra y qué prácticas desplegaron en consecuencia?

A continuación, exploraré estos interrogantes haciendo foco en dos actores que para los años 1980 y 1981 se presentaban como opositores a la dictadura. Como vimos, se trata de dos colectivos que podríamos ubicar en los extremos opuestos del amplio arco de actitudes disidentes a la dictadura. Por un lado, un movimiento obrero fragmentado y en recomposición, que en parte estaba representado por dos centrales: una no alineada –con gran grado de movilización y que terminó en una férrea oposición a la dictadura en todos los frentes– y la CGT peronista, que cuestionaba

¹⁷ Sobre los posicionamientos de ambas CGT tras la derrota en Malvinas y hasta las elecciones, ver Arias Bucciarelli 2011; Azconegui s/f; Rafart 2019. De todas formas, es importante tener presente que esas centrales no representaban a la totalidad del movimiento obrero neuquino, ya que existían gremios independientes que se reconstituyeron en esos años y no adhirieron a ninguna de las CGT regionales.

al régimen por su política económica y su falta de normalización institucional, pero con el que compartían su interpretación de la “lucha antisubversiva” como un logro incuestionable de las FF. AA. Por otro lado, la Iglesia católica neuquina, fuertemente marcada por el catolicismo renovador, que impugnaba al régimen desde sus inicios por las violaciones a los DD. HH. y la conculcación de libertades, además de la crisis económica.

El movimiento obrero organizado y sus grados de apoyo al conflicto bélico

El 2 de abril de 1982 las dos CGT regionales se manifestaron públicamente sobre el desembarco en las Islas, a tono con las masivas concentraciones que se produjeron no solo en Capital Federal sino también en otros espacios del país.¹⁸ A diferencia de otras tantas entidades sociales y políticas neuquinas que se limitaron a difundir sus avales mediante comunicados públicos, las dos centrales decidieron ir más allá, movilizándose en un espacio central de Neuquén –la Plaza Roca– pero en forma separada. Mientras la CGT peronista se sumó con una pequeña delegación al acto oficial organizado por el gobierno provincial –suspendiendo la muestra de adhesión propia–, la otra central optó por llevar adelante un acto aparte en el que, así como expresó su apoyo a la “recuperación” por la justicia de la causa

¹⁸ Para un estudio general sobre el impacto de la guerra en el continente, ver Lorenz 2006, 41-91. Para un estudio centrado en Capital Federal y zonas aledañas, ver: Guber 2001, 25-63. Sobre distintos casos que apuntan a pensar el rol de los medios de comunicación en la movilización, ver Tato y Dalla Fontana 2020. Asimismo, existen algunos estudios locales sobre el impacto de la guerra en la vida cotidiana en el Chaco (Pratesi 2010), Bahía Blanca (Rodríguez 2007), Córdoba (Basile y Florida 2019), Comodoro Rivadavia (Martínez y Olivares 2013), Río Grande (Lorenz 2010) y Ushuaia (Otero 2022).

soberana, no dejó de manifestar sus cuestionamientos a la dictadura militar.¹⁹

Entonces, el mismo 2 de abril ya aparecen indicios de las distintas actitudes frente a la guerra y el régimen militar que adoptarían las dos centrales de trabajadores. Sin dudas, esos diversos comportamientos guardaban coherencia con sus posicionamientos político-ideológicos y con el espacio que asumieron en el movimiento obrero neuquino y nacional. Considerando sus trayectorias, no resulta sorprendente que durante la guerra la CGT peronista apareciera más estrechamente vinculada al régimen militar en una adhesión total y sin grises al desembarco, mientras que la otra regional también daba su aval, pero tratando de mantener un mayor distanciamiento con el gobierno de facto. Estos distintos comportamientos se desplegaron por parte de actores que en 1982 se autodenominaban opositores a la dictadura.

Sin embargo, tras el 2 de abril, si bien las dos centrales abrieron un “paréntesis” en la lucha hasta que se resolviera el conflicto –al igual que los dos agrupamientos nacionales (CGT e Intersectorial CNT-20)–, José Sifuentes aprovechó el acto por Malvinas que realizó la regional que dirigía, junto a la Coordinadora de Gremios Estatales, para recordar sus otros reclamos y aclarar el propio posicionamiento. En la búsqueda por disipar posibles críticas o malentendidos a su respaldo, Sifuentes comenzaba manifestando:

Somos los mismos que el día 26 izamos la bandera nacional en el camino a Loma de Lata, en un acto de soberanía. Somos los mismos que fuimos obligados a desalojar la plaza Roca en la jornada del día 30. Somos los mismos que repudiamos la acción violenta del aparato represivo montado contra nuestros compañeros...²⁰

¹⁹ “Repercusiones por la recuperación de las Malvinas”, *RN*, 03/04/1982.

²⁰ La movilización del 26 de marzo se había producido en repudio al proyecto por exportar el gas de los yacimientos ubicados en Loma de Lata (Neuquén) hacia EEUU, para procesar sus derivados allí. Ese proyecto anunciando por

Una vez explicitado el lugar desde donde se paraban –opositor al régimen–, explicaban que el congelamiento temporal del plan de lucha se debía a su respaldo a la causa justa de soberanía, ya que los trabajadores no solo estaban dispuestos a “defender sus conquistas gremiales y sociales” sino que “con todo fervor patriótico” se ponían a disposición de las autoridades para contribuir como fuese a “la defensa de la soberanía nacional”.²¹

En cambio, la CGT peronista, además de adherir al acto oficial, en el que habían intercambiado saludos con las autoridades militares, días después emitió un comunicado junto a las 62 Organizaciones y al Movimiento Nacional Justicialista que respondía a la intervención, que era mucho más categórico en su apoyo al desembarco y se destacaba por la ausencia de cuestionamiento al régimen o el sostenimiento de sus reclamos. El comunicado expresaba que los tres agrupamientos habían decidido solidarizarse con las FF. AA. y deponer “todo problema coyuntural”, ya que la urgencia de la situación así lo demandaba. Y desarrollaban su interpretación del conflicto y la posible evolución del mismo:

Invocamos a Dios nuestro señor ilumine a quienes por 150 años no supieron interpretar las pacientes reclamaciones argentinas y la hagan deponer toda agresión, por otra parte digna de una mejor causa, y no obliguen al derramamiento de sangre, que de seguro –por la nobleza propia del soldado argentino, como lo hicieron en nuestras islas– si lo exigieran

la dictadura confrontaba con el histórico anhelo y demanda de Neuquén por industrializar los recursos naturales en la provincia antes de venderlos. De hecho, el reclamo por la defensa de dichos recursos debido a esa situación, pero también a la proyectada privatización de YPF e Hidronor (dos empresas de energía centrales para la provincia) fue una consigna en la que coincidieron diversas entidades neuquinas y el gobierno provincial, e incluso motivó un reclamo de este último a las autoridades nacionales antes y durante la guerra.

21 “Repercusiones por la recuperación de las Malvinas: Los mismos del día 30”, RN, 03/04/1982.

las circunstancias, lo harán en las tierras y mares del sur para reafirmar una vez más que la patria vive en cada argentino.²²

El posicionamiento de la central demostraba no sólo un pleno apoyo al accionar militar, ya que la justicia estaba del lado argentino tras años de negociaciones pacientes y estériles, sino que además consideraba que la paz únicamente era posible si Gran Bretaña no respondía. Es decir, tras el desembarco en el archipiélago no había nada que negociar ya que las FF. AA. argentinas habían asumido el “legítimo derecho de [...] restituir a la integración global de su territorio las partes usurpadas en 1833”.²³ Por ende, la única posibilidad de evitar un enfrentamiento bélico y el consecuente derramamiento de sangre era si Gran Bretaña aceptaba la situación de facto.

El comunicado se limitaba pues a explicar el sentido del conflicto, que se consideraba causa suficiente para deponer los anteriores reclamos e incluso cualquier posible cuestionamiento al régimen. Se trataba de un posicionamiento mucho más acrítico que el sostenido por la central no alineada, que incluso tras el acto del 2 de abril optó por replegarse casi totalmente del espacio público a lo largo de los 74 días de conflicto. Por el contrario, la CGT peronista junto a sus “socias” –las 62 Organizaciones y el Movimiento Nacional Justicialista– llevó a cabo diversas acciones concretas en apoyo al conflicto y en solidaridad con las FF. AA. y los combatientes en las islas.

Así, en el plenario del 5 de abril esas entidades no sólo decidieron suspender toda medida de fuerza, sino que se constituyeron en “Asamblea permanente en apoyo de las Fuerzas Armadas”, organizando luego un registro de voluntarios para trabajar en las islas y de dadores de sangre. Nievas, el interventor del PJ, fue el que propuso estas medidas, basadas en su “convencimiento de que en todos los

²² “Comunicado justicialista”, *RN*, 07/04/1982.

²³ *Ibíd.*

trabajadores argentinos y máxime en sus dirigentes, prevalece el accionar del General Perón de que primero está la patria, luego el movimiento y por último los hombres”. Y luego agregaba, que por ello “hoy todos nuestros problemas han pasado a ser secundarios” ante la inminencia de la agresión británica. Frente a esta situación, era fundamental hacer todo lo que estuviera al alcance para colaborar, y sobre todo convocaba a fortalecer “el frente político-gremial, de apoyo y solidaridad con nuestras FF. AA., que es en definitiva –en esta hora– ser solidarios con la Nación misma”.²⁴ De hecho, adelantando posibles cuestionamientos, al día siguiente la CGT advertía: “que esto no confunda a nadie; que nadie piense en forma subalterna. No estamos olvidando nada, ni estamos negociando nada. La lealtad no se negocia, y por sobre todas las lealtades, está la lealtad a la Patria”.²⁵

Sin embargo, esta explicación en la que la lealtad a la Patria estaba por encima de todo y era motivo suficiente para explicar el apoyo incondicional, lejos estuvo de disipar toda crítica. La central regional liderada por Sagaceta parecía haber ido demasiado lejos en su cambio de discurso e incluso en sus prácticas, mucho más allá incluso que la CGT nacional, ya que mientras esta última trataba de distanciarse del régimen en cuanto oportunidad se le presentaba, indicando que los otros reclamos continuaban vigentes y que la lucha por la soberanía territorial tenía que ser el primer paso para la recuperación de la soberanía integral –económica y política– (Sangrilli 2012), la central regional silenciaba cualquier otra demanda o incluso el más mínimo cuestionamiento al régimen. Más aun, mientras la organización peronista neuquina afirmaba que tras el 2 de abril las FF.AA. eran las legítimas representantes de la Nación por haber cumplido con un anhelo de todo el pueblo argentino, la CGT nacional insistía una y otra vez que su aval al

²⁴ “La CGT, las 62 y el justicialismo: Declaráronse en asamblea ‘en apoyo de las FF. AA.’”, *RN*, 09/04/1982.

²⁵ “La CGT Neuquén abrió un registro de voluntarios”, *RN*, 10/04/1982.

desembarco se debía a que los hijos de los trabajadores eran los que estaban combatiendo en las islas, disputándole a las FF. AA. incluso la representación del pueblo argentino en la acción soberana (Guber 2001, 43).

El rotundo cambio en la retórica y el accionar de la central sindical y las organizaciones peronistas ortodoxas a partir del 2 de abril fue tan evidente que se vieron obligadas a realizar una conferencia de prensa para explicar una vez más los motivos de su comportamiento. Nuevamente, el interventor Nievas fue el que habló en representación de las tres agrupaciones y si bien esta vez sí asumió su lugar de opositor al régimen militar –“Los peronistas fuimos, somos y seremos adversarios del proceso”–, indicó que “un adversario leal reconoce cuando debe reconocer y critica cuando se debe criticar”, pero en esta oportunidad no podía haber otra actitud más que la de respaldo y solidaridad hacia las FF. AA. Incluso, respondiendo a sectores que calificaba de “borgianos”, Nievas no tenía reparos en ensalzar la acción de las FF. AA.:

[...] hay muchos Borgianos que hoy se sienten molestos de que, a quienes acusaron de no conocer ni el silbido de una bala, hayan demostrado ser capaces de efectuar una acción de guerra, llevando como consigna vencer, morir y no matar y haberlo logrado. Nosotros no podemos dejar de valorarlo y eso hace que estemos al lado de nuestro ejército, nuestras FFAA. Hay un tiempo para cada cosa, y este es el tiempo de estar al servicio de la Patria.²⁶

Es posible inferir que calificaba de “borgianos” a aquellos que –como el escritor Jorge Luis Borges– habían adoptado una perspectiva crítica sobre las FF. AA. por su rol en el terrorismo de Estado.²⁷ En cambio, en forma consecuente

²⁶ Ibid.

²⁷ Borges tuvo una errática relación con la dictadura. En sus inicios, participó en un conocido almuerzo con las autoridades militares y otros escritores (un hecho que fue cuestionado en ese entonces por los intelectuales en el

con su percepción sobre el rol de las instituciones castrenses en el pasado reciente, a las que –recordemos– respaldaban en su accionar en la “lucha antisubversiva”, ahora las organizaciones peronistas tampoco tenían problema en calificar de excepcional el desembarco en las islas que había tenido como objetivo ser una acción incruenta para facilitar las negociaciones. Y no solo ello, sino que advertían que no eran “tontos” ni “idiotas útiles” ya que no había posibilidad “honesta y patriótica de eludir el aval en estas circunstancias a nuestras FF. AA., máxime cuando también somos responsables de la decisión tomada por ella, al haber reclamado sistemáticamente y aun hace muy poco tiempo una solución al problema de ocupación de nuestros territorios por parte de ingleses y chilenos”.²⁸

Al día siguiente que realizaron tan categórico apoyo a las FF. AA. por la toma de las Islas (que los llevó incluso a compartir la responsabilidad por el desembarco), la sociedad neuquina recibía los restos del soldado Jorge Águila, un joven neuquino del interior de la provincia que había fallecido en los enfrentamientos en las Islas Georgias el 3 de abril. La recepción del cuerpo fue multitudinaria tanto en Cutral-Co –donde vivía su familia– como en Paso Aguerre –una pequeña localidad, de donde era oriundo–. Él había sido el primer conscripto muerto en el conflicto, uno de los cuatro caídos que había provocado la toma de las Islas del Atlántico Sur. Ese día, la CGT peronista fue la única entidad que publicó la “Elegía al soldado Jorge Águila” que

exilio). Sin embargo, a partir de 1980, cambió su postura, denunciando las desapariciones en Argentina porque “el fin no justifica los medios” (*El País*, 29/05/1980; también ver *Clarín*, 16/09/1980 y 10/04/1981). Y, de hecho, luego de una visita de integrantes de Madres de Plaza de Mayo, en agosto de 1980 firmó por primera vez una solicitada demandando una respuesta por el destino de los desaparecidos, que luego repitió en otras oportunidades. Entonces, si bien Borges no fue el intelectual ni el exponente de la literatura más claro o coherente en su rechazo al régimen militar, sus testimonios y el apoyo dado a las solicitadas fue ampliamente publicitado por ser un referente a nivel mundial. Al respecto, ver Jitrik 2011 y De Diego 2003.

²⁸ La CGT Neuquén abrió un registro de voluntarios”, *RN*, cit.

se ubicaba en la tradición de culto patriótico a los muertos: “Un águila fue cóndor... voló hasta las Malvinas... y en su hermoso ejemplo, su sangre derramó. Hermano en patria y Cristo... serás ejemplo y guía... de todos los soldados... que tenga tu nación”.²⁹

Sin embargo, si el impacto de este temprano contacto con la muerte pudo haber provocado mesura y mayor reflexión en algunos sectores de la sociedad neuquina –según indicaba el editorialista del diario regional–,³⁰ por el contrario, para la CGT peronista parece haber sido indicio de que la razón estaba de su lado, y ello no solo se demuestra en el tono belicista y exitista de los volantes distribuidos el día de la “Marcha por la Paz” el 22 de abril. Unos días antes, en una coyuntura de estancamiento de las negociaciones

²⁹ “Homenaje de la CGT”, *RN*, 10/04/1982. Sobre la recepción del cuerpo de Águila, ver “Una multitud recibió los restos del soldado muerto en las islas”, *RN*, 10/04/1982. Unos días antes la CGT peronista local había publicado otro comunicado por la muerte del trabajador José Ortiz, víctima de la represión del 30 de marzo en Mendoza. Luego de calificar al obrero como “mártir de la clase trabajadora”, el comunicado indicaba: “... Vaya pues aquí compañero nuestro homenaje; tu lucha y tu muerte no han sido en vano, aquí estamos comprometidos en esta hora porque juramos dar la vida por nuestra causa que es la más justa de todas las causas, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. [...] Los compañeros de la CGT regional Neuquén se adhieren al luto que embarga a la provincia hermana de Mendoza, y al país todo elevando nuestras condolencias por el hijo de esa región, luto que se hace supremo en los muertos en el suelo malvinense, muertos en el campo del honor, que como nuestro compañero vivirán siempre en nuestros corazones, como argentinos, como arquetipos del valor del soldado argentino” (“Pesar de la CGT por la muerte de José B. Ortiz”, *RN*, 07/04/1982). A tono con el clima nacionalista, la CGT alzaba a Ortiz como un caído por la patria -al igual que Águila- por su lucha en defensa de los derechos argentinos. Sin embargo, una distinción que era fundamental no quedaba para nada clara en el comunicado: los enemigos de marzo, cuyas balas habían matado a Ortiz, eran las mismas FF. AA. que dos días después pasaban a estar en el bando propio, defendiendo la soberanía del archipiélago. Claro que esa vaguedad no puede llamar la atención si nos situamos en el contexto histórico: como vimos, desde el 2 de abril la CGT había silenciado los cuestionamientos al régimen, para reencontrarse con un antiguo aliado: las FF. AA.

³⁰ Ver “Panorama neuquino: La atención puesta en Malvinas”, *RN*, 11/04/1982.

diplomáticas, la central publicó un comunicado que tanto volvía a dar su apoyo a las FF. AA. por su “reconquista de nuestras Malvinas del poder usurpador del imperialismo británico”, como demandaba la organización de un “cabildo abierto” por parte del gobierno –como en 1810– para “ser partícipes de nuestro destino [...] para que sea el pueblo quien decida”.³¹

En la declaración llama la atención cierta resignificación del conflicto como la generalidad y vaguedad de sus propuestas. En primer lugar, la nueva retórica en clave anti-imperialista, hasta el momento ausente en sus declaraciones, aunque no de la central obrera nacional a la que adhería. En segundo lugar, la propuesta de un “cabildo abierto” para intervenir en las decisiones frente al conflicto parece coincidir con la insistente demanda de una “concertación” de todos los frentes sociales con las FF. AA. por parte de la Intersectorial CNT-20, la corriente más conciliadora del movimiento obrero nacional. Dos días antes, esa entidad había demandado a las FF. AA. para que de forma urgente se diera “forma y legalidad a una amplia y generosa concertación institucional, que permita al pueblo argentino estar representado en la resolución de los problemas que lo afectan social, económica y políticamente, mientras se transita planificadamente hacia la total vigencia del Estado de derecho en el marco constitucional”.³² Aunque sin dar precisiones al respecto, proponía que la recuperación de la soberanía territorial debía ser el primer paso para conquistar la “soberanía integral”. La CGT regional peronista parecía compartir esa vaga propuesta que propugnaba cierta defensa de la soberanía popular, aunque con mayor moderación puesto que nada mencionaba sobre los problemas que atravesaban a la sociedad argentina. Sin embargo, a diferencia de la CNT que insistiría en dicha convocatoria de allí en

³¹ “Comunicado de la CGT Neuquén”, *RN*, 19/04/1982.

³² “Un proyecto de transición propuso la CNT a las FF. AA.”, *RN*, 18/04/1982.

más, en el caso de la central local se trató de un brevísimo comunicado con una propuesta aislada y en solitario, que nunca más volvieron a repetir hasta el fin del conflicto.

En síntesis, durante abril, la CGT peronista de Neuquén, junto a las 62 Organizaciones y el Movimiento Nacional Justicialista que respondía a la intervención, se sumó con fervor patriótico y en forma acrítica a la movilización por la guerra, sin plantear posibles advertencias ni lecturas entrelíneas sobre la autoridad que hacía el desembarco o el momento elegido para llevarlo adelante, sin siquiera continuar sosteniendo sus reclamos previos. En tal sentido, esa central aparece con una actitud mucho más moderada y conciliadora que la CGT nacional a la que respondía, la que tuvo un posicionamiento mucho más crítico ya que, aun cuando dio su aval a la recuperación porque se trataba de una “causa del pueblo” en la que combatían “sus hijos” e hizo un paréntesis en el plan de lucha, no desperdició oportunidad para cuestionar a la dictadura y continuar sosteniendo sus anteriores reclamos en cada acto, comunicado y reunión con el ministro de Trabajo. Podría afirmarse que si la CGT nacional adaptó sus formas de demanda a la coyuntura bélica (Sangrilli 2012), la central neuquina directamente acalló dichos reclamos para sumarse fervorosamente a la movilización por el conflicto, yendo mucho más allá que la otra regional local e incluso confrontando con los sectores sociales que promovían otra interpretación de la coyuntura bélica.

La Iglesia católica neuquina: de un pacifismo moderado a un antibelicismo radicalizado

El mismo día del desembarco, el obispo Jaime de Nevaes y un grupo de sacerdotes neuquinos difundieron un comunicado que da cuenta de la complejidad de la situación a la que se vieron enfrentados quienes habían alzado su voz

oponiéndose a la dictadura desde sus inicios. En medio de un clima de fervor patriótico y alegría popular, el comunicado comenzaba expresando su apoyo al desembarco, basado en la justicia de la reivindicación soberana de las islas: “Enterados por los medios de difusión de que han sido tomadas las Islas Malvinas por las Fuerzas Armadas Argentinas, damos gracias a Dios de que las Islas Malvinas hayan vuelto al dominio de nuestra Patria” (De Nevares 1994, 82).

Sin embargo, tras esa oración inicial de alegría por el “hecho de justicia” (como luego lo calificaban), el clero neuquino ponía blanco sobre negro los riesgos que podría conllevar el accionar militar. En concreto, tanto pedía por la paz como advertía sobre la posibilidad de que el desembarco fuese una maniobra del régimen para “excitar los ánimos con fines belicistas” y así ocultar los problemas que estaban desgarrando a la sociedad argentina:

Pedimos que este hecho de justicia y las negociaciones posteriores sean conducidas por ambos países con tal cordura política que impida una guerra.

Pedimos que sean respetados los pobladores de las islas.

Pedimos que este hecho de soberanía no sea utilizado para excitar los ánimos con fines belicistas.

Pedimos, también, que no se lo use de pantalla para sofocar, olvidar, desviar la atención de los graves problemas internos de desocupación y hambre (De Nevares 1994, 82).

Un elemento que llama la atención es la mención de los isleños, los sujetos que en el imaginario argentino aparecían como representantes del imperio británico en el territorio usurpado, cuando no estaban directamente invisibilizados en un archipiélago percibido como un territorio vacío (Lorenz 2014, 10). Desde una mirada profundamente humana, el obispo y los sacerdotes no solo recordaban que esas tierras que habían sido recuperadas por las FF. AA. estaban habitadas, sino que además pedían que se respetaran sus derechos, temiendo tal vez que se replicaran en las

Islas las violaciones a los DD. HH. cometidas contra sus propios ciudadanos en el continente.

Asimismo, el presbiterio neuquino discutía el concepto de soberanía que parecía emanar de la toma de las Islas por parte de un gobierno de facto. Frente a la soberanía entendida como exclusivamente territorial, el clero planteaba que la principal soberanía que había que defender y cuidar era aquella que se basaba en nuestros recursos naturales, nuestra industria, y, en definitiva, en nuestro “pueblo”, es decir, la soberanía popular:

Y pedimos que quienes hoy recuperan para nuestra soberanía la parte sur del territorio que siempre fue argentino, sepan mantener la soberanía del subsuelo; la soberanía de nuestra industria expuesta a la expoliación por un sistema económico contrario a los intereses de la Patria; y sepan también que la mayor riqueza y soberanía de la Argentina es nuestro pueblo, al que se lo hace padecer las consecuencias de una economía que lo empobrece, y se lo reprime violentamente cuando quiere hacer sentir su descontento. *Y he de decir así mismo/porque de adentro me brota/que no tiene patriotismo/quien no cuida al compatriota* (Martín Fierro) (De Nevaes 1994, 82).

Denunciando la represión desatada sobre la movilización de la CGT dos días antes, los integrantes de la diócesis neuquina afirmaban que la verdadera Patria que había que defender y cuidar era la encarnada en los hombres (y en los recursos que le daban su sustento) y no solo en un territorio que se lo percibía en forma abstracta.

La postura del clero neuquino frente al desembarco no solo aparecía como discordante en un contexto en el que la movilización ciudadana priorizó el apoyo a la “recuperación” en un clima de verdadero fervor patriótico y algarabía popular, aunque en ocasiones ello no implicó silenciar los cuestionamientos al régimen. Su posicionamiento también se distanciaba parcialmente de la actitud asumida por la Iglesia católica nacional.

Así, compartía con la mirada del Episcopado la legitimación del accionar militar por la causa justa en la que se basaba y el pedido por la paz. Es decir, en este primer comunicado el presbiterio neuquino parecía sumarse a la fórmula moderada “paz con justicia” que caracterizó a la mayoría de la jerarquía católica, en la que “las apelaciones a la paz quedaban subordinadas a lo que la Iglesia consideraba un reclamo justo” (Obregón 2007, 89). Para el Episcopado “esa ecuación permitía, por un lado, no quedar al margen de la corriente de adhesión popular que había generado la ‘gesta malvinense’, con la cual la Iglesia se sentía plenamente consustanciada y, por otro lado, no apartarse de los lineamientos del Vaticano” (Obregón 2007, 91).³³

Sin embargo, hasta ahí llegaban las similitudes. Desde sus marcos de sentido, el clero neuquino hacía una interpretación muy diferente del acontecimiento, y por ello tanto advertía por la utilización de la causa soberana por parte de un régimen que reprimía y hambreaba a su propio pueblo, como continuaba sosteniendo las demandas previas al conflicto por la crisis económica, la represión, y –en otras acciones– por la normalización institucional y los desaparecidos. Es decir, a diferencia del Episcopado que no mencionó esas cuestiones durante el conflicto bélico –y en los años más duros de la dictadura lo había hecho solo en forma aislada y ambigua–, el clero neuquino no solo las reafirmaba y no las dejaba en segundo plano, sino que además esas denuncias acompañaban la propia interpretación de la coyuntura bélica.

La trayectoria del obispo y del presbiterio neuquinos que denunciaron de manera constante y pública la violación a los DD. HH. durante la dictadura explica tanto su interpretación sobre la coyuntura abierta el 2 de abril como

³³ Además, había una fracción minoritaria dentro del Episcopado que estaba ligada al integrismo católico y que adoptaba una actitud más belicista, pero sus voces no hallaron mayor eco en el seno del Episcopado: Obregón 2007. Para la posición de los obispos y laicos tradicionalistas católicos, ver Cersósimo 2015.

las prácticas que desplegaron en consecuencia demandando por una resolución pacífica del conflicto desde los inicios del mismo.

En tal sentido, el 9 de abril, el obispo de Nevarés encabezó el tradicional “Vía crucis a la Barda” en Neuquén capital, en el que participó una verdadera multitud, entre la que se encontraban miembros de organizaciones políticas locales. La movilización con motivo de esta celebración cristiana llegó a contar con más de seis cuadas y en ella los participantes oraron por “la paz en este momento tan crítico; por los problemas sociales que afronta nuestro país; por las madres de los desaparecidos”. Y si bien el obispo no hizo mención explícita ni al conflicto en el archipiélago ni a la causa Malvinas, sus palabras no dejaban lugar a dudas, ya que instó a orar por la paz porque “un cristiano no puede aceptar la violencia y la guerra”.³⁴

Como venía ocurriendo desde el inicio de la dictadura, la celebración cristiana tradicional fue resignificada para difundir un mensaje que expresaba un compromiso humano y religioso que era también político: la defensa de la vida, los DD. HH. y la paz implicaban, en esta coyuntura, una denuncia de las problemáticas que atravesaban a la sociedad argentina (Mombello 2003). Como afirma Cecilia Azconegui, esta habilitación del espacio público para manifestaciones de denuncia –aun en los años más duros de la represión– se explica porque, como la Iglesia católica era una de las fuentes de legitimación de la dictadura, el régimen militar aseguró la libertad de todos los símbolos y prácticas religiosas, aun cuando ello pudiera tener repercusiones desfavorables:

En el caso neuquino surgieron a partir de 1977, manifestaciones religiosas que funcionaron como espacios de denuncia y oración, como las Marchas de la Fe con motivo de la

³⁴ “Una multitud oró por la paz en el Vía Crucis de Neuquén”, *RN*, 11/04/1982.

celebración de la Navidad, y las Marchas de la Vida en ocasión de la celebración secular del día de la madre, y se resignificaron otras como el vía crucis de Pascuas. Estas manifestaciones religiosas se convirtieron en actos de denuncia en donde se pedía por los detenidos-desaparecidos y se intentaba generar conciencia en la mayor cantidad de gente posible. Realizadas en el espacio público, estas prácticas tenían un doble significado. El significado públicamente religioso enmascaraba el significado político oculto protegiendo así a los protagonistas de las denuncias de quienes todavía no se animaban a mostrarse abiertamente en público (Azconegui 2012, 278).

Al día siguiente del Vía Crucis, el 10 de abril, la Coordinadora de Grupos Juveniles Cristianos organizó un acto de oración junto al obispo con el lema “La Paz, don de Dios confiado a los hombres”. Esta fue una actividad previa de reflexión de cara a la “Marcha por la Paz” que realizaron el 22 de abril, en una coyuntura de estancamiento de las negociaciones diplomáticas y de avance de la contienda bélica; acontecimiento en el que se produjo el incidente con la CGT peronista, las 62 Organizaciones y el Movimiento Nacional Justicialista que respondía a la intervención.

En tal sentido, el cuestionamiento de los medios ilegítimos para resolver el diferendo internacional aparece más claramente si analizamos en conjunto la “Marcha por la Paz” de los jóvenes católicos³⁵ y el mensaje de Monseñor de Navares que fue leído en la misa en la que confluyó la

³⁵ Este acercamiento de los jóvenes a la Iglesia católica en los '70 con un alto grado de movilización se produjo a nivel nacional, ya que ante la ausencia de otros espacios públicos los jóvenes realizaban encuentros y procesiones tradicionales de contenido religioso (Lida 2008). La particularidad de Neuquén es que la Iglesia había adoptado este cariz de defensa de los DD. HH. y, por ende, muchos jóvenes que se acercaban aprehendían un marco de interpretación sobre lo que sucedía en clave de denuncia a la dictadura militar. A la vez, la Iglesia les proveía de recursos institucionales para expresarse y protegerlos, como el edificio eclesiástico en el que los jóvenes se refugiaban cuando los perseguían para reprimirlos ya que allí la presencia del obispo era suficiente para impedir el ingreso de las fuerzas armadas y de seguridad (Azconegui 2012).

concentración, ya que se encontraba ausente de la ciudad. A diferencia del comunicado del 2 de abril en donde agradecía a Dios “que las Islas Malvinas hayan vuelto al dominio de nuestra Patria”, en la homilía el énfasis estaba puesto en un llamado urgente por la paz sin excusas, dilaciones, ni condicionamientos, sin siquiera nombrar la causa soberana.

Luego de indicar “Gran esperanza da el número cada vez mayor de jóvenes que desean juzgar los acontecimientos a partir del evangelio del amor. Y la ley del amor –cuyo cumplimiento abarca e implica el cumplimiento de toda la voluntad de Dios, de todos los mandamientos–, les dice: No a la guerra!!!! Jamás la guerra!!!!, como Pablo VI ante las Naciones Unidas”, el obispo afirmaba:

De allí que hayan resuelto convocar a los cristianos a mostrar públicamente su voluntad de Paz y a unirse en oración (...). Oración que pide se acaben las pasiones, que cedan los intereses a fin de que quienes tienen el poder de decisión en estos trascendentales momentos se guíen por la razón iluminada por la Palabra de la Sabiduría infinita de Dios, que es amor. Que el Señor de la Paz, nos conceda la Paz.³⁶

Esta radicalización de su actitud opositora a la guerra a fines de abril –en los inicios del conflicto– puede vincularse al desarrollo del mismo y específicamente al fallecimiento del joven soldado neuquino Jorge Águila el 3 de abril. Como indicamos, ese temprano contacto con la muerte pudo haber provocado cierta mesura en la efervescencia patriótica de amplios sectores sociales y, en el caso de la Iglesia católica neuquina, una mayor reflexión y perspectiva crítica hacia el conflicto.

Entonces, la “Marcha por la Paz” fue un momento en el que condensaron y confrontaron posicionamientos opuestos frente a la guerra y la paz, que estaban basados en

³⁶ “Juventud y Paz”, *Revista Comunidad*, cit., p. 8.

diversos sentidos sobre el conflicto por parte de actores con trayectorias históricas disímiles.

En primer lugar, ambos actores colectivos disientan en sus interpretaciones sobre el conflicto y en el comportamiento que había que adoptar frente al mismo. Si para la CGT peronista –junto a las 62 Organizaciones y el Movimiento Nacional Justicialista– la lealtad a la Patria era motivo suficiente tanto para dar su apoyo a la guerra basada en una causa justa de soberanía, como para silenciar sus anteriores reclamos y cualquier otro cuestionamiento al régimen, para la Iglesia católica neuquina la propia perspectiva crítica sobre la dictadura enmarcaba su lectura del desembarco, al que en principio no dejaba de reconocer como un hecho de justicia, para rápidamente advertir sobre los posibles usos y manipulaciones del mismo, y continuar sosteniendo sus reclamos por los problemas económicos, la represión y la falta de libertades provocados por un régimen ilegítimo.

En segundo lugar, también confrontaban en su perspectiva sobre la paz. Si para las organizaciones gremiales y políticas peronistas, la única forma de evitar un enfrentamiento bélico era que Gran Bretaña no respondiera al desembarco –ya que toda la razón estaba del lado argentino, y por ende no había nada que negociar o ceder–, la Iglesia católica neuquina fue radicalizando su postura pacifista, hasta convertirse en plenamente antibelicista: sin cuestionar la causa de soberanía, priorizaba la demanda urgente por la paz, afirmando que los gobiernos debían ceder sus pasiones e intereses, y resolver el conflicto mediante negociaciones diplomáticas ya que la guerra era un recurso ilegítimo e inhumano para dirimir las diferencias.

Desde la “Marcha por la Paz” hasta la derrota

Tras la “Marcha por la Paz”, la central obrera peronista y la Iglesia Católica local continuaron sus propios recorridos, a la par del agravamiento de la contienda, el estancamiento de las negociaciones diplomáticas y el inicio de los enfrentamientos bélicos. Mientras la CGT siguió con gran exposición hasta principios de mayo y luego pasó a ocupar un lugar marginal en el escenario público hasta el fin de la contienda (con contadas apariciones solo a través de comunicados), tras la “Marcha por la Paz” los integrantes de la diócesis local se replegaron de la escena pública hasta principios de junio. Desde ese momento y hasta la derrota, el obispo, los sacerdotes y laicos volvieron a cobrar fuerte visibilidad debido a la nueva coyuntura abierta por la visita del Papa Juan Pablo II al país concretada el 11 y 12 de junio.

En principio, a fines de abril, las dos centrales de trabajadores participaron en las reuniones organizadas por el gobierno provincial para informar sobre la marcha del conflicto. Replicando lo realizado por el régimen a nivel nacional, el gobernador Trimarco realizó diversos encuentros en los que convocó a un amplio abanico de actores: las principales organizaciones políticas, las entidades gremiales y patronales y hasta agrupaciones deportivas y culturales, además de los intendentes. Si la Iglesia Católica estuvo excluida de esta convocatoria –lógicamente, por otra parte, ya que habían demostrado ser frontalmente opositores a toda iniciativa–, las dos CGT fueron invitadas de honor.

Tras el encuentro, ambas centrales dieron sus propias conferencias de prensa, siendo esta una de las escasas apariciones públicas de la CGT no alineada. Esta vez las dos organizaciones coincidieron en su actitud frente al conflicto y al régimen: una vez más ambas dieron su apoyo al accionar de las FF.AA. en las Islas, afirmando que el resto de las demandas debían quedar en segundo plano porque primero estaba la Patria. Incluso, en esta oportunidad la CGT liderada por Sifuentes no sólo no se distanció del régimen como

a principios de abril, sino que fue más allá en su respaldo al convocar a los trabajadores a “mantener en sus altos niveles la productividad, siendo concientes que en ella [esa tarea] colaboramos eficientemente con nuestros soldados...”³⁷

La decisión de participar en la reunión y el posicionamiento asumido allí no era menor: se jugaba el reconocimiento de las centrales como representantes de los trabajadores, ya que hasta ahora continuaban ejerciendo en la ilegalidad (representación que además se hallaba en disputa). De hecho, esa situación fue admitida por el interventor del PJ, Nievas, tras la reunión de su partido con el gobernador, cuando luego de dar nuevamente un apoyo total e irrestricto a las FF. AA. en su accionar en Malvinas, afirmó: “es auspicioso que se nos reconozca el derecho a ser informados y a participar en las cosas nacionales y nos alegra que se haya comprendido que es una obligación la de informar y compartir problemas con los representantes naturales de las mayorías nacionales”.³⁸

A medida que la guerra avanzaba con los inicios de los enfrentamientos en mayo hasta las batallas decisivas de junio, la central regional –junto a las 62 Organizaciones y la línea ortodoxa del PJ– comenzó a replegarse paulatinamente del espacio público.³⁹ Luego de casi un mes de silencio, la

³⁷ “Informes gremiales sobre la reunión con Trimarco”, *RN*, 25/04/1982.

³⁸ “Trimarco mantuvo nuevas reuniones con políticos”, *RN*, 24/04/1982. Este posicionamiento de apoyo sin ningún tipo de condicionamiento queda aún más en evidencia cuando comparamos los testimonios de las centrales de trabajadores y los dirigentes justicialistas, con los realizados por los líderes de las otras fuerzas. Tanto los dirigentes del MPN como los de las distintas corrientes de la UCR aprovecharon la reunión para plantear otras demandas que consideraban urgentes: el regreso al Estado de derecho y la normalización institucional ya que “en el retorno a la Constitución está la salida”, y el cambio de la política económica, principalmente la protección de los recursos del subsuelo y la anulación de la anunciada privatización de YPF e Hidronor (dos empresas centrales para la provincia) (“Informe de Trimarco a Sapag en torno de las islas Malvinas”, *RN*, 23/04/1982).

³⁹ De hecho, en la conmemoración de 1° de Mayo, mientras la CGT nacional realizó una importante movilización a Plaza de Mayo, la CGT peronista neuquina no solo no llevó a cabo ningún acto sino que tampoco publicó ningún comunicado, ni siquiera adhiriendo al difundido por el Movimiento

CGT peronista volvió a la escena pública en la conmemoración de la Revolución de Mayo. Esta vez no participó en el acto oficial (a diferencia del 2 de abril), sino que emitió un comunicado con ribetes belicistas, en el que indicaban: “confiamos en que este 25 de Mayo, tan trascendente, traiga consigo no solo la victoria en la guerra entablada con los invasores colonialistas y de la que no dudamos, sino también nos devuelva a nuestra patria anhelada, soberanamente libre en todos los campos sin dependencias territoriales ni económicas”.⁴⁰

Si bien el comunicado no destacaba por su claridad, el deseo de una nación soberana no solo en lo territorial sino también en lo económico puede leerse –en forma difusa– como un cuestionamiento a la política económica liberal del régimen, cuestionada por gran parte de los actores gremiales justamente por “antinacional”, en abierta contradicción con la lucha por la soberanía del archipiélago.

Asimismo, en el comunicado publicado en torno a la visita del Papa, la CGT peronista nuevamente recordó al pasar sus demandas. En un mensaje plagado de eufemismos y en el que no pedía expresamente por la paz (a tono con su actitud a lo largo del conflicto pero no con la coyuntura nacional), la central manifestó que dicha visita adquiriría “una tremenda significación en esta hora tan difícil por la que atravesamos y donde se está jugando no solo la defensa de la soberanía territorial, sino también la unión definitiva de todos los argentinos en torno de lo que de aquí en

Nacional Justicialista, en el que una vez más destacaban la solidaridad de los trabajadores neuquinos con las FF. AA. “en esta hora crucial que vive la Nación”. Por su parte, la CGT no alineada declaró que no se iban a movilizar por el momento delicado que vivía el país, pero retornó a su tradicional distanciamiento del régimen al convocar a “reflexionar profundamente sobre la difícil situación que vive la clase trabajadora en su totalidad y la mejor forma de realizarlo es meditar sobre los graves problemas que vive el país, que hace necesario retemplar el ánimo para poder superar todas las frustraciones que vive el sector” (“Adhesión de entidades al Día del Trabajo”, *RN*, 01/05/1982).

⁴⁰ “Comunicado de la CGT de Neuquén”, *RN*, 24/05/1982.

más deberá ser un país pujante libre y soberano con plena vigencia del Estado de derecho y justicia social”.⁴¹

Entonces, recién a partir de fines de mayo y principios de junio, la CGT peronista modificó su estrategia para comenzar a mencionar tímidamente sus reclamos previos al 2 de abril. Ese cambio en su actitud de mayor distanciamiento hacia el régimen pudo haberse debido a dos factores. Por un lado, tal vez, la percepción que los días de la guerra estaban contados llevaba a hacer algunas advertencias sobre la importancia de la unidad nacional ganada tras el 2 de abril y –podemos inferir– el peligro de perderla en caso de derrota. Por otro lado, también pudieron haber incidido los realineamientos que se estaban produciendo en el movimiento obrero nacional: la creación de la CGT Azopardo por parte de la Intersindical CNT-20, en estrecha relación y diálogo con el gobierno, estaba llevando a la otra confederación (ahora llamada CGT Brasil) a endurecer su oposición al régimen, no solo cuestionando su política económica y un inmediato retorno al Estado de derecho, sino acusándolo de querer fragmentar el movimiento obrero (Sangrilli 2012). Esta situación pudo haber impactado en el moderado replanteo de las consignas previas a la guerra por parte de la central regional peronista, adherida a la CGT más confrontacionista.

Por su parte, la Iglesia católica neuquina aprovechó la nueva coyuntura abierta por la noticia de la visita del Sumo Pontífice (que había sido anunciada a fines de mayo) para volver a ocupar el espacio público con la demanda urgente de paz. Así, el 3 de junio, el presbiterio neuquino no desperdió la oportunidad para difundir un comunicado a tono con el motivo de la visita de la autoridad máxima de la Iglesia católica: pedir por “el deber imperioso” de paz, en

⁴¹ “Otras adhesiones por la llegada de Juan Pablo II”, *RN*, 10/06/1982.

palabras del Papa.⁴² El comunicado comenzaba indicando el propio cambio de actitud hacia el conflicto por parte de los miembros de la diócesis neuquina desde el desembarco al presente:

Ayer alentados por la reunificación del suelo patrio buscábamos orientarnos hacia un futuro de unidad nacional. Por eso proclamamos y urgimos a construir la paz [...] trabajando en un clima de justicia.

Hoy la euforia se convierte en angustia y dolor. La guerra empezó y sigue con su tremendo precio de vidas humanas y de destrucción, lo cual acarreará hambre, niños desnutridos y enfermos, familias enlutadas, desocupación agravada... en un futuro muy cercano (De Nevares 1994, 83).

Luego de hacer un llamado urgente por la paz, invitaba a la sociedad a reflexionar sobre una serie de actitudes que demostraban que “el rencor, el odio, la ofensa ha surgido en el corazón de muchos argentinos” (De Nevares 1994, 83). Y, a continuación, identificaba algunas de esas actitudes que “destruían la paz”, como realizar expresiones que implicaban la negación del hombre como valor supremo de Dios; colaborar con la continuación de la guerra con la compra de armas; rezar a Dios “hasta la victoria final” de nuevas armas o por la aniquilación del adversario; recurrir a la guerra por los medios de comunicación deformando “el auténtico patriotismo” y recurrir a la injuria, la calumnia, la mentira.

Tras advertir la manipulación de los medios de comunicación y del gobierno, el clero neuquino reiteraba su pedido de paz sin condicionamientos y sin dilaciones, es decir, sin subsumirlo a la justicia de la causa de soberanía de las islas. Sin grises ni lecturas entrelíneas, el obispo y los sacerdotes afirmaban:

⁴² Juan Pablo II, Audiencia General, 26/05/1982. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiencias/1982/documents/hf_jp-ii_aud_19820526.html#_edn*. Consultado: 21/05/2021

Creemos que ya es tiempo de realizar un gesto valiente de paz, que ya es impostergable: detener la guerra, que no es ceder a los derechos, y poner fin así a las matanzas y destrucciones. No será un gesto cobarde, sino un gesto valiente del que sabe que le asiste una justicia superior a la humana. Será el gesto valiente de un pueblo que cree y se guía en su conducta por la fe que profesa. Será el gesto valiente de un pueblo que ha llegado a su verdadera madurez humana y quiere la paz.

Esto no es una actitud antipatriótica. Porque no puede ser conforme al recto patriotismo lo que contraría al Evangelio [...] Hoy comprendemos mejor que ‘dar la propia vida’ no significa derramar nuestra sangre o la sangre de adversarios, ni siquiera contribuir al derramamiento de sangre (De Nevares 1994, 83-84).

Lejos quedaba la fórmula “paz con justicia” que en parte compartió el clero neuquino en el primer comunicado el 2 de abril y que caracterizaron las declaraciones públicas de los principales representantes del Episcopado hasta los últimos días de la guerra (Obregón 2007). Ahora, de Nevares y los sacerdotes afirmaban que ninguna causa podía justificar semejante “matanza”: la vida humana estaba por encima de cualquier diferendo territorial. Si, como indiqué previamente, desde la perspectiva del clero neuquino la Patria estaba encarnada primero y ante todo por “el pueblo”, el “auténtico patriotismo” pasaba por detener la guerra en forma inmediata, continuar el reclamo de la soberanía del archipiélago en la mesa de negociaciones y evitar así la muerte de más ciudadanos en el campo de batalla.

Sin embargo, dado el clima de efervescencia patriótica, resulta entendible la advertencia del presbiterio neuquino de que su mensaje pacifista no fuese entendido como una actitud contraria a la Patria. Más aún, si tenemos presente que, tras el primer comunicado del 2 de abril, el obispo había sido denunciado por un ciudadano de Bahía Blanca por “traición a la patria”. Si bien no pudimos rastrear la causa judicial, sí sabemos que de Nevares tuvo que declarar en ella hasta que resultó sobreeséido (San Sebastián 1997, 272).

Además, el presbiterio neuquino entendía la paz como una práctica concreta y cotidiana en la que estaban involucrados todos los ciudadanos, que con sus acciones construían la misma o la lesionaban, y no solo como una cuestión diplomática abstracta que atenía a los gobiernos (como la entendía la mayoría del Episcopado). De hecho, esta forma de comprender la paz expresa una continuidad con su postura crítica frente al conflicto del Beagle en 1978, momento en el que la Iglesia Católica norpatagónica se había caracterizado por una constante demanda de paz, entendida como el cuidado y protección cotidiana de los migrantes chilenos, quienes estaban siendo hostigados, perseguidos e incluso deportados (Azcoitia y Barelli 2020; Azconegui y Rodríguez e/p).

La insistencia en la demanda de paz por parte de la diócesis neuquina no solo la observamos en las acciones colectivas del clero neuquino, como este comunicado y la realización de una misa para orar por la paz (auspiciada por la juventud radical).⁴³ Sino, también, en la palabra y acción individual del obispo de Nevarés, que pasó a un primer plano en la coyuntura de vísperas de la visita del Papa. Ávida de información por la noticia del momento, la prensa se acercó a la jerarquía católica, buscando declaraciones sobre el viaje de la máxima autoridad de la Iglesia católica. En ese contexto, ni bien anunciada la visita, de Nevarés declaró su satisfacción y alegría e invitó a todos a acompañarlo en forma presencial o “uniéndose a sus angustiosas plegarias en favor de esta paz que todos ansiamos”.⁴⁴

El día previo a la llegada de Juan Pablo II, el obispo dio a conocer dos notas que le entregaría al Sumo Pontífice. En la primera, la comunidad católica neuquina le daba la bienvenida, así como destacaba una serie de nociones sobre la guerra, la paz y el rol de la Iglesia que compartía con el Papa: su concepción de la guerra como un horror e instrumento

⁴³ “Se rezará una misa por ‘una paz digna’”, *RN*, 04/06/1982.

⁴⁴ “Mensaje de De Nevarés”, *RN*, 28/05/1982.

inaceptable para dirimir las diferencias entre naciones; su percepción de que la paz verdadera tenía que estar basada en la justicia y la igualdad; y, por último, su posicionamiento en favor de una “Iglesia de los pobres”. La segunda era una nota correspondiente a los organismos de DD. HH. locales, en la que le solicitaban al Sumo Pontífice intervenir para esclarecer el destino de los detenidos-desaparecidos y la situación de los presos políticos.⁴⁵ Si bien el objeto era distinto, ambas notas buscaban erigirse en la defensa de la vida, amenazada durante la represión ilegal y por la guerra en ciernes.

Reflexiones finales

La cuestión de la sociedad civil frente a la Guerra de Malvinas ha sido una problemática controvertida y vigente desde la inmediata posguerra y hasta el presente. De hecho, al centrarse en las movilizaciones de apoyo y/o solidaridad hacia el conflicto, en la historiografía argentina la imagen dominante sobre la guerra ha sido aquella que la percibe como un momento de reencuentro total y sin fisuras entre la sociedad y el régimen. En tal sentido, como indiqué en otro lado (Rodríguez 2022), los científicos sociales han tendido a pensar al conflicto bélico como un acontecimiento excepcional. En estas interpretaciones, la guerra aparece como un “paréntesis” por el apoyo social al desembarco que le dio un respiro al régimen en el proceso de profunda deslegitimación social. Se trataría de un momento disruptivo, carente de conflictividad, un acontecimiento que “desentona” con el “despertar de la sociedad civil” previo al conflicto y con el derrumbe del gobierno de facto y la eclosión social tras la derrota.

⁴⁵ “De Navares entregará dos documentos al papa”, *RN*, 11/06/1982.

A lo largo del capítulo, me propuse historizar los posicionamientos y prácticas de dos actores colectivos clave de la sociedad neuquina con el objeto de discutir esa interpretación dominante, basada más en preconceptos o imágenes cristalizadas que en investigaciones concretas. En tal sentido, tomando como punto de partida el incidente ocurrido en la “Marcha por la Paz”, en el trabajo demuestro que existieron disputas por el sentido del conflicto –y, por ende, en las actitudes que había que adoptar frente al mismo– a lo largo de los 74 días que duró la contienda. Así, esta investigación a escala local me permitió tanto resituar la conflictividad social durante la guerra, como centrarme en actores sociales concretos, entendiendo sus comportamientos como parte de su historia, sus posicionamientos políticos, sus miradas sobre el régimen, la sociedad y la nación. Desde esta perspectiva analítica microsocia, la coyuntura Malvinas deja de aparecer como una excepcionalidad total en la vida de los sujetos, para poder ser entendida en continuidad con sus trayectorias históricas.

Concretamente, el análisis sobre el posicionamiento asumido por la CGT peronista –junto a las 62 Organizaciones y al Movimiento Nacional Justicialista– frente al desembarco y a lo largo del conflicto, demuestra que efectivamente hubo un acercamiento con el régimen durante la guerra. En su caso, el momento Malvinas sí fue un momento de reencuentro con el gobierno de facto, con el que compartía nociones básicas sobre el rol de las FF. AA. en la sociedad –a las que les reconocía el éxito en la “lucha antisubversiva”– y sobre la nación, pero del que se había distanciado sobre todo debido a sus políticas económicas “antinacionales”. Tras el 2 de abril, las FF. AA. parecían nuevamente cumplir con su rol histórico: la defensa de la soberanía, esta vez haciendo realidad la ansiada recuperación del archipiélago irredento. En ese contexto, la central regional peronista volvió a mirar el régimen con confianza porque nuevamente habían asumido el rol tradicional que habían traicionado en la esfera económica. Es por ello que apoyaron al gobierno de facto

sin condicionamientos, tanto prácticamente (sumándose a los actos oficiales, expresando su adhesión mediante comunicados y organizando diversas acciones en solidaridad con las FF. AA.) como simbólicamente, silenciando sus anteriores reclamos por el cambio de la política económica y el regreso a un Estado de derecho, así como el más mínimo cuestionamiento a la dictadura hasta los últimos días del conflicto. Con la salvedad de la propuesta aislada y en solitario del “cabildo abierto”, fue recién a fines de mayo y principios de junio cuando esas entidades volvieron a retomar tímidamente sus demandas previas, tal vez acuciadas por el avance del conflicto o debido a reorganizaciones internas del movimiento obrero a nivel nacional.

Como indicamos, en su apoyo irrestricto al régimen por el desembarco en el archipiélago, la CGT dirigida por Sagaceta –asociada a las organizaciones políticas y gremiales peronistas ortodoxas– fue mucho más allá que la otra central de trabajadores neuquina, e incluso que otras entidades políticas locales, que –si bien dieron su aval al desembarco porque “la Patria estaba primero”– buscaron distanciarse del gobierno y mantuvieron en pie sus reclamos (pero no el plan de lucha). Incluso, su posicionamiento fue mucho más moderado que el desplegado por la CGT nacional a la que adscribía, que aun suspendiendo las medidas de fuerza porque Malvinas era una “causa del pueblo”, no desperdió oportunidad para cuestionar al régimen, distanciarse del mismo y continuar con la agenda de demandas en las movilizaciones, las reuniones con el gobierno o las misiones en el exterior, aprovechando incluso el relajamiento de los controles para ocupar espacios políticos hasta entonces vedados. Asimismo, como indica Sangrilli (2012), la cuestión de lograr la disputada representación de los trabajadores por parte de una entidad que hasta entonces ejercía en la ilegalidad, no es un elemento menor para comprender los posicionamientos adoptados y lo lejos que se estaba dispuesto a llegar en la asociación o negociación con el gobierno de facto.

Si para las organizaciones gremiales y políticas peronistas el momento Malvinas fue una oportunidad para reencontrarse con un antiguo aliado con el que compartía el objetivo común de defensa de la Patria, para la Iglesia católica neuquina la coyuntura bélica fue un momento incómodo, en el que nuevamente aparecía como una voz discordante, a contracorriente del clima de fervor patriótico. La trayectoria histórica de la diócesis local, su oposición pública al régimen y la defensa de los DD. HH., y sobre todo de la vida como valor supremo, explican sus advertencias sobre el conflicto desde el mismo 2 de abril. Aun reconociendo el desembarco como un “hecho de justicia”, la comunidad católica no dejó de pedir por la paz, advertir sobre los usos y manipulaciones de la causa para ocultar problemas internos, y, más aún, continuó con sus anteriores demandas por el cambio de la política económica, el regreso a un Estado de derecho y por los detenidos-desaparecidos.

Incluso, tras la recepción de los restos del soldado Águila y a medida que avanzaba el conflicto, fue radicalizando su pacifismo, hasta volverse completamente antibelicista. Así, el clero y los jóvenes católicos organizaron movilizaciones demandando una paz urgente, sin dilaciones ni condicionamientos, y dejaron de nombrar la causa de soberanía (pero nunca la cuestionaron). Desde su perspectiva, las Malvinas no valían una guerra. La vida del ser humano estaba por encima de la defensa de ese territorio: por eso había que detener la guerra y continuar la disputa en la mesa de negociaciones. En ello claramente la comunidad católica neuquina había ido más allá de la postura moderada del Episcopado nacional, que se había limitado a los pedidos de paz pero siempre subordinados a lo que consideraban un reclamo justo.

En definitiva, los posicionamientos de los actores que se enfrentaron en la “Marcha por la Paz” se anclaban en formas distintas de comprender la nación. Desde la perspectiva de la Iglesia católica neuquina, la patria estaba encarnada ante todo y en primer lugar por el pueblo, y

por ende la principal soberanía que había que defender y cuidar era la vida de los ciudadanos y los recursos que le daban su sustento; es decir, la soberanía entendida de forma integral: política, económica y no solo territorial. La Iglesia desnudaba, así, la contradicción de un régimen que ahora decía alzarse en defensa de la soberanía, cuando hambreada y reprimía el propio pueblo. En cambio, las organizaciones sindicales y políticas peronistas ortodoxas coincidían con el régimen en que el territorio era un componente nodal de la nación y, por ende, la defensa de la soberanía de las islas era un accionar que no podía generar disenso ni medias tintas. Así, esas entidades se sumaban a las esperanzas de regeneración –propuesta por el régimen y compartida por amplios sectores sociales–, de fundación de una “Nueva Argentina”, unida, solidaria y sin dependencias, a partir de la ansiada reintegración del territorio irredento (Guber 2001, 25-63; Lorenz 2006, 59-63). Por esto mismo, para ellos, la paz solo podría sustanciarse si Gran Bretaña no respondía y aceptaba la situación de facto creada el 2 de abril, ya que no había nada que negociar porque la razón le asistía a nuestro país. En cambio, para la Iglesia católica neuquina la justicia de la causa territorial no podía ser obstáculo para la paz, porque primero y ante todo estaba la defensa de la vida.

Para finalizar, retomemos la problemática de las relaciones entre la sociedad y el régimen en la guerra que fue el eje transversal de este capítulo, apelando al cruce de escalas. Como vimos, la conflictividad social y política también permeó los 74 días de la contienda. En otras palabras, el furor patriótico y la algarabía popular lejos estuvieron de ser sinónimo de un reencuentro total entre la sociedad y las FF. AA., de una convivencia armoniosa, en la que todo indicio de cuestionamiento se diluyó ante el fervor nacionalista. Esa conflictividad se expresó en distintos niveles y dimensiones.

Por un lado, las movilizaciones populares en apoyo al desembarco estuvieron atravesadas por múltiples cuestionamientos públicos a la dictadura por su política económica,

la falta de libertades, y, en menor medida, el “problema de los desaparecidos”. Esa distinción entre el respaldo a la “recuperación”, pero el sostenimiento de los antiguos reclamos a través de nuevas estrategias, la podemos identificar en múltiples momentos y espacios que exceden el ámbito neuquino, y parece haber sido un posicionamiento común en gran parte de los actores que se habían opuesto a la dictadura antes del conflicto bélico. Pero no en todos. Como vimos a partir del estudio de la CGT peronista neuquina, algunos optaron por acallar sus antiguas demandas casi por completo. Si ello se debe a que se trató de actores más moderados o que se habían sumado tardíamente a su oposición a la dictadura –con la que compartían el hecho nodal de la “lucha antisubversiva”–, son interrogantes que quedan abiertos para una futura investigación.

Por otro lado, si bien ese clima nacionalista y la política de censura –propia de todo conflicto bélico y más aún en un gobierno autoritario– condicionó las expresiones públicas de cuestionamiento a la guerra, al desembarco o a la causa Malvinas, de todas formas, en algunos espacios los disidentes encontraron resquicios aislados para cuestionar los motivos del conflicto y/o pedir por la paz en tanto la guerra aparecía como una herramienta ilegítima para resolver los diferendos. Los pocos casos estudiados hasta el momento de oposición frontal a la contienda bélica en el territorio nacional⁴⁶ parecen haberse encarnado en comentarios aislados que se expresaron en espacios privados/domésticos, o en cuestionamientos que se difundieron públicamente, pero en forma de folletos anónimos y que circulaban de mano en mano: el caso típico es el folleto “La verdad o la mística nacional” en el que el autor –que hoy sabemos que es el intelectual Carlos Brocato– desmontaba cada uno de

⁴⁶ Los cuestionamientos del conflicto e incluso las contradicciones que provocaba fueron mucho más comunes y públicas en las comunidades argentinas en el exilio. Ver Jensen 2007.

los argumentos en los que se basaba la causa nacional y la guerra (Lorenz 2006, 41-67).

En cambio, en Neuquén, las disputas por el sentido del conflicto se dieron en forma pública: las movilizaciones por la paz y contrarias a la guerra (pero nunca cuestionando la causa nacional) se realizaron en espacios céntricos de la ciudad y los comunicados en los que en un comienzo advertían sobre los usos políticos del conflicto y luego demandaban por una paz sin condicionamientos se publicaron en el principal diario regional. No fue el único movimiento pacifista en el país: por lo poco que sabemos hasta el momento, existió otra movilización de esas características por parte de jóvenes en la Capital Federal, que hasta el momento no ha sido investigada, pero su accionar parece haber sido aislado y con escasísima repercusión.⁴⁷ Indudablemente, la variable diferencial en Neuquén parece haber sido el rol de la Iglesia católica, y en particular que dicha interpretación del conflicto proviniese no solo de los jóvenes católicos y de los militantes de los organismos de DD. HH. –que se movilaron en la “Marcha por la Paz”–, sino del obispado y el clero. El respaldo de las autoridades eclesiásticas, a diferencia de la actitud asumida por la mayoría de la jerarquía católica, permitió que este sentido de la guerra desbordara los ámbitos privados, e irrumpiera públicamente y con gran repercusión. Lo disruptivo de ese posicionamiento y de la movilización fue tal que motivó una causa judicial contra

⁴⁷ “Pacifistas”, *RN*, 09/05/1982. En el artículo se reseña la existencia de un Movimiento Pacifista y No Violento Argentino, conformado principalmente por “adolescentes” que decidieron organizarse “ante el recrudecimiento de los ataques británico en las islas Malvinas”. Sus integrantes se movilaron a Plaza de Mayo con la consigna “No a la guerra y sí a la paz”, “Basta de derramamiento de sangre” y portando carteles de Gandhi. Si bien hasta el momento no ha sido estudiado, parece haber sido una acción aislada y sin demasiada repercusión pública. Por otra parte, la difusión de “activismos no violentos” siguiendo la propuesta de Gandhi se extendió en Latinoamérica a partir de mediados de los ‘70, pero tuvo impacto en el Cono Sur sobre todo en las denuncias del Terrorismo de Estado y en la normalización institucional. Para el caso del SERPAJ, ver Cattogio 2015.

el obispo de Nevares como “traidor a la patria” y provocó el incidente que analizamos a lo largo del capítulo con aquellos sectores que se habían alzado como paladines de la Nación.

Referencias bibliográficas

- Alonso, Luciano (2018). “Problemas de enfoque en torno a la movilización social en la transición a la democracia en Argentina, c. 1979-1983”. *Revista Contemporánea* vol. VII, n.º 14: 59-78.
- Arias Bucciarelli, Mario (2011). “Los partidos políticos frente al “terrorismo de Estado” en el Cono Sur de América. Un estudio de caso: la campaña electoral de 1983 en Neuquén, Argentina”. *Estudios* n.º 25: 101-119.
- Azcoitia, Alfredo y Barelli, Ana Inés (2020). “Las representaciones de los migrantes chilenos en el discurso de la Iglesia Norpatagónica, (Argentina) en el marco del Conflicto del Beagle (1977-1985)”. *Sociedad y Religión* vol. XXX, n.º 54: 28-54.
- Azconegui, María Cecilia (S/f.). “La sociedad neuquina en tiempos de dictadura (1976-1983)”. Mimeo.
- Azconegui, María Cecilia (2010). “De madres de desaparecidos a Madres de Plaza de Mayo”. En *El “arcón” de la Historia Reciente en la Norpatagonia Argentina* editado por Orietta Favaro y Graciela Iuorno, 147-181. Buenos Aires: Biblos.
- Azconegui, María Cecilia (2012). “La Iglesia Católica y la APDH neuquinas frente al terrorismo de Estado”. En *Pedagogía política en Don Jaime de Nevares* coordinado por Jorge Muñoz Villagrán, 256-287. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- Azconegui, María Cecilia (2021). “Dictadura, represión y la defensa de los derechos humanos en Neuquén. El rol del catolicismo en la conformación de organizaciones

- humanitarias”. *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, n.º 47: 125-153.
- Azconegui, María Cecilia y Rodríguez, Andrea Belén (en prensa). “Paz y política. La comunidad católica neuquina frente al conflicto del Beagle y la guerra de Malvinas”. *PolHis*.
- Basile, María Verónica y Floridia, Yanina (2019). “El arte y la guerra. La movilización cultural y artística en torno del Fondo Patriótico Malvinas Argentinas en la ciudad de Córdoba”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- Basualdo, Victoria, Florencia Rodríguez e Ivonne Barragán (2010). “La clase trabajadora durante la última dictadura militar argentina (1976-1983): apuntes para una discusión sobre la resistencia obrera”. *Dossier 13, Colección Memoria en las Aulas*.
- Basualdo, Victoria (2013). “Aportes para el análisis del papel de la junta sindical en la represión de los trabajadores en la década de 1970”. En *Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura coordinado por Horacio Verbitsky y Juan P. Bohoslavsky*, 234-253. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cattogio, María Soledad (2015). “Activismos no violentos bajo dictaduras militares en Argentina y Chile: el Servicio de Paz y Justicia, 1974-1983”. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas – Anuario de Historia de América Latina* vol. 52, n.º 1: 291-315.
- Cersósimo, Facundo (2015). “El Proceso fue liberal”. Los tradicionalistas católicos argentinos y el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983). Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires.
- De Diego, José Luis (2003). “Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)”. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata.
- De Nevares, Jaime (1994). *La verdad nos hará libres*. Buenos Aires: Centro Nueva Tierra.

- Etchemendy, Sebastián (2010). “Tras las huellas del “clacismo”: el sindicalismo revolucionario en Argentina”. *Lucha Armada en Argentina. Anuario 2010*, año 5: 4-17.
- Favaro, Orietta, ed. (1999). *Neuquén. La construcción de un orden estatal*. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- Favaro, Orietta, Iuorno, Graciela y Susana Palacios (1999). “Continuidades y rupturas en la política neuquina. Los contradictores y su lucha en la definición del sistema político, 1970-1973”. En *Neuquén. La construcción de un orden estatal* editado por Orietta Favaro, 107-133. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue
- Favaro, Orietta (2018). “Democratización y política en Argentina. Los dos peronismos en clave subnacional. Neuquén, 1983-1989”. *Pilquen* vol. 21, n.º 4: 43-56.
- Franco, Marina (2011). “La “depuración” interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70”. *Contracorriente* vol. 8, n.º 3: 23-54.
- Franco, Marina (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: FCE.
- García, Norma (1999). “Aproximación a la historia del pensamiento político neuquino. Un momento de definición partidaria: el “Sur Argentino” y el Movimiento Popular Neuquino (1970-1973)”. En *Neuquén. La construcción de un orden estatal* editado por Orietta Favaro, 167-192. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- García, Norma (2018). “Transición a la ‘neuquina’ (1980-1983)”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, n.º 18: 89-115.
- Guber, Rosana (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: F.C.E.
- Horne, John, ed. (1997). *State, society and mobilization in Europe during the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Jensen, Silvina (2007). “¿Guerra antiimperialista o maniobra dictatorial? Malvinas como dilema para los exiliados”. *Puentes* n.º 20: 22-29.
- Jitrik, Noé (2011). “Sentimientos complejos sobre Borges”. En *Revista Tiempos Modernos: Argentina entre populismo y militarismo* (No. 420-421, Julio-Agosto 1981) editado por Daniel Viñas. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Lida, Miranda (2008). “Las masas católicas en los años de la dictadura, 1976-1982”. *Entrepasados* n.º 34: 55-73.
- Lorenz, Federico (2006). *Las Guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lorenz, Federico (2010). “Otras marcas. Guerra y memoria en una localidad del sur argentino (1978-1982)”. En *Problemas de Historia Reciente en el Cono Sur* editado por Ernesto Bohoslavsky et al., 100-120. Buenos Aires: UNGS-Prometeo. T. 1.
- Lorenz, Federico (2014). “Veinte mil argentinos en un barco. Cartas de voluntarios para poblar las islas recuperadas. Abril de 1982”. *Corpus* vol. 4, n.º 1: 1-14.
- Lvovich, Daniel (2013). “Actitudes sociales y dictaduras: las historiografías española y argentina en perspectiva comparada”. En *Procesos represivos y actitudes sociales. Entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* coordinado por Gabriela Águila y Luciano Alonso, 123-146. Buenos Aires: Prometeo.
- Lvovich, Daniel (2018). “Actitudes sociales bajo la última dictadura militar: un análisis crítico de la producción historiográfica”. En *La historia reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina* compilado por Gabriela Águila et al., 73-92. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Martínez, Julieta y Olivares, María Julia (2013). “Vida cotidiana y participación ciudadana: la sociedad comodorense durante la Guerra de Malvinas”. *Textos y Contextos desde el sur* vol. 1, n.º 1: 47-67

- Mombello, Laura (2003). “Neuquén, la memoria peregrina”. En *Monumentos, memoriales y marcas territoriales coordinado por Elizabeth Jelin y Victoria Langland*, 149-163. Madrid: Siglo XXI.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003). *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Obregón, Martín (2007). “La Iglesia Católica durante la guerra del Atlántico Sur”. *Cuadernos de Argentina Reciente* n.º 4: 88-95.
- Otero, Karin Laura (2022). “La guerra de Malvinas desde Ushuaia. Un análisis histórico, a escala local, de las prácticas y representaciones sociales en torno a un conflicto bélico internacional”. *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales* vol. 1, n.º 28: 41-56.
- Pratesi, Ana Rosa (2010). *Una pasión recorre el Chaco. Malvinas, nación, dolor*. Resistencia: Ediciones del Autor.
- Quiroga, Hugo (1994). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares (1976-1983)*. Rosario: Fundación Ross.
- Rafart, Gabriel (2016). “La doble transición peronista en los ochenta: democracia y renovación de los peronismos en Neuquén”. *Textos y Contextos desde el sur* n.º 4, vol. II (2): 3-48.
- Rafart, Gabriel (2019). “Neuquén y su transición (1980-1983)”. En *Actores políticos y reorganización partidaria en la Patagonia (1980-1983)* compilado por Marisa Moroni, 101-124. Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa.
- Rodríguez, Andrea Belén (2007). “Memorias bahienses de la Guerra de Malvinas: la guerra y la cotidianeidad”. En *Actas de las XI° Jornadas Interescuelas – Departamentos de Historia*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Rodríguez, Andrea Belén (2017). “Por una Historia Socio-cultural de la guerra y

posguerra de Malvinas. Nuevas preguntas para un objeto de estudio clásico”.

PolHis n.º 20: 161-195.

Rodríguez, Andrea Belén (2022). “Sociedad civil y guerra de Malvinas. Aportes a la agenda de estudios de las actitudes sociales frente al conflicto a partir del estudio de la Iglesia católica neuquina”. *Pasado Abierto. Revista del CEHiS* n.º 15: 117-147.

San Sebastián, Juan (1997). *Don Jaime de Nevaes. Del Barrio Norte a la Patagonia*. Buenos Aires: Ediciones Don Bosco.

Sangrilli, Carla (2012). “La combativa CGT en tiempos de la guerra de Malvinas (1982)”. *Revista Escuela de Historia* vol. 11, n.º 1: 1-23.

Scatizza, Pablo (2016). *Un Comahue violento. Dictadura, represión y juicios en la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Tato, María Inés y Dalla Fontana, Luis Esteban, dir. (2020). *La cuestión Malvinas en la Argentina del Siglo XX. Una historia social y cultural*. Rosario: Prohistoria.

La historiografía británica de la Guerra de Malvinas/“Falklands War”

*Su contribución al estudio
de los combatientes británicos y argentinos
en las campañas terrestres*

GERMÁN SOPRANO

Introducción

Salvo excepciones, los científicos sociales argentinos no se han interesado en las experiencias de combate de oficiales, suboficiales y soldados argentinos en la Guerra de Malvinas.¹ Sin embargo, dicha cuestión ha sido abordada en informes oficiales elaborados por las Fuerzas Armadas en

¹ Rosana Guber (2016) produjo una etnografía sobre las experiencias de combate aeronaval de los pilotos de aviones A4B Skyhawk de la Fuerza Aérea. El historiador Federico Lorenz (2014) se ocupó de las experiencias de los oficiales del Ejército destinados en la Isla Gran Malвина –Regimiento de Infantería 5, compañías del Regimiento de Infantería 8 y de la Compañía de Ingenieros 9-; Florencia Gándara (2020 y 2021) de oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 y Germán Soprano (2019) de oficiales, suboficiales y soldados del Grupo de Artillería 3 y oficiales subalternos del Regimiento de Infantería 25 (Soprano, 2022). En tanto que el politólogo Alejandro Corbacho (2003) y los historiadores Pablo Melara (2010), Andrea Belén Rodríguez (2020) y Alejandra Barrutia (2020) abordaron experiencias del personal de la Armada: el Batallón de Infantería de Marina 5, la Agrupación de Buzos Tácticos, el Apostadero Naval Malvinas y los buques auxiliares, respectivamente. Recientemente, Guber (2022) dirigió un libro colectivo enfocado en las experiencias de guerra del personal de diversas unidades y elementos de la Armada. Por su parte, la antropóloga María Pozzio (2015) estudió las mujeres enfermeras (debido a limitaciones de espacio, menciono al menos una publicación de cada uno de estos autores).

la inmediata posguerra y, desde entonces, militares argentinos han escrito libros y artículos sobre el tema para revistas profesionales castrenses. Asimismo, algunos autores que no tienen membresía en instituciones académicas como el CONICET o las universidades nacionales y las principales universidades privadas del país han producido libros necesarios para comprender las campañas, batallas y combates de este conflicto bélico. También el periodismo ha dado cuenta de ello en incontables oportunidades, la literatura, el cine de ficción y documental, la dramaturgia y, por supuesto, los veteranos con sus testimonios. Y editoriales argentinas han publicado libros testimoniales y de análisis de argentinos y británicos.²

El presente capítulo tiene por objeto la producción historiográfica británica sobre las experiencias de combate en las campañas terrestres de las fuerzas militares británicas y argentinas en Guerra de Malvinas/“Falklands War”.³ Propongo identificar qué cuestiones han suscitado su interés y desde qué enfoques y métodos las comprendieron. Tengo por presupuestos, por un lado, que la historiografía británica sobre esta guerra enlaza con una prolífica tradición intelectual que ha estudiado el combate y los combatientes desde la historia militar, la historia o los estudios de la guerra y los estudios estratégicos. Por otro lado, que esa producción historiográfica entiende esa guerra como un episodio de la historia bélica contemporánea del Reino Unido. Y, por último, que si bien esa historiografía no se sustrae al efecto

² Si de este sucinto panorama acerca del modo en que las experiencias de combate de la Guerra de Malvinas fueron abordadas en la Argentina sólo he nominalizado en la anterior cita a pie las correspondientes a las producciones académicas, es porque asumo que este trabajo tiene por principales interlocutores a los científicos sociales.

³ Me centro en las campañas terrestres porque este texto es parte de una investigación que tiene por objeto una biografía colectiva de la Promoción 113 del Colegio Militar de la Nación, comprendiendo las perspectivas y experiencias de combate de 49 miembros de la misma que, como subtenientes “en comisión”, fueron “agregados” a diferentes unidades y elementos del Ejército Argentino destinados en las Islas Malvinas durante la guerra.

de determinaciones y relaciones con las agendas políticas de su país, parece estar preparada por su enfoque y métodos para dar cuenta de la producción de conocimientos sobre las experiencias de combate con una relativa autonomía académica. Asimismo, en las conclusiones interpelo los resultados alcanzados procurando responder a la pregunta ¿qué tenemos que conocer los historiadores argentinos –y más ampliamente los científicos sociales– de la historiografía británica de la Guerra de Malvinas/“Falklands War” y, en especial, de sus estudios sobre las perspectivas y experiencias de sus combatientes, para profundizar o renovar nuestra agenda de investigación sobre esta guerra?

El corpus de textos comprende libros producidos por algunos de los más reconocidos especialistas británicos contemporáneos en historia militar y de la guerra (Max Hastings, Lawrence Freedman, Martin Middlebrook, Hugh Bicheno) y otros menos conocidos cuyas investigaciones comprenden aspectos, organizaciones o protagonistas específicos de las campañas terrestres (Julian Thompson, Nick van der Bijl y Helen Parr). El recorte es incompleto y no constituye un estado del arte sobre esta guerra ni sobre lo que los investigadores británicos han dicho sobre ella, pero ofrece un punto de partida desde el cual explorar respuestas a las preguntas planteadas y objetivos propuestos.⁴

⁴ Salvo cuando cito textualmente a los autores británicos, he adoptado la toponimia malvinense conforme a las denominaciones aceptadas por la Argentina. También señalo que consulté las ediciones en inglés del corpus bibliográfico objeto de este trabajo, excepto en algunos casos –que consigo– en que no tuve acceso a las mismas. Queda pendiente para otro trabajo una revisión exhaustiva y análisis del tratamiento que las campañas terrestres recibieron por parte de la historiografía británica en las revistas académicas especializadas del Reino Unido.

Periodismo de guerra e historia militar

Si sucediera lo increíble, si tuviéramos que pelear, tengo que estar allí. Estaba seguro de que podía contar bien la historia. Vamos –no importa la historia, al diablo mi propio escepticismo sobre la causa– quería estar con estos hombres en esta aventura post-imperial única (*mi traducción*).

(Hastings 2000, 271).

Cuando Max Hastings acompañó a la Fuerza de Tareas británica hacia las Islas Malvinas como corresponsal de guerra –embarcando el 9 de abril en Southampton en el buque de transporte Canberra, navegando por casi seis semanas con los Royal Marines y los Paracaidistas, desembarcando con las tropas en San Carlos y luego marchando a pie hasta Puerto Argentino– ya había producido obras de historia militar, pero aún no era reconocido como uno de los más importantes historiadores militares contemporáneos a nivel mundial.⁵ Su prestigio como corresponsal de guerra y editor periodístico en el Reino Unido alcanzó enorme repercusión desde entonces. Su obra es extensa y diversa; comprende libros fundamentales sobre historia de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea, la Guerra de Vietnam y recientemente sobre la crisis de Estados Unidos y la Unión Soviética por la instalación de misiles en Cuba.⁶

⁵ Sobre el final de la navegación por el Atlántico Sur, Hastings hizo transbordo a otro buque, al igual que buena parte de las tropas para no desembarcar todos desde el mismo buque y quedar más fácilmente expuestos al fuego de las fuerzas argentinas.

⁶ Hastings nació en 1948 en el Reino Unido. Su padre y su madre eran periodistas y su padre también corresponsal de guerra. Inició su carrera como corresponsal en el exterior a fines de la década de 1960. Fue corresponsal para el programa *24 Hours* de la BBC y el periódico *Evening Standard* de Londres cubriendo acontecimientos en más de sesenta países. Entre 1986-1996 fue editor y editor en jefe del periódico *The Daily Telegraph* y entre 1996-2002 editor en el *Evening Standard*. Refirió a sus experiencias como corresponsal de guerra en *Going to the Wars* (2000). En 2002 se le otorgó el título de “Sir”. Entre sus libros se cuentan: *Bomber Command* (1979), *Battle*

Hastings se sintió un privilegiado por participar de los preparativos de guerra como corresponsal adscrito a la Fuerza de Tareas británica. Reconoció que en la prolongada navegación compartida con las tropas conoció y forjó un vínculo personal con oficiales, suboficiales y soldados como nunca antes le había sucedido como corresponsal de guerra y que esto fue un insumo indispensable en su análisis sobre las experiencias de guerra de aquellos hombres. Y a diferencia de lo que había vivido en Irlanda del Norte y en las Guerras de Vietnam y del Yom Kippur, esta vez él era un “apéndice autorizado de un ejército” (Hastings 2000, 302).⁷ Antes de partir rumbo al Atlántico Sur, propuso a Simon Jenkins –editor de política del periódico *The Economist*– escribir juntos un libro sobre el conflicto de las “Falklands”. Jenkins se ocuparía de los aspectos políticos y él de los militares. La respuesta del colega fue afirmativa. De aquella propuesta resultó *The Battle for the Falklands*, publicado a principios de 1983.⁸ En el “Prólogo”, sus autores afirmaban que ésta era la última “guerra colonial” del Reino Unido. Reconocían que no se proponían contarla desde las

of Britain (1980), *Yoni: Hero of Entebbe. Life of Yonatan Netanyahu* (1980), *Das Reich. Resistance and the March of the Second SS Panzer Division Through France, June 1944* (1981), *The Battle for the Falklands* (1983), *Overlord. D-Day and the Battle for Normandy* (1984), *Victory in Europe* (1985), *The Korean War* (1987), *Armageddon. The Battle for Germany. 1944-1945* (2004), *Warriors. Exceptional Tales from the Battlefield* (2005), *Nemesis. The Battle for Japan. 1944-45* (2007), *Finest Years. Churchill as Warlord 1940-45* (2009), *All Hell Let Loose. The World at War 1939-1945* (2011), *Catastrophe 1914. Europe goes to War* (2013), *The Secret War. Spies, Codes and Guerrillas. 1939-45* (2015), *Vietnam. An Epic Tragedy. 1945-1975* (2018), *Chastise. The Dambusters Story, 1943* (2015), *Operation Pedestal. The Fleet that Battled to Malta, 1942* (2021), *Abbyss. Nuclear Crisis Cuba 1962* (2022). Varios de estos títulos han sido publicados en castellano.

⁷ La Armada británica se rehusaba a embarcar periodistas con la Fuerza de Tareas, pero luego cedió ante reclamos de la prensa, el Ministerio de Defensa y del personal de la primera ministra. Las complejas relaciones entre prensa, gobierno y Fuerzas Armadas británicas en el curso de la guerra fueron analizadas por Hastings y Jenkins (1983) en el último capítulo y por el primero en su libro autobiográfico como corresponsal de guerra (Hastings 2000).

⁸ El libro tuvo una edición en castellano publicada por Emecé Editores en Buenos Aires y con traducción de Fernando Estrada.

perspectivas y experiencias de los argentinos y que, aunque habían consultado fuentes de este último país, sus argumentos estaban definitivamente basados en documentos y testimonios –nominalizados u anónimos– de origen británico. Asimismo, para el desarrollo de la investigación y escritura del libro recibieron la colaboración de las Fuerzas Armadas de su país, que facilitaron el acceso a documentación y a entrevistas con personal militar e, incluso, el manuscrito fue leído por varios oficiales superiores que participaron de la Fuerza de Tareas, quienes aportaron observaciones adicionales y correcciones útiles para su publicación.

Los autores prestaron atención a cuestiones militares clave comenzando por la instrucción y el adiestramiento del personal, el nivel de aprestamiento de las unidades y la planificación de las operaciones.⁹ La permanencia de Hastings con las tropas en la navegación desde el Reino Unido hacia las Islas Malvinas, en el desembarco anfibia en San Carlos, compartiendo la marcha de los infantes a través de la Isla Soledad y en los combates en los alrededores de Puerto Argentino y, finalmente, deambulando por esta localidad en la mañana del 14 de junio en vísperas de la rendición de los argentinos, permitió reunir e incorporar en el libro referencias –muchas veces nominalizadas– a las perspectivas y experiencias de los combatientes británicos. Una vez producida la operación anfibia de desembarco de la 3ª Brigada de Comando en San Carlos y alcanzada la victoria del 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas sobre las fuerzas militares argentinas en Darwin-Pradera del Ganso, el libro sigue el avance a través de la Isla Soledad hacia Puerto Argentino comprendiendo el desembarco de la 5ª Brigada de Infantería en Fitz Roy y los combates protagonizados la noche del 11 y 12 de junio por el 3º Batallón del Regimiento de Paracaidistas en Monte Longdon, el 45 Comando en Dos

⁹ El libro posee un apéndice con la composición de la Fuerza de Tareas británica. También siete mapas, una cronología de hechos políticos y militares y otro apéndice con el “Informe Franks”.

Hermanas y el 42 Comando en Monte Harriet; así como aquellos librados la noche del 13 al 14 de junio por la Guardia Escocesa en Monte Tumbledown, los Fusileros Gurkhas en Monte William y el 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas en Wireless Ridge. En el libro, Hastings es incluido como protagonista de los hechos narrados aludiendo a sí mismo en tercera persona del singular; así, por ejemplo: “Hastings quiere expresar especial gratitud a los oficiales y tropa de la Fuerza de Tareas que soportaron su compañía estrecha no sólo en las Malvinas sino también en los meses que siguieron. También confía en que, con el tiempo, Chris Keeble (del 2 de Paracaidistas) se cansará de contar a quien quiera oírlo cómo este corresponsal se quedó dormido a su lado durante la batalla de Wireless Ridge” (Hastings y Jenkins 1983, 14).

Diferentemente y salvo en contadas excepciones, las unidades y elementos argentinos no siempre están identificados y menos aún lo están sus combatientes; estos últimos generalmente no tienen nombre, sus testimonios son escasos y vagamente referenciados, los británicos los enfrentan, eventualmente los abaten, ven morir, caer heridos y/o prisioneros. Y no es que con ello los autores pretendan deshumanizar a los enemigos del Reino Unido; sucede que esta investigación precursora sobre la “Falklands War” está construida casi unilateralmente desde bibliografía, fuentes documentales y testimonios británicos.

Historias de los combatientes británicos y argentinos

Una combinación de orgullo nacional, rechazo a aceptar el alcance de la derrota de 1982, y tal vez, una falta de familiaridad para examinar la historia militar reciente –lo cual los escritores británicos han tenido mucha más oportunidad–, parece de haber impedido a la mayoría de los escritores argentinos la búsqueda de la verdad, por más incómoda que resulte ser esa verdad. La dificultad de tratar con mitos de

tiempos de guerra fue mi problema más grande, tanto al realizar las entrevistas en Argentina como en la subsiguiente redacción de este libro.

(Middlebrook 2017, 8).

Martin Middlebrook es un historiador militar británico con una reconocida obra centrada en la Primera y la Segunda Guerra Mundial.¹⁰ En 1985 distrajo su atención respecto del estudio de aquellas guerras a las que dedicó toda su vida académica y publicó *Operation Corporate: The Story of the Falklands War, 1982*. En 1987 el libro fue revisado y reeditado con el título *Task Force. The Falklands War. 1982*.¹¹ Y poco después concretó una nueva investigación, esta vez sobre las perspectivas y experiencias de los argentinos: *The Argentine Fight for the Falklands* (1988).¹²

¹⁰ Nació en 1932. Su obra comprende libros como *The First Day on the Somme* (1971), *The Nuremberg Raid. 30-31 March 1944* (1973), *The Sinking of the Prince of Wales & Repulse* (con Patrick Mahoney, 1977), *Kaiser's Battle: 21 March 1918. The First Day of the German Spring Offensive* (1978), *The Battle of Hamburg. Allied Bomber Forces against a German City in 1943* (1980), *The Peenemunde Raid: The Night of 17-18 August 1943* (1982), *The Schweinfurt-Regensburg Mission. American Raids on 17 August 1943* (1983), *The Bomber Command War Diaries. An Operational Reference Book. 1939-1945* (con Chris Everitt, 1985), *Operation Corporate: The Story of the Falklands War, 1982* (1985), *Convoy SC122 & HX229. Climax of the Battle of the Atlantic. March 1943* (1986), *Task Force. The Falklands War, 1982* (1987), *The Argentine Fight for the Falklands* (1988), *The Middlebrook Guide to the Somme Battlefields: A Comprehensive Coverage from Crecy to the World Wars* (con Mary Middlebrook, 1991), *Arnhem 1944. The Airborne Battle, 17-26 September* (1994), *Your Country Needs You. Expansion of British Army Infantry Divisions. 1914-1918* (1999), *Captain Staniland's Journey: The North Midland Territorials go to War* (2003), *The Firestorm Hamburg. The Facts Surrounding the Destruction of the German City. 1943* (2012).

¹¹ El cambio en el título que llevó el libro en esa edición revisada se debió –según escribió Middlebrook en 1987– a que pocas personas recordaban que “Operation Corporate” era el nombre-código que recibió en 1982 la operación de “recuperación de las Falklands”.

¹² Ambos libros poseen un apéndice con el orden de batalla de las fuerzas militares británicas –el primero– y argentinas –el segundo– en la Guerra de Malvinas. En este último, además, agradece a quienes colaboraron con su investigación en la Argentina y en el Reino Unido.

En la “Introducción” que escribió en abril de 1987 a su primer libro, Middlebrook (2012) situó la concepción del mismo el 4 de mayo de 1982 cuando el HMS Sheffield fue alcanzado por un misil Exocet argentino, esto es, decía, apenas dos días después que el ARA General Belgrano fuese hundido por el submarino británico HMS Conqueror. Aquellos eventos habían signado el pasaje de la “guerra diplomática” a la “guerra de los disparos”. No sintió ningún interés por abordar las dimensiones política y diplomática de esa guerra contemporánea, pero no pudo evitar –como le sucedió en sus pesquisas sobre las Guerras Mundiales– sentir una profunda atracción por aquellos “jóvenes decentes” de ambos bandos que morirían peleando por “patriotismo”, “principios” y por el “fracaso de la política”. Pero como entonces tenía compromisos previamente asumidos para terminar un libro y la mitad de otro, postergó el proyecto por un tiempo. Aquella decisión no le preocupó demasiado, pues prefería que “el polvo se asiente” para alcanzar algo de perspectiva histórica sobre los hechos y tampoco le apetecía entrevistar a los militares cuando acababan de regresar del combate.

Poco después solicitó una autorización al Ministerio de Defensa británico para visitar unidades militares y entrevistar veteranos. Hizo más de 200 entrevistas. También viajó a las Islas Malvinas –con autorización de dicho Ministerio– en septiembre de 1983 para conocer *in situ* los campos de batalla y poder situar mejor las experiencias de los combatientes y de los isleños. El libro estuvo escrito en lo fundamental en 1984 y –como sabemos– fue publicado en 1985. Middlebrook se ocupó en los siguientes dos años en otros asuntos, particularmente, recorriendo los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial durante los veranos y en los inviernos se dedicaba a preparar un libro sobre los bombardeos de la Real Fuerza Aérea en 1943-1944.

Ahora bien, según relata, cuando publicó su primer libro sobre la “Falklands War” no pudo cumplir con un objetivo clave que se autoimponía ordinariamente en sus

investigaciones en historia militar: conocer las batallas desde los puntos de vista de ambos contendientes. Entonces el objetivo no fue alcanzado porque sus solicitudes de obtención de una visa argentina –hechas todavía durante el gobierno de facto– fueron “ignoradas”. Cuando asumió el gobierno electo democráticamente del presidente Raúl Alfonsín, el libro estaba “a medio escribir”, hizo nuevas solicitudes, pidió el envío de materiales por correo postal explicitando que estaba llevando a cabo una investigación “imparcial”, pero tampoco obtuvo respuestas favorables.

Aquel objetivo incumplido, no obstante, pudo concretarse poco después en 1987 cuando el gobierno argentino finalmente le otorgó la visa, viajó al país para realizar trabajo de campo y en 1988 publicó *The Argentine Fight for the Falklands*.¹³ Según sostuvo, la Armada Argentina –gracias al capitán de navío Guillermo Montenegro– le prestó especial colaboración para concretar entrevistas con veteranos y habilitó una vista a la Base Naval de Puerto Belgrano. Reconoció que dispuso de “libertad para preguntar lo que quisiera” y recibió respuestas “honestas y “dadas libremente”. Respecto de la cuestión de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas, relató que sus interlocutores no intentaron convencerlo de la legitimidad de la posición argentina; sólo en una reunión especial antes de finalizar el trabajo de campo, los mandos navales abordaron el tema, pero él les insistió que era un “historiador militar, no político” y que su libro se “limitaría a la historia militar” y adoptaría una “posición neutral sobre el tema de la soberanía”, aun cuando su posición era contraria –les dijo– a la de los argentinos.

El general de brigada (R) Oscar Luis Jofre, por su parte, lo puso en contacto con oficiales veteranos de “cada unidad importante” del Ejército Argentino; y

¹³ Los comentarios sobre este libro se efectúan a partir de una lectura y análisis de su edición en castellano, traducida por Alejandro J. Amendolara Bourdette de la edición inglesa de 2016 de Pen & Sword, pues no he tenido acceso a sus ediciones en inglés.

también mantuvo reuniones con veteranos con los que pudo encontrarse a través de otros contactos. Por último, pese a sus reiterados pedidos, la Fuerza Aérea no le prestó colaboración institucional alguna. Esa “frustrante” y “decepcionante” actitud ofrecida por esta Fuerza, sin embargo, fue compensada echando mano a una abundante literatura referida a las operaciones aéreas argentinas en la guerra y con el recurso a los testimonios propios y de varios camaradas que un piloto argentino –presumiblemente Pablo Carballo– había reunido para un libro de su autoría y a los que generosamente le permitió acceder. En total, Middlebrook concretó 62 entrevistas en la Argentina; para realizarlas debió servirse de intérpretes, pues no hablaba castellano.

Si comparamos el análisis que este autor hizo en ambos libros sobre las campañas terrestres, constataremos que intentan construir un relato en espejo acerca de las perspectivas y experiencias de británicos y argentinos a partir del desembarco de los primeros en la operación anfibia del “Día D” –el 21 de mayo– en San Carlos, refiriendo a los enfrentamientos con los escasos elementos argentinos allí dispuestos, la consolidación de la cabeza de playa bajo el fuego de los pilotos argentinos, la decisión de los británicos de atacar Darwin-Pradera del Ganso y los combates allí librados. Luego ocupándose de la marcha hacia Puerto Argentino de la 3ª Brigada de Comando y la 5ª Brigada de Infantería –esta última tras recibir importantes bajas producidas por el ataque aéreo argentino durante la operación de desembarco en Fitz Roy– y la preparación de la defensa de Puerto Argentino por las fuerzas argentinas. Por último, la batalla por Puerto Argentino desplegada en los montes Kent, Challenger, Wall, Harriet, Dos Hermanas, Tumbledown, Longdon, William, Wireless Ridge y Sapper Hill comprende testimonios de británicos y argentinos. Finalmente, se refiere a la rendición argentina el 14 de junio. En suma, en la inmediata posguerra, Middlebrook produjo una

interpretación que comprendió simultáneamente los puntos de vista de británicos y argentinos.¹⁴

Historia oficial

Si me hubiera inclinado a proporcionar una interpretación gubernamental aprobada del conflicto, y hubiera podido identificar la forma que podría tomar, la existencia de tantas otras historias independientes de la campaña pronto pondría a prueba la credibilidad de cualquier relato que divergiera notablemente de la amplia evidencia ya en el dominio público o eludiera las áreas obvias de controversia (*mi traducción*).

(Freedman 2007b, XXIII).

En 1997, el primer ministro laborista Tony Blair encomendó a sir Lawrence Freedman una “historia oficial” de la “Falklands War”.¹⁵ Académico especializado en estudios estratégicos y de la guerra, por entonces Freedman contaba con un destacadísimo reconocimiento en el Reino Unido y en otros países.¹⁶ Su conocimiento sobre la Guerra de Malvinas se

¹⁴ Veremos que similar enfoque holístico se propuso años después Hugh Bicheno (2009).

¹⁵ Como recientemente recordó Darío Barrera (2022), el Reino Unido tiene una prolongada historia de producción de “historias oficiales” sobre su participación bélica en el siglo XX. Este historiador ha señalado además la inexistencia de una política pública similar en la Argentina y –conforme lo dicho por Federico Lorenz– sospecha cuán políticamente problemática sería instalar una cuestión semejante, esto es, producir una “historia oficial” de la Guerra de Malvinas en la agenda pública argentina contemporánea.

¹⁶ Freedman nació en 1948. En su destacada trayectoria académica se desempeñó en el International Institute for Strategic Studies, el Royal Institute of International Affairs, el King’s College London y la University of Oxford, entre otras instituciones. Es miembro de la British Academy. En 1999 desarrolló para el primer ministro Tony Blair los fundamentos de la denominada “doctrina Blair” o “discurso de Chicago”, por la cual el líder británico justificó la intervención militar internacional por motivos humanitarios como las efectuadas en Kosovo e Irak (Freedman 2017). También integró la comisión de la “Irak Inquiry” –encomendada en 2009 por el primer ministro laborista Gordon Brown– que investigó los preparativos y participación británica

remontaba a la década de 1980, cuando investigó sobre el tema y publicó *Britain and the Falklands War* en 1988 y poco después *Signals of War. The Falkland's Conflict of 1982* en 1990 en co-autoría con la especialista argentina –residente en el Reino Unido– Virginia Gamba-Stonehouse.¹⁷ En su prolífica obra, sin embargo, la “Falklands War” ocupa un lugar acotado en sus investigaciones sobre diversos aspectos de la guerra nuclear durante y después de la Guerra Fría¹⁸ y sus estudios más generales acerca de la guerra, estrategia y asuntos internacionales.¹⁹

En *Signals of War...* Freedman y Gamba-Stonehouse sostenían que no se proponían demostrar cuál de los dos países poseía derechos soberanos sobre las Islas, pues los argumentos de uno y otro –afirmaban– no eran “irrefutables” y

en la Guerra de Irak 2001-2009. https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/535407/The_Report_of_the_Iraq_Inquiry_-_Executive_Summary.pdf Consultado en línea el 18 de mayo de 2022.

- 17 La Fundación Rockefeller otorgó un subsidio a los autores que posibilitó la publicación del mismo. *Signals of War...* fue publicado en la Argentina en 1992 como *Señales de guerra. El conflicto de las Islas Malvinas de 1982* por Javier Vergara Editor. Mis comentarios se basan en la edición en castellano traducida por Aníbal Leal.
- 18 La cuestión de la guerra nuclear fue tempranamente objeto de su interés al enfocarla en su tesis de doctorado defendida en 1975: *The definition of the Soviet threat in strategic arms decisions of the United States: 1961–1974*.
- 19 Entre sus publicaciones se cuentan: *US Intelligence and the Soviet Strategic Threat* (1977), *Arms Production in the United Kingdom* (1978), *The West and the Modernization of China* (1979), *Britain and Nuclear Weapons* (1980), *The Evolution of Nuclear Strategy* (1981, con Jeffrey Michaels), *Atlas of Global Strategy* (1985), *The Price of Peace: Living with Nuclear Dilemma* (1986), *Arms Control Strategic Defence in the Nuclear Age* (1987), *Peace and Security: A Guide to Independent Groups and Founding Sources* (1988), *Britain and the Falklands War* (1988), *Why is Arms Control So Boring* (1989), *Signals of War: The Falkland's Conflict of 1982* (1990, con Virginia Gamba), *The Gulf Conflict, 1990-1991* (1993), *The Revolution in Strategic Affairs* (1998), *Kennedy's War: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam* (2000), *The Cold War* (2001), *Deterrence* (2004), *The Official History of the Falklands Campaign* (2005), *The Transformation of Strategic Affairs* (2006), *A Choice of Enemies: America Confronts the Middle East* (2008), *Strategy: A history* (2013), *The Future of War* (2017), *A Nuclear Deterrence: A Ladybird Expert Book* (2018), *Ukraine and the Art of Strategy* (2019), *Command: The Politics of Military Operations from Korea to Ukraine* (2022).

en “la práctica, la propiedad de las islas desde el momento de su descubrimiento se ha resuelto mediante el uso de la fuerza” (Freedman y Gamba-Stonehouse 1992, 33). Uno de los motivos que Freedman y Gamba-Stonehouse invocaban para definir la originalidad de su libro era que habían trabajado con documentación oficial y testimonios de políticos y militares británicos y argentinos –incluso documentación de estos últimos que aún no era de dominio público–. Otro motivo era que el mismo había sido concebido y escrito por un británico y una argentina. El resultado fue –decían– “una desusada oportunidad de percibir el desarrollo de un conflicto desde ambos lados, y también de examinar las formas en que los enunciados y las declaraciones de cada parte influyeron en la otra” (1992, 34). Tales argumentos no faltaban a la verdad, pues –como se ha visto– Middlebrook había publicado un libro con las perspectivas y experiencias británicas en 1985 y otro con las argentinas, pero *Signals of War...* era el primero que abordaba ambas simultáneamente.²⁰ Asimismo, al evaluar la utilidad interpretativa de los testimonios y documentación argentina y del Reino Unido se impusieron como criterio metodológico evitar la “mitología alrededor de las guerras” que “exalta a los héroes y a los mártires” y donde se “critican e incluso se castiga los fracasos” y se “repiten las anécdotas emocionantes y se olvidan los episodios embarazosos” (Freedman y Stonehouse 1992, 34). Dicha “mitología” no era necesariamente malintencionada e inevitablemente afloraba en todas las guerras, dado que:

El ritmo y la confusión de la crisis y el conflicto por sí mismos originan buena proporción de problemas: no se llevan debidamente los registros, e incluso las memorias más honestas son falibles. Lo que ahora nos parece decisivo, merecería entonces el calificativo de trivial; las inquietudes apremiantes

²⁰ Es llamativo, no obstante, que el libro de Middlebrook de 1988, *The Argentine Fight for the Falklands*, no fuera citado por Freedman y Gamba-Stonehouse.

del momento son ignoradas después. La percepción retrospectiva determina que las decisiones razonables parezcan absurdas y asigna la virtud de una gran visión a ciertas jugadas temerarias. Como si todo esto no fuese suficiente, cuando aparecen las consideraciones relacionadas con el orgullo nacional y la reputación política, la separación entre la historia y la mitología llega a ser incluso más difícil (Freedman y Stonehouse 1992, 34).

El libro, no obstante su interés por comprender el conflicto bélico en sus dimensiones políticas, diplomáticas y militares, como bien advertían sus autores, aborda la guerra “mirando desde lo alto hacia abajo”, esto es, enfocándose en las decisiones fundamentales relativas a esas tres dimensiones y en cómo fueron implementadas, antes que dando cuenta de las perspectivas y experiencias de sus combatientes. Esta decisión se aprecia bien a la hora de describir y analizar las campañas terrestres de ambos contendientes desde el desembarco anfibia británico en San Carlos y el establecimiento de una cabeza de puente, en la batalla de Darwin-Pradera del Ganso, el desembarco en Fitz Roy, en la batalla por Puerto Argentino y la rendición.²¹ Las perspectivas y experiencias de combate de oficiales, suboficiales y soldados no son objeto de atención, siquiera las de los británicos. Por supuesto, este comentario no implica un demérito para el libro; apenas destaca cuál fue su enfoque y objeto estudio: el conocimiento de los principales decisores y decisiones políticas, diplomáticas y militares.

Ahora bien, volvamos a los dos volúmenes de *The Official History...* En el Prefacio, Freedman sostiene que en esta ocasión dispuso de una ventaja que sólo podía alcanzar como hacedor de una “historia oficial”, cual es “hacer pleno uso de los archivos”. Ciertamente, se trata de los archivos británicos, pues el libro no se sirve de la documentación oficial argentina. Más aún, en los dos tomos, apenas se

²¹ El libro de Freedman y Gamba-Stonehouse posee un anexo con el orden de batalla de las fuerzas militares de ambos contendientes.

citan sólo dos textos de la amplísima literatura existente en la Argentina sobre la Guerra de Malvinas y, más ampliamente, sobre la “cuestión Malvinas”: un artículo del internacionalista Bruno Bologna y el precursor libro de los periodistas Oscar Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo van der Kooy, *Malvinas. La trama secreta*, ambos en ediciones en inglés publicadas en 1983. También que esta vez pudo conocer las “Falklands” en marzo de 2000, donde recibió la “hospitalidad” del gobernador y los isleños. El carácter “oficial” de su libro es definido del siguiente modo:

¿Qué puede añadir entonces una Historia Oficial? Lo que es más importante, proporciona un relato basado en el registro documental. Como historia oficial, he tenido acceso privilegiado a todo el material archivado, incluidas notas informativas y presentaciones oficiales, telegramas diplomáticos, cajas de señales militares e informes de inteligencia sin procesar. El privilegio es muy real, y esta oportunidad de explorar un evento tan importante en todas sus dimensiones ha sido maravillosa [...] El resultado de este reporte es oficial en la medida en que ha sido construida a partir de fuentes primarias. Oficial en este contexto no significa una historia sancionada oficialmente, por lo que solo se expresan opiniones seguras o consensuadas. No se ha hecho ningún intento de dirigir mi relato de los acontecimientos en una dirección u otra” (*mi traducción*) (Freedman 2007b, XXII-XXIII).

Su historia no sería –según su definición– una “historia oficial” en el sentido de una historia gubernamental sino una producida a partir de un amplio y diverso corpus de fuentes oficiales hasta entonces no accesibles a los historiadores. Sin dudas, Freedman –que es un académico inteligente con una obra robusta y consistente– era y es consciente que esta historia sería y es de cualquier forma controversial en el Reino Unido y también más allá de sus fronteras.²² Asimismo, si

²² Incluso asumiendo esta definición sobre el sentido “oficial” de su historia, la misma es cuanto menos una historia oficiosa en cualquiera de las definiciones atribuibles a este adjetivo: 1. Que no tiene carácter oficial a pesar de

en *Signals of War...* sus autores decían que habían buscado poner en suspenso la disputa acerca de la soberanía sobre las Islas, en su “historia oficial” Freedman no podía desentenderse de este asunto. Como bien sostiene Darío Barriera, el historiador británico destaca los “tópicos por donde el Reino Unido quiere hacer pasar algunas posibilidades que encuentra en la historia para argumentar a partir de derechos algo que, en realidad, concretó usando la fuerza: anexionar territorios (continentales o insulares) al imperio” (Barriera 2022, 37). En *The Official History...* es indudable que el foco de la interpretación del conflicto está puesto en la perspectiva británica, aun cuando, como el autor advierte en la Introducción al segundo volumen: “He intentado tratar la posición argentina de manera justa y reportar lo que se sabe relevante sobre las actitudes y el comportamiento de los argentinos para el objetivo principal de mi narrativa” (*mi traducción*) (Freedman 2007b, XXII). En este libro, por último, ofrece mayores detalles sobre las acciones bélicas de las unidades y sus elementos en el teatro de operaciones terrestre y nominaliza a algunos oficiales británicos protagonistas del desembarco en San Carlos y en los combates en Darwin-Pradera del Ganso –de los argentinos apenas refiere a algunos oficiales superiores–. Otro tanto hace en su relato del desembarco en Fitz Roy y los combates en el avance británico sobre Puerto Argentino en los montes Longdon, Dos Hermanas, Harriet, Tumbledown, William y Wireless Ridge.²³ En líneas generales, sin embargo, su

proceder de una fuente autorizada. 2. Que presenta opiniones de una autoridad de forma extraoficial. El exembajador argentino en el Reino Unido, el diplomático Vicente E. Berasategui, ha dicho al respecto que esta “historia oficial” fue objeto de una cuidadosa revisión por parte del Foreign and Commonwealth Office y del Ministerio de Defensa británico antes de su publicación a fin de verificar que no tuviera afirmaciones que pusieran en duda los reclamos británicos en la disputa por la soberanía en el Atlántico Sur o consideraciones que afectaran la versión oficial de episodios diplomáticos o militares acaecidos durante el conflicto (Berasategui 2011).

²³ El tomo I contiene cuatro mapas (Atlántico Sur, Islas Malvinas, Islas Sandwich e Islas Georgias) y un cuadro comparativo del comercio británico con

análisis continúa distante de las perspectivas y experiencias de los combatientes, incluso de los británicos.

Historia (dicha) no oficial

Más allá de examinar el contexto más amplio de la guerra –casi siempre pasado por alto–, pretendo prestar la debida atención a quienes fueron enviados a redimir los fracasos de sus respectivas naciones políticas.

(Bicheno 2009, 40).

Razor's Edge. The Unofficial History of the Falklands War fue publicada en 2006.²⁴ El eminente historiador militar británico Richard Holmes escribió el prólogo y presentó este libro como una “historia sumamente extraoficial”.²⁵ Holmes recordaba que Bicheno fue oficial de inteligencia del MI6 en la década de 1970 –tuvo destino en la Argentina entre 1974

la Argentina y las “Falklands”. El Tomo II posee dieciséis mapas referidos a la Guerra de Malvinas, dos ilustraciones y once cuadros.

²⁴ No he podido consultar la edición en inglés. Mis argumentos están contruidos a partir de la edición en castellano traducida por Teresa Arijón y publicada en 2009 en Buenos Aires por Editorial Sudamericana.

²⁵ Richard Holmes (fallecido en 2011) es autor de numerosos libros de historia militar entre los que se cuentan *The English Civil War. A Military History of the Three Civil Wars 1642-1651* (1974, en coautoría con Peter Young), su trilogía sobre los soldados británicos *Redcoats* (2001), *Tommy. The British Soldier on the Western Front. 1914-1918* (2004), *Sahib. The British Soldier in India* (2005) y sus historias sobre grandes conductores militares *Wellington. The Iron Duke* (2002) y *Marlborough. England's Fragile Genius* (2008). Desarrolló simultáneamente una carrera académica y como oficial de infantería de la reserva del Ejército británico en actividad entre 1964 y 1986. Fue profesor en la Royal Military Academy Sandhurst entre 1969 y 1985 y posteriormente en la Cranfield University y en el Royal Military College of Science. Fue editor de *The Oxford Companion to Military History*. También desarrolló una activa labor de divulgación de conocimientos en historia militar en televisión y otros medios de comunicación. En su monumental libro *Battlefields. Decisive Conflicts in History* (2006), Holmes recomendó leer la “historia oficial” de Lawrence Freedman sobre la Guerra de Malvinas y, en paralelo, el libro de Hugh Bicheno que se encuentra “en las antípodas de la versión oficial”.

y 1978– y consultor en asuntos de seguridad y negociación de secuestros en otros países de América Latina.²⁶ Desde su regreso al Reino Unido a fines de la década de 1990 se dedicó profesionalmente a la historia militar.²⁷ Una característica de sus investigaciones es la minuciosa atención que presta a la reconstrucción de los escenarios donde se despliegan las campañas y batallas y –como se anticipa en el epígrafe de este apartado– a las perspectivas y experiencias de sus combatientes.

Holmes decía que el análisis de Bicheno sobre las operaciones militares no expresaba ni un punto de vista británico ni argentino y que, para lograr esa mirada comprehensiva, se había servido de una diversidad de fuentes documentales, testimonios e investigaciones sobre el conflicto producidos por ambas partes. También destacaba el detallado estudio hecho en el terreno donde se desarrollaron las campañas y batallas terrestres de las fuerzas británicas y argentinas, de las acciones de las unidades –incluso de pequeños elementos– en los combates y su comprensión muy cercana del modo en que combatieron británicos y argentinos.²⁸ Holmes concluía que no siempre coincidía con las afirmaciones de Bicheno –decía que él no podía “arrojar por la borda” su “caparazón académico” para hacer un “análisis político descomprometido” como el de su colega–, pero consideraba

²⁶ Bicheno es hijo de británicos, nacido en Cuba en 1948. Es hispano hablante y adquirió ciudadanía norteamericana. En *Razor's Edge...* contó que su esposa era anglo-argentina y que cuando estalló la Guerra de Malvinas él se encontraba en San Salvador (El Salvador) y vivían en Guatemala.

²⁷ Bicheno es autor de *Midway* (2001), *Gettysburg* (2001), *Rebels and Redcoats. The American Revolutionary War* (2003), *Crescent and Cross. The Battle of Lepanto, 1571* (2003), *Vendetta: High Art and Low Cunning at the Birth of Renaissance* (2008), *Elizabeth's Sea Dog: How England's Marines Became the Scourge of the Seas* (2012), *Battle Royal. The War of the Roses. 1440-1462* (2015), *Blood Royal. The War of the Roses. 1462-1485* (2016), *The Wars of the Roses. The Bloody Struggle for England's Throne* (2019).

²⁸ Por este motivo es que, en términos relativos, dedicaré más espacio en el capítulo al análisis efectuado por Bicheno sobre los combates y los combatientes en la Guerra de Malvinas que el otorgado a los otros autores –excepto Thompson.

que su libro era “valiente y decisivo” (Holmes en Bicheno 2009, 27).

Para Bicheno, la “invasión argentina” fue apenas el detonante de la guerra; en tanto que su causa había sido una determinación histórica más profunda y radical: un choque de culturas difícil de evitar. El enemigo que el Reino Unido enfrentó en el Atlántico Sur era un gobierno “nazi-fascista” –como la Alemania contra la cual combatió en la Segunda Guerra Mundial– que buscaba expiar la “culpa” de sus militares por su papel en la “guerra sucia” (Bicheno 2009, 33). Un enemigo que daba por descontado que la decadencia británica volvería improbable cualquier respuesta militar contundente. Sólo la decisión política de la primera ministra Margaret Thatcher, la presteza con que las Fuerzas Armadas británicas alistaron una enorme Fuerza de Tareas y la victoria alcanzada revirtieron la percepción de los británicos –atribuida o autopercebida– de ser una “nación derrotista” o en “decadencia”. En los años previos a la guerra, esa percepción –decía Bicheno– había motivado tentativas gubernamentales dispuestas a “arrojar” a los isleños bajo el control de un país como la Argentina gobernado por una dictadura.

Ahora bien, ¿por qué una historia “no oficial”? Es evidente que el subtítulo polemizaba con la “historia oficial” de Freedman. Así pues, si para Bicheno el libro de Hastings y Jenkins (1983) era una obra hecha por “periodistas” en la inmediata posguerra –hay cierta malicia en no reconocer a Hastings como historiador militar–, pero que fue apenas –decía– “una instantánea de una realidad parcialmente observada” (2009, 35); por su parte, el comentario sobre aquella “historia oficial” era definitivamente lapidario:

Cuando el partido laborista llegó al poder en 1997 encargó una historia “oficial” de los hechos y abrió los archivos confidenciales del gobierno exclusivamente al profesor Sir Lawrence Freedman, violando la regla de los treinta años: un presagio de lo que darían a su anémica Ley de Libertad de

Información con el objeto de quebrantar la convención que impedía al gobierno entrante utilizar material de archivos clasificados para desacreditar a su predecesor. Presuntamente su intención fue desmitificar el “Factor Falklands” que, creían ellos, había impedido el acceso de los laboristas al poder durante los anteriores dieciocho años. Ahora, con tanto gato como tienen encerrado, seguramente lamentan su decisión de entonces... lo cual explicaría que la publicación del libro de Freedman se haya postergado hasta después de la elección general de 2005 (Bicheno 2009, 36).

Pero Bicheno no sólo polemizaba con Freedman, también se manifestaba crítico de “gran parte de la literatura” escrita en inglés, pues en ella no se profundizaba en el tema y se excluían las fuentes documentales y análisis argentinos, favoreciendo así una “opinión facilista de que la guerra había sido ‘innecesaria’” (2009, 36). Asimismo, la imposibilidad que tenían los historiadores británicos de salvar el desconocimiento del idioma castellano para realizar una investigación comprehensiva había provocado:

[...] un serio desequilibrio en las crónicas escritas en idioma inglés sobre las causas de la Guerra de Malvinas, demasiado centradas en los errores de cálculo más inmediatos y para nada de la matriz de la que surgieron [...] Para los hombres que la ordenaron, la invasión –como la guerra sucia– no era sino un medio para alcanzar un fin [...] tuvo el propósito de alcanzar la purificación del carácter nacional a través del sacrificio antes que el de la aplicación eficiente de la fuerza militar para la obtención de objetivos realistas (Bicheno 2009, 80).

A los efectos de nuestro foco de atención, sin embargo, la potencia de *Razor’s Edge...* no resulta de esta interpretación –ciertamente polémica– sobre las causas de la guerra sino de su bien lograda capacidad para reconstruir las campañas y batallas –las terrestres en particular– comprendiendo las perspectivas y experiencias de los combatientes británicos y argentinos y destacando el papel determinante impuesto por

las características del “terreno” que operó –según su expresión– como un “tercer bando”. Si lo primero fue el resultado de su abordaje de fuentes documentales, testimonios y del diálogo con la literatura especializada británica y argentina; lo segundo es tributario de su análisis de la cartografía y fotografías, del diseño de útiles diagramas y de las observaciones que elaboró sirviéndose de su experiencia personal en el trabajo de campo –con apoyo de guías isleños– en los escenarios de la guerra y proponiéndose alcanzar algún grado de empatía con las vivencias de los combatientes.²⁹ Y realmente se esforzó por alcanzar una mirada comprensiva. Por un lado, consideró que la campaña británica “sigue siendo un triunfo extraordinario sobre la adversidad natural y construidas por el hombre, y también una notable épica bélica”; y, por el otro, advirtió que “es ofensivo para ambos bandos retratar a las tropas argentinas como rebaños de ovejas rumbo al matadero”, pues “los soldados argentinos pelearon duramente cuando estuvieron bien liderados e incluso, a veces, cuando no lo estuvieron (Bicheno 2009, 40). También buscó que sus lectores se aproximen lo mejor posible y comprendan las vivencias de los combatientes. De los libros que hemos reseñado hasta aquí, en este sentido, considero que es el mejor logrado.

²⁹ Su búsqueda de empatía con los combatientes británicos y argentinos se explicita –entre otros– en los siguientes pasajes. Respecto de los primeros: “Mientras zigzagueaba como una cabra exangüe por las empinadas laderas de los montes donde se combatió, no podía menos que maravillarme ante la fortaleza de los hombres que los habían tomado por asalto cargados de peso hasta la médula, con las botas empapadas y con correas de combate imposiblemente incómodas, bajo una lluvia de granadas y poniéndole el pecho al fuego de los rifles, ametralladoras, los morteros y las bazukas” (Bicheno 2009, 41). Y en relación con los segundos: “Cuando me refugié en un hueco que se había formado naturalmente entre las rocas, comprendí por qué la artillería británica no había sido tan mortífera aquí como en todas las otras guerras del siglo XX [...] El otro motivo del relativamente bajo número de víctimas de la artillería fue la densa turba que cubre la roca y estrato de arcilla, cosa que dio un nuevo significado al término ‘agua subterránea’” (Bicheno 2009, 41).

En el espacio que aquí disponemos, sin embargo, es imposible demostrar con ejemplos y hacer justicia a la maestría con que este autor describió en detalle y analizó las campañas terrestres, las batallas y acciones de los británicos y argentinos desde el desembarco en San Carlos hasta la rendición de Puerto Argentino. Por el contrario, si haré referencia a su caracterización de los desiguales perfiles profesionales y desempeños de las fuerzas terrestres de ambos contendientes, pues los atributos sociales que asignó a los argentinos están marcadamente connotados por estereotipos. Veamos.

El Reino Unido –decía– históricamente dispuso de una Armada fuerte que garantizaba la defensa marítima y la proyección en los asuntos globales del imperio sin involucrarse demasiado en los asuntos internos y de un Ejército pequeño y profesional adiestrado en los estándares de la OTAN que en los años previos a la Guerra de Malvinas combatió el terrorismo en Irlanda del Norte. En cambio, la “cultura ítalo-española” de los argentinos convirtió la ausencia de una amenaza de invasión sobre su territorio en una maldición, pues sus Fuerzas Armadas devinieron en una “guardia pretoriana” que “creía encarnar las más elevadas aspiraciones de la nación”. Asimismo, la exaltación del “patriotismo” y la “virilidad” no compensaban entre los oficiales y suboficiales argentinos el necesario cultivo de la “pericia y experiencia militar” y tampoco la disponibilidad de armamento, materiales y equipos podían reemplazar el desarrollo profesional de los cuadros ni la instrucción y adiestramiento de los soldados conscriptos. Estos últimos –reconocía– podían ser buenos combatientes si hubieran cumplimentado ejercicios físicos y prácticas de tiro de combate hasta que estos llegaran a formar parte de su “segunda naturaleza”. Los conscriptos eran “jóvenes decididos”, “en el esplendor de la edad”, y entendía que había sido “una vergüenza desperdiciar su potencial preparándolos tan malamente”, ni hacerlos rotar y regresar a Puerto Argentino para descansos periódicos desde las “posiciones frías y húmedas que ocupaban en

las colinas” de los alrededores de la localidad. Los mandos argentinos, además, solían ejercer la disciplina con “castigos decimonónicos que incluían estaquear a los hombres en las laderas de los cerros y palizas colectivas”, antes que aplicar una conveniente conjunción de “repetición, desafío físico y mental, y castigo”. Esta falta de una genuina disciplina era tenida por el historiador británico como un atributo de la “cultura argentina”. Los argentinos –continuaba– tampoco habían probado sus armas mientras aguardaban el enfrentamiento con los británicos, no diseñaron sus planes de fuego ni calcularon la distancia hasta los potenciales blancos en cada posición defensiva; tampoco se habían ocupado convenientemente de cuestiones básicas como la adecuada alimentación de sus tropas, pues consideraban la comida sólo como un combustible proveedor de energía y desatendían su función en la cohesión de “grupos primarios” de “guerreros” –clásicamente grupos de diez hombres– que desde “tiempos inmemoriales” “comen y cocinan juntos” (Bicheno 2009, 126-127).

Ahora bien, aún con todas estas serias dificultades a cuestas, Bicheno sostuvo que la cohesión de los combatientes fue alcanzada en algunos elementos del Ejército Argentino. Así, por ejemplo, ponderó positivamente el desempeño de los “subtenientes recién graduados” que “estuvieron admirablemente a la altura del desafío”, “se ganaron la devoción de sus hombres” y “algunos demostraron ser notables jefes de combate”; pero advertía que cuando esos jóvenes oficiales eran heridos o muertos “sus hombres casi siempre perdían la fe”. Por el contrario, estos problemas no habrían afectado tanto a los británicos porque “los soldados eran mucho más autosuficientes y había un liderazgo en profundidad” que daba protagonismo al ejercicio del mando por parte de los suboficiales; diferentemente “hubo muy poco combate en la guerra sucia argentina y las cualidades que tendió a propiciar eran patológicas”. Por ello, no dudó en definir a los suboficiales argentinos –especialmente los de mayor jerarquía– como “corpulentos, burocráticos y corruptos”, que

“abusaron de su autoridad hasta la víspera de la batalla” y rehuyeron el combate (Bicheno 2009, 127-128). Esta comparación entre los suboficiales británicos y los argentinos arrojaba un contrapunto inequívocamente favorable a los primeros:

[...] en líneas generales los suboficiales británicos debían sus franjas al respeto de sus hombres, para nada fáciles de impresionar. El culto a la rudeza era más pronunciado entre los Paras y los infantes de Marina que en los regimientos de línea. Pero, aunque el estilo brutal era un importante ingrediente, no alcanzaba por sí mismo para ganarse la obediencia de las tropas. Los jóvenes son jueces inmisericordes del carácter humano, y aunque la promoción de los soldados dependía de las recomendaciones de los oficiales, los oficiales comisionados eran plenamente conscientes de que su autoridad dependía de los buenos suboficiales. En la infantería argentina los oficiales de carrera y suboficiales eran un “nosotros” contra “ellos” –los conscriptos–, mientras que entre los británicos el “nosotros” eran los soldados y los suboficiales y el “ellos” los oficiales observados con frío escepticismo por sus hombres hasta que también pasaran la prueba. Se esperaba que los oficiales más jóvenes dieran el ejemplo, pero estaban lejos de ser indispensables. Podría decirse que el énfasis en el liderazgo personal tuvo el costo de las cualidades de gerenciamiento que requieren los rangos más altos; pero la autoridad se ganaba a través de una feroz meritocracia, a diferencia de lo que ocurría en el resto de la sociedad británica (Bicheno 2009, 128-129).

Estas notables cualidades militares atribuidas a la infantería británica –tanto las unidades de los Royal Marines como las del Ejército– habrían asegurado la victoria del Reino Unido en la campaña terrestre; es decir, una vez sopesada la incidencia que en dicha campaña ejercieron la disponibilidad de ciertos armamentos, materiales y equipos y la topografía, en última instancia, prevaleció la capacidad de combate y la mayor voluntad de dominio de los británicos sobre los argentinos. Tal era su conclusión.

El entrenamiento no sólo había permitido a los británicos aprovechar al máximo a sus hombres y sus equipos –“todo se reduce a entrenamiento, entrenamiento... y más entrenamiento”–; también llevó a los argentinos a creer que como ellos no podían realizar ciertas tareas, pues el enemigo tampoco lo conseguiría (Bicheno 2009, 142). Ciertamente, en estas afirmaciones estereotipadas sobre los argentinos es dado reconocer comportamientos, atributos sociales e historias que bien podrían constituir presupuestos o hipótesis para el desarrollo de investigaciones que arrojen resultados menos homogéneos y excluyentes; pero el modo esquemático con el que caracteriza en forma tan genérica, contundente y negativa la susodicha cultura argentina o hispana en contraposición con la positivamente ponderada cultura anglosajona –y sus correspondientes culturas castrenses– acaba malogrando su interpretación, aunque creo que no su minuciosa reconstrucción de los hechos y protagonistas en los combates en las campañas terrestres de británicos y argentinos.

Por último, Bicheno también planteaba una desigual ponderación respecto de las capacidades de combate de las fuerzas militares británicas que protagonizaron la campaña terrestre. Por un lado, el destacado desempeño de la 3° Brigada Comandos y, por el otro, el más problemático de la 5° Brigada de Infantería. Esas desiguales capacidades también fueron consecuencia de (malas) decisiones tomadas por los líderes políticos del gobierno y por los altos mandos militares británicos en el curso de la guerra.³⁰ Las diferentes

³⁰ “Los británicos deben la victoria a la ferocidad de su infantería, que entró en combate bajo estrés intenso –presionada más allá del punto en que hasta las tropas mejor entrenadas pueden ser presionadas. El miedo a la muerte o a resultar herido puede ser la gota que rebalsa el vaso, pero las víctimas psicológicas se multiplican bajo condiciones de no combate estresantes, entre ellas el frío, la mala alimentación, la incertidumbre y la fatiga prolongada. Todas estas condiciones les fueron infligidas gratuitamente a los Paras e infantes de Marina en el período comprendido entre el desembarco en San Carlos el 21 de mayo y las batallas por las colinas de Puerto Argentino dieciséis días más tarde [...] La insensatez de abrir un segundo frente –cuando

perspectivas y experiencias acerca del desempeño de esas dos brigadas será el objeto del siguiente apartado.

Historias de la 3ª Brigada de Comando y de la 5ª Brigada de Infantería

Pero había transcurrido mucho tiempo desde que Gran Bretaña combatiera en una contienda de esta clase y eran muy pocos los oficiales en servicio activo, incluso en las jerarquías más altas en guarniciones de nuestro país, que contaran con alguna experiencia respecto de alguna campaña de este tipo.

(Thompson 1990, 31).

La recriminación no es la esencia de este libro, si bien nos hemos permitido el privilegio de un breve examen, ciertamente, en retrospectiva. La distribución de la responsabilidad y la culpabilidad se deja para que los futuros historiadores elijan y saquen sus propias conclusiones, pero con un defecto, no estaban allí –cansados, hambrientos, fríos, mojados y teniendo que tomar decisiones rápidas en el calor del momento, no en la comodidad de algún escritorio en cálida oficina (*mi traducción*).

(van der Bijl y Aldea 2003, 4).

La campaña terrestre británica fue protagonizada por la 3ª Brigada de Comando y de la 5ª Brigada de Infantería. La historia de la primera fue objeto de un libro escrito por quien fuera su comandante en la guerra, el general de división Julian Thompson, y publicada en 1985 como *No picnic*:

apenas había suficientes recursos de transporte para sostener uno- se fundamentó en las siguientes razones: el deseo tardío del Ejército de parecer estar en paridad con la Armada, y la preocupación porque nadie viera a los guardias siguiendo las huellas de regimientos menos augustos" (Bicheno, 2009, 137-138).

3 *Commando Brigade in the South Atlantic, 1982*,³¹ en tanto que, de la historia de la segunda, se ocuparon Nick van der Bijl y David Aldea en *Fifth Infantry Brigade in the Falklands*, publicada en 2003.

Julian Thompson se incorporó a los Royal Marines en 1952. En la década de 1960 estuvo desplegado en Borneo a raíz de la intervención británica en el conflicto entre Indonesia y Malasia.³² A mediados de la década de 1970 fue designado comandante de 40 Comando y en 1981 comandante de la 3ª Brigada de Comando de los Royal Marines. En este último cargo lo encontró, con el grado de general de brigada, el inicio del conflicto en el Atlántico Sur entre el Reino Unido y la Argentina. Tras la guerra fue nombrado comandante de Instrucción de las Fuerzas de Reserva y de las Fuerzas Especiales entre 1983-1986, año en que pasó a situación de retiro. Mientras desempeñaba aquel comando publicó en 1985 *No picnic...* Entre 1987 y 1997 fue profesor-investigador en temas de logística y conflicto armado en el King's College de la University of London y desde entonces publicó libros de historia militar sobre la Primera y Segunda Guerra Mundial y, además, sobre la Royal Navy, Royal Marines y los Paracaidistas.³³

³¹ El libro fue publicado en 1985 en el Reino Unido por la editorial Leo Cooper, Secker & Warburg. No he podido consultar la edición en inglés y por ello me he servido aquí de aquella publicada en castellano por Editorial Atlántida y traducida por Luis F. Coco. La edición en castellano está precedida por un “Prólogo para la edición argentina” escrito por un autor o autores no identificados que firmaron con “Editorial Atlántida”. En dicho prólogo se define acertadamente el libro como un “relato de la acción vívido y honesto, aunque unilateral” (Editorial Atlántida en Thompson 1990, 21) y se formula una sintética evaluación de la campaña terrestre de las fuerzas británicas comprendida desde el punto de vista argentino.

³² Thompson nació en 1934.

³³ *Ready for Anything: The Parachute Regiment at War, 1940–1982* (1990), *The Imperial War Museum Book of the War in Burma, 1942–45: A Vital Contribution to Victory in the Far East* (2002), *Royal Marines: From Sea Soldiers to a Special Force* (2003), *The 1916 Experience: Verdun and the Somme* (2006), *Call to Arms: The Great Military Speeches* (2009), *Dunkirk: Retreat to Victory* (2011), *The Second World War in 100 Objects* (co-autoría con Allan Millet, 2012), *The Royal Navy. 100 Years of Modern Warfare* (2016).

No picnic... es un libro centrado en la experiencia y perspectiva que tuvo Thompson como comandante de la 3ª Brigada de Comando, pero que por sus descripciones y análisis de las experiencias de los combatientes que protagonizaron la campaña terrestre en las unidades británicas que componían dicha Brigada –también a la luz de la obra posterior de este autor– puede considerarse como una historia más comprehensiva acerca de esta última. Sólo excepcionalmente Thompson explicita sistemáticamente con qué fuentes documentales y con base en qué testimonios produjo su investigación; en este sentido, pues, la calidad historiográfica de su libro se ve resentida.³⁴

La cuestión del alistamiento, obviamente, constituye el primer aspecto analizado por Thompson en el capítulo uno. El 2 de abril por la madrugada, el comandante de las Fuerzas de Comandos de los Royal Marines, el general de división Jeremy Moore, ordenó al general de brigada Thompson alistar la 3ª Brigada de Comando para ser movilizada hacia el Atlántico Sur. Dicha Brigada componía la Fuerza Combinada de Desembarco del Reino Unido/Países Bajos en la OTAN y estaba conformada por el 40 Comando, el 42 Comando y el 45 Comando. La Brigada también contaba con las siguientes unidades y elementos: Regimiento 29 de la Real Artillería (cuyos vínculos con los infantes de marina habían sido puestos a prueba en combate en Brunei y Aden, Irlanda del Norte y en ejercicios en el Lejano Oriente y en Noruega), el Escuadrón Real de Ingenieros 59 de Comando, el Regimiento de Logística del Comando (con sus cinco batallones: sanidad, transporte, talleres, artillería y cuartel general), el Escuadrón de Comunicaciones, el Escuadrón Aéreo (con helicópteros Gazelle y Scout), el Escuadrón de Asalto (con botes inflables y embarcaciones de asalto rígidas) y el Grupo de Combate en Montaña y el Ártico (adiestrado en Noruega). Para su movilización al Atlántico Sur

³⁴ El libro posee mapas, cartas con el diseño de los combates de la campaña terrestre de la 3ª Brigada de Comando y fotografías.

se agregaron a la Brigada el 3º Batallón del Regimiento de Paracaidistas y el 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas (este último desde el 17 de abril con algunos elementos de artillería, ingenieros y de aviación de Ejército), la Batería T de la Real Artillería (denominada Shah Sujah's Troop equipada con lanzamisiles Rapier tierra-aire), dos Secciones de los "Blues and Royals" con dos tanques livianos Scimitar y otros dos Scorpion y vehículos de recuperación Samson) y elementos del SBS-Special Boat Squadron y el SAS-Special Air Service.³⁵

Thompson ponderaba el profesionalismo, las capacidades de combate y la integración orgánica funcional y a nivel de su identidad de las unidades y elementos de la Brigada. Pero también advertía que en aquella ocasión el alistamiento y movilización de los Royal Marines hacia el Atlántico Sur estaban siendo resentidos por los recortes presupuestarios en defensa y, en particular, aquellos destinados a la infantería de marina. Así pues, en 1982 sólo el 42 Comando y elementos de apoyo de combate de la Brigada habían hecho su entrenamiento invernal en Noruega. El 45 Comando realizó su entrenamiento de montaña en Escocia después de haber pasado la segunda mitad de 1981 en Belfast y una de sus compañías había estado destinada a Brunei para su adiestramiento en el ambiente de selva. En tanto que el 40 Comando hizo todo su entrenamiento en Gran Bretaña. Por tal motivo, Thompson sostenía críticamente:

³⁵ La estructura orgánica de la 3ª Brigada de Comando con arreglo a su movilización y despliegue en la campaña terrestre de la Guerra de Malvinas es algo más compleja, pero he presentado aquí sus unidades y elementos más representativos. Thompson sostiene que, más allá de las históricas y naturales rivalidades existentes entre los servicios de las Fuerzas Armadas británicas y, en particular, entre los infantes de marina y la infantería del Ejército, el desarrollo de la campaña terrestre de la 3ª Brigada de Comando en la Guerra de Malvinas demostró que sin importar el uniforme ni el color de su boina "verdes, rojas, azules, arena o caqui" y "cualquiera haya sido el distintivo de su gorra", las unidades propias y agregadas tuvieron muy buenos niveles de coordinación e integración bajo su mando (Thompson 1990, 3).

La acción en tierra se inició con la fase de guerra que se considera potencialmente como la más azarosa: una operación anfibia. Desde la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte del equipo especializado en operaciones anfibias se había desmembrado sin que se procediera a ningún tipo de reemplazos. Teníamos que desarrollar una misión así sin contar con las formaciones de tanques anfibios, transportes blindados anfibios para desplazamiento del personal y embarcaciones de desembarco equipadas con cañones, comunes en la segunda mitad de la última guerra mundial y que aún pueden encontrarse en el arsenal de algunos países. La experiencia referida a la planificación y conducción de operaciones anfibias estaba en 1982, y sigue estando hoy, en manos de un pequeño número de oficiales de la Marina Real y la Infantería de Marina Real, y no tardó en hacerse evidente que muchos de los imperativos de una operación anfibia no se comprendían fuera de ese círculo de *cognoscenti* (Thompson 1990, 31-32).

A pesar de ello, los oficiales, suboficiales y soldados de la Brigada habían acumulado una enorme experiencia en operaciones en el invierno y verano noruego en los últimos diez años y, conforme apreciaba Thompson, esto se verificaría en su desempeño en la operación anfibia en San Carlos y en la campaña terrestre en la “Falklands War”.

El 2 de abril estaba previsto que el 45 Comando –que regresaba de su entrenamiento en Escocia– saliera de licencia por las Pascuas, el 40 Comando regresaba de un entrenamiento en el uso de armas personales en Liverpool y el 42 Comando regresaba de la licencia que había obtenido a su regreso de operaciones en Noruega. El resto de la Brigada estaba en Plymouth lista para entrar en licencia, con excepción de una compañía que regresaba de ejercicios en Brunei y los oficiales del Estado Mayor en Dinamarca efectuando un reconocimiento como parte de una maniobra de la OTAN. En teoría, la Brigada debía estar condiciones de movilizarse en siete días, sin embargo, conforme la decisión política del gobierno británico, el tiempo apremiaba y dichos plazos debían acortarse. No es posible aquí entrar en consideraciones, pero Thompson detalla la complejidad

y las dificultades que su Estado Mayor debió enfrentar en la planificación y ejecución de la movilización y embarque de su Brigada en coordinación con su superior –el general de división Moore y su Estado Mayor– y el responsable por la Royal Navy de las Operaciones Anfibia –el comodoro Michael Clapp–, así como los esfuerzos empeñados para adquirir información relevante sobre el terreno.

El 9 de abril partieron los últimos buques con tropas y pertrechos y desde el 13 de abril la Brigada comenzó a arribar por mar y por aire a la Isla Ascensión. Aquí comienza el capítulo dos. Desde un punto de vista militar, la escala en Ascensión fue clave en la ejecución de las tareas de planificación y adiestramiento para el ulterior desarrollo de la operación anfibia de desembarco y la campaña terrestre. Una vez más, nada resultó sencillo:

La secuencia normal en toda operación anfibia es la siguiente: identificar las tareas (la misión), averiguar todo lo posible con referencia al enemigo (inteligencia), elaborar plan, cargar los barcos de modo tal que los hombres y sus pertrechos puedan salir de ellos siguiendo la secuencia deseada para cumplir el plan y luego desembarcar. No habíamos dispuesto de tiempo ni de inteligencia como para elaborar un plan o embarcar adecuadamente al personal antes de zarpar del Reino Unido, de modo que se hacía indispensable volver a cumplir esa tarea en forma masiva (Thompson 1990, 58-59).

Pero ¿cómo proceder a esas tareas? Thompson reconoce que no tenían respuestas precisas sobre cómo proceder en tales circunstancias; las respuestas las fueron identificando en los siguientes días y no sin marchas y contramarchas. Todo ello es detallado en este capítulo.

La Brigada se abocó a tareas de adiestramiento durante la navegación y en la Isla Ascensión, aun cuando jamás tuvieron condiciones materiales para ejercitar la operación anfibia de desembarco que preveían –aun sin certeza dónde específicamente– en las Islas Malvinas:

En momento alguno del entrenamiento figuró un adecuado ensayo de toda la Brigada procediendo a desembarcar en la oscuridad, algo que parece como “ineludible” en todos los manuales que se basan en la amarga experiencia de dos guerras mundiales. De haber hecho un ensayo general de ese tipo, muchas de las fallas que salieron a relucir el Día D podrían haberse descubierto antes. De todos modos, no había otro remedio, no se disponía de playas adecuadas en Ascensión, no había sectores para entrenamiento ni zonas para aterrizajes de helicóptero (con excepción del aeródromo) y, lo más crítico de todo, faltaron lanchas y helicópteros para reembarcar y proceder a ese ensayo, aun en caso de que hubiéramos dispuesto de tiempo, lo que tampoco ocurrió (Thompson 1990, 60).

El 7 de mayo, el grueso de la fuerza de tareas anfibia partió desde la Isla Ascensión rumbo al sur y el 13 de mayo los oficiales recibieron la orden que desembarcarían en San Carlos. La preparación de la operación anfibia en este lugar al oeste de la Isla Soledad es el objeto del capítulo cuatro.³⁶ Thompson recuerda que en pocos días debieron reunir información de inteligencia sobre ese lugar y las fuerzas enemigas que demandó meses conseguir antes del desembarco en Normandía en 1944. Las fuerzas especiales del SBS y el SAS desplegadas en forma anticipada en terreno cumplieron una tarea fundamental en la producción de dicha información de inteligencia, aun cuando no toda la información indispensable pudo ser reunida y, sobre todo, Thompson puso en cuestión sus caracterizaciones del enemigo como “militarmente inepto, chapucero, desinteresado y adormecido”, pues asumía que “únicamente el contacto directo entre las principales fuerzas de ambos bandos podría demostrar lo bueno, o lo malo, que era verdaderamente el enemigo” (Thompson 1990, 81).

³⁶ Omito aquí el breve capítulo tres referido a las operaciones británicas de recuperación de las Georgias del Sur.

No dispongo de espacio para detenerme en cuáles fueron las órdenes impartidas por Thompson a sus oficiales, pero sí considero importante mencionar cuál fue la apreciación efectuada en el Prólogo para la edición argentina por quien o quienes firmaron como “Editorial Atlántida”: “los objetivos impuestos a los subordinados se expresan en forma amplia y sin detalles, dejándole un margen adecuado para que los interprete y ponga en acción las medidas conducentes a su logro” (Editorial Atlántida en Thompson 1990, 23).³⁷ En términos de Thompson, esa concepción quedó plasmada en la impartición de la orden de operaciones:

Dejé bien en claro ante la oficialidad que el desembarco no constituía un fin en sí mismo, sino simplemente el comienzo, y que ese punto de vista tenía que ser perfectamente entendido por todos. Todo el mundo tenía que estar completamente seguro de cuál era la tarea encomendada a la Brigada en esa fase, con el fin de que, en caso de que hubiera bajas entre los jefes de cualquier nivel, compañías, secciones y grupos tuviesen iniciativa propia y mantuvieran la presión sobre los objetivos a menos que recibieran ordenes específicamente en contrario. Los soldados, y en especial los de infantería, cuando se trata de operaciones tan complicadas como puede ser una anfibia necesitan estar enterados del plan hasta conocer detalles que, por ejemplo, los oficiales subalternos y la suboficialidad de un buque de guerra pueden no conocer. Los líderes de bajo nivel pueden, eventualmente, ser requeridos para tomar el mando cuando mueren o resultan heridos los superiores y estar en condiciones de seguir las acciones en busca del objetivo propuesto (Thompson 1990, 84).

³⁷ Quien o quienes firman como Editorial Atlántida sostienen que similar concepción flexible del ejercicio del mando existía entre los militares argentinos. Esta cuestión merece una atención particular, pues considero que dicha concepción puede reconocerse en el curso de la Guerra de Malvinas en algunas unidades y subunidades del Ejército Argentino, por ejemplo, en el Regimiento de Infantería 25 (Soprano 2022), pero en modo alguno estuvo generalizada en forma efectiva en las unidades tácticas y menos aún lo fue a nivel de la conducción estratégica militar de la guerra.

Esta concepción flexible del ejercicio del mando a partir de la interpretación de la orden impartida a los subordinados que son quienes, efectivamente, se encuentran en el terreno, es ponderada positivamente también por Thompson y, posteriormente, dará cuenta de cómo los jefes de unidades y de sus respectivas subunidades pondrán en práctica dicha concepción no sólo en la operación anfibia de desembarco en San Carlos sino en la planificación y ejecución de los combates en los últimos días de la campaña terrestre en alrededores de Puerto Argentino.

La sustanciación del desembarco anfibio de la Brigada el 21 de mayo en San Carlos es el objeto del capítulo cinco y la batalla de Darwin-Pradera del Ganso el del capítulo seis. En ambos casos, los enfrentamientos con las fuerzas militares argentinas fueron enfocados desde la perspectiva de los británicos. La victoria alcanzada por el 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas en Darwin-Pradera del Ganso –un objetivo militar no previsto por Thompson pero decidido por el gobierno británico que buscaba un primer e inmediato triunfo en la guerra terrestre– se produjo simultáneamente con el despliegue de otras unidades de la Brigada en el interior de la Isla Soledad. Esto es tratado en el capítulo siete. Una vez instalados en los Montes Estancia, Kent y Challenger, los británicos desplegaron una intensa labor de exploración y producción de inteligencia sobre el terreno y el enemigo apostado en los Montes Longdon, Dos Hermanas y Harriet –tal es el objeto del capítulo ocho–.³⁸ Seguidamente, en el capítulo nueve se ocupa de los combates librados desde la noche del 11 al 12 de junio por las unidades de la 3ª Brigada de Comando para hacerse de objetivos en dirección a Puerto Argentino: el 3º Batallón del Regimiento

³⁸ El ataque aéreo argentino en Fitz Roy sobre los buques sir Galahad y sir Tristram que transportaban tropas de la 5ª Brigada de Infantería ocupa apenas unas pocas líneas del capítulo ocho, quizá no tanto porque es un hecho que no refiere a la 3ª Brigada de Comando sino porque –especulo– Thompson omitió aludir a los problemas y errores implicados en la operación de desembarco de la fuerza al mando del general de brigada Anthony Wilson.

de Paracaidistas sobre Monte Longdon, el 45 Comando sobre el Monte Dos Hermanas y el 42 Comando sobre Monte Harriet. Estos objetivos habían sido conquistados en la mañana del 12 de junio. A cada unidad se le había impuesto un objetivo, pero –conforme a esa concepción flexible del ejercicio del mando anteriormente mencionada– cómo alcanzar ese objetivo era una cuestión definida por el jefe de cada unidad de acuerdo a su conocimiento del terreno y del enemigo y con arreglo a su mejor criterio o parecer.

El último capítulo, el diez, aborda los combates en los alrededores de Puerto Argentino. La 5^o Brigada de Infantería tenía como objetivos a alcanzar en la noche del 13 al 14 de junio los Montes Tumbledown –los Guardias Escoceses– y William –los Fusileros Gurkhas–. Simultáneamente, el 2^o Batallón del Regimiento de Paracaidistas –reintegrado a la 3^a Brigada de Comando tras unos días agregado a la otra Brigada por decisión de Moore– debía conquistar Wireless Ridge. Una vez obtenidos esos objetivos, en la mañana del 14 de junio, el 2^o Batallón del Regimiento de Paracaidistas fue la primera unidad británica que ingresó en Puerto Argentino. Entre el desembarco anfibio de las fuerzas británicas en San Carlos el 21 de mayo y la rendición de los argentinos el 14 de junio mediaron 25 días.

Para dar cuenta de los combates protagonizados por los hombres de la 3^a Brigada de Comando en los últimos días de la guerra, Thompson reunió información y algunos testimonios significativos sobre las experiencias no sólo de los jefes de unidad y subunidad sino de oficiales subalternos, suboficiales y soldados británicos. Asimismo, como en los libros de otros autores mencionados –con excepción de Middlebrook y Bicheno–, las perspectivas de los combatientes argentinos no fueron comprendidas. Excepcionalmente, Thompson introdujo referencias genéricas a estas últimas señalando que la artillería de campaña batía eficazmente sobre los británicos, o bien desmintiendo las versiones que aludían a soldados argentinos abandonados por sus mandos, pues, contrariamente a esos dichos, por ejemplo,

sus fuerzas encontraron una fuerte oposición de las tropas del Regimiento de Infantería 4 cuyos oficiales y suboficiales “combatieron duro y en ocasiones hasta muy cerca de la definición del combate trataron de impedir la rendición de sus hombres disparando sobre ellos” (Thompson 1990, 235). Esta ponderación positiva de las fuerzas argentinas coexiste con críticas a su profesionalismo: “Por todas partes podían verse montañas de equipos, armas, municiones, alimentos y suciedad. Las instalaciones sanitarias por lo visto no habían sido el punto fuerte del Ejército Argentino, y sus soldados defecaban allí donde les venía la gana” (Thompson 1990, 234).

Finalmente ¿Por qué *No picnic?* Thompson relata que concluyó la reunión en la cual impartió la orden de operaciones del desembarco anfibio a sus oficiales diciéndoles que la campaña no iba a ser un picnic (Thompson 1990, 89). Es en este sentido que el contenido de cada capítulo de su libro problematiza las importantes dificultades y desafíos militares que afrontaron los británicos en el curso de la campaña. Entre esas dificultades y desafíos estaban también la voluntad de lucha ofrecida por los combatientes argentinos cuyas capacidades no fueron desmerecidas –aunque, sí, en ocasiones criticadas– por Thompson en su doble condición de comandante de la 3ª Brigada de Comando e historiador de la “Falklands War”.

Veamos a continuación el otro autor comprendido en este apartado. Nicholas “Nick” van der Bijl prestó servicios como oficial en el Ejército Británico entre 1970 y 1989, especializándose en inteligencia. Cumplió destinos operativos en Irlanda del Norte antes de la Guerra de Malvinas y en esta última fue oficial de inteligencia en la 3ª de Brigada Comando. Desde su retiro desarrolló una carrera como gestor en asuntos de seguridad en la industria de defensa y ha publicado numerosos libros sobre historia de la inteligencia militar y conflictos internacionales en los que participó el Reino Unido desde la Segunda posguerra Mundial en ámbitos que formaron parte de sus dominios coloniales como

Brunei, Kenya, Aden y Radfan.³⁹ Es coautor de la historia de la 5ª Brigada de Infantería con David Aldea, un australiano que en ocasión de la Guerra de Malvinas se encontraba en Chile y que se ocupó de proveer información sobre el “lado argentino” para la elaboración de la investigación que dio lugar a este libro. Aldea también cumplió similar tarea –pero ya no como coautor– en la pesquisa para otro libro de van der Bijl: *Nine Battles to Stanley* (1999) –con prólogo de Julian Thompson–.

En el año 2003 publicaron van der Bijl y Aldea *5th Infantry Brigade in the Falklands*. Hacía más de una década que la historiografía británica contaba con la sólida historia de la 3ª Brigada de Comando hecha por Thompson. Más aún –reconocían ambos– la historia de esta última había eclipsado la de la primera. Para su investigación, van der Bijl y Aldea recibieron la colaboración de veteranos británicos entre los que se cuentan el comodoro Michael Clapp por la Armada Real, el general de división Julian Thompson por los Royal Marines y el general de división Jeremy Moore del Ejército, entre muchos otros. Una notable ausencia –como la denominan los autores– es la declinación del general de división Anthony Wilson –que fuera comandante de la 5ª Brigada de Infantería– a dar su contribución para el libro. Los agradecimientos dedicados a quienes contribuyeron a desarrollar los aspectos de la campaña terrestre desde la perspectiva argentina comprenden al coronel Alberto González por

³⁹ *Nine Battles to Stanley* (con prólogo de Julian Thompson, 1999), *Victory in the Falklands* (2007), *The Brunei Revolt. 1962-1963* (2012), *Sharing the Secret. A History of the Intelligence Corps. 1940-2010* (2013), *British Military Operations in Aden & Radfan. 100 Years of British Colonial Rule* (2014), *Confrontation. The War with Indonesia. 1962-1966* (2014), *To Complete the Jigsaw. The British Military Intelligence in the First World War* (2015), *Mau Mau Rebellion. The Emergency in Kenya. 1952-1956* (2017), *British Military Intelligence. Objects From the Military Intelligence Museum* (2017), *My Friends, The Enemy: Life in Military Intelligence During the Falklands War* (con prólogo de Julian Thompson, 2020) y *Unseen Falklands War* (2022). Asimismo, en la editorial Osprey publicó obras de divulgación: *Argentine Forces in the Falklands* (1992), *The Royal Marines, 1939-93* (1995) e *Inter-Allied Commando. 1942-45. British Secret Commando* (2006).

el Servicio Histórico del Ejército, el historiador militar Isidoro Ruiz Moreno y el coronel Félix Roberto Aguiar.⁴⁰

Cuando el Ministro de Defensa británico decidió movilizar la 5ª Brigada de Infantería del Ejército hacia el Atlántico Sur, ésta ya había sido despojada de dos batallones, estaba conformada por unidades que no habían trabajado juntas y, además, carecía de las capacidades anfibas que poseía la 3ª Brigada de Comando de los Royal Marines. Por tanto, después de un ejercicio de preparación en Gales existían razonables dudas de que la Brigada estuviera en condiciones de ser movilizada para ser empeñada en el conflicto. Como bien señalan los autores, el objetivo del libro no fue formular cualquier recriminación sobre el desempeño de la 5ª Brigada de Infantería, sin embargo, como dice el epígrafe de este apartado, su análisis ofrece la oportunidad de examinar en detalle su experiencia en la “Falklands War”.

Las tropas del 3º Batallón del Regimiento de Paracaidistas y el 2º Batallón del Regimiento Paracaidista del Ejército –como hemos visto– habían sido agregadas a la 3ª Brigada de Comando de los Royal Marines. Al igual que las unidades propias de esta última Brigada, las capacidades operativas desarrolladas por los paracaidistas británicos desde la Segunda Mundial estaban en 1982 afectadas por los recortes presupuestarios y reorganizaciones que el gobierno del Reino Unido había impuesto en el área de defensa desde la segunda mitad de la década de 1970.⁴¹

La 5ª Brigada de Infantería participó de la campaña terrestre con el 1º Batallón de Guardias Galeses y el 2º

⁴⁰ Van der Bijl y Aldea buscan incorporar perspectivas y experiencias, sobre todo, de los mandos militares argentinos apoyándose en algunos libros publicados en la Argentina: *Comandos en acción* de Isidoro Ruiz Moreno (1986), *Así lucharon*, de Carlos Túrolo (1986), *La X Brigada de Infantería Mecanizada “General Nicolás Levalle” en acción en Malvinas* de Oscar Jofre y Félix Aguiar (1992), *Malvinas: a sangre y fuego* de Nicolás Kasanzew (1982), *Malvinas. Testimonio de su Gobernador* de Mario Menéndez y Carlos Túrolo (1983). También aparecen consignados en las “fuentes argentinas” los denominados “Informe Calvi” e “Informe Rattenbach”.

⁴¹ Con excepción del empuñamiento en la crisis de Suez en 1956, las tropas paracaidistas británicas no habían vuelto a realizar saltos en combate desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

Batallón de Guardias Escoceses, el 1º y 7º Batallones de Fusileros Gurkhas, 4º Regimiento de la Real Artillería, el 63 Escuadrón Aéreo y elementos de los “Blues and Royals”, de inteligencia, comunicaciones, sanidad, logística y arsenales.⁴² La Brigada arribó a San Carlos el 1 de junio –a tres días de la victoria del 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas en Darwin-Pradera del Ganso– y poco después se decidió su traslado embarcada en buques hacia Bahía Agradable para desembarcar en Fitz Roy y desde allí avanzar sobre Puerto Argentino desde la dirección sudoeste.⁴³ Esta última opción estaba motivada en decisiones políticas y en rivalidades inter-servicios entre el Ejército y los Royal Marines antes que fundada en consideraciones relativas a su mejor conveniencia y factibilidad militar y, en este sentido, contrariaba la alternativa elegida por Thompson de avanzar sobre Puerto Argentino desde el norte y oeste empeñando principalmente las unidades de la 3ª Brigada de Comando. Se trataba, pues, de una elección problemática en varios sentidos. Desde el hundimiento del buque de transporte Atlantic Conveyor –el 28 de mayo por un ataque aeronaval argentino– los británicos no poseían suficientes helicópteros para trasladar a la 5ª Brigada de Infantería hasta su destino. De modo que sólo el 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas fue helitransportado hasta Fitz Roy para asegurar el lugar antes del arribo de la Brigada. Esta última arribó el 8 de junio por mar a Bahía Agradable. Como sospechaba el comodoro Michael Clapp, el sitio no era adecuado para un desembarco anfibio y, tras cartón, se produjeron demoras imprevistas, algunas motivadas por desinteligenacias entre los servicios de las fuerzas de desembarco de la

⁴² También el caso de la 5ª Brigada de Infantería en su movilización y despliegue en la campaña terrestre de la Guerra de Malvinas posee una composición algo más compleja, pero lo presentado da cuenta de sus principales unidades.

⁴³ El 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas fue incorporado a la 5ª Brigada de Infantería y permanecería en ella hasta que fue reintegrado a la 3ª Brigada de Comando para la batalla final sobre Puerto Argentino.

Royal Navy y las de la 5ª Brigada de Infantería. Entre tanto, la operación había sido advertida por los argentinos y cinco aviones Skyhawk A-4 de la Fuerza Aérea procedentes del continente atacaron e hicieron blanco en los buques logísticos de desembarco sir Galahad y sir Tristram mientras la tropa aguardaba para desembarcar en medio de materiales, equipos y municiones. El caos desencadenado –dicen van der Bijl y Aldea– sólo pudo ser reencauzado gracias a la disciplina militar y el entrenamiento de los soldados y el liderazgo de los oficiales y suboficiales, que consiguieron reestablecer el orden y –con enormes dificultades– concretar el desembarco en medio de la “carnicería” desatada a bordo de los buques. Aquel escenario catastrófico para los británicos, además, estaba siendo filmado y fotografiado por un equipo de periodistas que el general de brigada Wilson había llevado para registrar la operación dejando uno de los más dramáticos testimonios de la guerra. De acuerdo con estos autores, el ataque costó la vida de 48 hombres –32 Guardias Galeses, 11 de otros elementos del Ejército, 5 de la dotación del sir Galahad y 2 marineros chinos de Hong Kong– y al menos otros 170 hombres fueron heridos, algunos con horribles quemaduras. Posteriormente, otros cuatro Skyhawk atacaron e impactaron sobre el buque anfibia Foxtrot Four que navegaba en el Estrecho de Choiseul, ocasionando otros seis muertos.

En los siguientes tres capítulos, van der Bijl y Aldea se enfocan en las batallas libradas por la 3ª Brigada de Comando y la 5ª Brigada de Infantería en su avance hacia Puerto Argentino entre el 10 y 14 de junio. Pero antes de esos tres capítulos se detienen en un breve capítulo –el capítulo 9– para caracterizar una unidad de la Armada Argentina que se interponía en el avance de esta última: el Batallón de Infantería de Marina 5 que –destacan los autores– contaba con un riguroso entrenamiento y tuvo un buen desempeño, más aún si se considera –decían– que estaba conformado enteramente por concriptos y conducidos por jóvenes oficiales subalternos sin experiencia de combate. Seguidamente se

ocupan de los combates protagonizados por las unidades y elementos de la 5ª Brigada de Infantería: el capítulo 10 de la Batalla de Monte Tumbledown entre el 12 y 14 de junio y el capítulo 11 de la Batalla de Monte William y Sapper Hill entre el 13 y 14 de junio. No nos detendremos en el relato sobre los hechos ni en los testimonios expuestos en estos capítulos que, en definitiva, demuestran que la 5ª Brigada de Infantería acabó teniendo una buena performance en la guerra. Cerraremos este apartado, sí, con una referencia a la conclusión que –algo abruptamente– se presenta al final del capítulo 11, según la cual, la carencia de experiencia anfibia por parte de las unidades y elementos de la 5ª Brigada de Infantería tuvo trágicas consecuencias –más allá de las cualidades de los pilotos de la Fuerza Aérea Argentina– en la operación de desembarco en Fitz Roy e, inevitablemente, esto signó su protagonismo en la guerra y las evaluaciones que sobre el mismo se produjeron en la posguerra. De modo que:

Mientras que pocos se permiten olvidar que la 3º Brigada de Comando participó en la campaña de las Malvinas, los recuerdos acerca de la 5º Brigada de Infantería se limitan a lo sucedido frente a Fitz Roy. En comparación con el empeñamiento inútil pero muy estudiado en Goose Green, Tumbledown y Sapper Hill apenas reciben una mención (*mi traducción*) (van der Bijl y Aldea 2003, 254).

Historia social de los paracaidistas británicos

¿Quiénes eran los hombres que vestían las boinas rojas del Regimiento de Paracaidistas? Esta es una pregunta que normalmente se responde de una o de dos formas. La mayoría de los escritores sobre temas militares siguen la original evaluación del mariscal de campo Montgomery sobre los hombres que condujo en Arnhem en 1944. Los Paras, dijo Montgomery, eran “hombres aparte, cada hombre un emperador”. Su afán, valentía y disciplina, su voluntad de cumplir con su

deber en la “batalla” los convirtió en ejemplos para otros soldados como si no fueran personas. Por otro lado, los críticos de los militares a veces escriben sobre los soldados como si no fueran personas, sino sólo símbolos: “avatares de la violencia sancionada por una nación”. Los paracaidistas, que se enorgullecían de su capacidad para soportar condiciones extremas, eran designados como “hombres peligrosos”, incluso “psicópatas uniformados”. Ninguno de estos puntos de partida me fue particularmente satisfactorio (*mi traducción*).

(Parr 2018, 3).

Helen Parr es una historiadora británica que se define como especialista en política británica contemporánea e historia social.⁴⁴ Ha llevado a cabo investigaciones sobre las relaciones entre el Reino Unido y Francia, el Reino Unido y la Unión Europea, el Partido Laborista británico y la integración europea, la Guerra Fría y las políticas de armas nucleares.⁴⁵ En 2018 publicó un libro sobre la “Falklands War”: *Our Boys. The Story of a Paratrooper*. Lo define como una “historia social” del Regimiento de Paracaidistas. Una historia social que comprende las perspectivas y experiencias de guerra y posguerra de oficiales, suboficiales y soldados y sus familias –padres, madres, hermanas y hermanos, esposas, viudas y, cuando fue posible, hijas e hijos–. Esa historia social, además, no fue sólo el resultado de sus intereses historiográficos; un soldado de 19 años, su tío Dave, fue uno de los muertos que tuvo el 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas en los combates en Wireless Ridge la noche del 13 al 14 de junio. A pesar de ese vínculo de parentesco cercano y a diferencia de los anteriores autores abordados en este capítulo, la mentalidad y el mundo militar –reconoce Parr–

⁴⁴ Parr se ha desempeñado en el Departamento de Historia Internacional de la London School of Economics y desde 2003 en la Keele University.

⁴⁵ Helen Parr nació en 1974, es autora de *Britain's Policy towards the European Community. Harold Wilson and Britain's World Role, 1964-1967* (2004).

le resultaban personal y académicamente ajenos antes de esta pesquisa.⁴⁶

Parr fundamenta sus argumentos en interpretaciones de entrevistas producidas por ella y de otras éditas o que forman parte de los acervos relacionados con la “Falklands War”. También consultó fuentes documentales oficiales británicas y estableció diversos diálogos con literatura testimonial e historiográfica sobre esta guerra y, de modo general, sobre las guerras y el combate. Ese notable trabajo de relevamiento y análisis testimonial, documental y bibliográfico está directamente relacionado con el objeto de su historia: las historias de los paracaidistas y, más ampliamente, las relaciones entre la guerra, las Fuerzas Armadas y la sociedad británica contemporánea. Es por ello que los dos únicos textos de análisis, testimonios o fuentes documentales producidas en la Argentina citados en el libro fueron: la edición inglesa de 1983 de *“Los Chicos de la Guerra”*. *The Argentine Conscript's Own Moving Accounts of Their Falklands War*, de Daniel Kon, y un artículo de Eduardo C. Gerdin –oficial naval argentino que sirvió entre 1987 y 1990 en el Batallón de Infantería de Marina de Comando y Apoyo Logístico– publicado en un libro editado por Diego F. García Quiroga y Mike Seear, *Hors de Combat. The Falklands Malvinas Conflict in Retrospective* (2009).

La primera parte del libro cuenta la historia de los paracaidistas desde la creación de este cuerpo en 1940. Si se piensa en la extensa historia de muchas unidades del Ejército británico, esta es la historia de un “joven regimiento” que se destacó en septiembre de 1944 en la batalla del Puente de Arnhem y en la segunda posguerra mundial participó en varias guerras en el proceso de descolonización en el final del Imperio Británico (Suez, Chipre, Radfan y

⁴⁶ En 2012 Helen Parr viajó con su padre a conocer las “Falkland Islands”. El libro incluye fotografías del tío Dave y de la familia Parr, de los paracaidistas –Dave entre ellos– en la campaña de la “Falklands War”, de los funerales de los caídos en la posguerra y de su viaje a las Islas en octubre de 2012. También un apéndice con las unidades del Ejército británico y su composición.

Aden, Malasia, Brunei). Los paracaidistas conformaron un “ethos independiente” dentro del Ejército, que dio lugar a una reputación y una poderosa tradición asociada con dos atributos: “[...] primero, eran capaces de llegar a extremos, dispuestos a aceptar tareas que otros regimientos no aceptarían; y segundo, que eran meritocráticos, un grupo único de hermanos, cuyo espíritu se extendía a través de las filas” (*mi traducción*) (Parr 2018, 7). Ese “ethos” contribuyó a formar una representación de los paracaidistas como cuerpo de elite. En la década de 1970, los paracaidistas cumplieron un “difícil rol” en Irlanda del Norte; el 1º Batallón disparó contra civiles y asesinaron a 13 de ellos en una movilización en Londonderry el 30 de enero de 1972, hecho internacionalmente conocido como el “Bloody Sunday”. Posteriormente, el 2º y 3º Regimiento del Batallón de Paracaidistas –como sabemos– fueron agregados a la 3ª Brigada de Comando en la campaña terrestre de la Guerra de Malvinas. Este último combatió en Monte Longdon y el primero fue la única unidad británica empeñada en dos oportunidades en dicha campaña: una vez en Darwin-Pradera del Ganso y otra en Wireless Ridge. De los 255 muertos británicos en la Guerra de Malvinas, los paracaidistas tuvieron 15 en Darwin-Pradera del Ganso, 21 en Monte Longdon y 3 en Wireless Ridge. Dos paracaidistas que murieron en combate recibieron la condecoración militar más importante del Reino Unido, la “Victoria Cross”: el comandante del 2º Batallón del Regimiento de Paracaidistas, el teniente coronel Herbert Jones, y el sargento Ian McKay. La historia de McKay –señalaba Parr– es bien expresiva de lo mucho que la “Falklands War” transformó la reputación pública de los paracaidistas en la sociedad británica. En 1972 el soldado McKay –mencionado como “Private T.” en los “Widgery and Saville Reports”– había efectuado dos disparos desde un estacionamiento durante la represión del “Bloody Sunday”.

La segunda parte del libro tiene por objeto las perspectivas y experiencias de los paracaidistas en y acerca de la “Falklands War”. Una cuestión destacada aquí –entre otras–

es la experiencia del combate cuerpo a cuerpo, pues, como dice la autora: “El combate en las Malvinas no duró mucho, pero fue brutal” (*mi traducción*) (Parr 2018, 5). Las batallas de Darwin-Pradera del Ganso y de Monte Longdon fueron breves pero intensas, en las que se alcanzó en muchas oportunidades –particularmente en la última– el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo. En Monte Longdon también sufrieron duramente el fuego de la artillería argentina. La instrucción y el adiestramiento –decía la autora– habían dado a los paracaidistas capacidad de combate, un formidable “espíritu de cuerpo” y una determinación para darlo todo de sí en cualquier circunstancia; hicieron que hombres corrientes demostraran en las batallas un espíritu agresivo y disposición para soportar la adversidad y arriesgar la vida en cumplimiento del deber. Parr describe las batallas en las que intervinieron los paracaidistas –Darwin-Goose Green, Longdon y Wireless Ridge– sin los detalles con que las reconstruyeron otros autores que hemos visto precedentemente. Sin embargo, su relato comprende vívidamente los testimonios de los paracaidistas en relación con los sentidos dados a la camaradería, el miedo, el matar al enemigo y la posibilidad de morir y ver morir a otros en combate.

En la tercera parte del libro, Parr profundiza en las consecuencias políticas y en las secuelas personales de la “Falklands War” en la posguerra. ¿En cuáles? En las conmemoraciones a los caídos en combate y reconocimientos públicos a los veteranos –sobre esto último hay que tener presente que los paracaidistas no regresaron en buques sino en aviones que los trasladaron hasta Brize Norton en Oxfordshire y, por tanto, no participaron de la recepción triunfal hecha en Portsmouth a los Royal Marines–. También estaba la cuestión de la “repatriación” –el término es de Parr– de los cuerpos de los muertos. Esto supuso cambios en las previsiones castrenses, pues la mayoría de los servicios que participaron de la guerra habían previsto enterrar los cuerpos en el teatro donde cayeron –tal como se hizo tras la batalla de Darwin-Pradera del Ganso–. Ni

bien terminó el conflicto algunas familias solicitaron al gobierno que los cuerpos fuesen “llevados a casa” –la familia Parr estaba entre éstas–; pero la “repatriación” no sucedió porque la mayoría de las familias militares lo desearan sino porque en la opinión pública se extendió la idea de que los caídos podían haber sido enterrados en las “Falklands” sin una debida ceremonia. Asimismo, las familias de los ciento setenta y cuatro británicos muertos en el mar cuyos cuerpos no pudieron ser recuperados afrontaban una situación diferente; en estos casos, el gobierno se comprometió a solventar los gastos del viaje a las Islas para homenajear a sus muertos. En definitiva, sesenta y cuatro cuerpos regresaron al Reino Unido, dos familias optaron porque permanecieran donde cayeron, uno fue “repatriado” un año después y catorce fueron reubicados en el nuevo cementerio militar en las “Falklands”. De los treinta y nueve cuerpos de los paracaidistas, cuatro fueron re-enterrados en las Islas, dieciocho enterrados de nuevo (incluida una cremación) en tumbas individuales en un área del cementerio militar de Aldershot destinado a los muertos en la “Falklands War” y diecisiete en cementerios locales. Casi todas las familias eligieron que sus muertos recibieran un funeral con honores militares.

Parr también se ocupó en la tercera parte del libro de cómo los deudos procesaron en la posguerra la pérdida de sus seres queridos. En este sentido, para quienes el servicio en una Fuerza Armada era una “tradicción familiar”, afrontaron la muerte de sus hijos, esposos, hermanos, considerando que aquello era una consecuencia de la guerra y que, en cierto modo, se trataba de un “precio a pagar” en la vida de un oficial, suboficial o soldado. La muerte, además, conllevaba no sólo efectos afectivos y psíquicos sino materiales en sus proyectos de vida, aun cuando las viudas e hijos de hombres que cayeron combatiendo en la “Falklands War” fueron comparativamente mejor compensados materialmente por sus pérdidas que quienes murieron en la Segunda Guerra Mundial: las viudas percibieron por tres meses el salario de su esposo o por seis meses si tenían hijos y por

los mismos seis meses recibían el monto correspondiente a la seguridad social standard pagado a cualquier viuda; después de esos seis meses, recibían una pensión de guerra como viudas. Asimismo, estas últimas podían solicitar un subsidio para solventar el alquiler de su vivienda o realizar estudios e incluso un subsidio por desempleo. Eventualmente, los padres podían reclamar una pensión si podían demostrar que el hijo fallecido contribuía financieramente con su sustento y/o si los padres estaban incapacitados o eran inhábiles para trabajar en el largo plazo. A su vez, en la inmediata posguerra, espontáneamente se hicieron donaciones de fondos públicos que en 1986 conformaron el Fondo del Atlántico Sur. Parr también dio cuenta de otras cuestiones significativas sobre las experiencias de los combatientes británicos y sus familias en la posguerra: el papel de la religión en duelo de los familiares de los muertos; los sentimientos de afinidad de algunos padres y madres que se identificaban con las pérdidas de los padres y madres argentinos; los traumas padecidos por los veteranos como consecuencia de las secuelas físicas y psíquicas de la guerra; los empleos –especialmente en el área de seguridad– que encontraron aquellos que se reintegraron a la vida civil; y la constatación –al menos considerando los entrevistados– que, a la larga, la mayoría de las personas habían dejado de sentir enojo hacia la guerra.⁴⁷

Por último, ¿por qué “Our boys”? El título del libro refiere a la expresión con que la primera ministra Margaret Thatcher aludía a los miembros de la Fuerza de Tareas desplegada en el Atlántico Sur empleando términos “familiares”

⁴⁷ Entre los esfuerzos emprendidos por los veteranos británicos por superar los traumas psíquicos heredados de la guerra, Parr comprende aquellos de quienes buscaron algún consuelo en el encuentro con veteranos argentinos y/o viajando a la Argentina para conocerlos personalmente, pues, al igual que ellos, entendían, eran “hombres justos” que en la guerra “hacían su trabajo”. Otros emprendieron viajes a las Islas Malvinas para reencontrarse con los campos de batalla en los que combatieron o bien publicaron testimonios sobre sus experiencias en la guerra.

que reducían la distancia que existía entre los militares profesionales y la sociedad civil británica a principios de los años 1980, esto es, en una época posterior a la movilización social total de las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX y en las cuales combatieron los abuelos y padres de muchos de aquellos jóvenes paracaidistas. La “Falklands War” fue un momento de transición hacia una nueva configuración de las relaciones entre la sociedad británica y sus Fuerzas Armadas:

En 1982 aún estaba cerca el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, y en la década de 1970 la sociedad británica era similar a la que creó el ejército de masas de 1939-45. Apenas comenzaba a adaptarse a la inmigración de las antiguas colonias, su política y ocupaciones aún estaban dominadas por hombres; solo una pequeña proporción de su población fue a la universidad; y todavía estaba muy dividida en clases sociales tradicionales. Los hombres que componían el Regimiento de Paracaidistas de principios de la década de 1980 reflejan esto. Los oficiales comenzaban a llegar en mayor número de escuelas públicas y universidades, pero el entrenamiento de oficiales en Sandhurst aún no había adoptado cambios que pudieran acelerar un ejército completamente meritocrático, y todavía querían hombres con fibra moral impresa en su carácter. En la tropa, los paracaidistas generalmente tenían poca educación pero eran ingeniosos y, a veces, provenían de entornos de extrema pobreza, ya aclimatados a las dificultades y la violencia. Otros se unieron porque no querían la monotonía del trabajo industrial repetitivo o no calificado. Buscaban aventuras en una sociedad británica que se estaba volviendo más próspera y que ofrecía una mayor variedad de experiencias a más jóvenes. Eran una generación para quienes el servicio militar y la masculinidad a menudo iban de la mano. Los hombres que buscaban convertirse en oficiales solían ver el servicio como su vocación, un deber. A otros les encantaba el desafío físico de los deportes y la competencia. Todos querían probarse a sí mismos como hombres, unos contra otros, contra los altos estándares del pasado. Los hombres que se unían a las filas a menudo querían enorgullecerse a sí mismos y a sus familias al demostrar también

que estaban preparados para el trabajo. Tenían la disciplina, la reserva emocional, el coraje moral para hacer lo necesario para ser un paracaidista. Los hombres frecuentemente veían el matrimonio y la paternidad, las responsabilidades de mantener una familia y convertirse en cabeza de familia, como parte de su progreso hacia la edad adulta. Al mismo tiempo, la historia del Regimiento de Paracaidistas de servir en una variedad de circunstancias extremas, y el hecho de que se les permitió matar en combate, podría animar a los hombres a verse a sí mismos como agresivos y autosuficientes y muy ocasionalmente como endurecidos, rebeldes o inconformistas (*mi traducción*) (Parr 2018, 357).

El Regimiento de Paracaidistas salió entonces “renacido” de la “Falklands War”. No sólo porque –como hemos visto– la experiencia de la guerra cambió las vidas de sus hombres y de sus familias y las representaciones que la sociedad tenía sobre los militares sino, también, porque la propia sociedad británica estaba transformándose radicalmente en los años 1980:

Desde la década de 1980, la vida nacional británica –y el ejército británico– han cambiado significativamente. La clase obrera se redujo a medida que el trabajo industrial casi desapareció, y en su lugar surgió una sociedad que todavía estaba dividida y desigual, pero en la que una mayor proporción de la población se encontraba en una clase “media”. Las mujeres se unieron a la fuerza laboral en mayor número y continuaron trabajando después del matrimonio y la maternidad. La idea de que un hombre debía hacerse cargo exclusivamente de los asuntos fuera del hogar y actuar como cabeza patriarcal de esta familia se volvió menos generalizada. Muchas más personas permanecieron en la escuela hasta la edad de dieciocho años y luego, en la década siguiente, buscaron educación superior. La aristocracia se derrumbó y una gran parte de la sociedad comenzó a poseer propiedades y tierras. El servicio en una Fuerza Armada pasó a ser considerado como una ocupación profesional más. Muchos más oficiales tenían educación universitaria y mujeres casadas que querían mantener sus propias carreras. Con el tiempo, el Ejército se

vio obligado a adaptarse. Ya no podía asumir que las esposas de cualquier rango simplemente “seguirían el tambor” y, de hecho, comenzó a permitir que las mujeres se alistaran en algunos roles. Los hombres en la tropa a menudo aún procedían de entornos marginados, y con el aumento de la globalización proporcionalmente más de las antiguas colonias de Gran Bretaña, en particular Fiji, Ghana, Sudáfrica, Jamaica y Zimbabwe. En estos lugares, una carrera en el ejército británico podría impulsar significativamente el estatus y las perspectivas. Pero la posición del Ejército en la vida nacional continua como siempre: fundamental pero no central (*mi traducción*) (Parr 2018, 357-358).

En definitiva, las relaciones entre las Fuerzas Armadas y la sociedad británica contemporánea constituyen el asunto más general (y quizá el más importante) sobre el que indaga este libro a través de ese particular prisma que es una historia social de los paracaidistas y de sus familias, sus experiencias de guerra y en la posguerra.

Conclusiones

Los historiadores británicos de los que nos hemos ocupado no se definen a sí mismos invocando un término en inglés similar a aquel empleado en castellano en Argentina para referir a los especialistas en la Guerra de Malvinas como “malvinólogos”; no existe siquiera un neologismo cuya traducción pueda derivarse en inglés de “Falklands”. Ellos se reconocen y son reconocidos como especialistas en historia militar o de la guerra, estudios estratégicos o asuntos internacionales con un amplio y diverso conocimiento histórico y experiencias de investigación.⁴⁸ En consecuencia, sus

⁴⁸ El perfil y la trayectoria de Parr, en este sentido, constituye una excepción, pues su producción académica no exhibe una diversidad de pesquisas sobre diferentes guerras, sino que se concentra en el estudio de cuestiones rela-

análisis sobre esta guerra en particular se inscriben en proyectos de más largo alcance e incluso pueden representar un breve paréntesis en sus pesquisas sobre las guerras de un determinado período histórico: la guerra de las Dos Rosas en Inglaterra medieval, la guerra civil inglesa, la guerra naval entre la Monarquía Hispánica e Inglaterra en la génesis de modernidad y la guerra de independencia norteamericana en el caso de Bicheno; la Primera Guerra Mundial en Hastings, Middlebrook, Thompson y van der Bijl; la Segunda Guerra Mundial en Hastings, Middlebrook, Thompson y van der Bijl; las guerras de Corea y Vietnam en Hastings; los conflictos en Brunei, Kenya, Aden y Radfan en van der Bijl; la guerra nuclear para Hastings, Parr y sobre todo para Freedman; y recientemente la guerra entre la Federación Rusa y Ucrania para este último.

La “Falklands War” tampoco fue la única guerra que protagonizó el Reino Unido en el siglo XX: también lo fueron la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Guerra de Corea (1950-1953), la guerra civil rusa (1918-1922) y la griega (1946-1949), las guerras imperiales en sus colonias como la segunda Guerra Anglo-Bóer (1899-1902), Irlanda (1919-1921) y Palestina (1936-1939). En la Segunda posguerra Mundial, el Reino Unido fue un actor internacional clave en escenario de guerra nuclear de la Guerra Fría e interviniendo en conflictos en diversas partes del mundo en el contexto de descolonización: Palestina (1945-1948), Malasia (1948-1960), Suez (1951-1954 y 1956), Kenya (1952-1956), Chipre (1956-1958 y 1963), Jordania (1958), Kuwait (1961), Aden y Radfan en Yemen (1964-1967), Brunei (1962-1966), Guayana Británica e isla Anguila en las Antillas Menores (1964-1969). Y buena parte de las tropas que combatieron en la campaña terrestre en la Guerra de Malvinas cumplieron servicios en operaciones contra el terrorismo en Ulster,

tivas a asuntos de política internacional del Reino Unido y de la Unión Europea.

Irlanda del Norte desde la década de 1970. Es por ello que, en la inmediata posguerra de Malvinas, Hastings y Jenkins (1983) –que no dudaban en situar el origen de la guerra en lo que denominaban como la “invasión argentina”– definía la “Falklands War” como la última “guerra colonial”.⁴⁹ Aquellas guerras y conflictos internacionales constituían referencias indispensables para los militares británicos. Así pues, el general Julian Thompson –comandante de la 3^o Brigada de Comando– consideraba que la planificación del desembarco anfibio en San Carlos tenía como precedentes las operaciones protagonizadas en la crisis de Suez en 1956 y antes de este episodio debían remontarse a la Segunda Guerra Mundial para encontrar un caso de desembarco anfibio a gran escala (Thompson 1985, 83). Los historiadores británicos de quienes nos hemos ocupado aquí investigaron y publicaron libros sobre la mayoría de estas guerras y conflictos internacionales en los que el Reino Unido se involucró en el siglo XX.

Hemos visto que la historiografía británica sobre la Guerra de Malvinas/“Falklands War” no es ajena a determinaciones políticas domésticas del Reino Unido o a aquellas resultantes de sus posicionamientos en relación con la soberanía sobre las Islas. Pero sus historiadores –al menos aquellos referidos en estas páginas– no parecen reconocerse como defensores de una “causa”; no hay entre ellos un equivalente británico a los autodenominados “malvineros” argentinos, aun cuando, por cierto, tengan por válida la soberanía británica sobre las Islas o puedan acompañar las reivindicaciones de los isleños en favor de su autonomía. Podría decirse que se trata de una historiografía y de unos

⁴⁹ Poco después de la Guerra de Malvinas, el Reino Unido participó en la primera Guerra del Golfo. La literatura académica argentina prácticamente no ha prestado atención a la participación de la Argentina en la coalición de 34 países liderada por Estados Unidos que enfrentó a Irak en primera Guerra del Golfo (1990-1991) y el envío de unidades y personal de la Armada Argentina –destructor ARA Almirante Brown, las corbetas ARA Spiro y ARA Rosales y el transporte ARA Bahía San Blas–.

historiadores que no se sustraen al efecto de las determinaciones, posicionamientos y relaciones con las agendas políticas de su país, pero su formación y trayectorias académicas e inscripciones institucionales en campos de estudio consolidados como la historia militar, historia o estudios de la guerra, estratégicos y asuntos internacionales parecen prepararlos razonablemente bien para producir conocimientos sobre las campañas militares con una relativa autonomía académica. Y subrayo lo de relativa, pues aun así sus sesgos políticos o ideológicos se aprecian significativamente en el modo en que han abordado las perspectivas y experiencias de guerra de los combatientes argentinos en un abanico de opciones que comprende desde su desconocimiento o desatención casi total, su interpretación estereotipada y sólo más excepcionalmente ofreciendo un conocimiento construido a partir de fuentes documentales, testimonios y literatura especializada civil o castrense argentina.

Otro atributo de la historiografía británica de la “Falklands War” es que ha sido producida tanto por historiadores militares civiles y como por historiadores militares que son militares (si se me permite la redundancia) y que, al parecer, tienen por referencia los resultados y publicaciones de sus respectivas investigaciones. Y si bien es cierto que, como decía John Keegan (2013), la historia militar hecha por militares suele estar en cualquier parte del mundo puesta al servicio –y de forma institucionalmente razonable– de la formación de conductores de guerra o de líderes militares, asumiendo a menudo interpretaciones más pedagógicas, instrumentales y de pretendido valor universal antes que procurando producir un saber académico históricamente situado de los hechos, el pensamiento, las decisiones y las acciones de sus protagonistas; al menos en los casos aquí considerados, los militares que se ocuparon de la Guerra de Malvinas como Julian Thompson o Nick van der Bijl son autores de historias sobre las campañas terrestres cuyo aporte no pretende circunscribirse al primer objetivo sino alcanzar el segundo.

Por último, decía en la introducción a este capítulo que en estas conclusiones trataría de poner en relación los resultados alcanzados en estas reflexiones sobre la historiografía británica de la Guerra de Malvinas/“Falklands War” con la producción de conocimientos acerca de las perspectivas y experiencias de los combatientes que hasta este momento hemos efectuado en las ciencias sociales producidas en la Argentina en el ámbito del CONICET y de las universidades nacionales y algunas de las principales universidades privadas con vistas a profundizar o renovar nuestra agenda de investigación sobre este conflicto bélico. Veamos esto sin pretensiones de exhaustividad.

Una primera cuestión que los académicos argentinos que investigamos sobre la Guerra de Malvinas y, más ampliamente, sobre la historia de los militares y de la guerra en la Argentina podemos advertir a partir de esta lectura es: cuán extensa es la agenda de temas potencialmente a desarrollar en relación con la historia del combate y de los combatientes en esa guerra convencional en el Atlántico Sur si la pusiéramos decididamente en diálogo con la historia de la guerra e historia militar de diversas guerras contemporáneas tal como viene siendo cultivada desde hace décadas por la historiografía británica y de otros países metropolitanos. O, en otros términos, resultaría imposible no repensar la producción de investigaciones sobre la historia de la Guerra de Malvinas si la abordásemos en interlocución, en relación, en forma comparada y/o conectada con los enfoques, métodos y agendas temáticas con que la historiografía se ha ocupado de otras guerras convencionales del siglo XX alrededor del mundo. Ciertamente, desde las perspectivas dominantes en la historiografía académica hecha actualmente en la Argentina en el ámbito del CONICET o de las universidades, esto es, para un campo disciplinar cuyos productores nos ocupamos de temáticas ancladas en delimitaciones claramente circunscriptas a determinados marcos espaciales y temporales (particularmente esto es válido en relación con los estudios sobre historia argentina moderna

y contemporánea), los proyectos e investigaciones de los historiadores británicos aquí considerados pueden desconcertarnos e incluso podrían ser negativamente evaluados en la medida en que no se adecuan bien a los parámetros de especialización predominantes entre nosotros. Sin embargo, la historia militar y de la guerra británica tiene exponentes como Michael Howard, John Keegan y Antony Beevor –por mencionar tres autores “clásicos”– cuyas obras han hecho significativas contribuciones al estudio de diferentes guerras y, más ampliamente, respecto de la comprensión de la guerra como fenómeno político, social y cultural en la historia de la humanidad.

Otra cuestión está asociada con el desafío de producir una interpretación totalizadora de las perspectivas y experiencias de los combatientes británicos y argentinos de la Guerra de Malvinas/“Falklands War”, o bien con la producción de un análisis simétrico –como propone el historiador argentino Darío Barrera (2022) respecto de la historia de las Islas Malvinas/“Falkland Islands”–. Hemos visto que esta ausencia de simetría, de un enfoque genuinamente comprensivo y no estereotipado de los combatientes de ambas partes también es un déficit de la historiografía británica.⁵⁰ En Argentina apenas un puñado de investigadores han avanzado en este sentido.⁵¹ Dichas iniciativas no

⁵⁰ En correspondencia con este déficit, la historiografía británica sobre la “Falklands War” ha sido hecha –entre los autores aquí abordados con la sola excepción de Bicheno– por historiadores que desconocen o no dominan el castellano y que apenas han consultado algunos textos publicados en este idioma y escritos por protagonistas o bien especialistas argentinos que abordaron este conflicto bélico o, más ampliamente, la así denominada en Argentina “cuestión Malvinas”.

⁵¹ De aquellos pocos científicos sociales que hemos investigado acerca de las experiencias de combate en la Guerra de Malvinas, sólo Rosana Guber (2013) abordó las perspectivas de los combatientes británicos *vis-a-vis* con las de los argentinos en los reencuentros producidos entre veteranos de ambos países en la posguerra. A su vez, Juan Leoni (2020) estudió las prácticas conmemorativas argentinas y británicas en la posguerra. También las experiencias de guerra y el reencuentro entre veteranos argentinos y británicos en obra teatral *Campo minado* (2016) y el film *Teatro de Guerra*

sólo deberían superar las dificultades materiales propias del acceso a los testimonios de veteranos británicos que residen fuera del país y a los acervos de fuentes documentales extranjeros –si bien últimamente muchas fuentes están disponibles *online* en repositorios virtuales británicos y estadounidenses–, sino sobreponerse a las limitaciones y/o autolimitaciones epistémicas y/o políticas y aún a formas de censura o autocensura que operan de facto en nuestros medios académicos.⁵²

Y una tercera cuestión. Si en la historiografía británica cabe reconocer los aportes en diálogo de los historiadores militares civiles y militares (valga la redundancia) conformando un campo de estudios acerca de la “Falklands War”, por el contrario, las percepciones y realidades argentinas demuestran que las fronteras entre académicos, militares y militares/académicos constituyen –salvo excepciones– obstáculos epistémicos y también político-ideológicos

(2018) de Lola Arias han sido objeto de análisis desde las ciencias sociales (Perera, 2017; Dufour, Trejo y Vassallo, 2022). Y Juan Cisilino, Manuela García Larocca y Santiago Garriga Olmo (2020) refirieron a las memorias del general de división Julian Thompson y del almirante John Woodward.

- ⁵² La difusión de un evento académico por las redes sociales cuya realización se concretó en la Universidad de Buenos Aires entre el 6 y 8 de abril de 2022 con la co-organización del Grupo de Estudios sobre Arte, Cultura y Política en la Argentina Reciente del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de dicha Universidad y la School of Modern Languages de la Cardiff University, fue agresivamente criticado por “cipayismo” debido a que llevaba por título “(Re)pensado Malvinas –(Re)thinking Falklands. Visiones y versiones en las culturas argentina y británica/Visions and Versions in Argentinian and British Cultures”. Recordemos que el término “cipayo” se utiliza en forma coloquial y despectiva en la Argentina para referir a los nativos considerados al servicio de un poder extranjero. Tales críticas evidenciaron la nula tolerancia ante el disenso y el pobre apego por el debate académico y político, más aún si tenemos en cuenta que los organizadores argentinos poseían una reconocida trayectoria “progresista” y seguramente “antimperialista”. No obstante, cabe señalar que los organizadores argentinos también recibieron apoyos por las redes sociales y de las autoridades de su Instituto –en este caso con la aclaración de que el evento era entera responsabilidad de sus organizadores, puesto que no era una actividad oficial de este último–.

mayormente infranqueables y que delimitan membresías institucionales excluyentes.⁵³

En suma, en este capítulo he querido ofrecer una lectura y análisis de libros fundamentales de la historiografía británica de la “Falklands War”, comprendiéndolos desde un abordaje que supere la mera búsqueda de información en los mismos y que, por tanto, procure reconocer los problemas y enfoques desde los cuales sus autores construyeron sus interpretaciones acerca de las campañas terrestres durante este conflicto bélico. El cumplimiento de ese objetivo, asimismo, ha tenido un módico resultado adicional en estas conclusiones: en el desarrollo de esa iniciativa por conocer a esos “otros” productores de conocimientos acerca de la Guerra de Malvinas, también ha sido posible identificar algunos atributos e interpelar el modo en que los académicos argentinos problematizamos y enfocamos el estudio de las perspectivas y experiencias de los combatientes que protagonizaron dicha guerra, la única guerra convencional librada por la Argentina en el siglo XX.

Referencias bibliográficas

- Barriera, Darío (2022). “Una materia escasa. Discursos históricos anglófonos sobre la temprana historia del archipiélago malvinense (1748-2021)”. *Pasado Abierto*, 15, 7-49.
- Barrutia, Alejandra (2020). *Vivir en el mar. Experiencias de los buques auxiliares menores de la Armada Argentina en*

⁵³ Por supuesto hay excepciones como sucede en el ámbito de la Maestría en Historia de la Guerra de la Escuela Superior de Guerra, Facultad de Ejército, Universidad de la Defensa Nacional, o bien en algunos eventos y publicaciones académicas y proyectos de investigación, tal como procuramos estimular desde este PIP-11220200100119 de CONICET: “Argentina y las guerras del siglo XX. Una historia social y cultural de perspectivas y experiencias de civiles y militares argentinos sobre las Guerras Mundiales y la Guerra de Malvinas”.

- la *Guerra de Malvinas* (Tesis de Maestría en Ciencias Sociales). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Berasategui, Vicente E. (2011). *Malvinas. Diplomacia y conflicto armado. Comentarios a la historia oficial británica*. Buenos Aires: American Editores.
- Bicheno, Hugh (2009) [2006]. *Al filo de la navaja. La historia no oficial de la Guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bologna, Bruno (1983). "Argentinian Claims to the Malvinas under International Law." *Millennium. Journal of International Studies*, 12 (1), 39-49.
- Cardoso, Oscar, Kirschbaum, Ricardo y van der Kooy, Eduardo (1983). *Falklands: The Secret Plot*. London. Preston Editions.
- Cisilino, Juan, García Larocca, Manuela y Garriga Olmos, Santiago (2020). "Si quieres saber cómo fue la guerra, pregúntale a tu enemigo. Aportes británicos para repensar la guerra de Malvinas". *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, 11 (18), 424-456.
- Corbacho, Alejandro (2003). "Factores organizacionales y desempeño en combate: la experiencia de la IMARA en Malvinas". *Serie Documentos de Trabajo*, 255, 1-24.
- Dufour, Ernesto, Trejo, César y Vassallo, María Sofía (2022). "*Campo Minado*" y las sutiles formas de la dominación británica. *Desmontaje de la obra teatral de Lola Arias protagonizada por veteranos argentinos y británicos de la Guerra de Malvinas*. Lanús: Universidad Nacional de Lanús.
- Ferguson, Gregor (2009). *Los paracaidistas británicos*. Barcelona: Osprey.
- Freedman, Lawrence (2007a) [2005]. *The Official History of the Falklands Campaign. The Origins of the Falklands War*. London and New York: Routledge. Vol.1.
- Freedman, Lawrence (2007b) [2005]. *The Official History of the Falklands Campaign. War and Diplomacy*. London and New York: Routledge. Vol.2.

- Freedman, Lawrence (2017). "Force and the international community: Blair's Chicago speech and the criteria for intervention." *International Relations*, 31 (2), 107-124.
- Freedman, Lawrence y Gamba-Stonehouse, Virginia (1992) [1990]. *Señales de guerra. El conflicto de las Islas Malvinas de 1982*. Buenos Aires: Vergara.
- Gándara, Florencia (2020). "Empezar a contar: testimonios escritos de oficiales y suboficiales argentinos en la inmediata posguerra de Malvinas". *Contemporánea*, 11 (13), 75-90.
- Gándara, Florencia (2021). "Malvinas: diseño y experiencias de un regreso. El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (junio-julio de 1982)". *Quinto Sol. Revista de Historia*, 25 (2), 1-20.
- Guber, Rosana (2013). "Como un cierre. Igualdad, honor y amistad entre contendientes directos, después de Malvinas". *Tabula Rasa*, 19, 11-27.
- Guber, Rosana (2016). *Experiencia de halcón. Ni héroes ni kamikazes: pilotos de A4B*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Guber, Rosana (dir.) (2022). *Mar de guerra. La Armada de la república Argentina y sus formas de habitar el Atlántico Sur en la Guerra de Malvinas. 1982*. Buenos Aires: SB.
- Hastings, Max y Jenkins, Simon (1983). *The Battle for the Falklands*. London: Michael Joseph.
- Hastings, Max (2000). *Going to the wars*. London: Macmillan.
- Keegan, John (2013) [1976]. *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner.
- Leoni, Juan (2020). "Combates simbólicos en los campos de batalla de Malvinas: prácticas conmemorativas británicas y argentinas en la guerra de 1982". *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, 11 (19), 100-137.
- Lorenz, Federico (2014). "Gran Malvina. Una mirada a la experiencia bélica desde los testimonios de sus oficiales". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41 (2), 225-257.

- Melara, Pablo (2010). *80 días en Malvinas. El accionar de la Agrupación de Buzos Tácticos durante el conflicto bélico del Atlántico Sur* (Tesina Licenciatura en Historia). Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Middlebrook, Martin (1989). *The Argentine Fight for the Falklands*. South Yorkshire: Pen & Sword.
- Middlebrook, Martin (2012) [1985/1987]. *The Falklands War*. Yorkshire: Pen and Sword.
- Middlebrook, Martin (2017) [1988]. *La gesta argentina por Malvinas*. Buenos Aires: Alejandro J. Amendolara Bourdette.
- Parr, Helen (2018). *Our Boys. The Story of a Paratrooper*. London: Penguin Random House.
- Perera, Verónica (2017). “Testimonios vivos, dramaturgia abierta: la Guerra de Malvinas en *Campo Minado* de Lola Arias”. *Anagnórisis. Revista de Investigación Teatral*, 16, 299-323.
- Pozzio, María (2015). “La experiencia de las mujeres en Malvinas: de la Sanidad Militar al reconocimiento”. *Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra*, 6 (8), 129-157.
- Rodríguez, Andrea Belén (2020). *Batallas contra los silencios. La posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas (1982-2013)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de Misiones.
- Soprano, Germán (2019). *Martín Balza. Un general argentino entre la república y la democracia*. Prohistoria: Rosario. Tomo I y II.
- Soprano, Germán (2022). “Hay una guerra para cada hombre. Tres experiencias de combate de oficiales subalternos del Regimiento de Infantería 25 del Ejército Argentino en la Guerra de Malvinas”. *Pasado Abierto*, 15, 186-224.
- Thompson, Julian (1990) [1985]. *No picnic*. Buenos Aires: Atlántida.

Van der Bijl, Nick (2014) [1999]. *Nine Battles to Stanley*. South Yorkshire: Pen & Sword.

Van der Bijl, Nick y Aldea, David (2003). *Fifth Infantry Brigade in the Falklands 1982*. London: Leo Cooper.

Sobre los autores

Luis Esteban Dalla Fontana

Magíster en Historia de la Guerra por la Facultad del Ejército de la Universidad de la Defensa Nacional y Licenciado en Ciencias de la Educación por el Instituto Universitario del Ejército (IUE), y doctorando en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. Es oficial superior de Infantería del Ejército Argentino con el grado de coronel (retirado) y Veterano de la Guerra de Malvinas. Fue Secretario Académico de la Escuela Superior de Guerra del Ejército (2011-2014), Secretario Académico del IUE (2014-2016) y Decano de la Facultad del Ejército de la Universidad de la Defensa Nacional (2016-2019). Profesor y Director de la Maestría en Historia de la Guerra de la Facultad del Ejército. Investigador del Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, unidad ejecutora UBA/CONICET. Su línea de investigación es la Guerra de Malvinas y el impacto de la Primera Guerra Mundial en el Ejército Argentino. Es autor de artículos y capítulos de libros colectivos, coautor de *Falklands/Malvinas 1982: A War of Two Sides* (Routledge, en prensa) y coeditor de *Guerras del siglo XX. Experiencias y representaciones en perspectiva global* (Prohistoria, 2019) y *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural* (Prohistoria, 2020).

Agustín Daniel Desiderato

Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Historia por la Universidad Nacional de San Martín, Licenciado en Historia por la Universidad del

Salvador y Profesor en Docencia Superior por la Universidad Tecnológica Nacional. Es Becario de Finalización de Doctorado del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, unidad ejecutora UBA/CONICET, donde co-coordina el Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GEHiGue). Es Profesor en la Maestría en Historia de la Guerra de la Escuela Superior de Guerra, Facultad del Ejército, Universidad de la Defensa Nacional (UNDEF). Se interesa por la historia marítima argentina de los siglos XIX y XX y la historia social y cultural de la guerra. Es autor de varios capítulos de libros y de artículos publicados en revistas especializadas, como *War in History* (SAGE Journals), *The International Journal of Maritime History* (International Maritime History Association), *The Mariner's Mirror* (Society for Nautical Research), *Naveg@mérica* (Asociación Española de Americanistas), la *Revista Historia Autónoma* (Universidad Autónoma de Madrid) y la *Revista de Historia de América* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia), entre otras.

Andrea Belén Rodríguez

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, y Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Sur. Es Investigadora del CONICET con lugar de trabajo en el Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (UNCOMA-CONICET) y Profesora Adjunta del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue. Integra el Centro de Estudios Históricos del Estado, Cultura y Política (FAHU-UNCOMA) y el Núcleo de Estudios sobre Memoria, Historia Reciente y Derechos Humanos (UNS). Ha publicado diversos artículos en revistas nacionales e internacionales sobre la guerra y posguerra de Malvinas desde una perspectiva historiográfica sociocultural, así como textos escolares y material de difusión. Es autora

de *Batallas contra los silencios. La posguerra de los ex combatientes del Apostadero Naval Malvinas* (Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Misiones, 2020, disponible gratuitamente en: <https://ediciones.ungs.edu.ar/libro/batallas-contra-los-silencios/>) y de *Si quieren venir que vengan. Malvinas: genealogías, guerra, izquierdas* junto a Federico Mare, Ariel Petruccelli y Ariel Pennisi (Red Editorial, 2022).

Germán Soprano

Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones, Magister en Sociología por la Universidade Federal do Rio de Janeiro y Profesor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigador Independiente del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y Profesor Titular (ordinario) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la mencionada Universidad. Se ha especializado en el estudio histórico y etnográfico de las concepciones y experiencias de los militares argentinos sobre defensa nacional, seguridad internacional y guerras en el siglo XX y XXI. Es autor de los libros *La obediencia* (CB Ediciones, 2020), *Martín Balza. Un general argentino entre la república y la democracia* (Prohistoria Ediciones, 2019) y *¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el siglo XXI* (Prometeo Libros, 2016), coautor con Guillermo Lafferriere de *El Ejército y la política de defensa en la Argentina del siglo XXI* (Prohistoria Ediciones, 2015) y con Sabina Frederic y Laura Masson de *Las Fuerzas Armadas en democracia. Percepciones de los militares argentinos sobre su reconocimiento* (Prohistoria Ediciones, 2015), entre otros trabajos.

María Inés Tato

Doctora en Historia y Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora Independiente del CONICET en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, unidad ejecutora UBA/CONICET, donde coordina el Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (GEHiGue). Profesora Adjunta en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y Profesora Titular en la Maestría en Historia de la Guerra, Escuela Superior de Guerra, Facultad del Ejército, Universidad de la Defensa Nacional. Sus investigaciones se centran en la Primera Guerra Mundial en la Argentina y la Guerra de Malvinas desde una perspectiva de historia sociocultural. Es autora de *La trinchera austral. La sociedad argentina ante La Primera Guerra Mundial* (Prohistoria, 2017), coautora de *Falklands/Malvinas 1982. A War of Two Sides* (Routledge, en prensa) y coeditora de *La Gran Guerra en América Latina. Una historia conectada* (CEMCA, 2018), *Guerras del siglo XX. Experiencias y representaciones en perspectiva global* (Prohistoria, 2019), *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural* (Prohistoria, 2020) y *The Global First World War. African, East Asian, Latin American and Iberian Mediators* (Routledge, 2021), entre otros trabajos.

